

ASESINOS
DE
ESPAÑA
MARXISMO
ANARQUISMO
MASONERIA
II PARTE DE
"EL ENEMIGO"
MAURICIO
KARL
M.G
35

ASESINOS DE ESPAÑA

OBRAS DE MAURICIO KARL

EL COMUNISMO EN ESPAÑA.—Al mismo tiempo que "Asesinos de España", se pone a la venta la 5.ª edición de "El comunismo en España", sumamente ampliado, con recapitulación hasta el día y numerosos y aleccionadores documentos secretos de las Federaciones comunistas; Memoria oficial (secreta también) de la C. N. T.; amplia versión de recentísimo VII Congreso de la Internacional Comunista de Moscú y de los inquietantes propósitos y planes de sus organizadores, propósitos peligrosísimos, muy grave amenaza, que sería torpe desconocer y loco menospreciar, etc., etc.

Lean este libro. El mejor modo de luchar contra los grandes peligros no es ignorarlos, sino prevenirlos. Precio: 6 pesetas.

EL ENEMIGO.—También se pone a la venta la 4.ª edición de "El Enemigo", asimismo muy ampliada y enriquecida con páginas tan curiosas y edificantes como la reproducción íntegra y completa de la sesión celebrada en el Congreso de los Diputados, relativa a la Masonería, que a ningún diario se le permitió reproducir y en la que cada uno de los grandes traidores a la patria fué llamado y denunciado por su nombre y apellidos (completando el autor la lista de los que faltan).

Leer este libro y procurar su difusión es obra altamente patriótica. Precio: 6 pesetas.

MAURICIO KARL

ASESINOS DE ESPAÑA

MARXISMO
ANARQUISMO
MASONERIA

Continuación de EL ENEMIGO

EDICIONES BERGUA · MADRID

Impreso en España

Printed in Spain

Imp. "Sáez Hermanos".—Martín de los Heros, 65.

OFRENDA

Al Ejército de España, vencedor de la revolución de octubre.

A los que supieron morir.

Y matar.

MAURICIO KARL



A LA AUTORIDAD

COPIAMOS:

"Si Catalunya seguís col'laborant amb l'Estat Espanyol, que humília la bandera, profana la llengua, adultera les tradicions i roba les riqueses, fora acceptar una complicitat en la seva própia deshonra.

Francesc Maciá."

"Si Cataluña siguiese colaborando con el Estado Español que humilla la bandera, profana la lengua, adultera las tradiciones y roba las riquezas, sería aceptar una complicidad en su propia deshonra.

Francisco Maciá."

(Faja del libro separatista "Catalunya Poble Dissortat", de *J. Casals* y *R. Aviufat.)*

"Los soldados de Batet sólo encuentran a su paso una resistencia seria: El Centro de Dependientes, donde muere Compte, combatiendo heroicamente."

"Y los bravos soldados de la Revolución triunfan con su dinamita. ¡Hurra! ¡U. H. P.!"

"Pero mientras los trabajadores de Asturias se baten así, de ese modo, mientras "se lanzan al asalto del cielo", ¿qué piensan, qué hacen los demás trabajadores españoles?"

(J. Maurín: "Hacia la Segunda Revolución".)

"... Pérez Farrás. El valiente soldado..."

"... esta noche dramática, tránsito del seis al siete

de octubre, que se verá en la historia política de Cataluña con luz de honor inmarcesible."

"... bravos, Manuel G. Alba y Jaime Compte, han pagado con sus vidas generosas..."

"El Presidente Companys y su Gobierno, sin perder la serenidad de los hombres que ostentan el derecho y conocen la justicia de su causa, esperan, infundiendo ánimos con su actitud."

"Ramón González Peña... que no acusa rasgo de criminalidad degenerada, sino en todo caso de iluminismo filantrópico y de mesianismo renovador..."

"Madrid, 18 de mayo de 1935.

Señor don Francisco Gómez Hidalgo.

Querido amigo: De un tirón, y en la cama, donde me encuentro desde el jueves, he leído su libro acerca de Companys. Es digno de usted y, además, presta un buen servicio a la causa de la verdad.

La rehabilitación política e histórica de Companys no se hará esperar mucho, por el móvil digno que ha inspirado sus actos y por la gallardía con que ha sabido sostenerse después de ellos.

Diego Martínez Barrio."

(F. Gómez Hidalgo: "Cataluña-Companys".)

Por los retazos que anteceden, se demuestra cómo puede hacerse libremente la apología de los asesinos de España.

Libros, folletos y escaparates, lucen osadamente su mercancía exaltando a los culpables.

Pedimos nosotros a la Autoridad la misma libertad para defender a la Patria.

¿Será así?...

Pronto lo veremos.

M. KARL

PROLOGO

Sean nuestras primeras palabras, gratitud impresa y eterna para la crítica española que tributó demasiados elogios—por lo inmerecidos—a la primera parte de este libro, publicada en el año anterior, con el titulo de "El Enemigo".

Rendidos a la pequeña vanidad de los incensarios de plata, mojamos la pluma, otra vez, emocionados, para corresponder en el mismo atrio de este nuevo volumen al homenaje efusivo y cálido que rodeó la cintura de aquella obra, a la que pretendimos dar un vuelo de águilas acuciados por un afán de lealtad y de patriotismo. No sabemos adónde habrá llegado, ni siquiera con los avisos de las ediciones reiteradas. Pero esto, poco importa.

Lo que sí agradezco, con toda mi alma, es la generosidad de sus comentarios y las palabras de aliento aparecidas en muchos periódicos y revistas; porque al fin y al cabo, uno, a pesar de todo, era entonces y probablemente ahora, un

sin nombre en la gran república de las letras...

¡Muchas gracias, señores! ¡Y a ti también, lector español; lectora mía; a quien he sorprendido en las calles, en los trenes, en las tertulias, con mis libros debajo del brazo, preguntando a la gente:

—Pero ¿quién es este Mauricio Karl?

A todos, mi cariño y mi gratitud acendrada. Y sin más palabras, vamos de nuevo a la tarea, que es hora de prisas, para intentar, como siempre, el salvamento de España, sacudida, como entonces, por el monstruo de la Anti-Patria.

La Interpretación Masónica de la Historia, *que iniciamos en aquel libro, tuve necesidad de cortarla* "por la inminencia del peligro", *con objeto de* "dar un brusco tirón de los españoles" *y* "mostrarles el rostro del Enemigo, hoy más amenazador que nunca"...

Así decíamos cuatro o cinco meses antes de la Revolución de octubre, que vino a confirmar rotundamente todas nuestras fundadas previsiones.

Ahora mismo podemos encabezar estas páginas con los mismos textos, porque la situación política y social es melliza de la de aquellos días, sin que en ello sintamos la menor vanidad literaria, o, por mejor decir, profética.

No nos guía la codicia del lucro. Tenemos un

archivo de episodios y anécdotas de la Revolución como para escribir seis o siete libros cada año, en un promedio de tres o cuatro lustros. Conocemos personajes de la política, intrigas pavorosas, enredos, conspiraciones y, ¿por qué no decirlo?, tenemos imaginación sobrada para urdir las tramas pintorescas de tantos secretos como hemos captado, merced, claro es, a nuestro esfuerzo y a nuestro trabajo.

Nada de esto nos interesa. Quede para los demás escritores que lanzan el timo de cada mes, juntando recortes de periódicos en un libro estúpido y vacío, que no llega nunca a decir nada original.

A nosotros nos interesa España, y tenemos que estudiar mucho y trabajar muchas horas para salir al público con una versión inédita, una interpretación subjetiva y un poco de pasión en los puntos de la pluma, y no ese cambalache de retazos que constituye una estafa consumada en las pacientes barbas del buen lector español.

Repetimos que nuestros avisos, nuestras llamadas, ¡nuestro S. O. S.!, no fué captado por nadie. Los políticos de aquel Gobierno no vieron, porque no quisieron ver. No supieron, porque no quisieron saber, y hora es ya de que la gente pueda enjuiciar con verdadero conoci-

miento de causa, cargando los tantos de culpa sobre los verdaderos responsables.

Además, yo no me puedo conformar con que muchas personas que no me han visto en su vida hayan dicho en los periódicos, en la calle, en los pasillos del Congreso, en las peñas políticas y en todos los casinos y cafés:

—¡Ya lo anunció Mauricio Karl!...

—¡Bien claro lo dijo!... Tenía muchísima razón.

Los linces del Ministerio, los grandes y solemnes señores del banco azul y los altos regidores de la Policía no se enteraron. Y si llegaron a enterarse, fueron tan estúpidos o algo más..., que no tomaron en cuenta las notas de nuestra estima, el cuaderno de nuestra Verdad.

Y así fué el voto de confianza otorgado a Samper y a Salazar Alonso; y así fué la Revolución de octubre.

Los diputaditos de entonces acordaron poner las cosas en manos de estos dos singularísimos gobernantes, y allá se fueron tan contentos a las playas del Norte, frotándose las manos de gusto.

Te confieso, lector, que aquel día fué el más amargo de mi vida.

Y eso que ya habían empezado a cumplirse la mayor parte de nuestros augurios. La Cámara

tuvo conocimiento del hallazgo (¡casual!) de los depósitos de armas en Cuatro Caminos y en la casa del concienzudo diputado socialista Lozano.

Pero importaba mucho más la brisa de la Concha, y la excursión a Biarritz. Lo que decía Mauricio Karl, ¡eran fantasías y elucubraciones!; una exageración desorbitada y pasional.

Fué en vano mi peregrinación a los despachos políticos, mis entrevistas con los Fiscales. A la Policía, no; ¿para qué?... A todos los que sospechábamos no hubieran leído nuestro libro. Fué inútil. Completamente inútil.

—¡Pero, hombre, qué dice usted!...

—¡Vamos, vamos, no será tanto!

—¿Se figura que yo me he caído de un guindo?...

—¡Uno... está al tanto de todo, aunque no lo parezca!

—¿Los socialistas?... ¡Bah!... ¡No tienen importancia!... Cuatro gatos... tres banderines y la "Internacional". No tienen coraje. No hay organización revolucionaria...

—¿Que tienen armas?...

—¿Adónde?... ¡Usted delira!

—¿Prieto?... ¡Es un burgués!

—Y lo de que Largo Caballero es un Lenin, ¡mentira!

Y nos tuvimos que marchar con el puño apretado en santas iras, como ellos lo apretaban en el mitin del Stadium, agrupados con los comunistas y anarquistas de todo linaje, cabe el yugo de unas Alianzas Obreras que han resultado trágicas y que nadie supo entender.

Ante la estúpida ingenuidad de los escépticos, hicimos varios viajes, buscando afanosos a quienes les podría interesar la noticia. En San Sebastián brindamos nuestros temores a unos amigos, en quien habíamos fundado ardidas esperanzas. ¡Tampoco!

Ya desesperábamos de encontrar un eco a nuestras voces, cuando tuvimos la suerte (¡dichosa suerte!) de hallar en nuestro paso a un capitán del Ejército español.

Le expuse mis temores, le di a conocer mis teorías, y no me costó ningún trabajo convencerle. Yo creo que estaba ya convencido. Aquella corazonada mía, aquel venturoso encuentro, me llenó de satisfacción. De más satisfacción que si hubiera ganado para mi causa al propio ministro de la Puerta del Sol.

Desde aquel día, me vi fortalecido en mis afanes patrióticos, en mis temores por España, en mis sobresaltos por la Revolución; en mis sustos por la sangre que veía verterse; en mis ahogos por lo irremediable del peligro...

Pude respirar a gusto, porque me di cuenta de la labor que se realizaba en el Ejército. Luego, más tarde, obtuve la certidumbre de que la revolución inminente sería aplastada por la espada de nuestro Ejército y la Cruz de su Hispanidad.

Se iban localizando los nidos marxistas. Las huras de los masones. El rincón anárquico y disolvente. Se hicieron listas de traidores. Se descubrió a los fantasmas agazapados en las filas del mando, con sus siete cabezas internacionalistas; a todos los que se habían insertado en los puestos de información, ocultos en las esquinas conspiradoras.

Y comenzaron los relevos en secreto. Con fiera gallardía. A los que no se pudo relevar, se les hizo el vacío. Quedaron como islas. Sin contacto con los caballeros; con los hombres de España.

Paralelamente a esta acción se forjaba en los yunques patrióticos, dura y fuerte, la UNION del Ejército leal a España.

Y se previno todo. La vacilación, la duda; ¡hasta la traición de los altos mandos! Todo ello era poco, porque los más habían jurado sobre la cruz de su hombría aplastar al monstruo revolucionario. ¿Qué importaban tres o cuatro mandilones obedientes a la secta Anti-Nacional?

La Unión del Ejército fué un hecho formida-

ble en toda la Península. Desde Algeciras a Vigo y desde Salamanca a Gerona. Todo el contorno de nuestra piel de toro se estremeció de entusiasmos y fervores. En los cuartos de banderas se entonaba el himno glorioso del "¡arriba España!" ¡Se notaba el acelerador de la sangre, impulsando el motorcito de los corazones! Un delirio de rezos se marchaba al cielo todas las noches, con el gusto goloso de estas letras: ¡ES-PA-ÑA!... ¡ES-PA-ÑA!

¡Había que aplastar la Revolución y salvar la Unidad de la Patria!

Era preciso continuar escribiendo con la punta de las espadas la tradición gloriosa de las armas.

¡Afuera los cobardes y traidores! La Historia ya sabe que el Ejército español es invencible, cuando no le derrotan las traiciones y las deslealtades interiores...

Un verso unánime se hacía música en las bocas de la milicia. Las rosas frescas de la sangre española amanecían a cada aurora enjoyando pechos y adornando uniformes. ¡Había que vencer, por encima de todos los políticos y gobernantes!

¡Y llegó octubre!

El trágico octubre. La fecha imborrable de los

bárbaros. El paso atrás en los siglos. La fementida y canalla Revolución.

A un lado, El Enemigo, con sus potros de apocalipsis: El Marxismo, el Anarquismo y la Masonería, bien armado; porque si una verdadera casualidad frustró, en parte, el alijo del Turquesa, *se puso, en cambio, en las manos revolucionarias, nada menos que fábricas enteras repletas de dinamita, fábricas de fusiles, fábricas de cañones. Nada le importó al Gobierno que le dijéramos tres meses antes* (1):

"¡Cuidado con Asturias!... Podemos asegurar que de esta provincia, caso de no estar guarnecida de antemano, se adueñarán el primer día los revolucionarios."

No se quiso guarnecer debidamente y se entregó a la Revolución un armamento colosal y la seguridad absoluta del triunfo.

Al otro lado, un Ejército destruído por Azaña, aniquilado por sus leyes, "triturado" por su sistema, sin efectivos, sin ropa, sin dotación. ¡Casi deshecho!

La ventaja, pues, era de los otros; de los revolucionarios, preparados a fondo; distribuídos los puestos, recontadas las armas, escritas las consignas, hecha, en fin, toda la guerra con su

(1) Vimos a Salazar Alonso leyendo nuestro libro en los pasillos de la Cámara.

estado mayor preparado..., para salir huyendo, como siempre.

Tan seguros estaban del triunfo, que se lanzaron al asalto y a la barbarie.

Llegaba la hora tan temida por nosotros. El parto de la república, que no había sido el 14 de abril.

El parto con dolor, con lágrimas, y "oíamos de nuevo el pasodoble que amortajó el cadáver de nuestro Imperio"; nos sonaban las estrofas del "Himno de Riego", sin que dejáramos de pensar:

"Ahora, ¿qué se derrumbará?"...

* * *

El "Enemigo" se equivocó una vez más; aferrado, como siempre, a su concepto materialista. *No contaba con la fuerza del espíritu. Y el espíritu le venció, gallardamente. El espíritu racial, el espíritu castizo, el espíritu español vinculado en la Unión del Ejército.*

Barcelona, primero; luego, Madrid; más tarde, Asturias; finalmente, toda la Península, estremecida de ilusiones.

Y allí se acabaron, fenecidas y pisoteadas, las fuerzas numéricas, las falanges rojas de asesinos, las cuadrillas de ladrones, los grupos de

cobardes, las hordas de pistoleros, las organizaciones comunistas, las pandillas de "escamots", las turbas de forajidos, las traiciones y deslealtades. ¡Todo lo arrolló y descompuso el espíritu noble, altivo y campeador de nuestro Ejército, entrando como un río en los pechos de la equivocación!

Y pudo renacer el Sol de la paz y fundir la angustia de las gargantas, el delirio de las frentes, la zozobra de los corazones, la agonía de los pulsos, la opresión de la lucha. Y se volvió a cocer el pan y a encender la luz. Se enterraron los muertos y se cerró el manicomio de los vivos, aunque Europa entera estaba puesta de pie, mirando atónita la ruda fiereza suicida de los bárbaros, esclavos a sueldo de los internacionalismos.

La noche dramática de la Revolución fué empujada hacia su fin por la aurora de las espadas; por los puños fuertes de los nietos del Cid, hijos de Castilla, que parió tantos mundos.

¡Por el espíritu de Dios!

Y se dió la proeza sublime—como las de Ruy Díaz de Vivar—de que un puñado de soldaditos españoles hiciera poner en fuga a miles y miles de separatistas catalanes.

Y se vió la gallardía de un teniente que salió por las Ramblas a proclamar el estado de gue-

rra con diez soldados, y, cuando leía el bando, le iban quitando las balas pedazos del papel... que no dejó de mirar ni un segundo, a pesar de que los disparos le iban matando la escolta.

Así pudo verse la maravilla de un oficial español que, con cuatro soldados, tomó un Casal Catalá, *donde había más de trescientos separatistas armados de todas armas; subiendo él solo hasta el piso primero, arrancó del balcón la bandera con la estrella solitaria que cayó en el dintel de la puerta.*

Salieron manos en alto los separatistas, pisoteando su bandera; también lo hizo el oficial y los cuatro soldados que le acompañaban, sin que aquellos piojosos *tuvieran valor para defenderla.*

Aquéllos y los aguerridos pelotones de Asturias, sentían en sus venas sangre de España, fe patriótica, espíritu de héroes, carne de Castilla, corazón de raza, enteriza, fuerte, omnipotente y triunfal.

* * *

Nuestra Nación estuvo a punto de ser borrada del mapa europeo como Estado independiente.

El triunfo del compás masónico hubiera tra-

zado las lindes nuevas del ominoso reparto... "En el aire, banderas y yugos extranjeros..."

Como decíamos nosotros, y acaso también el señor Lerroux, cuando hablaba de "una turbia maniobra internacional", *relacionada con la Revolución de octubre. Revolución que, en fin de cuentas, no era si no el* asesinato de España.

Finalmente, preguntamos:

¿Quién urdió, por manera tan maravillosa, la Victoria?...

¡Venga, un nombre siquiera!...

¡No lo hay!, ¿verdad?... ¡No lo hay! No puede haberlo.

¡Que no se miente a nadie, porque seríamos capaces de escupirle al rostro!

No están los vencedores en esa "España Oficial". No pueden estarlo. Son los cualquiera, arrinconados en el último cuarto de banderas; los humildes guardias civiles, los modestos guardias de Seguridad y de Asalto, los policías de una Comisaría olvidada; los soldados de fila, guiados por el camino victorioso, merced al alto espíritu de España, que no quiere rendir vasallaje a la estrella solitaria de los judíos, al compás tenebroso de los masones, ni a la negra bandera de los anarquistas.

Aquel Ejército y aquellos soldados; aquellos guardias y todos los españoles que sentían el or-

gullo de serlo, dieron el golpazo de muerte a la Revolución.

¡Como tienen que darlo muy pronto, para acabar de una vez con la Anti-Patria!

¡Dios nos guíe, que fuerzas no han de faltar! y ¡arriba España!, matriarcal, triunfante, imperecedera, sosegada en la paz de un orden nuevo, nacido de su estirpe, de su creación y de su ventura.

EL AUTOR.

LIBRO PRIMERO

Lo que calla la Historia

Una sociedad que conoce al mundo y no es conocida por él, es un poder irresistible. (De un documento masónico.)

Interpretación masónica de la Historia de España

(Continuación.)

Los generales organizadores de derrotas

Seguimos la Historia interrumpida cuando el "Himno de Riego" era el "Réquiem" del Imperio...

En los seis años anteriores, la Masonería había controlado a casi todo el Gobierno, adoptando la precaución de cubrirse con un antifaz del más puro fernandismo. Sin la presencia de ministros masones que traicionaran a España, desde los puestos conseguidos a fuerza de mentiras y simulaciones, no hubiera sido posible su decadencia y la pérdida del Imperio. Fué necesario *organizar la derrota,* desde las altas cumbres del Estado, que, debilitado y pobre, no fué vencido sino por las armas de los traidores, escondidos, como siempre, en los *talleres* y *logias*.

No cabe duda: Desde que la Masonería se inserta en las organizaciones de la vida nacional, se repite una y otra vez la maniobra, y de un modo tan exacto que hay períodos muy distantes cronológicamente que, sin em-

bargo, tienen un paralelismo exacto, como ahora veremos.

A poco que fije el lector su atención sobre este fenómeno, advertirá que la línea fisonómica de la organización derrotista de España, que trae consigo la pérdida del Imperio, y como consecuencia el triunfo constitucional de 1820, aparece y se repite nuevamente en la *organización de la derrota* que ocasionó la implantación de la república de nuestros días.

La sublevación de entonces, que dió al traste con el orgullo imperial de nuestra raza, extendida en las llanadas de América, a pesar de Riego, de Quiroga, de San Miguel, O'Donojú, O'Dail, de Mina y otros, no hubiera triunfado nunca de no contar con la complicidad de los ministros del rey. El Ejército y el pueblo se hubieran bastado para dejar en ridículo a los traidores sublevados. Pero allí estaba el Gobierno masón alentando a los rebeldes, nombrando al célebre general O'Donnell, conde de la Bisbal, jefe de las tropas. Este hombre (de tan triste recuerdo) cumple a rajatabla sus deberes masónicos sublevándose en Ocaña. Es el auténtico *general organizador de derrotas.*

La casta de los O'Donnell sobrevive todavía y anda como entonces enroscada al tronco secular de la Patria, y el más miope puede ver a otros condes generales envueltos en la misma traición, que lo son todo para la Masonería y nada para España. ¡Ahí están, escondidos en los mandos militares; en los puntos fuertes, para frustrar la defensa! Esperando siempre—¡cobardes!—el triunfo del Enemigo, para pasar la cuenta de su deslealtad y cobrar la recompensa de su traición.

No hace falta nombrar a nadie. El lector, sin gran esfuerzo, podrá identificar a esos generales que siguen la

línea de aquellos O'Donnell en la tragedia y desventura de España.

* * *

La Masonería se unifica y cobra vigor insospechado en el año 1818. Hasta esta fecha, y durante la guerra de la Independencia, se habían producido cuatro cismas. El de Cagliostro, el de Asanza, ministro de José I (afrancesado), el de los liberales de las Cortes de Cádiz, dirigido por Inglaterra, y el de Montijo.

La unificación le presta un gran aliento a las logias y permite (además de la sublevación de las tropas que iban a ser enviadas a América para restablecer la paz y afianzar el Imperio español), adueñarse totalmente del Gobierno de la Nación. Véanse, si no, los testimonios fehacientes de algunos historiadores.

Son tan rotundos, que no dejan lugar a duda:

"En 1820 apenas había un liberal que no fuese masón. Las logias llamaban al Gobierno "nuestro hijo". (Vicente Lafuente.)

"La Masonería había hecho la Revolución... siendo, después, Gobierno oculto del Estado. España era entonces casi una misma cosa con las sociedades secretas." (Alcalá Galiano.)

"La Masonería era política, por manera que... fué uno de los elementos más activos de la Revolución. La Masonería rivalizaba en poder con el Gobierno, y a tal punto, que los ministros tuvieron que buscar en las logias su apoyo personal." (Marqués de Miraflores.)

"La mudanza ocurrida en España había sido hecha por una sociedad secreta, la secta masónica." (Modesto Lafuente.)

"Porque, a decir verdad, en aquellos tres años no estuvo el Gobierno en manos del Rey ni de las Cortes, ni de los Ministerios, que, con ser elegidos por las logias (como lo fué el cuasi postrero, el de San Miguel), o supeditados a ellas (como el de Argüelles), renunciaban voluntaria o forzosamente a toda autoridad moral, sino que estuvo y residió en los capítulos masónicos y en las torres comuneras. (Menéndez Pelayo.)

Primer Ministerio constitucional

Presidencia: Agustín Argüelles, Gran Maestre del Gran Oriente, Gran Comendador del Supremo Consejo y Jefe y Gran Castellano de los Comuneros de Castilla.

Estado: Evaristo Pérez de Castro, Masón.

Hacienda: Canga Argüelles, Masón.

Gracia y Justicia: Manuel García Herreros, Masón.

Marina: Juan Jabat, Masón.

Ultramar: Antonio Porcel, Masón.

Guerra: Marqués de las Amarillas, Masón.

He ahí un Gobierno identificado plenamente con la Masonería. Todo el equipo de gobernantes, obedientes al poder misterioso de los internacionalismos.

Toda la banda miserable al servicio de judíos y traidores. ¿Cómo le iba a ir a España con esta gentuza?

¡Como le fué y còmo le va ahora! Pero observemos los hombres que se ve precisada a exaltar:

Argüelles, su Gran Maestre, sin otro mérito que el de ser llamado el "divino" orador, con una elocuencia llena de tópicos, se aúpa sobre las altas cumbres del Estado. La Masonería aprovecha siempre la existencia de estos oradores; como los timadores, necesitan del cómico que llore y haga aspavientos para convencer a sus víctimas,

sobre todo si ha de ser estafada España, engañándola con el "timo de las misas".

El "divino Argüelles" y su escolta de "hermanos" fueron los dignos abuelos de la progenie actual, tan embustera como aquélla.

Vèase lo que dice Riera y Comas, en un documento publicado en Londres acerca del insigne (!) personaje:

"En primer lugar, el señor Argüelles (y lo digo sin temor a equivocarme) apropióse setecientos veinte mil reales del Erario; e interpelado alguna vez por este motivo, contestó muy oportunamente que, suponiendo que él hubiera sido ministro desde que cayó la Constitución en 1814, atendida esta circunstancia, le parecía muy justo cobrarse por sí propio los sueldos atrasados. Los demás ministros, que estaban siempre a la mira de las acciones de su *divino* para imitarlas, se penetraron de la justicia que asistía a Argüelles para tal apropiación, y en este concepto cada ministro se cobró por sí solo el sueldo atrasado de setecientos veinte mil reales."

Después de referir otras varias dilapidaciones, añade: "De don Domingo Gonzalo de Torres, tesorero general de estos empréstitos, se cuenta que *perdió,* o no supo el paradero, de ochenta millones, que había recibido, por todo aquello: *de lo que han de comer otros, ya lo comeré yo antes."*

Para que se vea cuán verdad es esto, voy a copiar aquí como prueba, entre varias, un apunte que se publicó en Londres en 1836, referente a este asunto.

"Lo que se recibió con estos empréstitos es incalculable: Al tesorero general don Domingo Torres le desaparecieron de las manos, sin saber cómo ni cuándo, unos ochenta millones de reales; por aquello de, *riñen los pastores y se descubren los hurtos.* El asunto se hizo público; llega a noticia de las Cortes, se alborota el cotarro, levantan el grito hasta el cielo algunos diputados, se nombra una comisión, se forma expediente, aparece justificado el robo, separan de su empleo al señor Ferrer, claman por su castigo algunos periodistas liberales, abogan en su favor los publicistas ministeriales, que eran los más... el expediente no se concluyó y... ¿qué haremos?, ¿qué no ha-

remos? Que diga el señor Argüelles que acaba de recibirse *masón:* el señor Torres es un hermano muy apreciable, está en el Gran Oriente. Si este negocio continúa, el crédito de todos sus compañeros va a tierra. El reintegro es imposible, porque se hizo la distribución a prorrata, y cada uno llevó, como vuecencia, la parte que le correspondió. El señor Argüelles pidió el expediente, se quemó de su orden y asunto concluído. Y las Cortes, ¿qué hicieron entonces? Nada."

Como se verá, por lo que antecede, los amigos de Argüelles no iban a la zaga de nuestros más esclarecidos "enchufistas", y eso que por aquellos tiempos no había condumio para todos. El pueblo, esquilmado y pobre, no podía abastecer a tanto h.˙. insaciable; había muchos que no habían probado siquiera las migajas del festín, el hueso de un destino, la carnaza de una comisión o el lujo de una sinecura. Mucha gente masónica no había tocado las monedas envilecidas del *reparto.* Cundió el descontento y se produjeron luchas intestinas, hasta llegar a una división de fuerzas.

La Masonería, curtida ya de experiencia, estuvo muy atenta al fenómeno. Había que canalizar la protesta de los hambrientos para que no se salieran de su control, evitando la posibilidad de una escisión, o lo que parecía más grave, el que formasen una organización adversa y enemiga.

¡Igual, exactamente igual que en nuestros tristes días!

Y así vemos surgir entonces cuatro organizaciones distintas, enraizadas en el mismo tronco secular de la Masonería y dirigidas además por sus más *altos y ocultos poderes.* Es preciso que se conozcan; siquiera señalemos sus perfiles de una manera sintética, porque tienen un parecido extraordinario con muchas de las actuales fuerzas políticas y sociales, sin contar, por otra parte, que

su esencia, su modo de ser y su historia forman el más legítimo antecedente del anarquismo y socialismo ibéricos. Nosotros nos hemos percatado de la utilidad de sacar a plena luz estas raíces masónicas soterradas en el misterio, porque aclaran ciertos fenómenos inexplicables para muchos que nunca se cuidaron de hendir la corteza de las apariencias con la segur de la investigación y de la verdad.

Realizado este experimento, veremos también que no hay nada nuevo sobre la tierra de España y que el energúmeno anarquista, como el embustero socialista, son remedos de cosas ya pasadas por el tamiz de los tiempos.

Los Anilleros

La Masonería, en 1820, se vió precisada, a impulsos de lo que pudiéramos llamar su *extrema izquierda,* a expulsar de su seno, con gran aparato, a toda su *ala derecha.* Claro que ni entonces ni ahora, ni nunca, la Masonería se ha dividido en estas clasificaciones. Los hermanos obedientes a la secta adoptan, según las conveniencias y dictados de la Orden, la posición política visible más conveniente, ora en la derecha, ora en la izquierda, o ya en el centro, según aconsejen los vaivenes del Gobierno y a tono con los secretos de las logias. Pero esta posición política visible es una mera "accidentalidad" subordinada al mejor servicio de la Masonería. Tiene mucha importancia no olvidar estas maniobras, porque los que leyeren habrían de sufrir muchas y lamentables equivocaciones, originadas por el confusionismo dimanente de estos cambios de lugar, que impone siempre como medio seguro la oscura táctica masónica.

Si no tenemos presente la mentira de estos cambios, no podremos fácilmente explicarnos el complejo sutilísimo de sus acciones, nacidas como en un generador eléctrico situado en la faldas de los Andes, y cuya energía llega por hilos ocultos a los más lejanos países. Decíamos que la Masonería expulsó de la Orden a la mayoría de sus políticos colocados en los grupos de derechas, a los que pudiéramos calificar con mayor exactitud de políticos "conservadores". La expulsión se hizo a golpe de bombo y platillos; con todo el aparato de una representación espectacular. Era preciso que los incautos se entregaran rendidos a la apariencia de la farsa, porque en rigor aquella exclusión no fué más que una pobre comedia hecha con el decorado de los grandes acontecimientos teatrales, y con el fin de engañar al pueblo español, que no percibía, como ahora, la verdad escondida bajo el mandil de los hermanos.

Fueron expulsados: Toreno, el príncipe de Angola, Moreno Guerra, Zayas, Lozano Torres, Yandiola, Martínez de la Rosa, Cano, los obispos de Madrid y Mallorca y los canónigos Mariná, Muñoz Torrero y Llorente.

Estos hermanos, que fueron "afrancesados" en 1808 y "moderados" en 1812, terminaron siendo "constitucionalistas puros" en el 1820. De un constitucionalismo a la inglesa, que se diría más tarde.

Formaron en seguida una sociedad secreta bajo el nombre de *Los Anilleros*, usando como señal externa una cinta azul que se colocaban en la solapa.

Salvo este detalle, tan propio de aquella época, vemos ahora reproducidos en nuestra política actual los *tipos* de aquel trienio 1820-1823. Es una línea paralela a este cuatrienio 1931-1935, cuyo *paralelismo* de las líneas está engendrado por el paralelismo de sus "pun-

tos", poniendo en este vocablo toda la intención castiza que le dan los entrañeros de Madrid.

Los Anilleros de 1820 son en 1935 los hombres del partido radical y del fenecido Servicio de la república, los reformistas (idénticos en su esencia masónica) y los "conservadores" y "progresistas".

La semejanza llega a tal punto que los Torenos, los Angolas, los Martínez de la Rosa, etc., de aquellos tiempos, parecen "paralelos" de los Lerroux, los Alba, los Melquiades y de algún otro que figura en primer término, escoltado por los Guerra del Río, Salazar Alonso, Alvarez Mendizábal, Blasco, Merediz, Vaquero y tantos otros.

Sobre estos personajes de la política actual, representantes de grupos y fuerzas parlamentarias, ejerce la Masonería un apretado control que se encarna nada menos que en el grado 33, alto prestigio de las logias, señor Portela Valladares, esforzado y antiguo Gran Maestre, de gran solvencia en la secta.

Los masones (los auténticos)

La representación oficial del Gran Oriente formó el primer Ministerio con el "divino" Argüelles a la cabeza. Tenía a sus órdenes, además de los ministros ya citados, a Mendizábal, Quiroga, Riego, O'Donojú, Morillo, Mina, y casi todos los diputados americanos del año 12, reelegidos en su mayoría para las Cortes de 1820.

La representación política oficial de la Masonería se mostraba menos conservadora que la de *Los Anilleros* y más moderada que la de *Los Comuneros,* aunque unos

y otros rivalizaban en la disputa de los cargos y sinecuras.

El poder residía en el "Supremo Consejo Masónico", del que fué "Gran Comendador Soberano" el "divino" Argüelles. Bajo su obediencia pastaba el gran rebaño de los 20.000 hh.·. presididos por el lema: *Constitución o muerte.*

No hay más diferencia entre aquellos y los de ahora: Martínez Barrio, Azaña, Sánchez Román, Marcelino Domingo, Gordón Ordás, Companys y todos los del famoso bienio, incluyendo también a los socialistas, que aquéllos tuvieron el "divino" orador, y los de ahora necesitaron pedirlo prestado.

Los Comuneros

Después de los sucesos de 1814 se fundó en secreto la sociedad revolucionaria conocida con el nombre de *Los Comuneros de Castilla.* El motivo visible o externo que legó como referencia de su constitución fué el descontento producido por no haber un enchufe decoroso para cada uno de los masones; aunque el verdadero motivo era evitar un desplazamiento de los grupos más exaltados que se habían quedado al pairo, sin arribar a las playas de los grandes destinos y prebendas. Además de los perjuicios que se irrogaban a la secta, los desobedientes descontentos podrían dispersar sus actividades masónicas entre un barullo de opiniones que había que cortar. La Masonería no podía dejar sin sus riendas a tanto hermano masón, y se le ocurrió el medio más hábil para conseguirlo: la fundación de *Los Comuneros,* dándole a esta nueva sociedad secreta un matiz

de radicalismo y un fin concordante con el programa masónico.

Esta sociedad fué guiada y controlada por la Masonería, pues en aquellos momentos en que el poder estaba en manos de la secta, no convenía a sus propósitos patrocinar directamente las violencias y exaltaciones, con objeto de no asustar a los timoratos que aún creían en las mentiras de la Masonería gobernante.

Por otra parte, el alto mando masónico, que ha estado siempre por encima de los Gobiernos masones de España, ha tenido buen cuidado de ordenar a sus agentes directos que desobedecieran en absoluto los mandatos de aquéllos, siempre que significara ideas de paz, de orden, de progreso y de bienestar... Lo que le interesaba a los *ocultos poderes* de la Masonería, entonces como ahora, es que la revolución no se detuviera un minuto, que la violencia y la destrucción siguieran su curso, porque ese sólo fin y no otro es el inspirador de todas las acciones de la Masonería internacional contra nuestra Patria.

La Masonería necesitó entonces crear una filial de su secta con *Los Comuneros*, para echarle la culpa de muchas cosas que a ella se le pudieran atribuir. No hay que olvidar que la representación *oficial* de la secta, con su Gran Maestre al frente, encarnaba el Gobierno de Su Católica Majestad y que el pueblo, en una mayoría aplastante, era católico y monárquico. Por estas razones, la Masonería y su Gobierno tenían que ser ecuánimes y circunspectos, encubriéndose bajo una capa de apariencia que le sentaba muy bien y simulando que determinadas concesiones se veían forzados a hacerlas por la presión demagógica de aquella sociedad de *Comune-*

ros..., cuando en realidad no hacían sino llevar a cabo todas sus aspiraciones y deseos.

Hay que señalar un detalle en cuanto al nombre de *Comuneros,* y es que no indica ciertamente una afinidad estricta con el actual comunismo o socialismo, aunque, desde luego, en *Los Comuneros* de entonces había ya un sentido de lo social. Le faltaba el proletariado como clase propiamente dicha. Pobres, aunque había muchos, no formaban el núcleo definido, y sin éste no podía resultar de manera alguna el exponente singularísimo de lo social-marxista, que es la lucha de clases.

Por eso, y haciendo honor a la verdad, tenemos que identificar a *Los Comuneros* con el actual socialismo, en cuanto a la posición y al papel que ambas fuerzas representan en el área estrictamente política. Su misión, dentro de la estrategia masónica, es idéntica en 1931 a la del año 1820, salvando, naturalmente, los accidentes de tiempo y espacio. Y para terminar esta ligera interpretación, vamos a afirmar la verdadera dependencia y sumisión de *Los Comuneros,* con respecto a la Masonería.

Basta estudiar brevemente la calidad de sus dirigentes: Los autores antimasónicos que hemos consultado señalan como presidente de *Los Comuneros,* llamados pomposamente Grandes Castellanos, a Romero Alpuente, al brigadier Piquero y a Riego, y como comuneros de nota, a Torrijos, Gallardo, Galiano, San Miguel, al conde de Teba, a Mina, a Palanca, Mejía, Jáuregui y Copons. Todos ellos conspicuos y destacados masones.

Para reforzar nuestra tesis, añadimos este dato, de un valor incontrastable:

"A raíz de los sucesos ocurridos en 1814, algunos ilustres miembros del Consejo constituyeron una Sociedad revolucionaria dirigida a reconquistar las libertades políticas, inicuamente pisoteadas por un rey ingrato y de nefasta memoria. La nueva institución, conocida con el nombre de *Los Comuneros de Castilla,* de la que *Argüelles* fué proclamado Jefe o *Gran Castellano,* y que el vulgo confundió con la Francmasonería, puso a ésta en grave aprieto, tanto, que aquel honorable hermano creyó necesario abdicar la Gran Comendaduría del Supremo Consejo, que a la sazón desempeñaba, para que su nombre, comprometido en ambos organismos, no los confundiese en el criterio vulgar, atribuyendo a la Masonería los trabajos eminentemente políticos de *Los Comuneros de Castilla."* (1).

El sentido de este texto masónico es lo suficientemente claro para que el más profano pueda darse cuenta exacta del verdadero papel de *Los Comuneros,* que no eran más que el de unos testaferros, creados y dirigidos por la Masonería para conseguir sus fines con el máximum de facilidades. No olvidemos que la Masonería en el Poder se mostró siempre ante los incautos más o menos conservadora, derechista o de orden, como se muestra ahora, siguiendo en la misma línea de conducta. Al propio tiempo y simultaneando su acción, posibilita el desorden, facilita el asalto, promueve las discordias, enciende las hogueras de la revolución, frustra el castigo, impide la acción de la justicia, remueve las pasiones, agita las masas, produce la ruina, la desolación y la muerte, sin que se vea su cabeza de monstruo aflorar a la superficie, encenagada como está en el misterio de su fango. ¡Así en 1820 con *Los Comuneros!* ¡Así en 1934 con los socialistas!...

¡Y tantas y tantas veces más!...

(1) "Diccionario Enciclopédico de la Masonería", por los h∴ Grado 33, Lorenzo Frau y Rosendo Arús, pág. 7 (O'Reilly, 54-Habana).

Los Carbonarios

Hay varios testimonios que demuestran la existencia de *Los Carbonarios*. Son, sin embargo, muy escasos los datos que se han encontrado sobre su actuación, sobre sus medios y sobre sus hombres.

Ocurre con *Los Carbonarios* lo que actualmente sucede con la F. A. I., organismo superior y secreto de la Confederación Nacional del Trabajo (C. N. T.). Esta trilogía de iniciales, pregonada por todas las esquinas de España, en miles de hojas y folletos clandestinos, enseñoreada en las ramblas de Barcelona como en los solares de Madrid, y esparcida por los pueblos más humildes, con su rojo y negro—sangre y luto—pintado en las cruces de los caminos, en las paredes de las fábricas, en las ventas arrieras, en los cortijos, en las casas, en los palacios y en los ministerios, es un enigma para muchos, como lo fué en sus tiempos la sociedad secreta de *Los Carbonarios*.

Ni de aquellos hombres ni de estos de la F. A. I. existen datos auténticos para hacer siquiera un ensayo histórico de su vida y de su actuación. Hoy mismo, de esa roja y negra Federación Anarquista Ibérica apenas si conoce algún detalle la Policía. No hay un intento de reseña histórica, ni un atisbo que identifique al monstruo del Anarquismo español. Lo poco que se conoce está escrito por los mismos anarquistas, y ellos jamás descubrirán los secretos de su vida. Sería estúpido. Nos encontramos actualmente con el foco proyectado por el ángulo nacional no llega ni con mucho a descubrir la actuación de estas fuerzas ingentes, incrustadas, como *Los Carbonarios* de entonces, en los grupos sociales de España; pero esta carencia absoluta de textos no implica

nada para la no existencia de la cadena interminable de sus crímenes, de sus atentados personales y colectivos. El misterio de su actuación no aduce nada en contra de la serie dramática de sus hechos visibles, sobre los que caen tantas lágrimas españolas, tanta desolación, tanta ruina y tanta miseria... No es un capricho banal, originado por su parecido, lo que nos ha hecho establecer un parangón en la falta de fuentes históricas que hay para el estudio del carbonarismo y del anarquismo actual.

Estamos perfectamente seguros que *Los Carbonarios* son en la vida social ibérica el más legítimo antecedente del anarquismo de nuestros días. Fué su nodriza, ya que no su madre; el pecho de donde extrajeron los jugos iconoclastas del crimen y de la traición. La F. A. I. es la línea prolongada del carbonarismo. Su esencia llega, aunque bajo distinto nombre, hasta nuestros días. Tanto importa *carbonario* como *faísta.* Si exceptuamos el influjo que desde 1870 adquiere el anarquismo sobre el proletariado español, a través de las organizaciones obreras, vemos la identidad de origen, de acción y de fin.

Claro es que en aquellos tiempos los carbonarios no podían influenciar al proletariado, porque, como hemos dicho, aún no existía como clase organizada; pero en lo demás, hay una semejanza extraordinaria que conviene señalar de una manera destacada.

Y todavía conviene señalar el hecho revelador de que, precisamente en el mismo momento en que desaparecen de España *Los Carbonarios,* empiezan los anarquistas a adquirir poder, logrando con poco esfuerzo enseñorearse de la masa obrera. El catecismo anarquista se exalta como una llama y prende sus hogueras con inusitada rapidez. El mismo Anselmo Lorenzo, "patriarca" del anarquismo español, del cual hablamos en

nuestro libro *El Enemigo,* lo dice terminantemente, y Anselmo Lorenzo, que fué el primer anarquista de España, era un excelente masón, obediente en todo a la secta internacional.

Por tanto, *Los Carbonarios* eran en su época lo que en la nuestra son los afiliados a la F. A. I. Entonces y ahora tenían la organización clandestina; idénticos fines, iguales propósitos y parecidas tácticas; en una palabra, la misma específica misión: la de constituirse en ejecutores de las sentencias masónicas.

Los Carbonarios de aquellos tiempos y los anarquistas que conmueven el bienestar de nuestra vida actual actuaron entonces y actúan ahora por inducción de la Masonería, sistematizando el crimen; haciendo serie de los asesinatos individuales y colectivos, y obedeciendo siempre (en muchas ocasiones sin darse cuenta) a la Secta.

Esto eran *Los Carbonarios* y éste es el anarquismo actual.

* * *

No está de más que puntualicemos algunos extremos referentes al modo como entraron en España los miembros del Carbonarismo: desembarcaron en Barcelona los italianos Pachiarotti, D'Atelli y Pecchio, cabe una coyuntura propicia a los fines de aquella sociedad secreta.

Los italianos, hijastros de la loba, extienden y fundan sus "ventas" (que equivale a "Logia" masónica, como "Torre" comunera). Allí mismo, en los puertos oreados del Mediterráneo, frente a la línea vigorosa del azul, instalan sus redes. Todo el mar es suyo. Y la gente también. Predican la nueva, y bajan por la raya orien-

tal de nuestra España, cruzando los vergeles de Alicante, la huerta clara del limonero y del naranjo, los viñales ubérrimos de Málaga, la tierra soleada de Granada y Sevilla, hasta la sal de Cádiz, ¡novia bonita!, prende en el anzuelo extranjero, para morir sin aliento, como la plata de sus peces, en la malla de la traición.

¡Cuidado! Al igual que Fanelli, que trajo en su pecho el odio frío del anarquismo y lo injertó en las pobres carnes de España, estos Pachiarotti, D'Atelli y Pecchio rebuscan en sus malas alforjas semilla de *vendetta*.

No importa su lengua ni sus artes. El tizón carbonario tiene apariencias de semilla y agarra en los barbechos.

No vale que riñan masones y comuneros; comuneros y carbonarios. La rencilla tiene siempre sabor de cambalache, de comadreo sucio, de intriga pobre y mercenaria. Alguna vez reviste apariencias de verdad. Luego... nada, porque el miedo que inspiran los carbonarios a los hermanos masones acaba siempre en francachela. Por encima de las discordias aparece el signo de la obediencia máxima. El *ukase* de la Internacional que dirige y manda a unos y otros. La *alta venta* radica en Roma, en Nápoles, en París, en Londres. ¡Siempre extranjero! ¡Siempre la coyunda exótica enganchando las cervices de España!

Mazzini dijeron que era el Jefe Supremo, mas... ¿a quién obedecía éste?...

La pobre historia de esos tiempos no dice nada. Como no dice nada tampoco de los nefandos crímenes que cometieron *Los Carbonarios*, ni cuál era su verdadera misión en la revolución española. No hay datos. No existen antecedentes. Es muy difícil penetrar en aquel hacinamiento de odios y rencores. Lo que sí podemos afir-

mar es que *Los Carbonarios,* como la F. A. I., estaban sujetos directamente a la disciplina de la Masonería, mediante "puentes" que los unían y sujetaban por encima de las fronteras. Todos sus actos estaban armónicos con la trayectoria de los fraudes internacionales fraguados en las logias y, en muchos casos, sirvieron de instrumento coactivo, de amenazas y condenas para los mismos masones que, en un penúltimo rescoldo de patriotismo, sentían escrúpulos de acatar las órdenes y las insinuaciones de la secta.

Igual, exactamente igual que acontece hoy con la F. A. I. y su herramienta al uso, la tristemente célebre C. N. T.

La república coronada de 1820 a 1823

A la fuerza masónica del Gran Oriente le nacen estos engendros de *Anilleros, Comuneros* y *Carbonarios.* Los últimos vástagos tienden sus brazos a la Francia lírica de la revolución. La de los "Derechos del Hombre", la de la trilogía de principios. La mentida divisa de Libertad, Igualdad y Fraternidad convida a su banquete a los recién paridos del monstruo. Francia es el Arquetipo, y su estandarte marsellés enciende los pechos iconoclastas. El altar de España se viola. No hay un sentimiento noble, ni una idea honrada. La aspiración política de la Masonería se funda precisamente en eso. En ser copia de Francia, remedo de su revolución, base de sus peregrinos.

El *Gran Oriente* y *Los Anilleros* tenían aún mejor papel en el reparto. Era el de frustrar toda reacción por parte de las clases *nacionales,* y lo que es aún peor, en-

cubrir los fines revolucionarios y dar paso franco a la anarquía.

No exageramos. A nadie puede extrañar esta complicada y sutilísima estrategia. Ella se identifica sola, como se identifican las huellas dactilares de los hermanos masones a través de sus propios surcos. Por otra parte, no olvidemos que los afiliados a estas sectas eran una minoría insignificante de la nación. Su poder radicaba tan sólo en su organización secreta, en el apoyo de los elementos internacionales, en el misterio de sus acciones, en lo tenebroso de su conducta. Todos habían vivido, además, una experiencia muy reciente. La guerra de la Independencia, en la que todos los ejércitos de Napoleón habían sido incapaces de imponer principios antinacionales—ateísmo, extranjerismo, mediatización de la soberanía nacional, etc.—, y estos principios, sustancia propia y jugo maternal de la Masonería, sabían ellos que no era posible suministrarlos con la cara descubierta; había que disfrazarse, contando, como contaban, con todo el poder del aparato estatal.

Fué necesario un *camouflage,* unas caretas de cartón, una apariencia de católicos, un mote de conservadores y un disfraz de monárquicos para deshacer la orientación del pueblo y producir la división de las masas nacionales. Así vemos a todos los Gobiernos masónicos—adoradores del becerrillo de oro francés—taparse con una capa de embozos monárquicos y católicos.

Y aquella gentuza se levantaba para ir a misa, profanando el templo, y besaba la mano del Rey, hincada la rodilla de tuétanos republicanos.

Ni una generosidad, ni una nobleza. Nada altivo, nada gallardo, nada español.

Eran ateos, y se acercaban al presbiterio con la flor

de la blasfemia, encarnada de rencores, para tragarse en sus bocas el Divino Cuerpo de la Sagrada Forma. Vileza y cobardía! ¡Alientos de sapos y fango de charcas! ¡Como ahora mismo—según adivinará el lector—, en los últimos tiempos del fenecido régimen; como en lo que se anuncia por venir, ya negro de lutos y de desgracias!

Es necesario tenerlo muy presente, porque este fenómeno se repetirá mil veces, desde 1820 hasta la crueldad de nuestros días...

Segundo Ministerio

Nos vemos precisados a una concisión extrema en el relato de las incidencias políticas. Basta, no obstante, la línea pura de nuestro horizonte, alumbrado por la verdad de nuestra pasión. La índole de este trabajo no consiente tampoco un mayor discernimiento histórico que, sinceramente, no añadiría nada importante al foco de nuestro propósito.

Cae el Ministerio Argüelles envuelto en el polvo de sus vergüenzas, de sus robos y de sus escandalosas dilapidaciones.

Los Comuneros aspiran a sucederle; pero *Los Anilleros* truncan la codicia de aquéllos y entran a saco en el Poder. Se reparten las carteras entre Feliú, Bardají, Cano Manuel, Moreno, Barata, Valdemoro y Escudero.

De la fisonomía de este Gobierno (que iba a tranquilizar a España), da idea el que Feliú, máximo ministro, era partidario acérrimo de la independencia de las Colonias españolas. Apenas escalaron los paredones de la autoridad, el Gran Oriente, los Comuneros y los Carbo-

narios, que tenían a punto todo el aparato revolucionario, se lanzan a un movimiento que repercute en Cádiz y en Sevilla. Mina apoya desde Galicia, donde le secundan varios h.'., a las ciudades andaluzas. Se le destituye del mando, pero Cataluña (1) se suma al movimiento. El objetivo primordial era—¡como hoy!—implantar pequeñas repúblicas. Seccionar el árbol de la Patria, dividir el suelo, separar el cuerpo y arrancar los trozos como si fuera un cadáver. ¡Lo de siempre!

El Gobierno (?) sólo mandaba en Madrid.

Se derrumba el Ministerio y le sucede otro de tipo "anillero", presidido por Martínez de la Rosa, y con los siguientes personajes: Moscoso, Clemencín, Garelly, Sierra, Romerate y Bacarat.

Madrid entero se levanta amotinado cuando el flamante Ministerio trata de desarmar a las Milicias nacionales, que son *comuneras*. Acaece la batalla de Platerías en los alrededores de la Plaza Mayor. La venerada efigie de Riego arde en una escombrera, y sus defensores (¡qué poco altivos, por no decir cobardes!) se disuelven por las calles en cuanto ven caído del dosel el retrato del "totem". ¡Como los indios! Hay jaleo en las Cortes. Suenan clarines y bofetadas. Asoman los puñales. Se entroniza el escándalo bajo el cielo español. En julio descubre la *Ronda* una nueva conspiración realista. Se conmueven los cimientos gubernamentales y cae con estrépito la babel de Martínez de la Rosa.

Y ya no hay modo de apuntar siquiera el número su-

---

(1) El que nombremos esas regiones y provincias no significa que fueran ellas las sublevadas. Nos referimos a las fuerzas masónicas que radicaban allí. El pueblo no percibía esos movimientos, mejor dicho, no los entendía, y si llegaba a enterarse era completamente contrario a ellos.

cesivo de algaradas, pronunciamientos, motines, conspiraciones, atentados y rebeldías. La hoguera ha prendido en barrios bajos, y en Aragón, en la Giralda y en la huerta de Murcia, en las Ramblas de Cataluña y en las orillas del Ebro. ¡España entera agarra el trabuco! Todos son embozados y pistoletes; reuniones y gritos. En cada esquina un grupo, en cada café un plan, en cada calle un tumulto. Así, todo el suelo de Norte a Sur.

Es preciso siquiera un breve índice de los hechos más transcendentales:

1.° Riego y Mina (¡hola, *hermanos!*), inspirados por la Masonería de Francia, intentan proclamar, a todo evento, la república gallega y aragonesa.

2.° Lucas Mendialdúa, al frente de una cuadrilla de presidiarios, ladrones y contrabandistas, ensaya una república social, asaltando comercios y casas ricas, llevándose jamones y barriles, joyas y despensas. El formidable revolucionario se anticipó a las tragedias de Asturias, inventando la norma del perfecto ácrata.

3.° Los masones de Cádiz, Sevilla, Barcelona, Bilbao y Zaragoza se hacen dueños del cotarro y establecen fugaces repúblicas de libertinaje.

4.° Bessieres, alto grado francés, trabaja por implantar otra república en Cataluña y hasta en su propia Francia. Le condenan a muerte, pero le indultan después y se fuga. Se fuga porque quiere la Masonería, como se fugó Van-Halem de la capilla de muerte.

5.° La tentativa republicana fina con sus tiros en la batalla de Platerías. Un remedo de la toma de la Bastilla, bajo la misma bandera.

"La ley no pudo patentizar los proyectos del 18 de septiembre, porque nada más difícil que las pruebas legales, en don-

de, contaminados todos los resortes de la administración pública por las sociedades secretas, se hallan siempre instrumentos de iniquidad y hombres ligados por juramentos inmorales." (1).

6.° En los pueblos de Valencia, en Alcoy singularmente, se queman fábricas, se entra a saco en almacenes y se realiza un plan preciso de comunismo libertario. Inglaterra se frota sus manos mercantiles.

No contamos, ni hace falta, otras luchas y tentativas innumerables ocurridas en toda la Península. En aquellos precisos momentos ocurre una mutación teatral grandemente espectacular. Son encargados de formar Gobierno... ¿los realistas?, ¿los anilleros?... No. Es Fernando VII, el gran narizotas, el gran *paletó,* el que se fumaba todos los días treinta cigarros puros, el que quiere volver a dar el Poder al Gran Oriente masónico, y se lo da. Se lo da porque para eso era el Rey... para eso, y para obedecer a la Masonería como un *aprendiz* cualquiera. No sabemos si mediaría de antemano alguna visita histórica a los presos políticos; lo cierto es que el imbécil del monarca entregó a Evaristo San Miguel la presidencia del Poder. Y todo el mundo sabe que Evaristo San Miguel, que tiene una calle en Madrid, era masón, y de los más conspicuos.

El Ministerio comunero

Fernando VII se lleva el gran chasco. Cuando encarga del Gobierno a San Miguel, queda tranquilo y satisfecho, por tener la convicción de que su primer ministro

---

(1) Esto dice el marqués de Miraflores de aquel hecho. Pero... ¡a cuántos acontecimientos posteriores convienen esas mismas palabras! ¡Ahí está el 6 de octubre de 1934, sangrando todavía!

era un masón moderado y circunspecto, y se encuentra (qué hombre más inepto) con uno de los jefes más destacados de los *Comuneros.*

Navarro, Gasco, Capaz, Vadillo, Egea y López Barrios, a quienes se reparten los Ministerios, son también amigos de San Miguel, comuneros como él, y tan mendaces como todos los de la "Torre". Los altos destinos van a parar, asimismo, a las avanzadillas correligionarias.

Con esta patrulla de mandones se inicia al poco tiempo lo que se nos antoja llamar *un poco de república coronada a la jacobina, y... ¡vamos tirando!*

La guerra civil

Empieza la guerra civil. La guerra civil a pecho descubierto, porque la otra guerra civil había empezado para nosotros mucho antes con la invasión francesa, ya que en el fondo de toda nuestra epopeya de la independencia, sólo late una idea firme e inquebrantable: *la eliminación de todo lo antinacional,* que nos venía por las fronteras a lomos de los caballos invasores, mandados simbólicamente por el Gran Maestre Adjunto de la Masonería: por Murat, y nada menos que para sentar en el trono de las Españas al Gran Maestre de la Masonería francesa, José Bonaparte.

Aquellos formidables ejércitos sucumben, derrotados ante el ímpetu de los hidalguitos de España, de los mozos y de los viejos, de las mujeres y de los niños. Pero estos patriotas fueron al fin *vencidos y humillados por la perfidia* del otro ejército invisible, del que no da nunca la cara. Por esas turbas de fantasmas que sirven a la Masonería porque, nacidos en el territorio patrio, ade-

más de hermanos son *hermanitos,* y, *de hecho,* tan extranjeros como los asesinos del Dos de Mayo, sólo que se cubren con una fe de bautismo española para que no se los conozca.

Y entonces—¡triste drama de la vida española!—la guerra civil se injerta en el cuerpo de la Patria. Ya no habrá paz nunca. Apenas sucede una tregua, la *Guerra Civil* vuelve a encender sus hogueras. Luchará lo NACIONAL contra lo Anti-Nacional. ¡Hasta que muera España! Hasta que se desangre su corazón o le peguemos certero navajazo al "Enemigo".

Este es el dilema, y no hay más.

Los motivos próximos de la guerra civil

Bajo el signo malhadado de los cuatro Ministerios que hemos dicho, se desarrollan los sucesos que rápidamente vamos a reseñar, con independencia absoluta de los accidentes políticos que jalonan la vida de aquellos Gobiernos.

Queremos destacar tan sólo los que acucian las guerras intestinas, dejando aparte y bien sentado por nosotros la fronda picaresca y de asalto que adorna y cubre el edificio de los malandrines.

He aquí los motivos próximos o externos que dan origen a la guerra civil:

1.° La dilapidación descarada de los caudales públicos, repartidos como botín de guerra. La ruina de la Hacienda nacional.

2.° La centralización—a la francesa—de la administración pública (¡Quién diría que a los pocos años los masones, herederos de estos centralistas, iban a enarbo-

lar bandera de federalismo separatista. Los abuelos centralistas y los nietos separatistas suicidas!)

3.° Las medidas antirreligiosas. En esto hay congruencia, porque desde Aranda hasta Azaña, pasando por los del trienio 1820-23, todos han sido iguales. Azaña imita a Aranda y expulsa a los jesuítas (como si con la expulsión y el despojo se arrancara de los pechos la creencia católica). En fin, vuelve el arcabuz masónico a sacar el odio de la noria. (¿Y para qué?...)

Se impone entonces a los curas obligación de declararse liberales. El cargo de obispo se concede únicamente por el Gobierno. La Iglesia queda supeditada en absoluto al poder civil. Se le niegan derechos de propiedad y posesión. Se le arrancan sus bienes. Se limitan sus templos. El "moderado" conde de Toreno (otra calle en Madrid) pide que se echen abajo las iglesias para "aprovechar la piedra y la madera". Esto, un moderado; los de vanguardia, teas de incendio y aguarrás... Se nombran obispos y canónigos a los curitas masones. Se destierra a varias autoridades eclesiásticas. Se remiten curas y frailes fuera de España.

Algunos caen asesinados de una manera cobarde. Se incita a las monjas *para que abandonen su clausura. "Vamos a levantar los velos y a elevarlas a la categoría de madres", como predicaba el gran Lerroux.* Cunde la cizaña monstruosa y el odio inexplicable... ¿Para qué?

Asesinatos aislados.—La muerte del general Elío, del canónigo Vinuesa, la del obispo Strauch.

El general Elío permaneció en la cárcel durante dos años. En 1822, por la presión de una turba de "pesete-

ros", se formó un tribunal ilegal, ya que lo presidió un teniente coronel. Fué condenado a la degradación y a la horca.

La sentencia decía: *"Examinada la causa, se le condena por unanimidad a pena de horca."* Se le condenaba sin expresar delito.

Un autor tan poco sospechoso como Modesto Lafuente dice: *"El suplicio de Elío no dejó de ser un insigne y escandaloso asesinato."*

El canónigo Vinuesa fué condenado a diez años por conspiración *(¡una conspiración de uno!* No se pudo comprobar que tuviera cómplices); las turbas allanaron sin resistencia alguna la cárcel y le rompieron el cráneo a martillazos. Se glorificó a los asesinos, y el martillo fué adoptado como enseña por los *buenos liberales,* ya que también, simbólicamente, era el "mallte" masónico.

El obispo Strauch fué trasladado en la célebre tartana de Rotten y se le aplicó la ley de fugas (1). El motivo de su asesinato fué el haber traducido las obras antimasónicas de Barruel.

Asesinatos en masa

En Manresa fueron fusilados veinticuatro hombres. En Madrid, Pamplona, Barcelona y Valencia, otras muchas personas. Mina, en La Coruña, asesina en masa. Riego hace lo mismo en Málaga. Vigodet, Ballesteros y Zayas acuchillan en Madrid mujeres y ancianos indefensos.

Copons manda ahorcar al oficial Goiffeu, para satis-

---

(1) La ley de fugas aparece en nuestra historia en esta época. Hay que reivindicar para los masones la gloria de su invento.

facer el instinto de crueldad de las turbas. El Empecinado, en Cáceres, acuchilla hasta los niños. El coronel González fusila a trescientos prisioneros, que se habían rendido creyendo en su palabra. En Granada se asaltan las cárceles y se asesina a los presos. En Orense se hace lo propio. Méndez Vigo, un general, asesinó a más de cien presos a bayonetazos (1).

La mayoría de las Cortes aprueba los asesinatos. Se desterraron a más de 6.000 ciudadanos.

Galiano, según confesión propia, predicaba la matanza en masa. Romero Alpuente pedía el asesinato simultáneo de 15.000 madrileños. Las Cortes autorizan al Gobierno *"para prender a cualquiera, sin formalidad alguna, sin especificar ni comunicar el motivo, aunque sólo fuese por leves sospechas de ideas anticonstitucionalistas"*.

He aquí algunos artículos de la ley promulgada:

Art. 1.° *"El que intente abolir o alterar la Constitución, será fusilado."*

Art. 2.° *"El que dijera que en algo no se ha de observar la Constitución, ocho años de cárcel."*

Art. 3.° *"El que no sea liberal, será juzgado por un consejo de guerra..."*, etc., etc.

Los que votaron esta *Ley de Defensa* y los autores de los asesinatos fueron, sin excepción alguna, masones.

Si así se respetaba el *derecho a la vida,* no queremos perder el tiempo diciendo cómo se respetaban los derechos de reunión, asociación y las libertades de imprenta y de sufragio, etc., etc.

(1) "Manda arrojar al mar, a bayonetazos, entre las sombras de la noche, a los presos políticos, cuyos cadáveres sangrientos y deformados, machacados los cráneos con los remos de los asesinos, vinieron al día siguiente a dar testimonio de la ferocidad jacobina y a encender inextinguible sed de venganza en el ánimo de los realistas." (Menéndez Pelayo.)

Conspiraciones

Hasta nueve se eleva el número de conspiraciones contra los excesos de los Gobiernos masónicos.

Ninguna de ellas tiene fortuna. Sobre todo en las que participa directamente Fernando VII y están dirigidas por elementos de su elección. Todas ellas fracasaron antes de nacer. La explicación es sencilla. La moralidad de las personas que lograban la confianza regia corría parejas con el nivel moral del monarca. Así, la persona designada por el Rey era casi siempre un ventajista que se lucraba del dinero destinado a organizar el complot, o bien era el auténtico agente provocador, al servicio de la Masonería, que de este modo lograba eliminar a personas de buena fe que pagaban su confianza siendo asesinados en los calabozos de las cárceles o ante el piquete de ejecución. Y produce verdadera repugnancia ver el disimulo, la doblez y la frialdad con que Fernando VII azuzaba a los verdugos contra los que perdían la libertad y la vida en defensa de su persona.

Las partidas

Hasta que los enemigos del Gobierno no se decidieron a prescindir totalmente de la intervención del Rey, no lograron ventaja alguna. Recurrieron, como en la Guerra de la Independencia, a las guerrillas. Las primeras surgen en Galicia, después en Navarra y en las Vascongadas, últimamente en Cataluña.

La lucha fué terrible, encarnizada. Ni por una parte ni por otra se dió cuartel. Y también, como en la francesada, el Poder lo asumió una Regencia, que conside-

ró al Rey cautivo, como cuando estaba en Francia, y a los liberales como unos franceses.

Los triunfos que obtuvieron los voluntarios de la Regencia, principalmente en Cataluña, alarmaron extraordinariamente al Gobierno, que concedió el mando a Mina, con un ejército de 20.000 hombres.

No es nuestro propósito, ni éste es lugar adecuado, para relatar aquella campaña. Unicamente haremos constar la *humanitaria pacificación* que realizaron los paladines de la *fraternidad.*

Las Cortes votaron un decreto feroz. Era el siguiente: *"Fusilar, sin formación de causa, al que fuese sospechoso de realismo. Se condena a trabajos forzados a los que hubiesen peleado en favor de los realistas, si no se presentaban voluntariamente, y que todo realista, aun sólo de opinión, fuese fusilado."*

El gobernador militar de Barcelona publicó la siguiente orden:

1.° *Los paisanos entregarán todas las armas y cuchillos de punta* (!).

2.° *De noche no podrá salir nadie de casa ni podrán reunirse más de dos personas.*

3.° *El que haga fuego a la tropa será fusilado sin formación de causa, y su casa quemada, aunque no sea la que él habite.*

4.° *El pueblo que se diga realista será saqueado e incendiado.*

5.° *El que escriba en realista será fusilado.*

Y Mina ordena: *"ser pasados por las armas, sin formación de juicio, los párrocos y regidores que no den noticias de la posición del enemigo en tres horas alrededor del pueblo".*

Veamos cómo se cumplen prácticamente tales disposiciones:

Se saquea el pueblo de Carvera, y luego se le pega fuego a cuatrocientas casas. Son violadas multitud de jóvenes y niñas.

Castellfullit, de orden de Mina, y en nombre del Gobierno liberal, fué saqueado, quemado y arrasado, con pena de muerte para todo aquel que reedificase edificio alguno en aquel terreno, habiendo asesinado antes a treinta niños y ancianos, únicos que habían quedado en el pueblo, pues los demás habían huído ante la amenaza de aquel general bandido. En el sitio donde existió Castellfullit se puso, de orden de Mina, una lápida, en la cual se leía: "Aquí existió Castellfullit. Pueblos, tomad ejemplo: No abriguéis a los enemigos de la patria." Mina firmó después varios bandos en el mismo lugar que había ocupado el pueblo arrasado. ¡Imposible ferocidad más refinada!

La quema de Castellfullit fué la señal. Se quemaron las villas de La Bisbal y Montblanch, los pueblos de Valle Espinosa, Cornudella y Talarn; éste por ser... patria del barón de Eroles. En Artega se fingió Mina realista, con lo cual logró se le acercara una columna, que fué alevosamente fusilada. San Llorens de Piteus sufrió la suerte de Castellfullit. Los fusilados se contaron por centenares; los deportados y desterrados, por miles. El Gobierno liberal, en vez de relevar al general Mina, que tan ferozmente procedía en pleno siglo XIX, le elevó a teniente general y le revistió de toda clase de facultades (el 16 de noviembre). Conste así para que no se atribuyan a un loco tales crueldades, pretendiendo absolver al partido que las alentaba y aplaudía.

He aquí la orden que se dió, y véase si hay algo más atrozmente bárbaro, no ya en la historia de las guerras, sino en la misma historia de los grandes crímenes: *"la cuarta división borrará del mapa de España la villa esencialmente facciosa de San Llorens dels Piteus, con cuyo motivo será saqueada y entregada a las llamas.* Los cuerpos tienen derecho al saqueo en las calles que se les señalen, a saber: Batallón de Murcia, en la calle de Arañas y Balldefred; el de Canarias, en la calle..., etc."

La orden en que se daba cuenta de haberse ejecutado el saqueo, decía así: *"Don Antonio Rotten, caballero de la Orden de San Fernando, brigadier, etc., Ordeno y Mando:* 1.° *La Villa de San Llorens dels Piteus ha sido saqueada e incendiada por mi orden, a consecuencia de la sedición de sus habitantes contra la Constitución, que nunca han querido jurar.* 2.° *No podrá reedificarse.* 3.° *Sus habitantes no pueden permanecer en los partidos de Solsona y Berga.* 4.° *Se exceptúan los liberales.* 5.° *Los que no se marchen serán fusilados.* 6.° *Incluso las mujeres, niños y sexagenarios."* (20 de enero de 1823).

En Manresa, en el lugar denominado *Los tres roures,* fueron asesinados por el general Mina, sin formación de causa, veinticuatro ciudadanos, entre ellos algunos octogenarios, y el padre Tallada, sabio matemático.

En Alicante, veinticuatro frailes fueron arrojados al mar, de orden del gobernador general.

Mina, durante su mando en Cataluña, asesinaba a los realistas por grupos de cincuenta, arrancándolos del seno de la familia durante la noche.

En Cardona (13 de noviembre de 1822) fueron asesinados quince jornaleros sin formación de causa.

En Valencia fueron *suprimidos* ciento veinte realistas en 1821 y en 1823 otros cincuenta.

El general Costa fué asesinado por el general Milans.

El párroco de Piera y otros cuatro sacerdotes fueron acuchillados.

En pleno teatro de Barcelona dijo el alcalde que, como entrasen los franceses en la ciudad, sería asesinado el obispo de Vich. El día 14 de abril pasaron nuestros vecinos el Bidasoa, y el 16 era asesinado el citado obispo. Antes, al ser conducido a Barcelona, el general Milans le había jurado que si durante el camino disparaban los realistas un solo tiro sobre la columna liberal, le ahorcaría en el momento.

El general Mina prometió 200 duros a los que asesinasen a los generales realistas Freire y Valero.

Los 100.000 hijos de San Luis

Y hablemos ahora de las guerrillas y de los 100.000 hijos de San Luis, que por cierto no eran hijos de San Luis, ni eran tampoco 100.000 (1).

El lector habrá esperado que llegara este momento con la curiosidad natural, por conocer nuestra opinión sobre tan singular hecho histórico.

La expondremos sin reservas:

Vaya nuestro sincero aplauso para los buenos españoles que se rebelaron contra la tiranía masónica, causante del hundimiento del Imperio.

Hay que considerar que aquella guerra fué una guerra sin cuartel, pero las atrocidades que hemos relatado

---

(1) A 90.000 les hace llegar al historiador liberal Modesto Lafuente, contando a los realistas españoles. Parece ser, no obstante, que sólo eran 70.000; a saber: 40.000 españoles y 30.000 franceses.

y que cometieron los masones (1) debían haber sido ejecutadas contra ellos mismos... ¡Ojo por ojo, diente por diente, y asesinato por asesinato!

Nadie estará más identificado con aquellas guerrillas que lo estamos nosotros. Precisamente porque fueron la auténtica representación de España. Condenamos, sin embargo, en absoluto que solicitaran apoyo del extranjero los personajes y personajillos que mendigaron la intervención en el Congreso de Verona. Semejante determinación no podía caber más que en la mente cretina y miserable de Fernando VII y de su célebre camarilla. No comprendió el *narizotas* y sus cortesanos que su deber hubiera sido morir por España. Lo de pedir a un país extranjero soldados y ayuda debía quedarse para los Asanza, los Azaña y los Lerroux. Cualquier gobernante digno muere con gallardía antes que un soldado extranjero atraviese la frontera.

Hemos fijado nuestra posición rotunda en lo que atañe al hecho histórico del duque de Angulema, bajo el punto de vista *nacional*.

Nadie encontrará la menor contradicción en nuestro juicio.

Miremos ahora el hecho sobre el ángulo de lo internacional. Hay que contar, para ello, con que estaban muy próximos entonces los horrores de la Revolución francesa, y las consecuencias de aquella catástrofe que derivaron a la guerra napoleónica, además de que las monarquías europeas querían sofocar los conatos de nuevas revoluciones, pues la experiencia demostraba que el mo-

(1) Ballesteros era tenido por representante de la Sociedad Comunera. La Masonería miraba como suyo a La Bisbal.; Mina era muy grato al partido exaltado. Así lo dice Lafuente en su Historia de España, tomo 19, pág. 42.

tor masónico de los focos revolucionarios irradiaba energías más allá de las fronteras del país donde triunfaban los ímpetus de la violencia.

No tardó la Revolución española, urdida en oros y triunfos, en proporcionar pruebas, apoyando movimientos que engendraron la alarma primero y el propósito después, de desbaratar el centro animador de la nueva amenaza revolucionaria.

"Las logias" permanecieron en continua comunicación con todas las del extranjero.

En Madrid, unas y otras tramaban conspiraciones, apoyando con recursos cuantiosos los movimientos para derribar los Gobiernos de Francia e Italia.

Las revoluciones de Portugal e Italia contaron con los auxilios del Gobierno español.

En la sublevación napolitana influyó decisivamente Onís, que era embajador de nuestro Gobierno, y allí se implantó la Constitución española de 1812.

En el Piamonte también se prestó el apoyo español. Asimismo se proclamó la Constitución del 12 en Portugal.

El heredero de la Corona de Francia es asesinado en 1820. La cara del Terror volvió a mostrarse en el horizonte de las naciones europeas, dominando plenamente en España, que constituía el ejemplo alentador y que era la base del apoyo moral y material de la Revolución internacional.

No nos molestaremos en aducir pruebas—aparte los evidentes hechos relatados—de la intervención del Gobierno español en los asuntos interiores de países extranjeros.

No hace mucho tiempo hemos sido todos testigos de un hecho análogo cometido por el Gobierno masónico

de Azaña, contra Portugal; y se ha probado con tal evidencia, que no habrá nadie que dude de los *hechos* semejantes y de su ascendencia masónica.

El "casus belli" lo habían proporcionado nuestros Gobiernos y los representantes y testaferros de la Masonería internacional, y desde su punto de vista y como medida defensiva, las potencias extranjeras, principalmente Francia, hicieron muy bien. Al fin y al cabo era una muestra de solidaridad en defensa de la civilización, que echamos hoy muy de menos entre los países de Occidente, ante un caso de mayor barbarie, más rotundo y de mayor peligro, como es el de Rusia, con su Gobierno bolchevique, instrumento de la III Internacional.

Y eso que nos duele como propia la sangre vertida por los soldados españoles, forzados a defender los horrores y los crímenes de aquellos Gobiernos del mandil.

La independencia de las Américas

Ya dimos por segura la destrucción del Imperio, con motivo de la insurrección de Riego en la ciudad de Cádiz. Efectivamente. "En el trienio" 1820-23 se van cayendo una a una todas las hojas de la rosa Imperial española.

Al general Ballesteros, que había capitulado como traidor ante los insurrectos, se le nombra capitán general. Y Ballesteros era de la Secta, aunque desleal.

Los diputados liberales de las colonias daban sus votos al Gobierno español, a condición de que no se hiciera nada contra la insurrección americana triunfante. (Igual que hacía la Esquerra.) Muchos de ellos fueron más tarde ministros de sus repúblicas. El diputa-

do Moreno Guerra, americano, presidió el primer movimiento separatista de Cádiz. Las Cortes nombran una comisión para resolver el conflicto colonial por cualquier medio, *sin excluir la independencia.* Todos los que votaron el acuerdo, y los mismos ejecutores, eran, sin excepción, masones.

Itúrbide proclama la independencia de Méjico. El virrey Apodaca intentó perseguirle, pero las Cortes le depusieron. Nombran en su lugar a O'Donojú, que en 1820 se había sublevado para no embarcar. Al llegar a Méjico capitula ante Itúrbide, reconociendo la independencia en el "Tratado de Iguala". Itúrbide y O'Donojú eran también masones.

Exactamente igual ocurre en el resto del colosal Imperio.

Cae en septiembre de 1823 la Constitución, y con ella el Gobierno y las Cortes masónicas. Sólo le quedan a España Cuba y Puerto Rico. En un rincón del Perú se batía un puñado de españoles que, desamparados y sin ayuda, fueron vencidos por la traición masónica: en en Lima, oficiales masones, sobornados por Bolívar, destituyen al virrey don Joaquín de la Pezuela, y ponen en su puesto al traidor José de la Serna. Este licencia a los batallones leales, quedando solamente los que mandan, oficiales cuya obediencia ciega la habían puesto al servicio de la secta. Surge en seguida la derrota de *Ayacucho; derrota que ellos mismos organizaron.* El dictado infamante de "los ayacuchos" les seguirá manchando de cieno toda su vida.

Esto no importa para que después escalen las más altas cumbres del Estado: "Ayacuchos" son Espartero y Maroto.

¡Todos ellos masones! ¡Así lo había decretado el Su-

premo Consejo de Charleston, sede máxima de la Masonería universal! ¡Y así lo cumplieron los súbditos masones con cédulas de España!

Que éste y no otro era el verdadero fin que encubría el lema de Libertad. Y nos quedamos ya sin Imperio por los siglos de los siglos.

Una década fernandina

Fernando VII vuelve a adquirir todo su poder absoluto. El poder absoluto es la idea obsesionante de este Rey, que ha pesado sobre España como una tremenda y terrible calamidad pública.

Empieza a ejercerlo con una represión contra los del "trienio" anterior; se salvan los principales culpables, como siempre, y caen en las redes los pececillos revolucionarios de ínfima categoría. Riego, entre ellos, que, como tantos figurones, no fué más que un muñeco en manos de la Masonería que manejó a su antojo la ambición y la fatuidad de este *pobre hombre*. Murió renegando del liberalismo—que jamás habían entendido—, causa de su triste fin.

Ministerio Sáez

En los primeros momentos se encarga este Ministerio del Poder, y emprende una labor a fondo de limpieza. Dos meses escasos le dura la confianza regia. Sus componentes eran capaces de seguir una política, pero no de doblegarse a los caprichos del Rey. Por tanto, si a estos hombres, que tenían detrás la inmensa mayoría de la nación, se les puede filiar como "realistas", no les cuadra, sin embargo, el adjetivo de "absolutistas".

Veamos, porque es curioso, de dónde extrae el Rey los ministros absolutistas de la década, y además su procedencia y su significación política:

Tadeo Calomarde es liberal y absolutista en 1814, liberal en 1820 y responsable de la política de los años comprendidos en 1823 a 1830.

El conde de Ofalia, ferviente constitucionalista en 1820, es empleado en las Cortes masónicas durante el "trienio" y liberal hasta el 1823.

Cea Bermúdez—¡tiene una calle en Madrid!—es liberal en 1812 y embajador del trienio.

El duque del Infantado, liberal y afrancesado en 1808, es constitucional del 1812 al 20.

Los Ministerios de este tiempo se hallan guarnecidos de antiguos y acreditados masones.

Fernando VII, al igual que a su vuelta del destierro, da el Gobierno a los únicos hombres capaces de servir todas sus bajezas, traiciones y caprichos.

Y estos hombres los encuentra solamente en el campo liberal y en las logias masónicas. Y así vemos, no con asombro, que en este período se persigue tan ferozmente como durante el trienio a los realistas puros. Y no les van en zaga los ministros del Fernando el absoluto a los del Fernando el constitucional.

Alguno nos pudiera objetar que también cayeron masones en este tiempo. Ciertamente que cayeron; pero sólo los masones impacientes, incapaces de esperar los frutos de la nueva táctica. Como hoy, en plena república, caen también los anarquistas impacientes.

Conspiraciones liberales y guerra civil de los "malcontentos"

Por falta de espacio no podemos reseñar este período calamitoso en que España se fué hundiendo poco a poco.

Basta echar una ojeada a cualquier historia para darse una cabal idea.

Los "malcontentos", como luego se popularizó este nombre, eran los que habían luchado a pecho descubierto contra el "trienio" masónico, y que luego se vieron chasqueados, como todos, por las intrigas de Fernando VII.

Sentimos no poder reseñar aquella cruel campaña. Sólo podemos afirmar que la represión fué tan enorme como la de Mina. Se fusiló a innumerables hombres que durante la guerra de la Independencia y durante el "trienio" famoso se jugaron la vida por el "Deseado". ¡Así pagaba el *narizotas* los sacrificios de sus súbditos! En tanto, seguía triunfante la táctica masónica; con plenos poderes y ancho campo. De esta manera se mataron infinidad de españoles sin piedad.

¡Así caía a pedazos el edificio del Estado, y venía al suelo el prestigio de una nación invencible y poderosa!

Una gran jugada masónica

Y llegamos al final de la pesadilla del reinado de Fernando VII.

La Masonería no había triunfado de una manera oficial, puesto que su representación auténtica e indudable no ocupaba el Gobierno en los últimos años de aquel monarca.

No obstante, las *logias* como entidades superiores o, mejor dicho, como un *superestado,* habían triunfado plenamente, logrando abatir el Imperio.

España quedó convertida en una nación de última categoría. Inglaterra, la protectora y protegida de la Masonería, fué dueña sin inquietudes del Estrecho de Gibraltar, piedra angular de su Imperio, que sucede al español en auge y poderío. Con la primera etapa del plan masónico se consiguen los objetivos principales de carácter internacional.

No obstante, hay que tener cuidado con el pueblo español, que tiene esencias de grandeza bien guardadas. Hay que asegurar dentro de España el germen de la discordia, de la guerra y de la división.

Es necesario lograrlo a todo trance, cueste lo que cueste, y la Masonería ve en la próxima muerte de Fernando VII un riesgo peligroso, porque Fernando VII había sido un Rey integralmente *divisor.*

Cuando era derrotado uno de los bandos en pugna y desaparecía la división, él era quien de nuevo la engendraba. Y de esa manera, consciente unas veces, inconsciente otras, servía magníficamente a la táctica masónica.

Derrotados los masones como fuerza política, sólo quedaban sus restos vergonzantes adheridos al Poder, y ello a costa de todas las bajezas y humillaciones que les imponía el *amo.*

El advenimiento al trono del infante don Carlos, heredero legítimo, tenía un significado catastrófico para el plan masónico. Los ministros absolutistas tendrían que ser arrojados del mando, quedando de esa manera la Masonería eliminada implacablemente. Y la monarquía, respaldada por un partido único, de probado he-

roísmo—capaz luego por si solo de sostener tres guerras—, enraizado profundamente en la Tradición nacional, había de inaugurar una política bajo el signo de la *Unidad Heroica y Eterna de la Hispanidad.*

La política floreciente que hoy campea en Roma y en Alemania florecería en España, superada, porque llevaría de cortejo el perfume divino de la catolicidad, rosa del mundo, fragancia de la tierra y aliento de Dios.

Y aquello no podía suceder. Había que cortar la flor de tan bella oportunidad histórica...

... ...

Sucedió que la Reina Amalia tenía las entrañas vacías. No cabía la esperanza de que Fernando VII tuviera descendencia legítima. No había un Príncipe para el trono que evitara a don Carlos la posesión del cetro...

Y he aquí la muerte *oportunísima* de la Reina virtuosa, de la buena y estéril Amalia, de la Reina infeliz que no pudo tener hijos. Su muerte es tan extraña y tan propicia a la secta como la de Primo de Rivera. Siempre que una persona es el eje de un viraje adverso a la Masonería, el eje se rompe... la persona muere.

En la muerte de la Reina, lo *oportuno,* como siempre, no obedeció a una simple casualidad, porque la Reina Amalia murió envenenada. Ahí están los testimonios del marqués de Iturgoyen y la confirmación categórica en los síntomas que rodearon la agonía de aquella egregia dama.

Con este *hecho* enlazamos la cadena de los sucesos posteriores, soldando los eslabones con el estaño frío de la lógica inductiva.

El Rey, pese a sus años y achaques, decide matrimoniar por cuarta vez. Se libra una verdadera batalla sobre quién ha de ser la elegida, con miras a los senti-

mientos políticos que pueda tener la futura Reina. De entre todas, triunfa inopinadamente la Princesa Cristina, hija de los Reyes de Nápoles.

¿Quién ha movido las lindas muñecas del desposorio? La Historia lo dice bien claro.

Había en la Corte, además de don Carlos, otro hermano del Rey, el Infante don Francisco, casado con Luisa Carlota, que traía su sangre borbónica del reino de Nápoles.

Todos los documentos históricos atribuyen con rara unanimidad a esta Infanta el influjo decisivo para que Fernando eligiera por esposa a su hermana Cristina.

También se dió como motivo principal la declarada rivalidad de Carlota con la heredera de la Corona, esposa de don Carlos.

Es preciso fijarse bien en esta pareja que forman los Infantes Francisco y Carlota, pues en ellos está la solución del enigma.

Se casa por cuarta vez Fernando VII, y, cosa extraña, él, que no había logrado sucesión viable con sus tres mujeres anteriores, se ve ascendido a la categoría paternal justamente a los nueve meses de sus desposorios. Nace Isabel II. No queremos entrar en investigaciones de cierta índole, aunque sí apuntemos lo singular del caso.

Su sexo impide proclamar heredera a la recién nacida Infanta; pero allí está Carlota para arrancar un decreto al monarca y abolir la ley semi-sálica que se oponía terminantemente a conceder el trono a las hembras. Más tarde, Fernando VII revoca su decreto. Pero vuelve a la carga la altiva Infanta y queda anulada la prohibición.

El soberano, eterno Hamlet idiota, tímido, dubitativo y estúpido, cede de nuevo, como cedía siempre, a los

requerimientos de cualquiera que tuviese voluntad. El jamás la había tenido.

Cedamos la palabra a la Reina Cristina, que cuenta aquel lance con graciosa donosura, en una carta dirigida a su hija Isabel:

"La primera persona a quien ha hecho traición tu tía Carlota ha sido a tu tío don Carlos... Tu padre, el Rey Fernando, estaba moribundo, y tu tía Carlota, que alimentaba un profundo odio contra don Carlos, me excitaba hacía mucho tiempo a hacer mudar la Ley de sucesión en tu favor. Faltaba aún la última firma que conseguir, y te lo confieso, hija mía, a la vista del lecho de muerte yo dudaba... Pero tu tía Carlota estaba a mi lado, como mi mal genio se reía de mi debilidad e insultaba mis escrúpulos... Acercándose ella misma al lecho del dolor, se dirigió al moribundo y le presentó el papel que era menester firmase. Tu padre, entonces, dirigiendo hacia ella una mirada suplicante, en que apenas se percibía la última chispa de vida, le dijo con voz apagada: "Déjame morir." Pero tu tía Carlota, asiéndole la mano y llevando la pluma que en ella había colocado, le gritó: "Se trata de morir bien; se trata de firmar"; mira tú, hija mía, a qué precio te ha hecho Reina tu tía Carlota. Desde que murió tu padre, no cesó de instarme para que la España estuviese siempre cerrada a don Carlos..." (B. Pop-Carl. Tomo V.)

Hagamos un índice de los anteriores acontecimientos:

1.° Muerte *oportunísima* de la Reina Amalia.

2.° Intrigas para el nuevo casamiento del Rey con la Princesa Cristina.

3.° Coacción sobre Fernando VII, moribundo, para arrancarle una firma.

Tres hechos que son los tres vértices de un triángulo, aunque el lector sólo advierta los vértices de la intriga, de la ambición y de la envidia, cosas perfectamente hu-

manas, en los oros de Palacio como en los harapos de la humilde choza.

No hemos terminado aún. Nos faltaba por decir que:

La Infanta Carlota y su esposo don Francisco eran MASONES.

Con esto se completan los vértices y los lados del triángulo. ¡Enseña que preside todas las *logias* del mundo!

Y como no deseamos que nos pongan mote de exagerados, ahí van pruebas al canto:

El Infante don Francisco se inició como masón en el año 1820. Usaba en las *tenidas* y reuniones el sobrenombre de Dracón, aunque sus hermanos, con un desprecio olímpico por la realeza, le llamaban con un consonante agresivo y torpe que nuestra delicadeza nos impide transcribir.

En este barullo de las logias le metió su propia esposa, que como toda la rama borbónica de Nápoles se hallaba vinculada a la Masonería. El hermano de la Infanta Carlota y de la Reina Cristina, el sonoro Príncipe de Siracusa, mereció nada menos que los grandes honores fúnebres de toda la Masonería italiana.

He aquí una prueba documental e irrebatible:

"Doña Carlota, nacida en Nápoles, donde la Reina Carolina enseñó a las mujeres a huir de todo género de fanatismos, mostróse siempre inclinada a los liberales. Su esposo, el Infante don Francisco, había sido iniciado en la Masonería, que llegó a depositar en él el gran mallete, símbolo de la Gran Maestría."
(Morayta, Historia de España, tomo VI, pág. 1.052.)

El Infante don Francisco es el cuarto Gran Maestre de la Masonería española. Según la cronología oficial de la secta, el primero es Asanza, el segundo Argüelles,

el tercero Riego, el cuarto el INFANTE DON FRANCISCO y el quinto Calatrava...

No sabemos la fecha exacta de su elección; debió ser a la muerte de Riego, en 1823. Y el Infante ya no cesa en tal puesto hasta el 1847; por lo tanto, se halla investido de los cargos de Gran Maestre y Gran Comendador, venticuatro años, acaso el máximo de tiempo que los haya ostentado persona alguna.

La cautela que su posición le obliga a usar, le hace elegir un *fideicomisario masónico* que le represente, y este cargo recae en Matheu el banquero, según el testimonio del "Diccionario Enciclopédico" de la misma Masonería.

Tales afirmaciones se han escapado a muchos de nuestros historiadores.

Quien las alega, que es un masón destacado, no quiere extraer las consecuencias lógicas que se desprenden de las mismas. ¡Nosotros, sí!

España tiene ya lo que se necesitaba: Una heredera del trono y un pretendiente. La división y la bandería, que iba a desaparecer con la muerte de Fernando VII, vuelven otra vez a encarnarse en la política; vuelven a DIVIDIR a España en dos grupos, a seccionarla en dos partes, a formarla en dos bandos opuestos, antagónicos y radicalmente separados.

¡La Guerra civil!

¡La Revolución permanente!

¡La deidad masónica, que triunfaba una vez más en sus decretos y en sus secretos!

Ya no hacían falta ejércitos extranjeros para destruir a España.

¡Los mismos españoles irían cayendo cada día, envueltos en el odio y en el crimen; y con ellos, la Patria

despedazada e inerte, en una lucha terrible y dramática que hoy todavía anda por nuestras calles!

El gran "Enemigo" había logrado otra victoria, y allá, en lo íntimo de sus templos, se reiría a carcajadas, como pueden reirse las bestias.

Reinado de Isabel II.—Advertencia preliminar

Al llegar a este período de la *Interpretación Masónica de la Historia de España,* tropezamos con dificultades casi insuperables, ya que el Estado Mayor de la Masonería española permaneció durante aquellos últimos diez años en el extranjero y su contacto directo con los altos poderes de la Masonería internacional hizo que se instruyeran y aleccionaran en la cautela y en la habilidad de su actuación. Aprenden, sobre todo, que el secreto es el arma más poderosa y eficaz. Y atentos a esta consigna del más puro sigilo, trabajan en las *logias* con un disimulo que no deja traslucir sus gestos, sus acciones y su conducta. Es entonces cuando la Masonería empieza a no dejar huellas impresas de su paso por la Historia.

Y si a esto se añade el que los contados autores que han tratado estas cuestiones pertenecen al siglo pasado—siendo, por lo tanto, contemporáneos de los mismos—, síguese que no iban a atacarlos en aquel momento en que gozaban el usufructo esplendoroso del Poder. A los escritores de entonces les temblaba un poco el pulso cuando tenían que hablar de la Masonería, y no sin razón, porque era peligroso. De ahí que apenas se pueda entrar en la selva misteriosa de los *hechos* para descubrir la

acción masónica de aquel período isabelino, tan plagado de sucesos tenebrosos.

Los masones se escurren como peces en esta época, sin poder llegar a su captura. Sin embargo, consignaremos algunos datos que puedan servir de guía y de orientación a nuestros lectores.

Vuelven los del trienio

Sobre el asesinato de la Reina Amalia, como sobre el pivote de una máquina perfecta, gira el volante de la política española.

El Rey, medio muerto, tiene que entregar las riendas del Estado a su mujer Cristina. Esta resolución viene a demostrar el valor de los actos del Rey en sus últimos días y, ¡oh paradoja!, sus actos discutidos, condenados, invalidados, cuando tenía discernimiento y sentido, son respetados cual cosas sagradas, cuando era un ser inconsciente y estaba medio muerto. Las postreras decisiones del Rey favorecieron grandemente a los masones, y esta circunstancia les da una *autoridad,* una *infalibilidad* y una *legalidad* que raya en el campo de lo divino. ¿No es así, ilustres *hermanos?*

La cadena de sucesos se eslabona de una manera perfectamente lógica:

Se concede una amnistía de una amplitud formidable. Vuelven los del *trienio* del exilio, donde conspiraban constantemente contra España. Ponen planta sobre las tumbas de sus víctimas asesinadas y continúa la loca carrera de sus crímenes... ¿Hasta cuándo?

Así paga el diablo

Los que traen a los masones del extranjero en virtud de la amnistía, y con ellos la Revolución, son sus primeras víctimas. Llauder, Quesada y la misma Reina Cristina fueron arrojados por los mismos. Los dos primeros, en unión de muchos más, recibieron una muerte espantosa.

¡Pero, desgraciadamente, nadie ha escarmentado hasta ahora en sus cabezas!

El Ministerio "puente" de Cea Bermúdez, que es llamado de Londres a la muerte de Fernando VII, tiene que dejar paso a otro hombre más apto, más ingenuo, al decir de algunos, para presidir el drama que empieza. Es Martínez de la Rosa, el antiguo "anillero". Martínez de la Rosa, poeta lírico, orador fácil y escritor, tenía todo lo que hacía falta para ser el verdadero mascarón de proa, pintado de purpurina, de la nave corsaria de la Revolución, que rompía amarras para lanzarse al degüello.

La matanza de frailes

Había que impulsar la Revolución, cabe los madroños y caireles del frondoso orador y melifluo poeta Martínez de la Rosa, que hacía madrigales y sonetos mientras se desgranaba la Patria, acometida por las fieras del odio y del crimen.

Aquellas cataratas de espuma no rimaron nunca con el menor acierto en la gobernación del Estado, que fué cayendo a trozos ante la inepcia de sus mendaces contubernios. Preferimos a Nerón con su cítara, gozándose en el incendio de Roma, a estos solapados traidorzuelos

de guardarropía. Todas las aves canoras de la política española no han sido más que eso: ruiseñores del tópico, tenorcillos de lo banal, coristas de lo extranjero, humillados a la Anti-Patria por razones inconfesables.

Aconteció, bajo su mando, la matanza de frailes indefensos de que nos ocuparemos en el presente capítulo, pero conviene antes a nuestros propósitos descubrir ciertas maniobras masónicas que acreditan a la secta como una maravilla de sabiduría y perspicacia. Nos referimos a las mentiras masónicas que urden siempre que es necesario acuciar a las masas por un camino erróneo y previamente determinado. Manejándolas de esa manera como reses, despertando su instinto feroz y llevándolas a trallazos por el callejón de lo falso y por la esquina del suicidio.

No falta nunca, ¡nunca!, la mentira sistematizada por la Masonería. En aquel tiempo el embuste tuvo un sabor sádico. Dijeron que los *frailes habían envenenado las aguas para propagar el cólera morbo, que estaba haciendo estragos en Madrid.*

En nuestros días—todavía puede recordarse fácilmente—inventaron la repugnante historia de la muerte de un chofer asesinado por los monárquicos a la puerta de un círculo de la calle de Alcalá. Allí mismo oímos jurar a mucha gente que habían visto el cadáver acribillado por el plomo de las balas reaccionarias, cuando el tal chofer continúa su vida tan tranquilo y sin el menor arañazo.

Los hechos son idénticos. El "cadáver" del pobre conductor sirvió para incendiar los conventos, que el ministro Maura no quiso impedir; y la *mentira de las aguas envenenadas* fué utilizada para escandalizar al mundo

con una matanza horrorosa—saña envilecida—de gentes consagradas a difundir el bien y la piedad.

Empezaron acusando a un niño porque había echado, según ellos, unos polvos en la cuba de un aguador.

Se escapa otro chico y afirman que se ha escondido en un convento de jesuítas: ¡Ya está aquí el objetivo, la farsa, la mentira inicua y vergonzosa!

A las tres de la tarde comenzó la serie de asesinatos en masa. Entran a saco las turbas y se registra uno de los hechos más espantosos de nuestra historia. Los frailes son pasados a cuchillo. Mueren estrangulados. Dejando pedazos de su cuerpo en los altares del Dios de los sacrificios.

Algunos salvan su vida, porque está entre ellos el padre Muñoz, hermano del marido de la Reina. El jefe que mandaba las cuadrillas de asesinos tenía orden de que no sufriera ningún daño. Hubo que perdonar entonces al resto de la comunidad del Colegio Imperial, por negarse el pariente regio a abandonar a sus compañeros religiosos.

Este detalle significa que el tumulto *espontáneo* no era tal, puesto que tenía unas órdenes anteriores, un plan preconcebido y una disciplina perfecta: respetar a unos y matar a otros. No había concluído el horror de la matanza de los jesuítas por la súplica del padre Muñoz, cuando se pasan las turbas al convento de Santo Tomás, de la calle de Atocha. Eran las cinco de la tarde y ocurren idénticas escenas en su iglesia y claustros. Los frailes caen a bayonetazos asesinados. No se respeta a los enfermos, incapaces de huir, ni a los ancianos.

Se acribilla a toda la comunidad a tiros. Profanan sus cuerpos. Las mujeres, enardecidas por la gran men-

tira masónica, se distinguen en la crueldad y en el ensañamiento.

A las nueve de la noche llegan a San Francisco el Grande. Al lado del templo se levanta el cuartel que servía de alojamiento al batallón de la Princesa. Los frailes se habían entrevistado con los oficiales, recibiendo de ellos la seguridad de que serían respetadas sus vidas. Efectivamente, llegaron los grupos y los religiosos se aprestaron a refugiarse en el cuartel, de donde fueron rechazados por los soldados, al negarles los jefes autorización para ocultarse en el mismo. A sus puertas cayeron muertos cuarenta y nueve religiosos, pidiendo auxilio a la tropa, que presenció la horrenda escena con risas y carcajadas.

Los revolucionarios aprovecharon el tiempo saqueando los conventos, y de la Comisaría de los Santo Lugares, que estaba instalada en el mismo edificio de San Francisco, se llevaron medio millón de pesetas, que se repartieron aquella nefasta noche en las *logias* y en las *torres* comuneras.

Ya amanecía el siguiente día, cuando atacan el convento de la Merced. Mueren nueve religiosos y quedan por muertos otros cinco.

¡Doce o catorce horas duró aquella carnicería espantosa! Y las *Autoridades*, ¿qué hicieron?... Lo de siempre. Iban llegando detrás de las turbas.

Recogían los muertos, interrogaban a los vivos y dejaban que, entre pesquisas e indagaciones, preguntas y estupideces, asaltaran otro convento. Todo el interés de los gobernantes se reducía en aquellos trágicos momentos a la búsqueda del *veneno* de las aguas. No podía faltar la prueba, y en la celda del jesuíta Valiente se encontraron unos polvos sospechosos. Se examinan

por un boticario, al que se exige un dictamen preciso. El técnico opina que no es veneno, pero la *autoridad*, celosa en el cumplimiento de su *deber*, no se satisface y el boticario ingiere una parte de aquéllos, sin sufrir el menor síntoma. La Historia nos ha dicho que "aquellos polvos venenosos no eran más que un poco de tierra de la cueva que en Manresa fué santificada con sus sacrificios por el capitán Iñigo de Loyola".

No buscaremos más pruebas de la culpabilidad que pesa sobre la Masonería. El mismo jefe del Ministerio, Martínez de la Rosa, lo ha escrito de su puño y letra:

"Cuando salió el ministro de Estado... (Que era él mismo. Escribe en tercera persona, según es costumbre en los documentos oficiales.) *el mando lo tenia San Martin; y para dejarle mayor fuerza, dispuso Martinez de la Rosa que reuniese la Superintendencia general de Policia, para descubrir la trama de los revolucionarios* (luego ya se tenía noticias), *y el mando militar, como Capitán General del distrito... Le dejó el ministro una guarnición de 9.000 hombres, algunos Cuerpos de la Guardia Real y todos los medios necesarios para el mantenimiento del orden... Llegado a la capital, supo que aquel dia habian muerto trescientas personas... Mandó formar causa y poner en prisión al general San Martin, que parecia culpable por su negligencia." "De todos los esfuerzos para encontrar a los culpables, el único resultado fué quitar la vida a un pobre infeliz, a quien hallaron unos calzoncillos manchados con sangre."* (¿A que este desgraciado no era masón?)

"Fué público y notorio que aquella catástrofe fué obra de las sociedades secretas."

Hasta aquí Martínez de la Rosa.

Nosotros solamente decimos que en el Ministerio había masones activos como Toreno, y masones durmientes como Martínez de la Rosa.

Y consignamos el hecho también de que a San Martín no le pasó nada. ¡San Martín era masón!

Disponemos aún, en corroboración de nuestro aserto, de un testimonio más categórico y decisivo: del Gran Maestre Morayta:

"Con tal "rapidez" se desarrolló esta tragedia y tan "desprevenido halló al Gobierno, que si bien "acudió pronto con fuerzas" que desplegó en batalla (¡!) por diferentes calles, cuando ya acudió al remedio de proteger con soldados los conventos, era ya tarde: La matanza habia casi terminado. Hasta "ochenta" víctimas costó la matanza de los frailes" (1).

¡Cómo miente el Soberano, Gran Comendador y Gran Maestre!

¿"Desprevenido" el Gobierno, y lo sabía días antes, según afirma Martínez de la Rosa?...

¿"Rapidez" en el desarrollo de la tragedia, cuando duró más de doce horas?...

¿"Acudió pronto con fuerzas"? Pero... Si *las tropas del ejército y de la milicia urbana que envió San Martín a los conventos invadidos llegaron siempre tarde"* (2).

¿Ochenta "víctimas"? Doscientas veinte más, contó Martínez de la Rosa.

¿A quién quiere encubrir y disculpar el Gran Maestre, mintiendo con tanto descaro? A la Masonería, su madre amadísima y señora idolatrada.

Y el cinismo del soberano Comendador llega al extremo de poner este epitafio sobre los trescientos religiosos asesinados:

---

(1) Morayta. Historia de España. Tomo VII, pág. 47.

(2) Lafuente. Historia de España. Tomo XX, pág. 70.

"No debe, sin embargo, olvidarse que tampoco resulta en la Historia castigo alguno más merecido."

Y la Masonería ratifica esta afirmación al levantar en el mismo sitio donde vertieran su sangre los religiosos mercedarios, cuyo convento se hallaba en la plaza del Progreso, la estatua del gran masón, como le llaman sus hermanos, y del gran judío Mendizábal.

Los asesinatos de religiosos en provincias

La primera ciudad donde se prosigue el cumplimiento de la consigna masónica es Zaragoza. Para probar el terreno, se obliga a la Audiencia a que vuelva a juzgar a unos sentenciados por conspiración, e imponiéndoles una nueva pena: la de muerte, según exigían los amotinados. Se cumple la sentencia un miércoles santo, después de habérseles concedido el indulto. Cinco personas sufren la pena de garrote impuesta tan "legalmente".

Esto demuestra a las logias que pueden obrar con entera impunidad. Y, efectivamente, pocos días después, fueron asesinados bastantes religiosos y quemados varios conventos. Dirigió los asesinatos un fraile renegado, afiliado a las logias, Crisóstomo de Caspe, que por su propia mano quitó la vida al catedrático de la Universidad Fray Faustino Garrobera y al librero Pardo.

Las *celosas* autoridades no le persiguieron; luego se alistó en el ejército liberal. Los carlistas le hicieron justicia cuando, poco tiempo después, cayó en sus manos. Murió fusilado.

Se reproduce tres días después la carnicería en Murcia. Tres asesinados y diez y ocho heridos.

En Reus queman todos los templos y clausuras. En

Valencia no se puede asesinar a los frailes porque todos han huído, y en compensación, se saca de la cárcel a siete de ellos presos y se les fusila rápidamente. Para lograr este crimen, se distituyó al Capitán General, que se oponía tenazmente a la entrega, y se dió el mando al Duque de Almodóvar, que era masón de alto grado. En Barcelona empieza el crimen por la protesta dirigida contra unos toros mansos en la plaza. A poco empieza a arder un convento, después otro y, por último, varios. Queman casi todas las iglesias. La tea y el puñal hacen su oficio en toda España. Los asesinatos e incendios son innumerables; no se puede hacer un trabajo de estadística por el número extraordinario de pueblos donde cundió el ejemplo.

La revolución siguió su curso ascendente. Hay juntas en Cataluña, en Valencia, en Zaragoza, en Andalucía, completamente independientes del Poder Central. Se iba a una federación de estados... ¡al separatismo!

Se procede por las juntas a una metódica y sangrienta eliminación de los religiosos. Conspiraciones, pronunciamientos y demás desmanes son la obra de todos los días...

Este es el panorama que siguió, como la sombra al cuerpo, a la política de Martínez de la Rosa y Toreno, su sucesor. Ahí están las historias publicando tantas desgracias y tanta desolación.

A ellas nos remitimos.

Coincidencia de la Masonería con la acción de Inglaterra, en España

Modesto Lafuente, el historiador de ideas "liberales", dice:

"La liberal Inglaterra les mostraba (a los liberales), en 1831, las mismas estériles simpatías que en 1814 y 1823; cobijó en su suelo a los proscritos de España, como a todos los proscritos del mundo, y derrocaría de buena gana el despotismo de Fernando, con tal que no le cueste ni hombres ni dinero, ni siquiera negociaciones diplomáticas que puedan producir desavenencias entre los dos Gobiernos" (1).

La copia de este párrafo, de tan insospechable procedencia, nos autoriza a lanzar la afirmación del *deseo* tan vivo y acuciado que sentía Inglaterra, encaminada a favorecer a los masones de España. Pero el ingenuo historiador se queda tan satisfecho declarando la impotencia de los ingleses para satisfacer sus propósitos: *"ni hombres, ni dinero, ni siquiera negociaciones"*.

A nosotros se nos ocurre preguntar: ¿no le quedaban otros recursos a la pobre Albión?... ¿No imagina Lafuente, cándido como una gacela, que a Inglaterra le quedaban todavía otros medios, a parte de los *tres* que señala en su historia?

La cuestión es que reconoce el viraje, la mutación, el cambio en redondo que sufre todo el panorama político de aquella época, y al famoso historiador *liberal* sólo se le ocurre exclamar:

"Vere digitus Dei est hic" (2).

Mas... no, querido *liberaloide:* sería más justo decir:

"Vere digitus Albión est hic."

¡Con el permiso de Dilos, natural y ortodoxamente! Vamos a corregir el ángulo de visión histórica del célebre don Modesto, cuando afirmaba, tan tranquilo, la falta de

---

(1) Historia de España. Tomo XX, pág. 389.—Modesto Lafuente.

(2) "Verdaderamente, el dedo de Dios está aquí". Historia de España. Tomo XIX, pág. 393.—Modesto Lafuente.

otros *medios* en Inglaterra. Ahora bien: ya sabemos que un historiador de España, antes de *verlos,* sobre todo si es liberal, aunque sea ateo, es capaz de ver *el dedo de Dios.*

Yo, que no soy liberal ni ateo, pero que siento la españolidad en todo mi cuerpo, voy a rectificar aquel *lapsus* (?), agregando que los medios eficaces y valiosísimos que tenía Inglaterra en aquella ocasión, eran y son: La MASONERIA, el INTELLIGEN SERVICE y NUESTROS JUDIOS "recuperados", sin contar con otros aliados principales en personajes de fama y organizaciones filiales sobradamente conocidas, a más de la *estupidez* y la *estulticia* de nuestros políticos de derecha y de toda la caterva de historiadores "oficiales". Y nada más, para estos Lafuente, aquellos Pirala, los Morayta y otros, si consideramos que su falta de rigor y verdad histórica se funda solamente en eso, aunque nos da un tufillo de complicidad que debía merecer un calificativo más rotundo y terminante.

Hemos citados los *medios* o las organizaciones de que Inglaterra podía disponer a su antojo, dada la calidad de las mismas. Esto es: la Masónica, la Judaica y la de su espionaje. No mostrar cómo afloran las acciones de esos *medios,* aunque lo hagamos escuetamente, sería dejar en el aire nuestra rotunda afirmación, sin más valor que el de una hipótesis.

Ya hemos visto y probado la acción decisiva de los Infantes consortes Francisco y Carlota. Sabemos de su calidad masónica y hemos de descubrir además el antiguo vínculo que une la rama borbónica de Nápoles con Inglaterra. La primera mujer de Fernando VII pertenecía a estos Borbones y, como la Reina Carolina de Nápoles, a la Masonería. Por si esto fuera poco, se sabe que la

primera esposa del Rey fué espía del Gobierno inglés. Así lo afirman las Memorias napoleónicas y las de Godoy.

A su muerte, le sucedió en tan infame papel, un pariente de la Infanta Carlota.

Aún hay algo más, que viene a darnos una prueba inestimable de nuestro argumento-clave, en la *Interpretación Masónica de la Historia.*

Mendizábal, judío 100 por 100

Nadie ha entrevisto el interés extraordinario de hacer una biografía del "gran masón" Mendizábal, que tiene, como todos los grandes *camarrupas* de aquella época, un buen letrero en las calles de Madrid.

Merecía este hombre la exaltación biográfica, acaso mejor que ningún otro gobernante de aquellos tiempos, dado el complejo de su actuación política, tan intrincado y misterioso.

Todavía cobra más alto nivel la vida de este político si se atiende al rasgo que mejor le caracteriza: el de su obediencia a la secta del triángulo que utiliza sus testaferros como si fueran arlequines de una farsa italiana. ¡Qué cuidado y qué acierto ha tenido siempre la Masonería, para echar sobre estos hombres la cadena de la esclavitud! Es francamente maravilloso; sobre todo, si se echa una ojeada por los escalafones de la política española; y se advierte la existencia de tantos personajes encumbrados de la nada, o que llevan tras de sí la sombra temible de un algo inconfesable, cuando no las taras de lo morboso metidas en su conducta. Y si no, ahí está el caso de Azaña: un Robespierre de guarda-

rropía, gélido como los batracios, lleno de odio y de hiel, empavesado en las banderas de su soberbia inaudita y traspasado por una lanzada que descubre una fisiología probablemente heterosexual.

La gran secta, de los grandes misterios, ha tenido mucha suerte para lograr estos *maestros*, ciegos instrumentos de sus designios horrorosos.

Cuando la vida de España pende de un hilo, encuentra siempre la tijera de un político tarado.

Mendizábal ascendió en la política española de la manera más sorprendente, rodeado de un poder taumatúrgico que nadie sabía explicarse.

Mantuvo la comunicación directa con el *super-Gobierno masónico,* a que alude D'Israeli, el judío literato, cuando en un momento de pasión literaria descubre su propio secreto y dice al mundo la terrible *verdad:*

"El mundo está gobernado por personajes muy distintos de los que se imaginan quienes no están entre bastidores." (Coningsby.)

Y el Pretor de los extraños personajes disraelianos, fué en nuestro pueblo el judío masón Juan Alvarez Mendizábal.

Cualquiera se resistirá a creer con firmeza que un español sea capaz de asumir una obediencia tan estrecha a un *super-Gobierno.* En honor de Mendizábal y de todos los hombres de su talla que en España han sido, tenemos que declarar que ellos, ante su conciencia, no tienen nada de qué reprocharse.

Obraron y obran dentro de la más pura ética. No les cabe, pues, el estigma de traidores a su Patria. A Mendizábal no le cuadra, en justicia, este oprobioso nombre, por una razón sencillísima: Porque Mendizábal,

confesionalmente, era masón, y racialmente era judío.

Vamos a probar nuestras afirmaciones:

Era masón porque el *Diccionario Enciclopédico de la Masonería así lo afirma* (tomo III, pág. 13), al relacionar a *"los ilustres hermanos Becerra, Argüelles, Mendizábal, Landero, Espartero y los dos Calatravas"*.

Era judío. Así nos lo dice D'Israeli en la obra ya citada: *"allí tuve una entrevista con el ministro señor Mendizábal, reconociendo en él a un hermano mío de raza, hijo de un neocristiano, antes judío aragonés."*

¿Qué importa, pues, que naciera en el territorio de España y que hubiera respirado su aire, bebido su agua, comido su pan, dormido en su suelo, recibido su cultura y hasta la posición económica que logró en nuestra tierra?... ¡Nada en absoluto, según su modo masónico de pensar! Y así sucede. No se cuida de devolver a España los bienes que recibió de ella, cuando *recupera* secretamente su nacionalidad de hijo de Israel.

Mendizábal se acredita maravillosamente y raciocina en judío: "Igual que la *vida,* pudo España darme la muerte, pisándome la cabeza como un reptil... Luego si no lo hizo, ¿por qué no iba yo a traicionar a España?..."

... ...

Repetimos que sería muy interesante hacer una biografía de este político, proyectando con alto vuelo su figura. No es posible, para nosotros, semejante tarea; pero ello no implica que tracemos al carbón unos rasgos, los más salientes, que sirvan para dar idea del personaje literario.

Conviene mucho perfilar la silueta de este hombre, sobre todo porque es una prueba tangible de nuestra *Interpretación Masónica de la Historia de España.*

Con ser tan ligero el *magnesio* que vamos a tirar sobre la figura de Mendizábal, tenemos la evidencia que dirá mucho más al lector, que esas voluminosas Memorias de Avinareta—¡quince tomos, señor Baroja!—, y todo un libro grande para Van Halen.

Y eso que el padrazo de la novela contemporánea, el gran oso de Vera del Bidasoa, renegador de todo, iconoclasta y humilde, que tanto odió las academias, como el divino Rubén, para venir a enchaquetarse el frac y acudir como un borreguito a sus salones; ese Baroja, con sus quince libros sobre Avinareta, no dice nada de su verdadera condición. Toda la selva frondosa que rodea a su pariente el conspirador, con tanta ida y tanta venida, tanto viaje y tanta vuelta, no sirve para mostrarnos la raíz de su conducta, el genio de su psique, el porqué y el para qué de sus acciones y de sus hechos. Después de los quince libros barojianos, maravillosos como suyos, con ese estilo medio crudo y medio anárquico que le da tanta categoría en el parnasillo de las letras, el lector no sabe a quién obedecía Avinareta ni por qué conspiraba.

Lo mismo sucede con la biografía de Van Halem, en la colección de las vidas españolas publicada por Espasa-Calpe. Baroja elude la identificación de sus héroes y les deja hacer sus *cosas*, sin que se explique nunca el misterio que rodea sus vidas, bordadas sobre un cañamazo de secretos.

A Van Halen, por ejemplo, le sacan de capilla, momentos antes de ser ejecutado, y don Pío—sentado ahora en su sillón academicista—no explica quién le salva, ni por qué le perdonan. Se va al bosque de las anécdotas, a la orilla del río pintoresco, y nos deja a todos en la inopia. Alguna vez no tiene más remedio que aludir a la

impenetrabilidad que envuelve la vida de estos personajes, pero ni siquiera busca la razón, el motor que los produce, el hilito que mueve sus acciones; en una palabra, el famoso novelista, barbazas, fecundo y ágil, maravilloso siempre y acatado reverentemente en nuestros altares literarios, no quiere decir ni estudiar el fondo de Avinareta, afirmando, como nosotros lo hacemos, que era un agente de la Internacional Masónica, y anduvo— ¡quince tomos, señor Baroja!—por España sirviendo como un criado de alta escuela, a su señora la Masonería.

Y a Van Halen, el español que fué capitán de las milicias zaristas en el Cáucaso, general flamenco y aguerrido militar de nuestro Ejército, tampoco le señala la marca que dejó su paso, sirviendo con obediencia de exaltado, coraje andaluz y bizarría de Don Juan, a la gran secta que le inició, le amparó en todo trance y se aprovechó holgadamente de su talento, para emplearle en mil empresas y conspiraciones, como fueron todas las que realizó en su vida.

¡Mucha apariencia, mucho pintoresquismo, mucha anécdota, y la verdad, el fondo, la raíz, escamoteada por el arte prestidigitador del insigne académico!

¡Así no hay manera de entender a los personajes biografiados, porque el lector percibe detrás de ellos una cosa anormal que no explica nadie, y prescindir en hombres como Avinareta o Van Halen, de su condición y su fe masónica, de sus oficios por la secta y de sus misteriosos manejos en pro de los hh.˙., es tanto como querer estudiar dinámica, ignorando la teoría de la gravitación universal.

Otra cosa pudo hacer el fecundo autor de las trilogías, dotado, como está, de cualidades tan brillantes.

En cuanto a Mendizábal, tenemos pruebas irrefutables de su personalidad masónico-judía:

Los primeros hechos característicos de Mendizábal ocurren en Cádiz, en 1820. Precisamente cuando las *logias* daban sus certeros y últimos hachazos sobre el tronco secular de nuestro Imperio.

Mendizábal se hace abastecedor del ejército, bolsista y usurero. Presta a réditos y ensaya sus primeros balbuceos políticos.

Todo esto a un tiempo y en una actividad frenética y disparatada, que destaca visiblemente sus instintos semitas. Huye después a Londres, perseguido por su actividad revolucionaria. A poco de su fuga a Inglaterra, se empieza a saber que varea la plata. La bolsa y la banca no tienen secretos para Juan Alvarez. Se hace rico azacaneando en sus viajes por Europa. Un día le ven en las Tullerías y al otro en El Havre. Tan pronto frecuenta la bolsa de Amsterdam como los lagos de Ginebra. El mapa de occidente se acribilla de sus visitas.

El polvo de las carreteras mancha su hopalanda de judío errante. Compra y vende, con una fiebre de tesoros, con un delirio de grandezas.

La usura le pone escaleras de opulencia y bolsas de buen metal.

He aquí bien reflejada una de sus principales actividades:

"Por orden suya, el banquero Lafitte se entendió con algunos de los emigrados que acudieran a París, atraídos por el impulso de la revolución allí cumplida, en la esperanza de encontrar más holgada vida: a la cabeza de aquellos emigrados estaban don Antonio Alcalá Galiano y don Juan Alvarez y Mendizábal. Entendiéronse éstos con otros refugiados en la Gran Bretaña, de donde llegó a París Espoz y Mina, conspirador habilísimo y el

que más medios contaba. Este aseguró tiempo después que algunas de las sumas que para sus trabajos se le proporcionaron entonces, provenían del bolsillo particular de Luis Felipe. El general Lafayette, apoyo firmísimo de la situación orleanista y que sirviera a tantas y a tan nobles causas en el transcurso de su larga vida, le entregó también una cantidad no despreciable.

Formóse así en Francia una comisión conspiradora, compuesta de don José María Calatrava, don Javier Istúriz, don José Manuel Vadillo, don Vicente Sancho, don Juan Alvarez y Mendizábal, intermediario y arreglador de las diferencias de unos y otros, y don Cayetano Valdés, que se negó obstinadamente a aceptar el cargo, y la cual tomó el título de Directorio Provisional para el levantamiento de España contra la dinastía, y cuyo Directorio había de entenderse con el banquero Ardoin, en cuyo poder se depositaron los fondos que habían de pasar a los conspiradores por medio de Mendizábal. De acuerdo con la Junta formada en Londres, aquella que preparó la expedición antes recordada, resolvióse que esta Junta se trasladara a Gibraltar; el Directorio fijó su residencia en Bayona." (1).

Mendizábal fué el *intermediario* y *arreglador de las diferencias de unos y otros;* buena prueba de que su categoría era superior a la de los demás.

En este conciliábulo aparecen dos banqueros: Lafitte y Ardoín, de clara raigambre judía, y, por último, Lafayette, el "santón" masónico, como edición precursora de la gran serie de nuestros *generales organizadores de derrotas.*

La conclusión, sin mayores esclarecimientos, está evidente. Se trata de financiar con el oro judío y el mando masónico, la revolución española en marcha.

¿Para qué?...

Para servir el último *objetivo* del super-Estado de Israel, sometiendo el baluarte del catolicismo a su plena

---

(1) Morayta: Historia de España. Tomo VI, pág. 1.064.

obediencia, y, de paso, avanzar en la lucha por la hegemonía universal del judaísmo, sirviendo a sus aliadas Inglaterra y Francia, que deseaban arrebatar a España nada menos que su categoría de gran nación...

El mismo Morayta lo dice en su tomo VII, pág. 314: "*Luis Felipe no pensó nunca seriamente en intervenir de un modo decisivo en las cosas de España. Mas como su alianza con ella le servía para fortalecerse contra las potencias absolutistas del Norte, momentos hubo en que fingió hallarse resuelto a satisfacer las exigencias de los moderados. Por su parte, Inglaterra mostrábase, sí, amiga de España; pero poco conforme en llevar su intervención más allá de donde había llegado con el envío de sus voluntarios a las órdenes de Lacy Evans.*

A Francia e Inglaterra, en último resultado, no les importaba gran cosa la terminación de la guerra civil de España, puesto que a su sombra sus respectivos naturales hacían buenos negocios.

A su vez, Inglaterra, posesionada de Pasajes y de San Sebastián, contrabandeaba a sus anchas, teniendo además abiertas las fronteras de Portugal, todo en último resultado sin gravísimo perjuicio de España, puesto que las agitaciones de la guerra, en la cual se ocupaba toda la población civil, hacían difícil la agricultura y casi imposible el comercio y la industria. Esto aparte de que Inglaterra vendía a nuestro ejército armas, pólvora, correaje y hasta zapatos.

Mister Villiers, el embajador inglés, hubo de ser así factor importantísimo de la política de entonces, cuyos secretos conocía y cuyos destinos dirigiera alguna vez. Atento siempre, como buen inglés, a los intereses de su nación, trabajaba, en verdad, por un tratado comercial favorabilísimo a su patria."

A pesar de que las atenuaciones del Gran Maestre quieren quitarle rigor, la prueba de nuestra conclusión es terminante...

Entremos ahora en uno de los capítulos más interesantes y aleccionadores de la vida del judío Juan Alva-

rez Mendizábal. Se refiere a la intervención que tuvo en la política portuguesa, que se hallaba por entonces en estrecha conexión con la española. Todo el ambiente político lusitano cambió en un instante, merced a las maniobras del hijo de Israel.

Don Carlos se había refugiado en Portugal, apoyado en el Rey Miguel, que le aseguraba el triunfo en España. "Providencialmente" se le destrona, y se pone en su lugar al Rey don Pedro. Esto ocurre merced al *"inesperado socorro del audaz Mendizábal"* (1), que en Londres, *"habiendo encontrado* (¿sería por casualidad?) *a un comisionado de Portugal, que buscaba recursos para levantar una expedición y combatir al Pretendiente, se encargó del negocio, y logró, a fuerza de actividad, obtener el empréstito, y forma la expedición, que partió de Inglaterra; fué a Portugal, venció a la causa de la reacción y estableció el trono constitucional".* Así lo escribe el masón Roque Barcia.

Hasta aquí ni un dato que proceda del lado nacional, ni siquiera del moderado, y aunque no intentamos hacer erudición, porque no tenemos tiempo ni espacio, creemos que estas razones serán suficientes para la interpretación del lector *español* y para que obtenga el convencimiento de que en las mutaciones de nuestra política ha habido siempre en la sombra mucho más que en la parte iluminada por nuestros historiadores oficiales, los cuales, por sectarismo o por miedo, despreciaban estos hechos, que pregonan a gritos la existencia de *algo* que no era ni podía ser otra cosa que la Masonería, coincidiendo en la acción, en los fines y en la obtención de los beneficios, con su gran amiga Inglaterra.

---

(1) M. Lafuente (tomo XIX, pág. 403).

Y vemos a Mendizábal, pretor anglo-masónico, exaltado al cargo de primer ministro de Portugal, sin que sea obstáculo su "nacionalidad oficial" española... y más tarde, como por arte de encantamiento, de "ministro universal de España".

¿Se quiere más?...

... ...

Ya han pasado los Ministerios de Cea Bermúdez y Martínez de la Rosa, cumplido su destino de "posibilitar" la Revolución, presidiendo impávidos el asesinato, suprema ley que impera en España. El Gobierno, bajo la presión de las sociedades secretas, se fué desplazando hacia los hombres más radicales, para ir a parar en las manos de Toreno. Así lo impusieron las Juntas independientes que actuaban como cantones en casi todas las provincias.

Es el período en que el mando supremo de la Masonería bifurca su acción y la dirige sobre el Gobierno "oficial", para que, con sus leyes y con sus debilidades, allane el camino a la Revolución, hartando las hambres y echando *carne de fraile en los pesebres de las "bestias"*. Mientras tanto, las sociedades secretas, de acusado carácter político—la Isabelina, Los Comuneros y Los Carbonarios—se lanzan al desorden validos y acuciados por los ocultos poderes. Se corona la montaña del crimen, y la doble táctica masónica obtiene triunfos sobre triunfos. Màs llega el momento en que hay que rematar la obra y asentar sobre bases firmes y permanentes las efímeras conquistas.

Es preciso el Mesías de la revolución española.

Toda la Península es un caos. Cunde el motín, se entroniza el atentado, se incendian las cosechas. Arden los conventos. Se muere en la calle a golpes de puñaladas

traicioneras. Se extingue la Hacienda. Se derrumba la economía nacional. Se hunde el crédito. Se deshonra el prestigio ibero. Todo cae en el arrebato y la furia de los monstruos, y allí andan revueltos en la maraña de las cuadrillas los Avinareta de Baroja, los Van Halen y tantos otros agentes directos de la Masonería, reventando caballos por los caminos de España, llevando cosidas en el pecho las claves de la traición, dando avisos y alertas a los comprometidos, viajando la muerte por las posadas conspiradoras, y en todo este laberinto, surge el "esperado", el Mesías, el hombre necesario a la situación. ¿Que cómo se llama?...

¡Juan Alvarez Mendizábal!

A los dos meses de su nombramiento pisa tierra española. El tiempo que media desde su exaltación a la cartera de Hacienda, a su arribada, lo emplea en maniobras muy certeras, encomendadas a sus agentes para que desprestigien al ingenuo conde de Toreno y llegue a tiempo de ser el "único" posible.

¡El salvador!

La Reina, con su instinto femenino, no deja de sospechar. Presiente algo en aquel raro personaje tan bienquisto en los palacios de la corte inglesa. La gobernadora titubea y duda antes de entregarse en los brazos de Mendizábal; pero la pérfida Albión tenía bien puestos sus vigías...

"Sir Jorge Villier, futuro lord Clarendon, ministro de Inglaterra, en cuyo país gozaba Mendizábal de gran predicamento, habló a la gobernadora, y la gobernadora otorgó a Mendizábal el encargo de formar Gabinete." (1).

¡Ya es dueña la Masonería del Poder, sin intermedia-

---

(1) *Morayta: Historia de España. Tomo VII, pág. 133.*

rios! Un judío auténtico encarna todo el poder en España, estimándola como una nación ignorante y supersticiosa. Ese juicio le hace lanzarse al "bluf" y a la mentira más descaradas.

"En mi bolsillo tengo los millones necesarios para armar cuantos ejércitos se necesiten para vencer al pretendiente." (1).

No tiene, empero, esos millones, ni la banca judía se los dará nunca para terminar la guerra civil. En cambio, irá recibiendo ayudas para que no sean vencidos los ejércitos de la Reina; pero nunca en la cuantía suficiente para rendir a los de don Carlos. La guerra civil, en sí, es un fin de los internacionalismos en España. Y ni entonces ni nunca ha de contradecir las reglas de su táctica.

Sin embargo, el Gobierno de Inglaterra, en su deseo de hacer algo por España, convino en permitir se reclutaran en sus respectivos países voluntarios que auxiliasen a los defensores del trono de Isabel II, suspendiendo por dos años (junio 10, año 1835) la ley que impedía el alistamiento de súbditos ingleses para pasar al servicio de un país extranjero. Esta licencia y auxilio de Mendizábal, a la sazón en Londres, permitieron constituir una legión inglesa fuerte en la que se contaban hasta 10.000 hombres, los más sin conocimiento alguno del ejercicio de las armas. Francia, más servicial, cedió al Gobierno de Isabel II su legión extranjera, que lidiaba entonces en Argel, compuesta de 5.000 hombres, alemanes, polacos e italianos, y tal cual francés, y Portugal puso a sus órdenes (septiembre 14), por mediación de Mendizábal, un cuerpo de 6.000 soldados escogidos. Servicios fueron éstos que costaron a España mucho más dinero que provecho la prestaron, según más adelante se dirá, y que ciertamente no se lograron, por la influencia personal de Toreno, sino por la del ministro Mendizábal." (2).

---

(1) Morayta: Historia de España. Tomo VII, pág. 132.
(2) Morayta: Historia de España. Tomo VII, pág. 132.

¡He aquí 21.000 hijos de tan distintas madres—la hez de Europa—venir a España en auxilio de los que nos atruenan los oídos todavía con aquello de "los 100.000 hijos de San Luis"!

Más tarde, Mendizábal pide *plenos poderes* y cierra el Estamento.

Pasan unos meses. ¿Resultado beneficioso para la Nación? Ninguno.

La guerra civil se ha extendido cada vez más y se hace feroz, sanguinaria, perpetua: la Hacienda en ruinas amenaza una hecatombe.

Se asesina a los sospechosos, por cualquier delación insignificante...

El "taumaturgo" pierde crédito y resbala por la cuesta abajo.

Las gentes empiezan a desconfiar. Se desmorona su poder, aunque lo gana ante sus mandatarios.

¡El no ha venido a pacificar ni a edificar, sino a destruir, y lo cumple a conciencia!

* * *

Los "millones que traía en el bolsillo" no aparecen por ninguna parte. Lo que sí aparece en torno del ministro es una gavilla de agiotistas rapaces y usureros de toda calaña, que se lanzan como buitres al festín de la usura.

Las relaciones con la banca judía son entonces muy estrechas y las "operaciones" ejemplares, ¡ejemplarísimas!

Mirad algunas: Por su personal "hágase"—¡libérrima voluntad!—, se hace uso de 350 millones en títulos de la Deuda, que se hallaban en Londres, para responder a

obligaciones de la Deuda exterior. Se giran 50 millones en letras contra las haciendas locales de Filipinas, Habana y Puerto Rico, a sabiendas de que estaban exhaustas. Se empeñan los productos de las minas de Almadén.

Se giran al descubierto muchos millones más.

Autores muy moderados hacen ascender el importe de todas estas *operaciones a quinientos millones*. Lo que se percibe a cambio de reconocer estos préstamos *no llega a la mitad*.

Comprenderá el lector que Stavisky era un estafador de bolsillo, comparado con el gran Mendizábal.

Todo esto es lo que se ha traslucido a través del tiempo, mas... ¿cuánto negocio sucio no quedará oculto en las alforjas de los secretos?

* * *

La vista se nos cansa de recorrer las páginas llenas de oprobio de la historia de aquella época. La pluma se rinde a la ignominia de tanto asesinato y el alma rechaza las oleadas de cieno que vienen de aquel período mendizabalesco; pero no se crea que la Masonería, dueña del poder, se mostró magnánima en alguna ocasión. ¡NO!

Jamás sintió en su seno el alivio de una conmiseración.

No podemos menos de relatar un suceso que, por su magnitud, da idea de la *bondad* (!) de aquellos gobernantes.

Con pretexto de unas supuestas represalias de los carlistas, lanza Mina una comunicación para enardecer a los liberales. Se propaga ampliamente por toda Cataluña. Correos y propios invaden el territorio catalán de copias y proclamas.

Las *logias* se reúnen y acuerdan un festín sangriento en la misma Barcelona. Cuadrillas armadas asaltan Montjuich, con la complicidad de los guardianes. En Atarazanas descorren igualmente los cerrojos y asesinan a 300 presos inermes, entre un espanto de blasfemias homicidas.

El mismo Morayta tiene que hacer en su Historia un poco de luz acerca de aquel banquete de sangre; dice:

"Probablemente tuvo alguna participación en aquellas desdichas el célebre Avinareta, residente entonces en Barcelona, adonde llegó provisto de una carta de recomendación de Mendizábal para don Francisco Espoz y Mina."

Y el hecho queda iluminado profusamente, y pueden verse las manos canallas signadas por el triángulo de los asesinos: Mendizábal, Mina y Avinareta. Tres bandidos de mandil y compás, de secta y logia, de intriga y revolución. El testimonio de Morayta es bien notorio, a pesar de su maestrazgo en el Gran Oriente español. Podríamos buscar más ejemplos, pero no es necesario.

Ya decimos que la pluma se rinde de enumerar los crímenes y el alma rechaza el cieno.

* * *

El juego de Mendizábal se descubre a los pocos meses de sus "plenos poderes". Al mismo Istúriz, Alcalá Galiano y a otros liberalotes acérrimos, masones de alto grado, combatientes de primera fila y avezados revolucionarios, les asusta el *modo* de obrar de Mendizábal. Presienten algo en aquel hombre de naturaleza torva y sombría. Posiblemente se revela en ellos el último poso insobornable de su conciencia. Algún resquicio de sentimientos patrióticos.

Acaso por no tener vendados los ojos, como en la noche de su iniciación masónica, descubren al cabo de sus años el abismo abierto a sus pies, y por el cual se iba a precipitar España.

¡Triste destino de los *hombres libres*, que se alistan en las filas de a bordo, con los ojos ciegos, y se embarcan en la nave corsaria, empavesada de banderas de amor, guarnecidas con el oro de los emblemas fascinantes de Libertad, Igualdad y Fraternidad, y pasan abajo, al banco de los galeotes, donde se ignora el rumbo de la nave!

Esos hombres, que extenuados empujaron los remos desde la negra bodega para subir un día a cubierta y ver enarbolada en los mástiles la negra enseña del pirata... mientras allá lejos arde en llamas la nave de su Patria. Y el invisible capitán se ríe a carcajadas del estúpido remero.

También la Reina presiente el abismo. El camarín regio se sobresalta de temores, cuando Mendizábal exige a la dama el relevo de tres generales.

¿Qué intentaba el judío? Arrancar los últimos obstáculos que se oponían a la Revolución, colocando en los mandos militares a sus correligionarios traidores que obedecían los propósitos del ministro.

Estas maniobras se han repetido después mil veces a lo largo de nuestra historia, y se ha especializado en ellas algún general de renombre. ¿No es así, señor conde de Xauen?...

¿Qué pasó entre la Reina y Mendizábal?

No existen apenas datos de las entrevistas regias, siendo así que en estas secretas conversaciones se encontraría el antecedente de muchos sucesos culminan-

tes; pero en este caso nos ayuda mucho el propio Gran Maestre Morayta, a quien nos remitimos:

"Posible es que cuanto sucedió se redujera a insistir el ministro en aconsejar a la Reina que se uniera en matrimonio con don Pedro de Portugal, cuyo enlace le propuso más de una vez." (1).

Es muy interesante la suposición de Morayta, ya que si se casaba la Reina con don Pedro de Portugal, que estaba sometido a las logias, y obligado a Mendizábal, se completaba la jugada en un solo envite, porque España quedaría sometida, con Portugal, al casi protectorado inglés. ¡Su sueño de siglos! La intriga era maravillosa, pero la Reina gobernadora sentía en sus venas un poco de amor al pueblo, y no quiso uncirse al yugo de la dorada Albión, acaso también porque estaba providencialmente casada en secreto con su guardia de Corps el arrogante Fernando Muñoz, duque luego de Riánsares, que con su buena planta de mozo castellano encendió sus amores. Cristina desoyó el consejo de Mendizábal. La dimisión se imponía.

¿Había llegado la hora de la Revolución?... No. Faltaba muy poco. Sólo unos detalles.

"A no haber partido de Madrid órdenes para las sociedades secretas y los avanzados de más viso, a la noticia de la disolución de las Cortes habrían respondido las provincias con una insurrección casi general." (2).

¡Bien claramente se veía de dónde venía el golpe! Istúriz, encargado de formar Gobierno, advierte que su

(1) Historia de España. Tomo VII, pág. 233.
(2) Morayta: Historia de España. Tomo VII, pág. 257.

misión es precaria. No encuentra asistencias para completar las carteras. Las fuerzas ocultas le hacen trampas en el suelo que pisa. El, por su parte, no tiene energías, ni acaso sea tiempo de tenerlas. Su pasmo llega al límite, cuando se alzan las provincias y ocurren los motines de Cartagena y Málaga; los sucesos de Granada, los asaltos a los comercios y los crímenes alevosos que se cometen sobre los clérigos y carlistas. En Cartagena son promovidos por el general O'Dali, masoncito de prez, que interviene personalmente en la insurrección. A los pocos días se subleva en Málaga la Milicia Nacional, y caen muertos el general sucesor de O'Dali, Saint-Just, y el gobernador Donadio.

Con relación al asesinato de Saint-Just, dice nuestro Gran Maestre historiador:

"*Saint-Juts, probado liberal* (y masón ¿no?... su apellido lo requiere) *y honradísimo, sólo podía ser asesinado por sicarios del absolutismo disfrazados de liberales.*"

¡Vaya truco, *hermanito!*... ¡A nosotros nos parece que los "hermanos" del muerto no lo conocieron!... Es más lógico.

"Al frente de los insurrectos, y conforme él dijo, para encauzar el movimiento "evitando que los amotinados hubieran pegado con el comercio", pusóse don Juan Antonio Escalante... Promulgó "la idolatrada Constitución del año 1812."

Pero Escalante era también un masón convencido. ¡Menudo entierro le hicieron sus hh.·. durante la primera república!

En Cádiz proclaman *la Pepa,* con el capitán general al frente—López Baños—, que era también un *mandilón*

de grado. Prende la llama en toda Andalucía, y se proclama la Constitución con Marcha de Riego. Los milicianos de Zaragoza lanzan su grito de "Viva la Pepa", con su general al frente, don Evaristo San Miguel—su calle está en Madrid—y su fe de masón bien garantida. En seguida cunde el movimiento en toda España.

El Gobierno sólo manda en la villa y corte. Triunfa la insurrección *popular,* formada por militares—batallones y generales—, sin que el "mago" de la judería, el estupendo Mendizábal, haya tenido que exponer ni un botón de su levita.

¿Quién realizó el movimiento?... Lo dice también Morayta, a quien vamos a dejar vacío:

"Para formar juicio acertado no se olvide que las más de ellas (las autoridades militares) no tenían a sus órdenes sino tal cual batallón minado por las sociedades secretas." (1).

El sargento García y "La Pepa"

Para ser más exactos, diremos que el Gobierno no mandaba realmente en Madrid. Quien mandaba era Quesada, su capitán general, hombre valeroso, liberal de buena fe y a quien la causa debía importantes servicios.

Los milicianos intentaron una algarada en la plaza Mayor, pero fueron copados por las tropas de Quesada y desarmados. Los que se resistieron cayeron a cañonazos en los cuarteles donde se hicieron fuertes. El fracaso no rindió a las *logias,* que se jugaron a la postre su carta decisiva, y aprovechando que la corte estaba en La Granja, sublevaron a toda la guarnición del real sitio. En su propio Palacio quedó prisionera la gober-

(1) Historia de España. Tomo VII, pág. 260.

nadora. Corrieron mensajes misteriosos, se realizó la intriga, y la soldadesca, embriagada de gritos, con las bocas moradas del caldo castellano, vinosa y rugiente, se colgó a los balaustres de las escaleras, con bulla de risas y exigencias de villano. Allí mismo pidieron a Cristina que depusiera al Gobierno y se proclamara *La Pepa*. El sargento García requirió una escolta de bigardos y entró en la cámara de la señora. Dictó los decretos.

Los *hermanitos* tenían ya su Marat, pero el *clase* de tropa no pudo excederse mucho. Los olores de la Reina, su cuerpo de rica hembra y la ternura de sus ojos, le hicieron perder el tino... ¡Aquella sonrisa tan fina...! Cayó García sobre la alfombra, para besar la regia mano, dejando en sus rodillas las flores de una emoción. Con el temblor del azaro, sale corriendo a la calle y lee a la *cuartelada* el real decreto. ¡Viva "La Pepa" y *"biba* la Revolución"!

El Gobierno no supo oponer ninguna resistencia, y desamparó a su defensor, el general Quesada. Cuando éste quiere salir de Madrid disfrazado, le reconocen unos *nacionales* en la calle de Hortaleza, y le hacen prisionero.

Se enteran las turbas y acuden al calabozo, donde le asesinan, descuartizándolo.

Ahora también es mejor que hable el Gran Maestre:

"El cadáver de Quesada fué destrozado por la canalla, habiendo entre ella quien se atrevió a presentar algunos de sus restos sobre las mesas del café Nuevo, hoy café de Madrid, y el Gobierno otorgó una charretera de provinciales a Lorenzo Iborte, quien murió al entrar por primera vez en fuego, adornado por ellas..." (1).

---

(1) Historia de España. Tomo VII, pág. 274.

Lo que se calla Morayta es la vergüenza que cometieron aquellos desalmados con las partes pudendas del cadáver del general, las cuales fueron exhibidas en los sombreros de los asesinos y enterradas luego "entre columnas"; es decir, en una *logia,* con todo el aparato solemne de las grandes ceremonias y buen golpe de gritos y juramentos contra los verdugos de la libertad.

Y no le extrañe al lector que el Gran Maestre historiador califique aquello de "canallada". No se olvide que Morayta escribe para *profanos,* y hay que despistar... ¿Por qué no tildó con ese adjetivo a los que recompensaron con charreteras al asesino que cumplió sus órdenes?...

No lo hace porque de sobra se sabe que aquéllos eran sus venerables hh.·., conocidos de todos.

Conviene ahora destacar una nota del aludido historiador, referente a estos sucesos. Dice así:

"Creciendo por instantes la gravedad del caso, reuniéronse en la regia cámara los ministros de Guerra y Gracia y Justicia, el conde de San Román, el marqués de Cerralbo, el ministro plenipotenciario de Inglaterra y Mr. Bois le Compte, en representación de Francia... Consultados éstos, dijeron que si la gobernadora se hallase en situación de escoger entre someterse a las exigencias de una soldadesca o la abdicación de su hija, debería decidirse a hacerla bajar digna y decorosamente del trono, pero tratándose de optar entre la aceptación de la Constitución y la muerte de la reina viuda y de sus hijas, no podía ser dudosa la elección, sobre todo cuando el "asesinato de las tres princesas" no impediría el restablecimiento de la Constitución, ya decretada por la Reina; de donde opinaban que una resistencia más o menos decidida provocaría desacatos y violencias que obligarían a los Gobiernos a quienes representaban a retirar su apoyo a España, con lo cual se aumentaría las probabilidades del triunfo de los carlistas."

Como observará el lector, la copia no tiene desperdicios. Constitución o asesinato de la gobernadora y de sus hijas. Intervención de los embajadores ingleses y franceses, con la amenaza de retirar su apoyo. El origen de la carta constitucional no puede ser más "legal", como puede colegirse: cuartelada, asesinato e intervención extranjera.

El caso del sargento Higinio García también es muy sorprendente. No se le tributó ningún homenaje, ni tan siquiera el nombre de una calle en Madrid. ¿Cómo se explica este olvido, nada menos que al padrino de la "gloriosa Pepa"? Muy sencillo. Cayó en el desprecio de Mendizábal, a pesar del interés de la Reina, y en vez de concederle unas charreteras como al asesino del general Quesada, fué preso por orden del ministro omnipotente y paseado con grilletes por las cárceles de Peñas de San Pedro, San Antón, de Coruña; Zamora, Toro y Fuentesaúco. Más tarde fué a morir, hambriento, a Cuéllar, su pueblo natal, en la provincia de Segovia.

Así pagó el *gran delito* de pedir a Mendizábal unas explicaciones sobre "una mala contestación" que éste dió a la Reina. Resultaba que el hombre instrumento de las *logias*, destinado a matar en La Granja a la gobernadora y sus hijas, se convertía en su noble defensor. Los masones y el judío Mendizábal no podían comprender aquel extraño avatar en el sargento García. Ni mucho menos la elegancia castellana de su gesto.

Finalmente, no queremos cerrar este capítulo sin insertar las palabras escritas por el Soberano Gran Comendador de la secta, y que debieran estar grabadas a fuego en algunas frentes de mucho lustre. Son éstas:

"Creció así considerablemente el valor del partido del movimiento, y se ofrecieron en su ayuda las sociedades secretas Jo-

ven Italia, Leñadores escoceses, Templarios Sublimes y Asociación de los derechos del hombre, derivaciones políticas de la Francmasonería; la cual, por su parte, también le auxiliaba en la medida de sus fuerzas, pero sin afectar carácter de asociación de partido, que la Masonería, aun cuando política, no pudo vivir adscrita a una agrupación dada, sea ésta la que quiera. (1).

¡Sin un comentario, por nuestra parte! Queden ahí las palabras de una autoridad suprema "oficial" de la Masonería, para tapar la boca a los que niegan todavía el carácter eminentemente político de la secta.

La desamortización de Mendizábal, considerada como una gran obra

Vuelto otra vez al Poder Juan Alvarez, el judío, bajo la presidencia nominal del masón Calatrava, unido a otros cuantos ministros obedientes a la secta, con sus Cortes a la medida y "La Pepa" pimpante de juventud, no se consigue nada. Ni con aquellos diputados—elegidos sin lucha—ni con la Constitución recién votada, ni con el crédito concedido al Gabinete, se vislumbraba modo de atender a los más urgentes problemas.

Rueda la noria gubernamental sin sacar ni un arcaduz de agua fértil, de agua buena. Los decretos huelen a muerto, a cosa podrida. Las leyes son fetos mal engendrados. Sigue su curso el río desbordado de la codicia y de las malas pasiones; pero Mendizábal trabaja en silencio y sorprende a los papanatas con su obra gigante: ¡la gran obra de Mendizábal!: *La Desarmortización.*

Todo el mundo sabe en qué consistió la desarmotiza-

(1) Historia de España. Tomo VII, pág. 233.

ción, pero si alguien lo hubiere olvidado se lo recordaremos diciendo que fué la venta en pública subasta de los bienes del Clero. Aquellos bienes que, según todos los autores, eran "¡inmensos!"

Aceptaremos la cuantía, bajo su palabra de honor, ya que no se cuidaron de hacer un liviano inventario, y supongamos, en efecto, que fueran bienes ¡cuantiosísimos!, mas ¿qué se hace con ellos?... Pues casi nada: Pagar la deuda pública que ascendía (¡oh masoncitos!) a la enorme y bonita cifra de 14.000 millones de reales.

Pero vamos a ver. ¿Aquella deuda pública era *efectiva,* o simplemente *nominal?*

Hay que tener mucho cuidado con las palabras del "argot" financiero, que siempre son homónimas del "caló" de los ladrones. ¿Era nominal?... ¡Sí, nominal! ¿A cómo se cubrió?... Ya hemos visto que los préstamos obtenidos por Mendizábal de su "familia" judía, exigían una firma de ciento, para entregar en efectivo cincuenta y a veces menos. El altruísmo (!) de los semitas, en esta clase de operaciones, todo el mundo lo conoce y a pesar de que de este caso tenemos noticias casi exactas, no ha habido manera de saber ni aproximadamente el tipo de emisión de las diferentes deudas lanzadas desde la invasión francesa por las Cortes, por Fernando, por los gobernantes del famoso "trienio", etcétera, etc. Unas reconocidas, otras no; unas con intereses, otras sin él. ¡En fin, una confusión caótica e impenetrable!...

Si aceptamos como valor medio el tipo de la deuda emitida por Mendizábal, hay que asignarle a la deuda total de España la mitad de su valor; o sea que de los 14.000 millones—valor nominal—, solamente entregaron los prestamistas *siete mil.*

¡Ya ha bajado un poquito! Si esta valoración ofrece dudas, intentaremos otro procedimiento:

¿Qué valor tenía entonces la Deuda, con arreglo a la cotización oficial?

Tenemos el dato: La cotización era al'20 por 100; es decir, que aquellos 14.000 millones de reales se podían comprar en Bolsa por 2.800 *millones de reales*. ¡¡Setecientos millones de pesetas!!

Y tenemos que preguntar:

¿Valían 700 millones los bienes del Clero?...

¿Valían más o valían menos? Dejemos al demagogo en completa libertad para contestar.

—Valían los 700 millones.

—Pues entonces mentís, cuando afirmáis que eran *inmensos* los bienes del clero.

—¡Valían más de 700 millones!

¡Si es así, robasteis al Estado, impunemente, pagando más de 700 millones por lo que se podía amortizar en esa cantidad!

¡Y quédese el demagogo debatiéndose en la tenaza del dilema!...

¿Tú quieres saber la verdad, lector?

La verdad es que valían más; mucho más que aquellos "papeles mojados" que se pagaron con ellos.

¿Por qué?... Pues muy sencillo, porque la banca (y huelga decir judía) tenía noticia anticipada de la "operación" que iba a realizar el *hermanito* Mendizábal. Y sabiéndolo, estuvo preparada y adquirió depreciados aquellos títulos por una insignificancia...

¡Y los cobró luego en todo su valor! Al cien por cien. ¡Como buenos judíos!

A esto se reduce, en términos estrictamente financieros, la famosa "Desamortización" de Mendizábal.

Lo que se ha escrito es lo importante. La "técnica" de la operación es parigual. Pero no queremos que se nos tache de parciales. Que hable el Gran Maestre sobre los detalles "técnicos" de la operación:

"La forma en que se hizo la incautación de los bienes del Clero, con ser la única posible, dado el imperio de la pésima administración española, determinó filtraciones considerables: Los bienes muebles propiedad de los frailes y monjas existentes en los 1.900 conventos que se evacuaron y los efectos de los muchos templos que se cerraron al culto, desaparecieron en su mayor parte, entre las manos de los agentes y de las autoridades que manejaron aquel particular. Consecuencia obligada de tan lamentable desbarajuste fué que el Estado no sacara de aquella incautación el mucho provecho que había podido lograr, y a la vez que Madrid y las provincias vieran surgir por arte de encantamiento no pocas fortunas improvisadas." (1).

Mucho más podríamos agregar nosotros, pero "a confesión de parte..."

Finalmente, entremos en el otro aspecto de la cuestión. En el aspecto político. Y también cedamos la palabra al "Soberano" historiador:

"Los que entonces compraban bienes nacionales (¿?) pagaban al Estado sumas módicas, mas para evitar la posibilidad de que aquéllas rentas se deshicieran, como se deshicieron otras de igual índole en tiempos no lejanos, convertíanse, siquiera no les llevara otro móvil que su interés, en furibundos entusiastas de la Constitución." (2).

"Nada más político que aquellas disposiciones, por cuya virtud se crearon intereses en favor de la libertad." (3).

---

(1) Morayta: Historia de España. Tomo VII, pág. 308.
(2) Historia de España. Tomo VII, pág. 280.
(3) Morayta: Historia de España. Tomo VII, pág. 279.

Es decir, que el aspecto político-moral no podía ser más elevado.

Se compraron conciencias. Se pagaron con esplendidez a los "acérrimos defensores de la libertad"... de robar.

En resumen, que toda la pompa de Libertad, Fraternidad, Justicia, Progreso y Luz, quedó reducida a eso, a "luz"..., para los bolsillos de la cochambre.

Unas palabras propias sobre la "desamortización"

Las estimamos muy necesarias—aunque sean breves—, ya que sobre este tema ha girado la política y la discusión de todo un siglo.

El origen de los bienes de la Iglesia no admite duda. Cuando los adquiere en su inmensa mayoría, Iglesia y Estado se enlazan en una obra común pro-indiviso: LA RECONQUISTA, primero, y, coronando aquella gesta, LA UNIDAD NACIONAL. Como premisa y consecuencia, LA UNIDAD RELIGIOSA.

Y las dos UNIDADES—brazos de España elevados al cielo—formaron el arco majestuoso del Imperio, rematado en una cruz que es horizontalidad humana y verticalidad de Dios, síntesis maravillosa de la Hispanidad.

Y en el trabajo secular de la imperial empresa hay reyes y obispos en Las Navas, conquistadores y frailes en el descubrimiento de América, cardenales ministros y reyes santos, y en la Independencia guerrilleros y curas soldados del trono y del altar. El Estado y la Iglesia se apoyan mutuamente. La cruz es espada y la espada

cruz. Si el Estado es la fuerza y las armas, la Iglesia es la ciencia y la fe.

Cada uno recibe de la nación la riqueza para su fin social-nacional peculiar: El Estado, para sus ejércitos y escuadras, armas de defensa y camino de horizontes de conquista. La Iglesia, para sus universidades y sus asilos, sus catedrales y sus colegios, fortalezas invencibles de la ciencia y de la caridad.

¡¡Y así fué España y así el Imperio!!

¡Y así resistió los embates del mundo y humilló al Corso!...

Si tenía riquezas la Iglesia... ¿por qué no se las pidieron para impedir la rota de su poderío colonial? ¡Las hubiera dado todas!... ¡Hasta la más preciada de sus custodias! Y si no, habérselas quitado entonces para ese fin *nacional*. El fundamento jurídico hubiera sido riguroso y justo: Nacionalización de los bienes de la Iglesia, si los negaba para su debido fin *social-nacional*. No los hubiera negado para sostener el Imperio, porque no ignoraba que bajo la capa de la independencia colonial, se hallaba toda la heterodoxia de la Revolución francesa. Las fauces del materialismo imperialista anglo-sajón, nutrido por el odio de la Reforma y la rabia inextinguible de Israel, que a través de la Masonería animaba aquellas ansias de independencia y libertad... De libertad, para inclinar la cerviz ante el yugo del imperialismo político y financiero del coloso yanqui, y para suicidarse en la ¡eterna guerra civil!

En cambio, se los robaron, primero, para una enorme jugada de Bolsa; después, para alquilar una opinión que les faltaba, y últimamente, para fortalecer uno de los bandos que dividen a España, partida de parte a parte.

Los del "trienio", los Argüelles, los Calatrava, los

Mendizábal, no piden las riquezas en 1820 para frustrar la colosal conspiración internacional que alzaba las Colonias. ¡Cómo iban a pedirla si ellos estaban complicados en ella!

Unos años después, aquellos mismos hombres se creen autorizados a la expoliación, para lograr que se sostenga una "forma" de Gobierno... y preguntamos de nuevo: ¿Qué importaba más a España?... ¿Cristina y la Constitución, o el Imperio?...

¡A España le importaba infinitamente más el Imperio!

¡Pero España no existía para las *logias!* Y éstas querían a todo trance la muerte de España, clavada en su "triángulo", esperando despedazar su cadáver con la última lanzada de la traición. Y repartírselo entre los condotieros de la gran Secta trágica.

Sigue la guerra civil

De propósito no hemos hecho en este libro más que breves alusiones a la guerra civil, a pesar de los incidentes heroicos que se pudieran relatar.

Mucha ha sido, en verdad, la sangre derramada por los dos bandos rivales, y toda ella vertida en holocausto de la DIVISION nacional, engendrada por *El Enemigo.* La sangre y el heroísmo de nuestros carlistas y liberales, prodigados en la serie interminable de los episodios que han deshecho el porvenir y la paz de nuestra Patria, han sido estériles de todo punto. Ni una obra, ni un nuevo afán. Todo luto, confusión y muerte. ¡Lástima que el esfuerzo de los españoles, la sangre vertida, no hubiera sido con un ideal noble, altivo, señero!...

España hubiera recobrado, sin duda, su rango de se-

ñora, su altivez matriarcal, su limpia categoría de inventora de pueblos. Como lo fué Castilla, que engendraba naciones en su vientre y los paría con dolor de madre, y los criaba con los jugos de su amor y de su ternura.

¡Tanto tiempo llevamos matándonos unos a otros, que ya parece imposible llegar a un armisticio fraternal!

Ahora mismo, los bandos eternamente rivales se manchan con el cieno de una lucha que aviva constantemente *El Enemigo,* sin que se vislumbre un amanecer de paz. Un orden nuevo de fraternidades vigorosas, de respeto mutuo, de renovadas ilusiones para ir hacia una meta. Nadie tampoco manda tocar la diana en una aurora de esperanzas nuevas. La política al uso caciquea en los Ministerios. Hay un temor en cada calle y un espanto en cada casa. ¡La noche antigua de la conspiración y de la intriga, perpetúa sombras y puñales! Se crispan los puños agarrotados en un temblor de venganza. No se abre la cruz de los brazos para estrechar el cuerpo del amigo. Se encienden las pupilas con lumbre de rencor, y por las comisuras de la boca bajan caños de insultos y gritos de indecencia. Se paralizan los corazones del susto diario, de la revolución de cada día. Nadie se atreve a una audacia noble ni a una empresa grande. No se edifica nada, no se crea nada. Los cerebros se paran estáticos, y cunde la amargura de los obreros, de los campesinos, de esa pobre gente desamparada que todavía no se suicida muerta de hambre, y tiende su mano temblorosa en una demanda de pan.

Todas las conciencias se embotan. Todo el sistema se hipertrofia. No se levantan de mañana las buenas alondras del trabajo, entumecidas ahora de angustia y de coraje. Luce la fanfarria de la pistola, como supre-

ma razón. Se han acabado los argumentos y los pareceres. No se conversa en los pueblos. Se discute a puñaladas. Las mocitas españolas bordan banderas negras a escondidas de la madre. No se quiere a la familia. Se odian los amigos. El café español se ha convertido en un coro de tópicos. Ni arte ni ciencia, ni apenas literatura. La juventud devora a Lenin. Se urden mentiras y se ejecutan patronos. El socialista se encara con el fascio y le descerraja tiros. Más tarde, avergüenza al mundo con la tragedia de Asturias. No se comprende. No se ama. Los menores problemas urbanos siguen sin resolverse. No digamos nada de aquellos otros fundamentales, tan fáciles con un poco de amor. Se han roto los frenos y van las ruedas disparadas por la cuesta abajo de la desgracia. No se cree en Dios. No hay conciencia ni disciplina. "Lo hago porque... ¡quiero!" Se hunde el cielo sobre nosotros, como un techo desgarrado... El paisaje español no tiene ya el azul plata de Velázquez, ni la música retozona y alegre de la buena convivencia. Todo es agrio y duro, como los colores del Greco. La pesadilla de Oriente se ha metido en el aire de España.

El paro obrero lanza fantasmas del hambre todas las noches. Y los ricos, los "condeses", ¡los de los millones!, echan el barro de su automóvil sobre los grupos de parias. Ya no hay fe, ni caridad. Ni mandamientos de la ley de Dios, ni mandamientos de las leyes de los hombres.

¿Qué es eso de obedecer? ¿Qué es eso de la tradición? ¿Qué las glorias pasadas?...

La gente se ha metido en la hura de los egoísmos, y nadie sale a dar una limosna a los pobres que piden pan y justicia.

No se encuentra una mirada noble, ni un ademán cas-

tizo. El grito prendió en la cárcel a la palabra, y los alguaciles de la rabia ponen esposas al que se atreve a trabajar. En los recovecos de la Justicia, anda el papeleo del cambalache. Todo es falso y mezquino, ruin y cobarde. Se han acabado las gallardías españolas, para ufanarse de blasfemias y *pisotones*. No se rivaliza, se navajea con disfraz. ¡La locura aturde las campanas de Castilla!

Finalmente, no se levantan las ansias ni se respira a gusto. Hay en los pechos una opresión de crueldades. La política se ha hecho un muladar de venganzas y un retablo de malas pasiones. El "grupo" dicta conveniencias de minoría. El palabrón parlamentario defiende intereses de clase. No importa nuestra España. No se habla nunca de ella. No se la quiere con amor. La Comisión y el Comité, la ponencia y los técnicos son estériles. Todo se diluye y se pierde en ese mar estúpido de la burocracia ibera. Ni una iniciativa, ni una orden renovadora. En el foro y en el arte, los mismos *camarrupas* de siempre. El aparato del Estado tiene herrumbre de tópicos. La Prensa, con mordaza. Los viejos caciques, usureros apegados a la vara del mando. Trenes viejos y tranvías absurdos. No se ha movido nada. Todo sigue igual, con banderas de rutina. El oreo del campo huele a pólvora de crimen.

Nadie empuña la trompeta y nos guía por el camino de la paz. La raza castiza de España se ha puesto a tomar el sol de la pereza, con rumia de bestia... Dividida, partida, envilecida por la desproporción de la lucha y la falta de buenas palabras.

¡La eterna noche antigua de la guerra civil, lanza sus

potros apocalípticos azuzados con rienda suelta por el Enemigo, por la Anti-Patria!...

¡¡Y ya no sabe uno si habrá remedio!!...

Segunda caída de Mendizábal

Ocurre en el verano del año 1837. La Guerra Civil ha llegado a su apogeo. Don Carlos está esperando a las puertas de Madrid. El ejército, tropa forzosa, y único apoyo de Mendizábal, empieza a bostezar de cansancio. ¡Hasta las mismas armas se caen, cansadas de entrar y salir en las carnes! Cuando Espartero llega con el ejército en pos de don Carlos a la villa y corte, los oficiales se desmoralizan de espanto. Ni el horror de la campaña lo había conseguido.

El latrocinio se ha entronizado en el Poder y hace mella en los oficiales, que empiezan a firmar las cartas de retiro. El peligro es inmenso. Ya no pueden resistir más. Todo el Ministerio masónico, con los Mendizábal, los Calatrava y compañía, tiene que dejar paso a un Gobierno de figurones, amparados por el prestigio de Espartero.

Se suceden unos a otros los Gobiernos de la época, con la tacha de "moderados".

Coquetean éstos con los "progresistas", en torno de Narváez y otros generales. Buscan fuerzas en el "espadón", y triunfa el "as" de la milicia: el general Espartero.

Fin de la Guerra Carlista

Unas líneas tan sólo sobre este hecho gratísimo, si en verdad significara el fin de la guerra civil. Desgra-

ciadamente, no aconteció así, pues la guerra continúa, con su trágica lista de episodios, hasta nuestros días. No hace más que cambiar de escenario. Pasa de las montañas garridas y agrestes a las ciudades y pueblos. En todas las calles se puede ver sangre de españoles. Ahora tampoco se llama Guerra Civil, se llama Revolución.

¡Como si el nombre hiciera al caso!...

Muy a punto estuvieron los ejércitos liberales, reclutados en forzosa leva, de ser derrotados por la tropa voluntaria de don Carlos, cuando España estaba agotada hasta la postración; pero había que impedir la victoria de los tradicionales, y para ello no faltaron consejos y medidas. Las Cortes y los Gobiernos se aprestaron a ser meros comparsas del general Espartero, que no obstante su valor y su conocimiento de la lucha, fué incapaz de conseguirlo.

Hubo que echar mano a otros resortes más eficaces, y se empleó en ello las maniobras de la Masonería, que lograron meter sus hombres en las propias filas del ejército carlista. Los *hermanos* vieron en seguida un magnífico punto de apoyo en el general Maroto, nombrado para el mando del ejército carlista del Norte. Maroto era uno de los célebres "ayacuchos", como lo era también Espartero.

Ocurren los episodios de Estella, donde Maroto ensaya un golpe de estado, fusilando a varios generales que se habían dado cuenta de su doble juego. Viene después el sometimiento de don Carlos, por las intimidaciones y las amenazas, y por último el ir cediendo paulatinamente posiciones a Espartero, con el que empiezan a relacionarse.

¿Y la Masonería, se me dirá...?

La Masonería se ganó a Maroto. Además, está probado que Avinareta estuvo instalado en la frontera, con dinero y auxilios abundantes, comenzando a tender sus redes por el campo carlista.

Un día, es el falso rumor; otro, la noticia adversa; luego, la hoja clandestina con el "bulo" de lo absurdo; más tarde, la calumnia contra el carlista intachable, motejándolo de traidor... En fin, todas las malas artes empleadas por el más singular de sus artífices, el célebre don Eugenio Avinareta, que aparecía y desaparecía como un fantasma, tejiendo la conspiración, con una maleta liviana en la que sólo llevaba de equipaje el mandil de la orden... y dinero.

El desahucio de la Gobernadora

Lo que se intentó en la "sargentada" de La Granja, que falló por culpa del pobre García, se consiguió más tarde por una "generalada" de Espartero.

Las Cortes habían resultado "moderadas", y como siempre que esto ocurre, los progresistas, como los "auténticos" de ahora, gritaron desaforadamente: "¡No vale!... ¡Así no vale!" ¡Y para que no valiera, se lanzaron a la calle! Buena es la democracia cuando sus resultados convienen a la Masonería; pero cuando le son adversos, todo es bueno y lícito con tal de obtener los poderes.

Lo mismo da la "sargentada" que la "generalada"; el pronunciamiento como el motín; la revolución o la muerte *natural y oportuna,* como el crimen por la bomba y el puñal. Tanto importa el atentado como la huelga. El veneno como la ametralladora. Ayer y hoy es lo mismo; la cuestión está en mandar, cueste lo que cueste.

Terminada la guerra civil, la Gobernadora (que por verlos tan de cerca había podido apreciar el desinterés de los "desinteresados" defensores de la "inmortal Cristina", como la adjetivaban altos y bajos), obedeciendo a la mayoría de la Cámara, mantuvo en el Poder a distintos ministros moderados.

¡Nunca lo hubiera hecho!, porque el motín, las Juntas municipales soberanas y el *espadón* de Espartero, movidos por la Masonería, que manejaba los hilos de su ambición y su soberbia, dieron al traste con la Regencia.

Basta conocer la filiación crónica de todos los prohombres progresistas que apoyaban a Espartero, sin olvidar la figura barojiana de Van-Halen, cuya auténtica conducta masónica hemos identificado anteriormente.

La Reina Cristina era ya un trasto inútil que arrinconaba la Masonería, después de haberse servido de él a su antojo.

¡Triste fin reservado a los Príncipes y Reyes que se han echado en los brazos de la secta! ¡Todos perdieron la Corona y, algunos, hasta la cabeza!

Espartero, Regente

Las Cortes eligen Regente a Espartero.

Pero éste, una vez utilizado por las logias, no les era grato. Intentan jugar al "hermanito" una mala partida, y le presentan enfrente la candidatura del "divino" Argüelles, que fué derrotado. Más tarde se le contentó encomendándole la tutoría de la niña Isabel. De este modo, la Reina niña quedaba bajo el influjo masónico, y sus profesores, que también fueron elegidos de la secta, podrían formar a su gusto el carácter y las inclinaciones de la Soberana.

Inglaterra, a lo suyo

El apoyo inglés a toda la política masónica, de la que ya hemos dado suficientes pruebas, exigía una compensación. Y la Regencia intentó dársela *vendiéndole* en la *fabulosa* cifra de ¡seis millones de reales! las islas de Fernando Poo y Annobón...

Por fortuna, el sentimiento nacional estaba aún bastante vivo, y hubo que retirar el proyecto de la Cámara. No obstante, se evidencia hasta qué punto estaba Inglaterra a *lo suyo.*

Un pronunciamiento.—Es fusilado Diego de León, Borso y otros militares

El ejemplo de Espartero alucina a varios generales, que acaso tenían más valor personal y mayores merecimientos, los cuales se deciden a sublevarse en favor de la ex Regente María Cristina.

Al frente de ellos estaba Diego de León, cuya bravura fué legendaria. Fracasa el pronunciamiento, y Espartero fusila sin piedad a su más valeroso compañero de armas: aquel a cuyo arrojo debía gran parte del triunfo la causa liberal, y el Regente su fortuna en la guerra y en la paz.

Los pronunciamientos contra un pronunciado en el Poder son muy peligrosos, porque no hay peor cuña que la de la misma madera.

Espartero negó el indulto de Diego de León y de varios compañeros de pronunciamiento. La Historia no le ha perdonado todavía aquella crueldad. Pero hemos de descubrir como atenuante la enorme presión que debió

ejercer la Masonería. Pudo decidirle al perdón la carta que intentaron escribiera la Reina niña Isabel II. Consta en la Historia que el "divino" Argüelles, su tutor, secundado por la viuda de Mina (que debía tener las entrañas de su finado esposo), se opusieron terminantemente, dando ocasión a que el arrogante y valeroso Diego de León fuera un asombro de estoicismo ante el piquete que lo ejecutó.

Todas las gallardías del héroe, amigo del "espadón", no sirvieron de nada, ni siquiera el recuerdo de su invencible lanza.

Una turbia insurrección en Barcelona y el bombardeo de la ciudad por el Regente y Van-Halen

Si en los bajos fondos de todas las revoluciones españolas hay siempre agazapados intereses internacionales, no siempre es posible hallar su huella.

En lo turbio de la insurrección que nos ocupa aparecen pruebas y hechos para demostrar que detrás de la revolución estaba el apetito insaciable de Inglaterra. Pero tal es su maestría, que al intentar seguir el hilo de los sucesos, se enreda primero y se rompe al fin antes de llegar al ovillo de la causa.

En las numerosas revoluciones de Barcelona, se notaba una mano desconocida que solía poner fuego a las fábricas de hilados. Por otra parte, los Gobiernos masónicos, en diferentes tratados de comercio, desamparaban a la industria catalana, pagando así el apoyo y los favores recibidos del Gobierno inglés. Como prólogo de esta insurrección, existían negociaciones para un tratado que, por las noticias circuladas, acarrearía la ruina

de toda la industria de Cataluña, ya muy resentida por el descarado contrabando inglés que toleraban impunemente las autoridades. Cundió la protesta, y el Gobierno tuvo que vacilar ante las pretensiones inglesas.

Entonces surge "oportunamente" la insurrección de Barcelona, tomando parte en ella los republicanos, que ya empezaban a asomar la cabeza.

Barcelona entera cree en los fines patrióticos del movimiento, y se une a la protesta.

No hay jefes de prestigio en las filas revolucionarias, ni tan siquiera un programa concreto; pero tal es la unanimidad del pueblo, que Van-Halen (ya surgió el masón extranjero), capitán general de aquella región, tiene que evacuar la ciudad con la escasa tropa que le sigue. El movimiento, acéfalo, y sin más fines que la protesta, fué derivando en pocos días hacia la anárquía. Llega el propio Espartero a Sans, y sin querer oír las proposiciones de rendición de los revoltosos, ordena a Van-Halen el bombardeo de Barcelona. No fué un mero simulacro. Cuatrocientos cuatro edificios cayeron derribados y fueron pasto de las llamas. Detalle curioso: las bombas se las proporcionó graciosamente a Van-Halen la escuadra inglesa.

Después se quiso echar la culpa de la sublevación a Francia y a su Cónsul—luego célebre Lesseps—, y hubo que rectificar en la *Gaceta,* ante la enérgica reclamación diplomática del vecino país. No creemos que Francia fuera la culpable. Se veía claramente la intervención extranjera. Pero antes que se descubriera al verdadero culpable, se recurría al "truco" empleado tan frecuentemente por los ladrones profesionales, que cuando se ven perseguidos gritan: "¡A ése... a ése!"

El autor no podía ser más que el rapaz imperialismo

inglés; el único servido por "agentes provocadores especializados" y el único también a quien podía interesar la desaparición de Barcelona y de toda su industria.

Los reos de un delito suelen ser, por regla general, los que se benefician del mismo.

¡Está claro!...

Caída de Espartero.—"El que a hierro mata..."

Si Espartero debió a la violencia ser Regente de España, por la violencia fué depuesto de su alto cargo.

¿Causas?... ¡Muchas! Pero nosotros sólo hemos de señalar la de más entidad, porque justifica ella sola el alzamiento: *Lo antinacional de la política total del Regente.*

Fué tan impúdica aquella política, que España marchaba a pasos agigantados hacia el coloniaje inglés.

No tenemos espacio suficiente para hacer el índice de los hechos que esmaltan toda la historia de aquel período. Pero dada la calidad de las personas que hicieron la acusación para justificar su alzamiento contra el Regente, nos evitan las citas y la reseña. No nombraremos a personajes carlistas, ni siquiera a moderados. Los acusadores son masones auténticos que ven el peligro y lo proclaman.

Son los mismos que no hacía mucho tiempo habían luchado en la primera fila de la revolución.

La Prensa en general recomendó la *unión de todos los españoles para hacer guerra abierta y sin tregua a los anglo-ayacuchos* (1).

---

(1) M. Lafuente: Historia de España. Tomo XXII, pág. 178.

Prim *"trata al Regente de soldado de fortuna, de aventurero egoísta, y a su ministro Mendizábal, el antes adorado jefe de los progresistas, de intrigante, de embaucador, de dilapilador de los intereses públicos."* (1).

Para darle más razón a Prim, un general "esparterista" arroja bombas y granadas sobre Reus, la población industriosa que fué su cuna.

Y el general Serrano, en el primer escrito de su "Gobierno universal", de Barcelona, afirma que *"España se halla sometida al influjo exclusivo de un Gobierno extranjero"*.

No olvidemos que tras de Espartero se hallaba Mendizábal y todo el Gran Oriente. Les llama en su ayuda cuando ve que el Congreso, el Ejército y la Nación en masa le repudian, al advertir claramente el precipicio adonde les lleva.

Su último Ministerio era masónico ortodoxo. Mendizábal formaba parte de él, pero nada pudo hacer, porque ya se conocía su filiación anglo-masónica. Y ya se sabe que: *masón conocido, es masón inutilizado.*

... ...

En el "destronamiento" de Espartero influyó decisivamente una organización militar que copiaba a la Masonería en su estructura, aun cuando no en sus fines, que eran opuestos.

Se llamaba esta sociedad secreta Orden Militar Española.

La O. M. E., según rezaba su anagrama.

Algunos de sus jefes fallaron luego al ser conquistados por la Masonería; pero los primeros pasos de esta

---

(1) M. Lafuente: *Historia de España*, tomo XXII, pág. 184.

organización fueron felices y beneficiosos para España.

La O. M. E...

—*Nihil novum sub sole!*

... ...

Hubiéramos querido finalizar en este libro nuestro pequeño ensayo de *Interpretación Masónica de la Historia de España.* Pero no puede ser. Todas las síntesis, por síntesis que sean, tienen un espacio y un límite. Este consiste en no omitir lo estrictamente necesario para dar una idea de su fondo.

Un campo donde se pueda exponer la verdad. Y sin darnos cuenta, hemos rebasado con mucho los linderos del que habíamos acotado. De esta manera no hemos podido llegar en la interpretación al reinado de Alfonso XIII, con el cual terminaremos el ensayo. No obstante, prometemos hacerlo sin falta, en nuestro próximo libro, si los acontecimientos políticos no lo impiden. Se llamará *El General Organizador de Derrotas,* y tratará principalmente de la caída y vencimiento de la Monarquía, interpretados como en este volumen y su antecesor *El Enemigo,* en su modo masónico, porque lo de ahora, lo de nuestros días, no hace falta decirle al lector que ya lo vamos publicando en nuestros libros anteriores y en éste.

Finalmente, convienen unas ligeras palabras sobre el método que empleamos, aunque no sea más que por estricta veneración a la claridad. No tenemos, por otra parte, ridículas jactancias, ni vanidades que pudieran provenir de las múltiples ediciones que lograron nuestros libros anteriores, tratados por la crítica con unos elogios que sinceramente no merecemos. Nada de esto. Insistimos en que la empresa, más que de originalidad, tiene un fondo de perseverancia en el trabajo y un afán

casi de policía por desentrañar los misterios que rodeaban y rodean nuestra política.

Es decir, que nuestro sistema consiste en ir señalando una serie de hechos que como los estribos de un puente apoyen el concepto masónico que vamos sacando, para enderezarlo hacia adelante y llegar de este modo a la otra ribera, descubriendo entre las aguas turbias y la maleza al auténtico "Enemigo", a los *Asesinos de España,* que no son, en fin de cuentas, más que esta terrible deidad del odio, trina y una:

¡Marxismo!

¡Anarquismo!

¡Masonería!

Explicada nuestra conducta, sólo resta pedir su benevolencia al lector, para que nos ayude con su mirada a recorrer el camino que todavía nos falta.

Por nuestra parte, le ofrecemos no defraudar su curiosidad descorriendo las cortinas que cubren a los titiriteros del retablo de la tragedia española, sin que la justicia caiga sobre sus culpas delictuosas ni nadie advierta siquiera lo siniestro de su actuación.

LIBRO SEGUNDO

Por el camino de la inducción

"Multiplicar las observaciones y variar los experimentos para distinguir las circunstancias que les acompañan invariablemente."

(Bacon. Novum. Organon: Primera regla para conocer la CAUSA.)

"No hay secreto que el tiempo no revele."

Racine.

Echevarrieta, masón 100 por 100

¿Otro Stavisky? ¡Cuidado! Echevarrieta es un negociante español, que sin ser concejal de un burgo podrido, ni tan siquiera Diputado a Cortes, se ha montado a caballo varias veces encima de la actualidad.

Don Horacio Echevarrieta, por no ser, no ha sido ni tan siquiera tertuliano de una peña política, como las que le hacen a un cualquiera ser Ministro o Presidente del Consejo.

Empero el gran negociante bilbaino llegó en una ocasión a ser Ministro plenipotenciario, Jefe de Gobierno y casi Emperador de las Españas, pactando en nombre de ellas, con un bandido famoso.

¿No os acordáis de los prisioneros de Abd-el Krim? ¿No os resentís de aquella nube de pajaritos españoles, cazada en las redes calientes del desierto?

Pues en aquel trance nos salvó don Horacio. El gran don Horacio, el insigne Echevarrieta. Solito, mano a mano con el moro, en sus corralizas y en sus chumberas, como un Pizarro del siglo XX.

¡Qué más quisiera!... Pues bien: a este hombre, la Prensa no le ha calado nunca con la navaja de un reportaje. Los periódicos españoles se han dedicado conti-

nuamente a preguntar a la Gámez si chuta bien Regueiro y qué color de camisa prefiere Belmonte.

Echevarrieta, fuera de algún momento y siempre para elogiarle, ha huído a la mirada periodística, como otros muchos personajes fabulosos, tan interesantes a la vida política y social de un país.

Así las gentes saben de estos seres lo que ellos mismos quieren que se sepa, y el juicio de la opinión, que se nutre de los periódicos, no alcanza nunca a conocer ni un detalle que los identifique. ¡Tan desgraciados somos, que andamos siempre de carnaval! Y así nos luce.

Pero nadie ignora que Echevarrieta es un gran negociante. Tiene un empaque de mito, de cosa grande, de parecerse al Stavisky de los doscientos y pico de millones, que todavía maldicen los burguesitos franceses. Nosotros no vamos a ser igual que los periódicos, porque ya sabemos que en el hombre, como en la naturaleza, hay una zona visible y clara. Aquella que se nos muestra de frente, iluminada, y que se mete por nuestros ojos; pero, en cambio, jamás vemos la otra, la oscura, la que queda en sombras; y mirando sólo a una parte, no hay manera de conocer a nadie. Acontece en esto como le aconteció a aquel rey del cuento, que andaba—el pobre—muy preocupado buscando un consejero para su gobierno, que tuviera un poco de sentido común, y caminando un día a caballo por las orillas de un lago, vió cómo flotaba en el agua una naranja, al parecer.

Se detuvo el rey, y llamando a uno de sus cortesanos que le asistían de escolta, le preguntó:

—¿Qué es aquello?

—¿Cuál, señor?—respondió el vasallo con la más estúpida de las sonrisas.

—Aquello que hay en el agua—insistió el monarca.

El adulador palaciego miró en seguida la superficie y respondió con humildad y respeto:

—¡Una naranja, señor, una naranja!

El rey, obstinado e insatisfecho con la respuesta, repitió:

—¡A ver, tú!—y preguntó de nuevo a otro cortesano, que esperaba anhelante los gestos del monarca—. ¿Qué es aquello?

—¿Lo que flota en el agua, majestad?

—Sí, lo que flota en el agua, esa cosa redonda...

Y respondió igualmente, sin moverse del sitio en que estaba:

—¡Una naranja, señor, una naranja! ¡Se ve muy bien que es una naranja!

Finalmente, el monarca inquirió otra vez sobre la naturaleza del objeto que se balanceaba en el agua, y al llegarle el turno a uno de los que estaban más próximos, contestó:

—¡Un momento, majestad!—se quitó las botas, se alzó la ropa como pudo, se metió dentro del agua, alcanzó el objeto y, mirándolo una y otra vez en sus manos, volvió donde estaba el rey y le dijo con entereza—: ¡Esto es media naranja!

Y aquel hombre tenía razón. Fué ministro, amigo del monarca, consejero y gozó de grandes honores y privilegios, porque, efectivamente, aquello que flotaba en las aguas era media naranja, y no una, como habían dicho los anteriores.

Nosotros no aspiramos a tanto, pero nos ponemos la moraleja en los puntos de la pluma, y decimos:

Vamos a mirarle bien la cara que flota en el señor Echevarrieta, y no sólo la cara, sino el otro lado que

queda oculto, porque a lo mejor no es una naranja entera, sino que es media, como acertó el castellano del cuento, y así llegaremos mejor y más lejos en la psicología de este magnífico príncipe de las embajadas españolas. Por otra parte, Echevarrieta debe tener, además, otras dimensiones que los cuerpos simples, y en esas esquinas de su alma es donde hay que buscar el hecho de monta. No en la apariencia engañosa, que va de continuo disfrazada, como aquella fruta de las aguas.

Entonces aparece el signo pequeñito, el detalle ignorado, y se encuentra uno con la sorpresa del estafador, del invertido, del traidor, del asesino, o con la del sabio, del héroe o del santo, aunque sean las menos veces, y ahí están, para no ir más lejos, las hazañas todavía recientes de los Kreuger, los Stavisky, los Lowestein... ¡y los Echevarrieta!

Y aquí viene otra vez a nuestra mano, y como providencia, el hilo de la inducción que nos guía siempre. Inducir, que no es sino interpretar, mediante un estudio de los hechos y un examen frío y consciente de los hombres, para que aparezcan en carne viva, por todos sus lados y dimensiones, como hay que hacer siempre que se quiera hacer historia auténtica y no relato de una circunstancia o reportajes sueltos de cortesanos aduladores.

Por último, nosotros nos descalzamos de pie y pierna, nos metemos en el agua, y agarrando en ella la naranja podrida de la *Masonería,* del *Judaísmo* y del *Marxismo,* veremos de cerca la teoría de sus microbios, el veneno de sus gajos, la carroña que hay en su carne, y podremos someterla al examen de un microscopio que tenga bien limpios los cristales, que en ello puede ir na-

da menos que la salvación de un pueblo, contaminado por el virus de los internacionalismos.

* * *

Ya hace muchos años que empezamos a oír el nombre de Horacio Echevarrieta, y aunque entonces nuestra juventud apenas dejaba resquicio para la meditación, ya nos andaba por dentro la comezón y el ansia de conocer al *Enemigo,* que lo sentíamos alentar en los menores sucesos de la vida española.

Este ansia llegó a ser fiebre, cuando al gran bilbaíno se le encargó, nada menos que por el Gobierno, de gestionar el rescate de los prisioneros españoles, a poco del desastre de Annual.

Se avivó nuestra curiosidad de tal suerte, que aprovechamos la amistad de uno de aquellos desgraciados para penetrar algún detalle, de esos que se escapan a la tierna mirada de los que van de comparsas adulando a los poderosos.

¿No te acuerdas, lector? ¡Las gavillas de elogios asfixiaban al millonario de la ría! Toda la Prensa sacó los incensarios para sahumar la figura del hombre atrevido y audaz, tan buen amigo del cabecilla rifeño.

El pueblo entero—como siempre, generoso e inconsciente—batió sus manos en aplausos frenéticos.

Don Horacio, exaltado a las cimas de la fama, no podía asistir a un teatro, ni a una fiesta, sin que la gente enardecida se le rindiera a los acordes de la marcha triunfal. La aventura tenía vibraciones de apoteosis. Nosotros mismos aplaudimos al "Príncipe del Rescate", pero con un poco de tibieza, por esta manía de pensar en los hechos y, sobre todo, en las conductas de los

grandes hombres, que, a veces, tienen un fondo inexplicable y extraño.

Esta mala costumbre de pensar nos ha producido bastantes disgustos a todo lo largo de nuestra vida, aunque los damos por bien merecidos, ya que siempre nos movió el dolor de España que, como al gigante Unamuno, nos atormenta las carnes y nos traspasa el alma.

¡Claro que en aquella ocasión reflexionamos del siguiente modo!:

¿Quién le ha mandado a este hombre ser intermediario entre una nación y un vulgarísimo bandido?

Y esa cantidad de millones que en buena moneda se le van a entregar al cabecilla, ¿no servirán en todo caso para que compre buenos fusiles, mejores cañones y abundantes balas con que seguir combatiéndonos y asesinando a los mocitos españoles?

¡Aquellos soldados—¡Dios nos libre de otra guerra!—que morían a manadas para pasar un convoy y meterlo en un blocao donde había una docena de muchachos defendiendo un kilómetro de tierra desértica, con una lata de sardinas y una manta vieja por todo elemento de combate!... ¡Aquellos soldados!... Pero ¿no os acordáis?...

Estas consideraciones sobre la operación de rescate y lo insólito de dar dinero a un asesino, fueron precisándose a medida que pasó el tiempo.

El autor, por una serie de circunstancias que no son del caso, se encontraba dos años después de la catástrofe de Annual en la capital de Vizcaya, atento a una serie de sucesos que habían dado como resultado cierto pacto secreto fraguado en Bilbao por los líderes del comunismo y del sindicalismo, que eran entonces Oscar Pérez Solís y Angel Pestaña.

Aquel pacto tan extraño, por el que se hermanaban voluntades tan distintas como las de los anarquistas y comunistas, no pasó desapercibido para mi atención, aguzada siempre ante los menores movimientos de tipo social.

Yo tenía, además, noticias muy graves que me anunciaban sucesos de importancia. Efectivamente, el 23 de agosto la fuerza pública tuvo que asaltar la sede de los comunistas, porque habían disparado contra los guardias. Aquel día cayó herido en las escaleras de la Casa del Pueblo el propio Pérez Solís, que por cierto se batió gallardamente y con mucha entereza. Nosotros mismos estuvimos muy cerca del comunista, y comprobamos su estoicismo ante el peligro. ¡Quién iba a decirle entonces a Pérez Solís lo que vendría a ser en poco tiempo!

Pasados unos días del asalto, llegó a Bilbao un delegado del Comité Nacional de la C. N. T. Me parece que era un anarquista llamado Gallego Crespo. Gallego era un hombre muy poco conocido en los medios policíales. Llevaba una misión del Comité Nacional, dirigida a realizar una encuesta sobre supuestos "desafueros" y "asesinatos" cometidos por la fuerza pública, según pregonaba a voz en grito la Prensa anarquista y comunista de toda España. Eran tiempos famosos. El Gobierno estaba regido por el célebre tríduo Romanones-Alba-García Prieto, que ya andaban haciéndole coqueteos y guiños a la *troupe* de Pestaña y sus pistoleros. Por cierto que estas demostraciones de simpatía lograron de aquellos políticos tan nefastos, nada menos que hacer caso al informe del anarquista, y enviar con poderes absolutos al entonces director general de Seguridad don Carlos Blanco (de tristísima recordación), para castigar a los policías. ¡Qué asco! ¡Los policías y guardias que se

habían jugado lindamente la vida no podían quedar sin un castigo! Lo exigía Pestaña y sus secuaces, y no había manera de soslayar la exigencia.

Aquello había que sancionarlo...

En vez de un premio, recibirían la bofetada del castigo.

¡Así estaba España cuando llegó el 13 de septiembre de 1923.

Pues bien: aquel delegado de la C. N. T. que llegó a Bilbao, redactó un amplio informe plagado de mentiras, y por no perder la costumbre, mató con el tiro del viaje al otro pájaro, al de la propaganda disolvente de sus ideas ácratas, que era también de mucha calidad.

Rápidamente organizó un mitin en unión de otros conspicuos anarquistas de Vizcaya, que se celebró en un "cine" del barrio alto de San Francisco. Yo estuve oyendo a una multitud de oradores que se expresaban con un léxico de cloaca. Ni una idea original, ni una palabra digna, ni una frase interesante. Recuerdo a un bizco, con aire siniestro, que no hacía más que repetir la palabra "energético", dándole un sentido absurdo, y a otro que se llamaba Blanco, que se entretuvo en decir todas las atrocidades que le dió la gana. Este hombre se expresó con relativa facilidad, pero sus palabras eran detonantes, y se veía claramente que las había aprendido en esos folletos baratos de literatura decadente. En último término habló el delegado de la C. N. T., durante dos horas. Describió ampliamente la organización que darían los anarquistas a la sociedad, en el supuesto—él lo veía inmediato—del triunfo revolucionario, y se permitió poner el siguiente ejemplo, que copié con toda exactitud:

"En nuestra sociedad futura, pasado el momento revolucionario, no se exterminará al burgués por el sólo hecho de haberlo sido. El es un producto del "determinismo" (muletilla del orador), y no llegaremos siquiera a obligarles a barrer las calles, por darnos ese gusto, a todos los ex millonarios. Si Echevarrieta, que es hombre inteligente, por ejemplo, vale para administrar la flota mercante que tengamos, no lo mataremos, ni le haremos barrer, para colocar en ese puesto a un barrendero."

¿Ha visto el lector algo sospechoso en estas palabras? Nada concreto puede señalarse. Ni por ellas se puede autorizar un juicio temerario en contra del negociante bilbaíno; pero... ¡fué como un relámpago! Nosotros pensamos en seguida: ¿Por qué ha elegido a Echevarrieta y no le ha venido a sus mientes el nombre de un Comillas, de un Urquijo o de uno de tantos armadores y navieros como había entonces en Bilbao?...

¿Cómo era don Horacio el tipo representativo y por qué causa le aludía aquel delegado anarquista?...

Nosotros estábamos ya enterados de ciertos hombres *puentes* que unen a la Masonería con el Anarquismo, como ya demostramos suficientemente en nuestro libro *El Enemigo.*

Y al formular aquellas preguntas, que chocaban de plano con nuestro concepto anárquico-masónico, nos asaltó una inquietud vivísima. Nos dimos a investigar, como cualquier policía de la escuela de la calle de Víctor Hugo. La distancia que nos separaba del millonario vizcaíno era incalculable, y pasó mucho tiempo sin apenas adelantar un paso en las pesquisas, que siempre se ofrecían interesantes, pero oscuras y llenas de confusión.

Durante nuestras investigaciones encontramos *fichas* y nombres de un gran valor, pero la de Echevarrieta se

escondía en unos pliegues absurdos que no lográbamos desentrañar. A pesar de todo, no le abandonamos nunca. Había algo que nos obligaba a ello. Y eran estas reflexiones: "Echevarrieta, republicano por convicción y por designios de la *última voluntad paterna,* era un hombre de francas y acreditadas convicciones liberales. Esto era lógico y parecía natural. Ahora bien: no se compaginaba su modo de ser y de sentir con el *marxismo* furibundo y exaltado de Indalecio Prieto, íntimo amigo del poderoso burgués, con quien sostenía unas relaciones por demás sospechosas. Cualquiera sabe que el jefe del marxismo en el país vasco y un millonario bilbaíno no pueden ser muy buenos amigos, en buena lógica, puesto que el marxismo no tolera millonarios.

Tan manifiesta era la contradicción, que nos asimos a ella, para identificar la maniobra, con la siguiente explicación:

Prieto era en manos de Echevarrieta el instrumento para controlar la organización obrera del país vasco y para que influyera en el socialismo español.

¿Por gusto y snobismo de millonario? Veremos:

Nuestro interés se agudizó cuando advertimos la posición personal "extremista" de Prieto y la de todas las fuerzas socialistas de Vizcaya, frente a la Dictadura, y crece mucho más cuando vimos durante el período del Gobierno Berenguer, a don Indalecio Prieto, sufrir un varapalo de la Comisión Ejecutiva del partido socialista, que le desautorizó públicamente, y del que se salvó por la fidelidad de la Agrupación socialista de Bilbao, que llegó a impedir su expulsión del partido, decretada inexorablemente.

No olvidemos que Prieto, el más burgués y menos revolucionario del socialismo, se jugaba en aquella oca-

sión todo el porvenir de su carrera política simplemente por unir los destinos del partido socialista a las fuerzas republicanas, cosa verdaderamente contradictoria. No podía explicarse aquella conducta, sino porque interviniera en el asunto el millonario bilbaíno. ¿Qué tenía que ver en ello Echevarrieta?...

Aun descubrimos algo más decisivo y terminante, con serlo mucho aquellas contradicciones.

En el rescate de los prisioneros, ni yo ni nadie había sospechado nada, a pesar de que había detalles muy extraños. Sobre todo, aquel por el cual don Horacio desembarca en la playa de Beni-Urriaguel con la misma tranquilidad que puede hacerlo en la de Algorta.

El bandido rifeño le cubre con un manto de graciosas inmunidades. Las hordas de moritos le respetan. Entra en la tierra africana como si entrara en una posesión de recreo. Se dijo entonces que Echevarrieta y Abd-el-Krim eran amigos íntimos, y la amistad era tan grande que bastó la palabra del bandido para que don Horacio se confiara a correr el peligro de un secuestro, ya que el facineroso sabía que por su persona hubieran dado más dinero que por un centenar de prisioneros.

Se explicó aquello diciendo que habían tratado en anteriores ocasiones de las minas de oro del Rif.

Pero al conquistarse las cabilas de Bocoya, Beni-Urriaguel y Tensaman, donde estaban emplazados los yacimientos auríferos, se vió con toda evidencia la mentira de aquel barullo de las minas.

Y a nadie tampoco se le ocurrió reflexionar sobre lo extraño de aquella amistad, fundada en el mito de las minas, ya que por ser un mito, lo era mucho más el fundamento de la misma. ¿Qué misterio envolvía al bandido y al negociante? ¿Cuáles eran los móviles verdade-

ros que habían unido a dos personajes tan distanciados el uno del otro?

Estas preguntas encabezaban toda una serie de interrogaciones estremecedoras, que nos llevaban a verdaderos abismos de iniquidad contra la Patria.

Recordábamos aquella tristísima rota de Annual, en la que todavía no ha entrado la luz de la Historia ni de la Justicia.

Nos acordamos de alguna de aquellas interrogaciones que nos nos resistimos a insertar en estas páginas. Por ejemplo:

¿De dónde procedía aquel derroche de municiones que hicieron los rifeños en el ataque de Igueriben y Annual?...

¿Quién se las había proporcionado?...

¿Quiénes habían dotado a los guerreros del Sus y aquellos otros lejanos del Sultanato Azul, de fusiles modernísimos, con cuyas armas y como por arte de encantamiento aparecieron, cruzando todo el Marruecos francés, en las montañas de Tensaman y Beni-Said?

¿No se asienta la jefatura de Abd-el-Krim—jefecillo insignificante hasta entonces—precisamente en el momento que él mismo interviene, compra y administra las armas y las municiones? ¿Cómo y quién se las proporcionó? ¿Qué persona le llevó hasta colocarle en el poderío de su ambición?

¿Quién dirigió las hordas, indisciplinadas hasta entonces, con aquella estrategia modernísima y sorprendente?

¿Quién formó los *guerrillones* para el ataque y la defensa?

¿Quién hizo atacar únicamente la línea de comunica-

ciones de nuestras posiciones para cortarlas de improviso y que cayeran fácilmente en poder del enemigo?

Aquella estrategia no podía concebirse en cerebros salvajes.

Nunca se les había ocurrido, y buenas pruebas hay de ello. Algunos prisioneros dijeron que habían visto varios europeos dirigiendo el asedio de Annual, pero nadie les hizo caso. Recordamos el hecho del cónsul español de Uxda, que fué encarcelado por las autoridades francesas, sin que le valiera la inmunidad diplomática.

¿Qué lograría saber el funcionario, don Isidro de las Cagigas, y qué clase de documentos envió al Ministerio de Estado para que se echara tierra en aquel asunto?

Sabemos que fueron de tal gravedad, que no nos atrevemos a decirlo. Lo importante es que señalaban claramente la existencia de un complot internacional contra España, que tuvo su exponente trágico en los *¡20.000 muertos de la catástrofe* y los miles de soldados que después sucumbieron en los desiertos marroquíes, como consecuencia de aquella derrota inolvidable!

La cifra de los españoles muertos está todavía enhiesta con la impavidez de su horror, más tremenda todavía cuando este hecho se enlaza con otros no menos sombríos y trágicos.

Un aire de ignominia cubre la inexplicable e inexplicada conducta de aquel general Berenguer, a quien nosotros llamamos el *general organizador de derrotas*.

Y no seríamos capaces de abrumar a nuestros lectores con nuevas preguntas, ni con las afirmaciones a que nos llevan nuestras certeras inducciones, si no hubiéramos llegado al exacto conocimiento de la CAUSA.

La *causa* de todo (porque el móvil de tanta iniquidad no pudo ser sólo la codicia de un hombre, y no es po-

sible una abyección semejante, ya que el hombre necesita una razón, una entelequia o un sofisma para llegar a esta ferocidad, mayor que el parricidio) es que el señor Echevarrieta era y es MASON.

* * *

A muchas personas que tienen espíritu de curial y demandan a cada paso una prueba tangible que les demuestre algo más que la prueba de razón, les parecerá muy poco el hecho de que el famoso negociante bilbaíno sea y haya sido todo un Masón de los más obedientes a los designios secretos de la secta.

"Esto es poco—dirán—; casi nada..." "¡Si hubiera otras pruebas más fuertes!..."

Y nosotros, como no nos duelen prendas, vamos a satisfacer esos escrúpulos fiscales diciendo que hemos tenido en nuestras propias manos y delante de testigos (que requeriremos si por acaso fuera necesario ante la autoridad judicial), una carta de don Alejandro Lerroux, dirigida al Gran Maestre de la Masonería española, don Diego Martínez Barrio, diciéndole que Echevarrieta debía ser expulsado de la secta. Fundaba sus motivos don Alejandro en los contactos del millonario bilbaíno con la Dictadura y con la Monarquía.

La prueba, como se ve, es de buena calidad. A pesar de todo, sabemos que al señor Lerroux no se le hizo ningún caso.

Don Alejandro ha tenido siempre demasiada ingenuidad para comprender los maquiavelismos de la Masonería. No ha penetrado nunca su fondo turbio y cenagoso. De ahí provienen sus frecuentes choques y tropiezos con la esfinge del triángulo, aunque tengamos que proclamar

honradamente la entereza del señor Lerroux, rebelándose en muchas ocasiones ante las sugerencias e insinuaciones de la *charca*. La piedra de toque de estas nobles rebeldías ha sido el españolismo de don Alejandro, que contrasta sobremanera con algunas flaquezas y errores que a menudo saltan en su vida política.

La Masonería, en cambio, no le ha perdonado nunca ese *pecado;* ese bonito españolismo que nosotros aplaudimos con entusiasmo, siquiera nos dé mucha tristeza su debilidad, en ocasiones en que era menester arrogancias de gesto y fortaleza en la decisión. La secta no perdona a los que sienten la *Patria,* porque ella misma es la Anti-Patria; mejor dicho, lo ANTINACIONAL.

El señor Lerroux, si echa una ojeada a su pasado, nos dará la razón. Ahora que la nieve del tiempo blanquea sus aladares, recordará que durante toda su vida le faltó la suerte de una estrella: la estrella de la Fe. Fué guiado tan sólo por la "estrella flamígera" de la Masonería, aunque a la hora presente un profundo arrepentimiento parece reintegrarle a la verdad emocionada y pura...

Acaso su destino le lleve a gobernar, un día, enfrente de la secreta organización. Si llegara ese trance, fiamos mucho de su amor patriótico.

El dilema, entonces, será terrible. A un lado, España. Al otro, Marxismo, Anarquismo y Masonería.

No tardará mucho en que el dilema tenga que ser resuelto.

Nosotros, con todo respeto, nos atrevemos a recordarle al poeta:

"Un bello morire
tutta la vita onora.."

¡Y es tan bello morir por España!... (1).

* * *

Si el capítulo que antecede hubiera parecido en nuestro libro anterior *El Enemigo,* al que estaba destinado, en vez de haber padecido una querella, hubiéramos tenido que responder de dos. La de don Francisco Cambó y la de don Horacio Echevarrieta. Dos millonarios lanzando tras de nosotros el tropel de la curia, las montañas de papel sellado, la amenaza de nuestra ruina...

Sentimos no haberlo hecho, a trueque del riesgo, pero tuvimos el escrúpulo de estimar que la prueba de indicios iba a ser insuficiente para muchos lectores que no están formados en el concepto masónico. Después de nuestros libros se ha hablado mucho de la Masonería.

Ya va sabiendo la gente quién son los masones y cómo urden sus trapazas.

¡Ya existe un sentido de orientación y de identificación! No pasa un día sin que los periódicos aludan sus manejos; pero insistimos en que entonces no le hubiera bastado al público nuestros sistemas de inducir.

En cambio, hoy nadie podrá dudar, después de lo del alijo de armas, de la calidad masónica y revolucionaria del popularísimo Echevarrieta.

Nuestro juicio se ha visto y tiene ya sentencia pública.

Toda España sabe que don Horacio, obedeciendo a la Masonería, fué capaz de armar al ejército marxista de Asturias y a los separatistas catalanes, para una guerra contra la misma Patria. Es decir, que este hombre (?)

---

(1) Escrito en el mes de abril de 1934. Lerroux se ha doblegado después de un conato de rebeldía. Su vida vuelve a ser contradictoria.

pudo muy bien ser capaz de procurar un arsenal de armas a los *guerrillones* del Rif y lanzarles contra España...

Pues bien: todo esto sucede porque en España no se ha tenido idea ni concepto de lo que es el Enemigo. Por eso lucen los Echevarrietas y andan impunemente por la calle.

Nadie advierte sus maniobras hasta que llega un momento como el del famoso alijo, cuando el estrago y el crimen se han cometido y no tiene remedio.

¡Si hubiera habido un claro concepto, una interpretación masónica de nuestra historia, no vendrían a llenarnos de vergüenza estos hijos de la gran traición española!

El "Lenin español"

Francisco Largo Caballero, el "Lenin español", ha sido siempre objeto de toda nuestra atención. Nos sucedía con él lo que nos sucedía con Anselmo Lorenzo. Presentíamos en su vida política el móvil masónico. Leímos muchas obras en las que aparecían manadas enteras de políticos masones encaramados como simios en las ramas frondosas del Estado. Pero él no estaba. No aparecía su nombre, ni su perfil. Igual, exactamente igual que nos ocurrió con el anarquista máximo, el célebre introductor de la Anarquía en España, Anselmo Lorenzo.

Consultamos boletines, actas masónicas, documentos de todo linaje. Era inútil. Largo Caballero se escapaba. Todas las investigaciones resultaban infructuosas. Nadie le había visto en las *tenidas* ni en los *talleres*. Y a pesar de todo, no podíamos apagar el interés que nos despertaba esta figura del socialismo. No pudimos, a pesar de nuestro empeño, relacionar su masonismo con su acción revolucionaria en nuestro libro anterior, sin dejar por ello de señalar el papel principalísimo que iba a desempeñar en la gran Revolución de octubre.

Nuestros estudios acerca del "Lenin español" demostraban que su fisonomía moral era opuesta a su conducta de luchador y de dirigente. No rimaba tampoco con

la táctica impuesta por él al Partido Socialista y a la U. G. T.

Todas estas razones nos movieron a buscar con ahinco el motivo o la razón que nos explicase la contradicción entre el espíritu del líder y los hechos del mismo.

Tuvimos necesidad de remontarnos al año 1923, y el resultado de nuestros trabajos, siquiera sean una síntesis, son éstos:

Retrato de Largo Caballero

Sin créer en la frenología, ni en las teorías de Lombroso, vamos a dar un pequeño retrato del célebre estuquista, afirmando que el mentón de Largo Caballero no es signo de *voluntad,* como pueden creer algunos discípulos de la antropometría, sino más bien que la barbilla del líder socialista es un maxilar aguzado y saliente a fuerza de horadar bajo la tierra, como los topos.

Largo Caballero no es un hombre de genio. Sino de mal genio. De mal talante. Agrio, duro, esquinado. No tiene cultura. Apenas ha leído los libros rusos, que no ha llegado a entender. Todos sus correligionarios le han superado.

Carece de elocuencia. Habla muy mal, le cuesta mucho trabajo expresarse, y lo que consigue decir, es siempre malo.

Su palabra premiosa, vulgar, antiestética, sale de los labios difícil, como en parto doloroso del pensamiento.

Apenas si tiene ideas propias. Mejor dicho, yo creo que no tiene ninguna.

En la vida ordinaria se muestra taciturno, embebido en un eterno silencio. Silencio de los que no tienen nada que decir.

Estas negaciones nos llevan al límite preciso: a decir claramente que Largo Caballero es también una negación. Un *negado,* como vulgarmente se dice.

Si quisiéramos simbolizar sus cualidades morales en un lienzo, utilizando la fuerza expresiva de los colores, nos veríamos obligados a embadurnarlo todo de negro, que es la negación de la luz y del color.

Aunque ya lo negro es algo, porque lo negro es odio.

He aquí lo único positivo que sale de la placa fotográfica. Odio. Odio. Mucho odio.

Y, efectivamente, sólo este sentimiento anida en el alma (?) del famoso señor Paco, exaltado un día a la silla del Ministerio de Trabajo. Como carece de otros impulsos, le pasa lo que al impedido de un brazo; es decir, que se le desarrolla extraordinariamente el otro.

Largo Caballero es sentimentalmente unilateral. Por eso su odio es enorme, inacabable, integral.

Es *incapaz de perdonar,* dijo de él Saborit, después de observarle veinte años en una amistad estrecha, y la expresión del "camarada" no puede ser más exacta, por lo certera.

Es más: hay dos casos, elegidos entre otros muchos, que caracterizan al "Lenin español". Uno es éste: Cuando Largo Caballero deja de ser ministro, utiliza el automóvil que el Ayuntamiento pone a disposición del concejal socialista Wenceslao Carrillo. Tras del coche, una ronda nutrida de policías sigue a Largo Caballero, no para vigilarle, sino para darle escolta, para defenderle de posibles agresiones. La Guardia Civil rodea el hotel que el obrerista ha construído en la Dehesa de la Villa. De día y de noche cartucheras y máuseres protegen la finca del *Lenin.* Llega una noche de enero fría, horrorosa de hielos. Se apea del *auto.* Los guardianes tiem-

blan y se abaten al cierzo del Guadarrama. El señor Paco, olímpico como un César, se mete en su hotel y no mira a los guardias ni a los policías, ni a nadie. Nunca les saludó con el "¡Buenas noches!" de todo el mundo. ¡Hasta de los Reyes!

Tampoco les dice la hora en que va a salir al día siguiente... ¡Allí tienen que quedarse los que defienden su vida y su hacienda, muertos de frío, sin que puedan cobijarse en el portal de la casa! Y esto puede que tenga disculpa, por *cuestión de principios*, pero ¿y los cinco milicianos, jóvenes socialistas, que pistola en mano le hacen guardia voluntaria todas las noches..., sin luz, sin brasero y sin nada? ¿No merecen el saludo del emperador?

Esto sí que le retrata. Esto sí que es odio. Odio de la peor clase.

Otro caso: Largo Caballero tiene un hijo que sabe muy poco de las ternuras paternales. Parece lógico que siendo el padre pontífice del marxismo, fuese el hijo un socialista entusiasta. Pues no, señor: el hijo es anarquista. Anarquista ideológico, anarquista forzado sin duda a serlo por la sequedad del corazón del padre, y deja el confort de una casa ministerial para huir lejos de él. Se ha escapado varias veces.

Creo que en una ocasión decía el hijo:

—*Mi padre no puede ni verse a sí mismo.*

¿No es esto odio?... Pues así es el hombre que dirige las masas socialistas de España.

Toda su moral, todo su complejo psicológico, está en flagrante contradicción con su obra.

Parecía lógico que un hombre de esta naturaleza y con semejante temperamento, tuviera una rigidez en la

acción y una rectitud en la trayectoria. No ha sido así, como veremos más adelante.

La acción del "Lenin español"

Desde antes del año 1923, la táctica de Largo Caballero, secretario perpetuo de la Unión General de Trabajadores, parecía que iba a parar en un *tradeunionismo,* calcado del inglés. Después de la revolución de 1917, le dió a la Casa del Pueblo de Madrid un aire como de *marxismo constructivo,* que son términos repelentes. Algunos pensaron entonces en la posibilidad de ver a Besteiro y al señor Largo Caballero vestidos con las casacas ministeriales de la Monarquía, en una anticipación de lo que años después sucedía en Inglaterra. Pasaba todo esto cuando la Masonería, siempre tortuosa, hacía exclamar a los Azcárate, Melquiades Alvarez y sus conspicuos (entre los que figuraba Manuel Azaña): *"Han desaparecido los obstáculos tradicionales"*, siempre que los periodistas les interrogaban, durante la tramitación de las crisis de Gobierno.

Fracasada la violencia, la consigna masónica imponía que se pegaran al trono las carcomas de la *heterodoxia krausista,* con el fin de pulverizarlo y hacerlo añicos.

Largo Caballero—revolucionario de buhardilla y escondite en el año 1917—se plegaba con ductilidad de gato a la nueva y provechosa táctica.

Llegó la Dictadura, y el señor Paco *el estuquista* ejerció de maravilla su oficio, acaso por vez primera en su vida. ¡Todo el mundo recordará qué estuco más brillante cubrió a la carroña marxista! El dictador y sus in-

cautos colaboradores no se dieron cuenta de la maniobra realizada por Largo Caballero, creyendo de buena fe que se hallaban ante una *cosa nacional.*

¡Señores de la Dictadura: hay que confesar que fuisteis engañados de la manera más miserable!

Y no es cosa de sorprenderse, porque ¿qué sabían los colaboradores del general Primo de Rivera, ni él mismo, de problemas marxistas?... Entonces, casi como ahora, no se cataba el socialismo. Ni se sabía dónde iba, ni dónde tenía que ir. Ni siquiera lo que significaba. ¡Tanta ha sido la ignorancia y la dejación, que ha podido llegar a la Revolución vergonzosa de octubre!

Pues Largo Caballero fué, por aquel tiempo, nada más ni nada menos que *consejero de Estado.* Y el Ministerio de Trabajo fué, por obra de Largo Caballero, una lindísima sucursal de la Casa del Pueblo. La organización paritaria fué la subvención oficial al socialismo... Y con dietas del Ministerio andaban por toda España los socialistas, sembrando la semilla marxista que ha granado en estos últimos tiempos de barbarie, de crueldad y de guerra social. Y no sabía nadie que todo *aquello* era la Revolución permanente de hoy día. Esa de octubre, la que vivimos hoy—y de la que no se entera nadie porque la Prensa está censurada—y la que nos falta por vivir todavía.

¿Leyó alguien alguna conferencia de Margarita Nelken, de Saborit o del pacífico Trifón Gómez? No, ¿verdad? Pues todas ellas rezumaban antinacionalismo, ateísmo, odio a todos y lucha de clases, aunque no se había inventado todavía el palabrón y la amenaza. El grito y el estruendo. Los puños cerrados y la mirada de reto. Había suavidades del Renacimiento, que iban muy bien con la época.

Pero dentro, en los conceptos, el odio desaforado y el germen antinacional. La astucia de los socialistas llegó al límite, construyendo con dinero de los patronos las Casas del Pueblo, los futuros reductos de la Revolución; el blocao marxista. El señor Paco bordaba su papel, como un cómico. Quería ir hasta la Asamblea Consultiva, con una docenita de camaradas. Prieto mismo se asustó de la audacia y del disfraz que pretendía lucir en el Congreso el célebre consejero de Estado. Y eso que Prieto se pone cualquier disfraz a la hora del peligro. Incluso el de sacerdote católico, por ejemplo...

Aquella pretensión de sentarse en los escaños de los Calvo Sotelo y Yanguas Messía, pareció absurda. La rechazaron los mismos socialistas y, por esta razón, nos vimos privados de ver a Ramón González Peña dialogando frente a frente con el señor Martínez Anido.

La táctica de Largo Caballero no rimaba nunca con su temperamento.

Una vez tan sólo la define él mismo, pero ya es tarde. Fijaos:

"El Consejo de Estado no era ningún organismo político, sino consultivo. Nuestra norma ha sido siempre aprovecharnos de todas las ventajas que nos dé el Estado capitalista, tanto antes de la Dictura como después de ésta, y ahora mismo nuestra obligación es avanzar poco a poco o de prisa, según las circunstancias; pero siempre avanzar." (1).

No cabe una postura más cómoda para el partido socialista y para la U. G. T.

Pero esta táctica no puede ser exclusiva de Largo Caballero. Ni siquiera de su invención. Es demasiado sutil,

---

(1) Del periódico "La Nau", 5 de agosto de 1930.

demasiado maquiavélica. No va con el temperamento del viejo líder socialista, ni está conteste con su conducta ni con sus intenciones, con nada de lo suyo.

¡Digámoslo de una vez! Esa táctica que representó Largo Caballero es pura y totalmente *táctica masónica.*

Ya dice Hitler en "Mi lucha" (página 40), que: *"Sólo el conocimiento del judaísmo da la clave para la comprensión de los verdaderos propósitos de la socialdemocracia."*

Si aplicamos estas palabras del Fuhrer a España, podemos decir:

Sólo el conocimiento de la Masonería—esclava del judaísmo—da la clave para la comprensión de los verdaderos propósitos del Socialismo.

Y en el Socialismo español están presentes muchos judíos auténticos, como la Nelken, y muchos judíos *recuperados;* aunque esta razón no explica la igualdad de la táctica de Largo Caballero, identificada en absoluto con la masónica.

El "Lenin español" debía estar vinculado directamente con la secta, porque de otro modo no se explica.

Y nuestra sospecha, nuestros trabajos, nuestra fe nos llevaron al gran descubrimiento.

Podemos afirmarlo rotundamente: Francisco Largo Caballero es MASON.

Sabemo que en París ha visitado al Gran Oriente, cuando se dirigía a Ginebra como ministro de Trabajo. Y en Ginebra hizo varias visitas a la *logia* instalada en la ciudad de la Sociedad de Naciones.

Largo Caballero, como Ferrer, y como todos los que tienen en sus manos las riendas de las organizaciones obreras en España, obedecen, pertenecen y son fieles a la Masonería. El mismo detalle de no visitar las logias

enclavadas en el territorio de su país lo revela claramente. Así hacía Ferrer Guardia y así hace Largo Caballero. Acaso porque los mismos masones le impongan esa obligación.

Además, su presencia en los templos del triángulo podría comprometer el prestigio adquirido ante las masas, y no es cosa baladí, porque gracias a este prestigio viven, medran, intrigan, conspiran, revolucionan y... se salvan del castigo.

Finalmente, hay otra razón de gran importancia, y es que el vínculo directo con los altos poderes masónicos que residen en el extranjero, les permite recibir y ejecutar las órdenes sin que se trasluzca jamás su origen sectario e internacional.

¿Cómo se va a saber, si lo ignoran aquí los mismos masones de España?

Ramón González Peña, el "Pancho Villa español", y sus ocho millones

Nadie conocía a este hombre, convertido ahora en un célebre personaje. Claro es que por mucho menos empezó Largo Caballero, el estuquista, y no ha sido Presidente de la república porque no ha querido.

González Peña puede llegar a serlo y todavía más. Es posible que a lo mejor llegue, como Stalin, a la gran dirección de una república soviética. No en vano hay una semejanza extraordinaria entre ellos. Stalin empezó dando atracos y González Peña asaltando Bancos. Reúne las condiciones necesarias y las cualidades precisas para llegar a un puesto de tanta jerarquía. González Peña es un hombre de un físico borroso. Tiene un aire reconcentrado y una apariencia tímida. Sus ojos negros tienen el temor huidizo de un perro escaldado. Apenas habla. No es inteligente, ni culto. No sabe del empaque de la elocuencia. Carece del verbo y del tópico que enardecen a las masas. Todo lo más, sabe gritarles: "¡todo esto es vuestro... las tierras, las fábricas, los palacios, los tesoros..."

Sencillamente, carece en absoluto de las condiciones

que se señalan en los otros líderes del marxismo; y a pesar de ello, creemos que un día dictará en España.

Los sucesos en que ha intervenido parecen hacerle protagonista y hasta le acusan como un hombre valeroso y esforzado. No hay tal cosa, porque a fuer de sinceros, tenemos que proclamar que el valor revolucionario estuvo en las juventudes socialistas; en la gente joven del comunismo; en aquellos *chavales* de veinte años que se batían bravamente con las tropas, manejando la dinamita y el fusil, con balas en los bolsillos y sin ellas. Arrojando piedras, ¡a mordiscos, como las fieras!... Nosotros les vimos en mitad de la calle, delante de las partidas mineras, flameando (infelices equivocados por el libro y la prédica de los verdaderos asesinos) el rojo pañuelo y la faja encarnada. ¡Cayendo acribillados en la primera fila, ilusionados de fe y con el motín de la Internacional en la boca!... ¡Aquellos jóvenes de Asturias!...

Pero González Peña, no. González Peña temblaba como una mujerzuela la noche en que Doval fué a detenerlo, abrazándose al aguerrido guardia civil y diciéndole, entre gemidos y sustos:

"*¡Que no me maten, señor Doval... Que no me hagan nada... Que yo lo diré todo.*" Sin que le diera vergüenza su miedo ante los oficiales y guardias que consiguieron su detención y contra quienes había lanzado el *Generalísimo* toda la masa revolucionaria de su feudo asturiano.

El hombre que en esos momentos no siente la dignidad y el orgullo de sus actos perfectamente conscientes, podrá ser un asesino, un ladrón, cualquier cosa, menos un hombre valiente.

Y quede en estas palabras la reseña biográfica de

González Peña, ya que sería injusto dedicar mayor espacio a la mediocridad de su figura. Damos, sin embargo, este "tal-kic", para que los lectores tengan un juicio exacto de la calidad espiritual del *Generalísimo,* exaltado a la categoría de "héroe".

Lo que sí entra de lleno en nuestros propósitos es sacar a la anchura de los comentarios, ciertos episodios que han girado en torno de González Peña y que es necesario conocer.

González Peña, según propia y espontánea confesión, estaba enterado y conocía el fracaso de la Revolución desde el mismo momento que se rindió la Generalidad de Barcelona en aquella noche histórica, que un puñado de verdaderos héroes, guiados por las sombras gloriosas de Daoiz y Velarde, dejaron atónitos e inertes a los 60.000 separatistas armados... Lo sabía Peña, porque el primer cuidado del Comité Revolucionario de Asturias fué requisar todos los aparatos de radio, bajo penas severísimas, con objeto de que nadie más que ellos supieran la verdad de lo que sucedía. Así pudieron sostener la rebelión hasta el último momento, a costa de tanta sangre (inútil hasta para su propia causa), con el solo fin de poner a salvo las vidas de los cabecillas y salvar los millones robados. Ese fué su plan, bien meditado y sostenido, aunque para lograrlo fuera menester cientos y cientos de muertos.

¡También hay clases a la hora de la fuga!

González Peña desapareció.

Diríase que se lo había tragado la tierra o que había caído anónimo en la fosa común de la Revolución.

Pero nada menos cierto.

González Peña, después del asalto al Banco de España, se había separado de sus amigos, a los que dejó

unos tres millones, con objeto de que los fueran ocultando en distintos sitios de la montaña. La mayor parte de estos millones fué recuperada por Doval poco antes de dejar el mando de Asturias.

El *Generalísimo* dedicó su actividad revolucionaria a ocultar en lugares por él sólo conocidos, *ocho millones,* que aún no han parecido, ni aparecerán mientras él no quiera.

El motivo de que no hayan sido encontrados lo podemos decir en muy pocas palabras. Peña no ha dicho dónde están esos *ocho millones,* y las personas a quienes entregó el resto, sencillamente, por haberse marchado de Asturias el Comandante Doval.

¿Está claro?...

Si el Comandante Doval no hubiera sido *dimitido,* González Peña le hubiera entregado, según lo prometió reiteradamente en el momento de su detención, todo el dinero. ¡Hasta el último céntimo! Pero Doval salió de Asturias sin tiempo de tomar declaración a Peña. Ahí está el sumario, que no lo encabeza siquiera el prestigioso jefe de la Guardia civil.

De este modo tan singular se perdió la oportunidad de privar de OCHO MILLONES al tesoro de la Revolución. ¡Ocho millones, que ya veremos la sangre y la riqueza que cuestan a España, sin que caiga la culpa de este gran delito sobre las cabezas de quienes consintieron tamaña barbaridad!

* * *

En cuanto a la captura de González Peña, hay un hecho de mucha importancia, que debemos señalar y del que pueden extraerse deducciones muy notables.

El Consejo Superior del Banco de España, interesadísimo en recuperar las cantidades que les fueron robadas, colaboró con las autoridades en el descubrimiento de este asunto, ofreciendo cuantiosos premios a quien facilitara una pista o lograse encontrar el dinero sustraído.

Cierto día se presentó, al olor de la recompensa, un sujeto diciendo que a un pariente suyo, chofer, le habían ofrecido veinte mil duros si conseguía llevar oculto en una caja de botellas de sidra a González Peña, dejándole en el puerto de Musel, adonde embarcaría para el extranjero.

El Consejo solicitó la presencia de un agente de la policía para que, puesto de acuerdo con el Comandante señor Doval, realizase el servicio que facilitaba aquel confidente. Fué designado el señor Del Río, que partió en seguida para Asturias, donde el señor Doval le proporcionó todo género de facilidades.

A los pocos días regresó a Oviedo el agente Del Río, personándose en las oficinas donde trabajaba el delegado especial del Gobierno, manifestando que el confidente se le había escapado cuando realizaban determinadas gestiones en los alrededores de la capital... ¡Muy extraño pareció la fuga de un hombre como aquél, que se había presentado espontáneamente y a quien esperaba una espléndida recompensa! Pero se aceptó el hecho sin más averiguaciones.

El confidente apareció después de unos días y dijo que el policía le había ofrecido cincuenta mil duros si le decía a él solo dónde estaba el fugitivo.

Coincidiendo con estos episodios, llegó a oídos del Comandante Doval una noticia fidedigna, por la cual se aseguraba que González Peña había pasado la noche

en determinada casa de un pueblo próximo a Oviedo. El dueño de la misma señaló el sitio adonde lo había llevado al siguiente día, temeroso de ocultarle más tiempo en su casa.

El nuevo alojador manifestó asimismo que lo había dejado, después de pernoctar en la suya, en el pueblo de Ablaña, y que debía estar en una de las tres casas que él sospechaba y que más tarde señaló. Rápidamente fué rodeado el pueblo, efectuándose registros simultáneos. Precisamente, en la casa que eligió el Comandante Doval, con certero instinto de policía, se encontró a Peña, que fué capturado personalmente por el delegado del Gobierno y los oficiales que le acompañaban. Mientras tanto, el agente señor Del Río dormía muy tranquilo dentro de un coche, en el pueblo de Mieres, ajeno por completo a la captura del revolucionario.

El agente Del Río se enteró de la detención cuando el Comandante Doval llegaba a Oviedo con el fugitivo.

Pues bien: al día siguiente, toda la Prensa de Madrid, publicó la referencia del servicio, diciendo que lo había realizado el policía Del Río. El Comandante Doval envió una rectificación a la Prensa de Oviedo, que fué denunciada y recogida por el Gobernador general. Después se publicó una nota del Ministro de la Gobernación sobre la captura, y nada más. Es decir, fuera de que el Comandante Doval *tuvo que salir rápidamente de Asturias... al parecer, por haber capturado a González Peña...*

La "equivocación" periodística y la rectificación de Doval no parecen gran cosa para que saliera Doval de Asturias.

Verdaderamente, ¡la causa era bien poca!... Tan poca como puede serlo una cáscara de naranja que le arro-

jan a uno distraídamente en el suelo para que la pise. Claro que una cáscara tan liviana puede ocasionarle a cualquiera un batacazo mayúsculo. El señor Doval tuvo la desgracia de pisar la *cortecita,* que era el agente señor Del Río, y allá se fué a estrellar contra el suelo...

Como consecuencia de aquéllo, el policía fué recompensado con 5.000 pesetas y agregado al Banco de España con una importante mejora en sus haberes, y eso que no practicó la detención. ¡Si la llega a practicar, lo destituyen!... En fin, nada más... Es decir, se nos olvidaba un detalle insignificante. El de que *el agente señor Del Río es Masón.* No tendrá mucha importancia, pero ya procuraron identificarle por medio de un amigo, que le hizo "picar" cuando le saludó a la manera masónica. ¿No se acuerda usted, señor Del Río, de un capitán de la Guardia civil, muy simpático, que allá en Oviedo le trazó los signos y le hizo creer que era un hermanito?...

También se nos olvidaba, ¡caramba! Peña es Masón.

* * *

Y en esta serie interminable de paradojas que forma la intriga de nuestra política, vemos a Doval "dimitido" y los millones robados en poder del marxismo y dispuestos para futuras revoluciones; cuando lo lógico es que hubiera dimitido el bizarro Comandante, precisamente por no detener al cabecilla ni recuperar el dinero. ¡No se da un caso más extraño!

Estas cosas solamente pasan en la política española, aunque a nosotros ya no nos sorprenden. ¡Hemos visto tantas en la Historia, que hemos ido interpretando, que ya no nos da ni frío ni calor!...

Viene más tarde lo de la crisis. Se tambalea el tingla-

do político y González Peña recibe el indulto. Y ahora le tienen ustedes en Cartagena esperando, como en el año 1917 Largo Caballero, Besteiro, Anguiano y Saborit, a que lleguen los triunfos de un acta y con ella la amnistía, que no tardará mucho.

¿Y los muertos de Asturias?... ¡Ah, los muertos de Asturias... bien muertos están!

Los millones

No olvidemos que González Peña tiene escondidos ocho millones de pesetas en sitio que él solo puede hallar.

Sus "camaradas" de París han realizado gestiones para que los entregara. ¡Cómo! Tan caro el pan de la emigración!... y es necesario montar de nuevo el aparato revolucionario.

Nos consta que González Peña estuvo bien dispuesto a realizar la entrega. Pero, repentinamente, mudó de opinión. González Peña, si no es valiente, tiene, por lo menos, la astucia de la zorra, y estos cambalaches y proposiciones se las hicieron antes de que fuera indultado. ¡Téngase muy en cuenta!, porque él sabía que su indulto iba a ser muy difícil. No en vano su cabeza respondía de la de miles de vidas sacrificadas. Por otra parte, conoce muy bien a los suyos y pensó:

"¿Querrán mis camaradas fabricar conmigo un mártir? ¿Yo mártir del Socialismo, con lo necesitados que están de uno cualquiera?... ¡Ca!..." Y contestó:

—Los ocho millones serán entregados cuando salga de la cárcel.

¡Antes, ni un billete, por si las moscas!...

Así lograba el cazurro revolucionario que se impusiera

su indulto, que se le facilitara la fuga y, en último término, conseguir una rápida amnistía.

La *sirena* de don Inda, lanzando sus trinos desde París, no ha conseguido de su camarada que se arranque con los *talegos*.

González Peña habrá dicho para su capote de penado, en Cartagena:

"¿A mí martirologios?... ¡Amos, anda! Si queréis millones, venga la libertad, pero a toma y daca, como buenos gitanos."

Ya lo saben, pues, todos los españoles. La libertad del *Generalísimo* costará tantas vidas como se puedan arrancar con los ocho millones de pesetas.

Y ahora, como siempre, se nos ocurre preguntar:

¿Creéis que se puede consentir esto en plan de hombres? ¿En plan de españoles?...

Yo contesto: ¡Ante el recuerdo imborrable de tantas víctimas asesinadas por su culpa, ante los españoles que todavía tienen que morir por su culpa!... Es preciso dejar salir de la cárcel a González Peña, y en la misma puerta... darle un abrazo muy fuerte, ¡muy fuerte!

¡Hasta dejarle sin respiración!

Por qué fusilaron al sargento Vázquez

Diego Vázquez Corbacho. He aquí el nombre del *jefe de la Revolución de octubre.* Nosotros, respetuosos con la ley, tenemos que asignarle esta gran categoría revolucionaria, porque al sargento Vázquez se le ha aplicado la última pena. La más grave sanción dictada por los Tribunales, con motivo de aquella tragedia. A él corresponden, según la justicia, la dirección de todo el movimiento. La alta sabiduría de nuestros Gobiernos graduó las penas correspondientes al gran delito de lesa patria, y el sargento Vázquez, hombre oscuro y de escasa personalidad, pagó con su vida los crímenes de Asturias.

Nadie ha podido penetrar los impenetrables "motivos reservados" que tuvo el Gobierno para dictar aquel fallo inapelable. Son tan íntimos como aquellos *secretos de Estado* que en tiempos de Fernando VII se ocultaban a los simples mortales.

Tan sólo sabemos que Diego Vázquez Corbacho fué sentenciado a degradación y muerte, por un Tribunal militar, en buena justicia, según reconoció el propio sentenciado.

Esos *grandes motivos reservados* que tuvo el Go-

bierno (siempre dispuesto a arrostrar el peligro de la impopularidad por conceder indultos a personas en quien la opinión unánime vinculaba el mando supremo de la revolución) fueron la causa que determinó el cumplimiento estricto de la sentencia.

Y no hay más remedio que confesar, en puro gubernamentalismo, que no fueron Largo Caballero, ni Companys, los jefes conjuntos del movimiento socialista y separatista de octubre.

Hay que reconocerlo así, porque nosotros también somos gubernamentales a ultranza.

No fué Azaña el intermediario, conciliador de voluntades entre el separatismo y el marxismo revolucionario...

Ni González Peña, el "Pancho Villa" de Asturias...

Ni Pérez Farrás, Dencás, Badía y Menéndez los jefecillos de la Revolución de Barcelona...

Ya lo hemos dicho antes: La suprema autoridad del movimiento que costó tantas vidas a España y nos degradó ante el mundo, residía en el sargento Diego Vázquez Corbacho, del Regimiento de Infantería número 3.

¡Quién lo iba a sospechar!...

La técnica del golpe de Estado (¡oh maravillas de Curzio Malaparte!) nos tenía reservada esta sorpresa.

El *Mando Supremo* de la Revolución fué a recaer (¡infelices de nosotros y de toda España que gritaba sus nombres!) en un hombre desconocido e insignificante; sin duda para que no resultase fallida la conspiración del hecho sedicioso. Este debe haber sido el informe de nuestro gran Servicio Secreto, y en él tendrán que estar los motivos que indujeron al Gobierno para echar sobre Vázquez el peso terribilísimo de la gran jefatura, perdonando a todas las demás figuras

secundarias que apenas hicieron nada. A los Azaña, Largo Caballero, Pérez Farrás, Companys, Gassol, Peña, Badía, Dencás, Teodomiro, Indalecio Prieto, Menéndez, etc., etc.

Todos ellos no fueron más que unos infelices subordinados. Y aunque arrimaron el ascua a su sardina, no empuñaron, como el sargento, las riendas directivas del hecho revolucionario.

Diego Vázquez tenía—como dijo Napoleón—el bastón de Mariscal de la Guerra Revolucionaria en su propia mochila. Y nadie lo sabía. ¡Ni él mismo!...

Así interpretamos nosotros el fusilamiento del modesto militar, y suplimos el obligado silencio de aquel Gobierno, que *cometió la justicia de no indultarle.*

¡Este gran descubrimiento merece que se nos conceda una gran banda, por lo menos!... ¿No te parece, lector?

Pero hay un *secreto* auténtico en el fusilamiento de Diego Vázquez, y aunque dudamos mucho que estas líneas lleguen al pueblo español, intentaremos levantar un poco la cortina que ha velado las incidencias de aquel asunto.

Tenemos una referencia taquigráfica de la declaración ratificada del sargento Vázquez, y obtenida durante el Consejo de guerra, cuya parte esencial vamos a transcribir:

"Que Ramón González Peña fué, según su entender, el principal organizador y dirigente visible de todo el movimiento en Asturias, y muy inmediatamente después, Amador Fernández; basándose para opinar así en la actuación que de ellos pudo por sí mismo apreciar durante los sucesos. Con este último estuvo en Mieres el día dos de octubre, y oyó de sus labios que si al resolverse la crisis ministerial que existía entraban

en el Gobierno elementos de la C. E. D. A., se iría inmediatamente a la revolución, y lo advertía a todos sus afiliados y a las organizaciones de izquierdas, para que estuvieran preparados. El día tres, a las siete horas, recibió aviso del Amador, diciéndole que saliera del cuartel y se ocultara hasta que se iniciara el movimiento, que ya se había acordado efectuar, por haberse dado la circunstancia esperada. Salió del cuartel al recibir el aviso, llevando consigo una pistola ASTRA, reglamentaria en el Ejército, y estuvo escondido en su propio domicilio, Leopoldo Alas, treinta y seis, segundo, hasta el día cinco, en que por la tarde entraron los mineros ya movilizados en Oviedo, y se presentó, dándosele el mando de los Ejércitos rojos, a los que dirigió en la toma de la fábrica y ataque al cuartel de Pelayo. La primera dice que ofreció gran resistencia, defendiéndose con fuego de ametralladora y fusilería, desde por la tarde, hasta la mañana del siguiente día en que atacada con fuego y dinamita hubo de ser tomada. En cuanto al cuartel de Pelayo, fué defendido por su guarnición de tal manera, que le fué imposible tomarlo; *y estando atacando tuvieron noticias de aproximarse las avanzadas de la columna del General López Ochoa, enviando entonces el declarante a González Peña con uno de los individuos de enlace a sus órdenes, el siguiente recado: "Amigo Peña: la columna del General López Ochoa está cerca del cuartel; dime lo que hago", recibiendo como respuesta que se retirara con la fuerza y los prisioneros al Ayuntamiento, que era donde estaba el Comité.*

"Durante el asalto al cuartel, y ante la resistencia que éste ofrecía, por orden del Comité colocó delante de sus fuerzas revolucionarias a los prisioneros, avanzando sin disparar, pero llevándoles como escudo para que tampoco lo hicieran las fuerzas que defendían aquél, para intimarles a la rendición, que tampoco así consiguieron, teniéndose que refugiar en una iglesia que había enfrente y meter los presos en la barbería contigua; desde donde al aproximarse las avanzadas de la columna de López Ochoa hicieron la retirada hacia el Ayuntamiento, llevándose consigo a los prisioneros, según Peña le ordenó, y desde allí, hacia el Instituto. Este, cuando marchó el Comité, fué volado con dinamita por un tal Prieto. Sabe

que al marchar el Comité dió orden de que se incendiara la capital de Oviedo, orden que después mandó dejar en suspenso, porque iba quedando poca gasolina y la necesitaban para los automóviles, utilizándose en su lugar el benzol para los incendios, que no siguieron por escasear también este combustible.

"Dice que se enteró de que una vez tomado el Banco de España, se estableció Peña en él, durante dos o tres días, transcurridos los cuales, cuando, según supone, proyectaron la huída, vió que se transportaban en un coche desde dicho Banco unos bidones de los de carburo en que habían metido los fajos de billetes, y les decían que contenían dinamita; siendo todo ello obra de Ramón Peña, al que no volvió después a ver.

"Recuerda que vió a Teodomiro Menéndez moverse continuamente, acudiendo a las columnas para animar a la gente a resistir en la lucha, y que no abandonaran el frente, diciéndoles que todas las demás provincias eran ya suyas y que no tardarían en llegar fuerzas de refuerzo, así como aviones y armamento; labor que realizaba también de noche recorriendo las guardias, para levantar el ánimo de todos. Sabe también que organizó y formó el último Comité de Oviedo, cuando se marchó el segundo."

La declaración, copiada del rollo, no tiene desperdicio. De su importancia juzgará el lector, tan bien como nosotros, aunque destaquemos señaladamente el párrafo subrayado, como hecho cardinal y extraordinario.

"... y estando atacando tuvieron noticias de aproximarse las avanzadas de la columna del General López Ochoa, enviando entonces el declarante a González Peña con uno de los individuos de enlace a sus órdenes, el siguiente recado: "Amigo Peña: la columna del General López Ochoa está cerca del cuartel; dime lo que hago", recibiendo como respuesta, que se retirara con la fuerza

y los prisioneros al Ayuntamiento, que era donde estaba el Comité."

González Peña, considerado, bien claro está, como *Mando Supremo* de la Revolución de Asturias, permite al general López Ochoa entrar en el cuartel de Pelayo sin dispararle un tiro.

¿Por qué motivos? Acaso los descubramos leyendo al revolucionario Maurín:

"La columna de López Ochoa, que ha entrado por la carretera de Lugo, ha tocado Castropol, llegando a El Grado. De El Grado a Oviedo hay media jornada de marcha. Se da cuenta de que la resistencia será enorme, y en vez de ir a Oviedo, se dirige hacia San Esteban de Pravia, es decir, hacia el mar. Se pierde durante la noche y no encuentra el camino. Por fin llega a San Esteban y se embarca. Llega a Avilés por casualidad. De Avilés marcha a Oviedo por Lugones. Se ve obligado a retroceder dos veces seguidas. El viernes 12, López Ochoa, al anochecer, llega a Oviedo, metiéndose, como un fugitivo, en el cuartel de Pelayo, contribuyendo a aumentar más la situación difícil en que se encuentran los sitiados, por falta de provisiones." (1).

López Ochoa asume la jefatura de todas las fuerzas del Ejército, cuando penetra en el cuartel de Pelayo.

¿Y qué hace entonces el general?

No podemos contestar a esta pregunta. Lo cierto es que a partir de aquel instante la revolución de Oviedo cobra sus caracteres más agudos. Parece como si en vez de recibir los refuerzos las fuerzas leales, los hubieran recibido los revolucionarios. Las tropas se mantienen acuarteladas, sin intentar una defensa. No salen a la puerta del cuartel, y Oviedo está ardiendo por los

(1) J. Maurín: "Hacia la segunda Revolución". Pág. 163.

cuatro costados. La metralla y los tiros se oyen en todos los barrios de la ciudad. Ocurren las matanzas y asesinatos. Los incendios y los fusilamientos.

La llegada imprevista del teniente coronel Yagüe, con sus soldados, salva la situación insostenible. Se bate entonces a los revolucionarios y se liberta Oviedo y a López Ochoa.

¿Iba López Ochoa a batir a las turbas? Oficialmente, sí; pero los hechos no lo demuestran.

¿Por qué González Peña le da al general aquella *facilidad,* haciendo retirarse a Vázquez cuando pudo vencerle fácilmente a la entrada de Oviedo?... Es demasiado clara la deducción para que tengamos necesidad de insertarla aquí.

¿Aplastar López Ochoa a los aliados de la Generalidad?... ¡Una gran tragedia moral para este general! Recordamos que en la mañana del 21 de septiembre de 1932, López Ochoa, acompañado de los señores Font y Pubill, hizo entrega a Maciá de un documento de la Gran Logia del Noroeste, de la Obediencia del Gran Oriente Español, en la que, en representación de todos los masones de dicho territorio, felicita a la Generalidad de Cataluña por la consecución del Estatuto y se hacen votos por que en lo por venir consiga obtener el máximo de libertades. Firmaba el documento el Gran Maestre Samuel E. Morris, de origen inglés, seguramente judío. Y es extraordinario también que la Gran Logia del Noroeste, cuya representación llevaba López Ochoa, sea precisamente la que comprende todo el territorio de Asturias. ¡Qué coincidencia!

Aquel párrafo de la declaración del sargento Vázquez fué el que motivó su pena capital. En sus palabras se violaba acaso el *secreto* que había que guardar

primorosamente y que alguien no toleraba su divulgación.

Es muy fácil adivinarlo, si se identifican algunas conductas y se establecen determinadas filiaciones. Sobre todo, entre las personas que con tanto ahinco pidieron y lograron los indultos de Pérez Farrás, Peña y otros tantos, arrancados—ya en inminente trance—al piquete de ejecución.

Estas personas, en cambio, no quisieron elevar sus súplicas por el indulto del pobre sargento Vázquez, que vino a ser, por obra y gracia de su mala fortuna, el *generalísimo de la Revolución de octubre.*

Impunidad de los gobernantes y de los revolucionarios

La impunidad caracteriza de una manera singularísima todos los anales de la revolución española, que ahora, como nunca, galopa por los rastrojos de la Patria.

Las contadas excepciones son precisamente aquellas en que se aplicó sumarísimamente la pena de muerte. Pero si examinamos los casos en que la terrible sentencia se cumplió, veremos en seguida que la sanción irreparable cayó siempre sobre las figuras secundarias; sobre los soldaditos anónimos, sobre los románticos del ideal, empujados por falsas promesas, unas veces; otras, por el pago de unas monedas mezquinas, y, siempre, lanzados a la aventura criminal por unos inductores escondidos como el topo y ocultos en la hura de la impunidad. Todos, absolutamente todos, han sido entes de este linaje. Tan sólo una excepción: Francisco Ferrer Guardia, en quien reconocemos una figura primigenia de la revolución española.

Las otras víctimas, todas las víctimas de la algarada y del motín; de la cuartelada en la hora turbia del amanecer y del pistoletazo en la esquina, no han tenido ninguna categoría social ni política. La fama vino a orear-

les después del patíbulo, o cuando sus cuerpos caían acribillados por el plomo del piquete.

De todo esto surge una evidencia formidable: La de que detrás de una minoría alocada e inconsciente, aparece la figura siniestra de un responsable de primera categoría, que aguarda cómodamente sentado en el sillón de un gabinete el fruto y la cosecha de estas pequeñas victorias. Estos son los auténticos culpables, las cabezas impunes de la insurrección, que han mirado siempre entre un grupo de curiosos cómo rodaba ante el cadalso la víctima propiciatoria.

La IMPUNIDAD ha sido la causa más honda de la REVOLUCION PERMANENTE, que ha hecho presa en el vivir español durante tantos años. A ella se debe esa falange de caudillos revolucionarios de mediano intelecto, que surgen con tanta prodigalidad. Los escalafones revolucionarios se nutren de una cantidad extraordinaria de Robespierres, cuya enumeración sería larguísima y apartada del objeto de este libro.

Es maravilloso que Lerroux, Emiliano Iglesias, Marcelino Domingo, Albornoz, Besteiro, Maciá, Azaña y Saborit, por no citar más que a los "vivos", hayan podido lograr en España el título codiciable de apóstoles de la revolución. Ha sido tan fácil erigirse en jefe de los movimientos revolucionarios, que hasta el cuitado Sánchez Guerra se sintió con alientos para hacer también su revolucioncita...

Naturalmente, es muy difícil resistir la tentación revolucionaria, cuando se cuenta de antemano con la más perfecta *Impunidad*. Nada exponen, porque nada pueden perder, y, en cambio, a la vuelta de una esquina pueden ganarlo todo, absolutamente TODO. El destino, la

riqueza, el Ministerio, la Dirección, la fama y muchas veces la gloria.

Y así vemos a Pérez de Ayala, el recio prosista de "Tigre Juan", lucir escandalosamente en la Embajada de Londres el cortejo dorado de su munífica asignación diplomática. A un revistero de toros de ínfimo rango profesional, desempeñando una Subsecretaría de Ministerio. Al veleidoso zascandil y popular *augusto* parlamentario, al frente de nuestra representación en una República americana.

¿Quién iba a resistir la tentación revolucionaria, cuando ésta se ofrecía con tan halagüeñas perspectivas? ¡Nadie! ¡Nadie ha dejado de jugar a esta ruleta sin cero! Lo lamentable es que continúa la partida, disputándose a codazos la posesión de un pleno o la regalía de una *calle*, aunque tengan que levantar cien muertos en un descuido del contratista de la banca.

¡¡Hagan juego, señores; hagan juego!!

* * *

Y esto no puede ser, porque no es justo.

Es absolutamente necesario que el que juegue pierda alguna vez; ya que un pistolero a sueldo de los socialistas asesina a un patrono en el barullo de una noche, y se expone a pagarlo.

Una banda de la F. A. I. asalta las cajas de un establecimiento bancario (para nutrir los fondos de la C. N. T.) y desafía el peligro, dando el pecho, con una gallardía que para sí quisieran los señoritos que lo fían todo a los guardias de Asalto.

Una organización cualquiera del partido comunista, enlaza, propaga y dirige dentro de los cuarteles la re-

belión armada, y se dispone al riesgo de perder sus hombres en la lucha o acarrear sobre sí las consecuencias de una clausura, cuando no una sanción de orden económico.

Y los otros, no. Los otros, abroquelados en su reducto, esperan la hora de repartirse el botín, y entonces ¡qué coraje para formar en la vanguardia!, ¡qué ímpetu para agarrar la presa!, ¡qué gallear a la vista de la carnaza!...

Ahora mismo se dedican a comprar y adquirir rápidamente armas y explosivos que emplear contra el Estado y contra cualquier enemigo de su organización. Con un descaro inaudito se preparan airadamente para el próximo torneo revolucionario. No se pierde un minuto. El cangilón va extrayendo de las cunetas de la carretera, de los solares del suburbio, de las bodegas de las Casas del Pueblo, de las madrigueras anarquistas, de los nidos del comunismo, la bomba y la pistola, el máuser y la dinamita, la ametralladora de último modelo y la botella de líquido inflamable...

Pues bien: Largo Caballero va escoltado por las calles de Madrid por varios policías que paga el Estado, al cual pretende destruir el líder del socialismo. La señora Nelken, Besteiro y Prieto rechazaron la protección policial, porque sus correligionarios sustituyen a los detectives, montándoles una guardia apretada y numerosa.

Jesús Hernández y todo el Comité Central del partido comunista andan por donde quieren sin el menor impedimento. Se conspira, se confabula y se conciertan voluntades bajo los arcos voltaicos de la Gran Vía. En todas partes. Pueblos y aldeas viven la hora del sobresalto.

El aire huele a pólvora. La célula comunista canta sus

signos en las placitas del barrio. Se transmiten claves y consignas en mitad de la Puerta del Sol.

El Comité Nacional de la C. N. T. es un fantasma impalpable. Los Comités Nacionales de Defensa y los cuadros regionales y locales de la F. A. I. actúan por todo el territorio de una manera clandestina. Por las fronteras de Francia y Portugal merodean los contrabandistas de explosivos, y los caminos de España, en la noche de la incomprensión y de la desesperanza, se pueblan de camionetas, a cuyo bordo va un cargamento fratricida que rara vez descubre la linterna acharolada, estremecida de abnegación en las manos de la Guardia civil.

¡Y Pestaña, Maurín, Quintanilla, Peiró, Andrés Nin y otros tantos!, van y vienen por toda la Península, estructurando las *Alianzas Obreras*, conspirando a mansalva, agitando los negros banderones de la muerte, envueltos soberbiamente con el embozo de la impunidad. Nadie les sale al paso. Circulan, se agitan, firman los pactos, y su voz, llena de rencores, ensaya trágicamente las estrofas de la Internacional.

Sabemos de sus pasos por la huella terrible que dejan. Advertimos sus propósitos por la huelga que estalla inesperadamente. Columbramos su peregrinaje por las convulsiones que estremecen el ritmo de España. Y detrás de ellos, siempre, ¡siempre!, el crimen, el atraco, el descarrilamiento y la catástrofe que paraliza la vida nacional.

Nadie se atreve a establecer el vínculo natural entre el cerebro y el brazo; entre el que ordena y el que ejecuta; entre el juez y el verdugo.

Nadie se atreve, porque el Estado español, negligen-

te y tímido, mira impasible, como una res bovina, afilar el cuchillo que ha de cercenar su cabeza.

Si estos dirigentes supieran que el asesinato del patrono o del último obrero tenía una repercusión inmediata en la organización que representan, responsabilizándola íntegramente, ¡ya refrenarían sus instintos!

Y si no fuera bastante, que el hecho criminal fuera de rebote a dar en sus costillas, ¡ya veríamos entonces!

Mas, no lo esperemos del Estado. No lo ha hecho nunca.

Nuestro Estado, que ha renunciado a la guerra, también ha renunciado a la "guerra social", y la guerra social no se extingue, porque uno de los adversarios, en este caso el Estado, no quiera combatir.

Y si el Estado deserta de su misión y la fuerza que puso España en sus manos no la utiliza pródigamente para dar la batalla al Enemigo, ¿qué hacer entonces? ¿Resignarse a morir? ¡No! Eso, ¡nunca!

Sin uniformidad, también se puede ser soldado de la Patria. El guerrillero igual puede maniobrar en el campo que en la ciudad. Sobrados ejemplos tiene la Historia.

... ...

Cuando estábamos escribiendo este capítulo, empezaron a sonar en la calle las primeras descargas de la Revolución. Tuvimos que soltar la pluma y agarrar la pistola, dejando intacto nuestro trabajo.

Por eso no hemos querido quitar ni un punto a las palabras del mismo. Lo damos íntegro y cabal, para que vea el lector la realidad de nuestros temores y con qué fundados sobresaltos vivíamos los momentos preliminares de la vergüenza de octubre. Hay tal fondo de verosimilitud en nuestras palabras, que cualquiera creería

que están escritas después de los hechos revolucionarios. No fué así, y en ello ponemos todo el patrimonio de nuestro honor, que es nuestra palabra.

Ya se ha visto que todos los movimientos que prologaron la insurrección eran francamente delictivos, fáciles de descubrir y mucho más de castigar. Pero nadie quiso verlos ni advertirlos. Se fraguó todo, impunemente, al margen de la ley, y el resultado de aquella funesta *dejación* ya lo hemos visto.

¡Muertos... sangre... fango... y lágrimas!

Después de la Revolución, sigue el monstruo mitológico de la Impunidad cubriendo a todos los responsables. Los acusados se han convertido en acusadores; los reos en jueces. Algunos huídos fuera del país, y los más preparando otra vez, y delante de la pereza española (pereza de todos, ausencia de todos, pecado y culpa de todo el ambiente nacional), una nueva conspiración y otro nuevo golpe revolucionario.

En cuanto levanten la censura y se puedan reunir, oíremos sus voces de energúmenos; el veneno de sus campañas, el rencor de sus pechos. Unos pocos días, y el mitin volverá a fajar las huestes dispersas, los grupos que actúan de una manera autónoma.

Volverán a insultarte con la espuma de los vozarrones proletarios:

"*¡¡El Mundo Obrero, diario comunista!!*", cargando el acento en la primera sílaba, para que tenga un gusto de ofensa, de chulería, de agravio.

Volverán los camiones cargados de fusiles a recorrer de noche los caminos. Se urdirá la huelga oscura y el motín sin causa. Por las fronteras andarán las cajas de contrabando con dinamita y odio extranjero; los Comités de huelga, los grupos de acción y la recua pistolera,

darán sus consignas; matarán a los primeros guardias desprevenidos y lanzarán su plomo contra cualquier convento que hallen al paso.

Todo el aparato ilegal, secreto y activo correrá como una sierpe por todos los pueblos y arrabales; por los ríos del odio y los cauces de la célula. Un abrazo fuerte y renovado apretará las *Alianzas Obreras*, el *Frente Unico*, la *Solidaridad proletaria*, y el día menos pensado, a pretexto de que se vaya Gil Robles, o que sea el cumpleaños de Maciá, comenzarán los tiros en los tejados; los asesinatos en los cuarteles, el asalto a las fábricas, el robo a los comercios, el saqueo a los Bancos; en fin, todas las bestialidades de la guerra social que puede coger desprevenido al Estado, aprovechándose entonces para colgar sus banderas victoriosas sobre el cadáver de España.

Y el señorito del automóvil, jugando al *tennis;* la marquesa opulenta encerrada en su palacio; el nuevo rico asegurando su tesoro en las cajas de acero, y todos los burgueses, los que tienen de sobra, los que no saben del dolor del paro y la miseria en el hogar, recorriendo triunfales la carroza de sus vicios, desde Molinero al Acuarium; desde Biarritz a Ostende, refregando por los ojos de los sin ventura la gloria de sus privilegios.

—¡Ahí está el Ejército para salvarnos!; los guardias civiles; los de Asalto... "Para eso les pagamos"..., mientras devoran los platos sensuales del festín...

Y no es así. No puede ser así. Todos tenemos que poner la acción conjunta de nuestra hombría, de nuestra ciencia, de nuestro saber, para inventar un estado de convivencia y de respeto. Hay que suprimir esa terrible distancia que media entre el que tiene cinco millones de renta y el que no ha podido comer un trozo de pan. Hay

que levantarse todos los días, dispuesto a ser caritativo y generoso, comprensivo y dócil al mandato de los siglos y a la ley de Dios. Hay que ayudar al Estado y al Municipio. Hay que ser buenos con los parias y enseñarles a leer con honestas palabras y darles para que se vistan. Hay que organizar la vida miserable de tantos infelices. Hay que ir todas las tardes a Tetuán de las Victorias y repartir dinero a los obreritos pobres que tienen ocho hijos, y procurarles medicinas, aliento a sus penas, consuelo a sus dolores infinitos. Hay que dar trabajo al que no lo tiene y se muere todas las noches en el camastro del rencor. Hay que tratar con afecto a los servidores y dependientes. Azuzarles en la lucha noble y en la defensa de España, de su comercio y de su industria. Hay que perdonar al colono cuando las tormentas arrasan la cosecha y en vez de exigencias (hasta hoy mismo cunde esta barbaridad despótica) ayudarle con dádivas para la siembra. Hay que interpretar la dulce y bella doctrina de Jesús, apiadándose de los que no tienen nada y sufren y trabajan y lloran por nosotros. Hay que bajarse de los automóviles y hablar mano a mano con los que siempre van a pie. Hay que dar lección de humanidad al mismo Estado y a sus Gobiernos, cuando no legislan en orden a las esperanzas de los humildes. ¡Todo el mundo sabe lo que tiene que hacer, y bien fácil es a la mano alargar una limosna!... ¡Para qué vamos a engañarnos!...

Así será posible que nos entendamos, queriéndonos, respetándonos. De este modo, la Justicia vendría a ser buena para todos, la vida amable, el amor verdadero y la esperanza renovada y fuerte.

También están impunes todos estos delitos, que en-

cuadran a la mayoría de los españoles; a la pereza española, origen de tanta desgracia.

¡No vivimos la hora feudal! La vida presente es otra cosa, ¡señores avaros del cupón! ¡Señoritos del *tennis!* ¡Señoras del *Hispano!*

No basta con ir a misa, ni dar unas ropas que para nada sirven, sin una acción continuada, firme y cariñosa. ¿No veis a la gente tirada en el suelo?... ¿No veis por los pueblos las hambres y las miserias? ¿No sentís los puñales que se clavan en las carnes de tanto español?

No basta con suscribirse a la lista de donativos para la fuerza pública. Es menester dar entero el corazón y la vida por que España recobre su categoría universal, despojándoos de tantas vanidades ridículas; ayudando con vuestras riquezas al Estado, iniciando volumen de trabajo, recorriendo España de parte a parte. Hablando con sus hombres. Enterándose de sus problemas. Conociendo a sus gentes, promoviendo asambleas, reclutando simpatías, haciendo obras grandes, duraderas y fuertes, inspiradas por la ternura y la belleza del vivir.

Sembrando, finalmente, lo que tenéis por obra y gracia de Dios, antes que os lo arrebaten con sangre los miles y miles de infelices en quienes hace presa el monstruo revolucionario.

En cuanto a los otros culpables, más impunes que todos, porque pudieron ser castigados con la ley escrita y los códigos vigentes, ahí está nuestra acusación viril. No tememos a la competencia. Lo hemos dicho mil veces, poniendo nuestra vida al servicio de España, y como no somos plañideras, seguiremos buscando al Enemigo para sacarle por los pelos de su escondrijo...

¡Zarandeándolo bien!

¡Poniéndole en evidencia! ¡Identificándolo por sus propias huellas!

Impunidad ministerial

A los sucesos de octubre siguieron debates enconados sobre la responsabilidad ministerial en la catástrofe. Sobre la *responsabilidad política,* que es tanto como decir irresponsabilidad de toda clase.

Se centró la censura en Samper, el abogadillo insignificante y provinciano, sin categoría intelectual ni física para ser presidente del Consejo, y elevado al cargo por artes de nuestra baja política. De tan mezquina y celestinesca alcurnia, que no puede ser traída a las páginas de un libro. Quede para las tertulias del café, para las reboticas o para el soleo de las comadres.

Al pobre Samper, desorbitado y mínimo, le cupo en suerte aparecer al frente de los destinos de España, con la triste misión de presidir sus catástrofes.

Hallamos plenamente justificadas las censuras dirigidas al célebre ex presidente del Consejo, que unió su dimisión prendida en la chaqueta del "comunistoide" ministro de la Guerra, señor Hidalgo.

Lo que nos parece perfectamente ridículo es que toda la responsabilidad recaída en estos hombres se redujera a dimitir los cargos y a marcharse lindamente a sus casas, para cobrar una pingüe cesantía.

Nosotros no sabemos de leyes ni acertaríamos a encajar su delito en los artículos pertinentes de los enjuiciamientos procesales; lo que sí sabe España entera es que por su culpa, por su grandísima culpa, perecieron millares de españoles y se produjo la ruina de nuestra economía nacional.

No es sanción adecuada, por tanto, hacerles abandonar la poltrona, *sacrificándoles* a percibir unas dietas y a vivir en espera de que ocupen nuevamente la presidencia del Gobierno. Con semejante actitud, no se puede dar un paso en la política de un pueblo.

Si no hubiera leyes para castigar estos delitos, habría que inventarlas, aunque ahí está el Congreso y el Tribunal de Garantías, como supremos juzgadores. Esa justicia, y no otra, debió cerrar el epílogo de la Revolución.

¡Qué insensatez y qué poca gallardía política la de nuestros diputados, conformándose con ver vacíos algunos puestos del banco azul! Sin notar que esa liquidación del hecho revolucionario es el "Annual de la república"...

Berenguer, el general organizador de derrotas, fué indultado de aquella catástrofe inolvidable, y como *castigo* le nombraron conde de Xauen y presidente del Consejo... ¡Bella manera de castigar!

Valdivia, capitán de Intendencia y director general de Seguridad, también organizador de derrotas, le nombran gran Cruz de la república y le reservan para ministro o acaso presidente del Consejo...

Igual ocurre en la Monarquía que en la república. Ambos regímenes procuran y realizan una selección al revés.

Se copian los procedimientos. La Monarquía quitó al vizconde de Eza la cartera de ministro, y la república se la quita también al señor Samper. Y no hablemos del paralelo entre el "Annual de la Monarquía" y el "Annual de la república", porque no van a tener mis palabras mayor eficacia que los hechos mismos.

En cuanto a la pasión intencional que podría verse

en mis censuras al célebre general Berenguer, y al insignificante Valdivia, me apresuro a declarar que no existe. En verdad decimos que ni pasión ni intención. No hemos cruzado nunca la palabra con estos hombres autómatas y vacíos. Ni siquiera nos parecen antipáticos. Sucede con ellos lo que sucede con esos seres callados, humildes, de buenas maneras, que apenas hablan, y están siempre como en el rincón de la modestia. En la desolación de sus cerebros, incapaces de sensibilidad, no hay apenas sujeto. En cambio, sospechamos que unos hilos invisibles les mueven como muñecos de una farsa demasiado trágica para los destinos de España.

Y a los muñecos no se les puede odiar. Se odia en todo caso a los que los manejan.

El gran proceso de la revolución de Octubre

Yo acuso a Manuel Azaña

Escribimos este capítulo en el momento que termina en el Congreso el debate sobre el llamado "alijo de armas".

Cuando toda España advierte la impunidad de los mayores delitos y el clamor de la ciudadanía no llega a traspasar los muros del palacio de las Cortes.

Así se da el caso de que asistamos al sensacionalismo de este debate, donde la torpeza de los que todo lo aprendieron en los libros brinda francas salidas a la disculpa de un delincuente vulgar. Del tristemente célebre y despótico Azaña.

Lo primero que se nos ocurre es la impropiedad manifiesta del "rótulo".

Eso de llamar *alijo de armas* al delito de Azaña no es justo, porque es ingenuo. ¿Alijo de armas?... No, hombre, no.

Eso huele a contrabando, a infracción administrativa, a cosa de carabineros, a hechos de paso y aduana. Eso, no. Azaña, entonces, sería un contrabandista valiente, como los de fandanguillo y guitarra... Y no puede ser.

Azaña tiene una categoría mayor. Un rango delictivo que no se puede encuadrar con ese letrero. La disparidad resalta inmediatamente en la comparación del hombre de Casas Viejas, con un cualquiera negociante de armas.

El negociante va al lucro del "alijo", y no le importan filiaciones políticas ni el destino que se le vaya a dar a las ametralladoras. Al contrabandista del cante jondo sólo le importa su dinerito. En cambio, a don Manuel no se le puede suponer mezclado con los monárquicos ni con los fascistas. El tiene su historia y su actitud. Su posición y su idea, y no es casualidad, ni mucho menos, que las bombas facilitadas por el ex presidente del Consejo fueran a caer sobre las cabezas de Carmona y Oliveira Salazar, ni que los fusiles se emplearan en contra del Ejército español.

Carmona y Oliveira en Portugal, y el Ejército español en España, son adversarios de los fines masónicos y revolucionarios que anidan en las frías carnes del funestísimo gobernante del bienio.

Esta es la verdadera relación que existe entre la *causa* y el *efecto;* luego no puede ser igual que las armas facilitadas por el Consorcio Militar que mandaba el ministro de la Guerra hubieran aparecido en manos de unas hipotéticas partidas carlistas. Siendo así, no podríamos acusarle de ningún delito, sencillamente porque faltaba la relación de efecto a causa. No habría concordancia ni paridad entre la hipótesis expuesta y el hecho tangible de la entrega de armas.

El nudo de la cuestión estriba en esto:

Causa: Antagonismo ideológico entre Azaña y los ofendidos.

Efecto: Ataque a sus adversarios.

Sobran, pues, las razones para demostrar que *aquéllo* no fué *alijo*. Fué un delito extraordinario que nos lleva indefectiblemente a lanzar esta exclamación:

Yo acuso a Manuel Azaña.

No ha habido una acusación directa contra este hombre frío, sádico, hermético. Nadie se atrevió a lanzar una acusación categórica contra este político de las soberbias patológicas, que fué capaz, en su crueldad siniestra, de mantener un silencio de muerte en el trágico episodio de Casas Viejas, cuando el ambiente español se llenaba de pólvora y de crimen. El tristemente célebre inductor de las violencias fratricidas; miseria de balduque y navajazo trapero; literato que no vendió un libro y autor fracasado de las tres obligadas representaciones, anda impunemente por la calle como si no pesara sobre él la maldición de toda España. Y su culpabilidad fluye como antes, en el promontorio de las escrituras judiciales, sin que en la hora presente se levanten sus muertos a señalarlo con el dedo, marcando la ruta de su responsabilidad.

¿Es posible que la varita recta de la Justicia se tuerza entre las manos masónicas? ¿Qué clase de *tabú* protege a esta figura de los trágicos relieves?... ¿Adónde va la Justicia? ¿Por qué no se recogen los indicios y se procesa a este ser, que encarna una zoología de clase inferior?

Si la magistratura lanzara su investigación por los caminos de la secta triangular, ¡qué de secretos no descubrirían! ¿Cuánto lodo y cuánto crimen impune no saldría a la superficie de estas charcas quietas como la misma Esfinge, pero agitadas en el fondo por la alevosía?

Nosotros vamos a romper ese cerco que salvaguardan los centinelas masones. ¡A ver si es verdad que en Es-

paña quedan hombres todavía que sepan ver y entender la luz y el aire de la verdad!

¡¡Yo acuso a Manuel Azaña!! Lo acuso en nombre de mi Patria, que no es posible que sea la suya, cuando con esa vileza la compromete. Le acuso de traición, de fratricidio y de todos los delitos impunes que su política desleal y alevosa ha cernido sobre la tierra de España.

Mi pecho se levanta de santos rencores, mi mano tiembla de justísima indignación, todo mi ser patriótico, amasado en dolores y en esperanzas, se yergue de altanerías, para acusar a este *bicho* que ha escarnecido tantas veces el nombre nuestro; el santo nombre español que—a su pesar—se enseñorea de prestigios en todos los meridianos del mundo.

Otra vez: ¡¡¡Yo acuso a Manuel Azaña!!!

Antecedentes de la acusación.—El pacto de San Sebastián

Aunque todavía no podemos hablar ancho y fuerte sobre el pacto de San Sebastián, abarcándolo en su integridad (1), anticiparemos que el llamado así ni fué pacto ni fué en San Sebastián. Aquel suceso político de tanta resonancia fué tan sólo una fase, un pequeño eslabón de los grandes pactos desconocidos. Lo ocurrido en la capital de Donostia fué un hecho más de la cadena de episodios políticos que abarca desde Berenguer al período actual.

Todo el mundo adivinaba la existencia de una *cosa* extraña, un *algo* inexplicable en las conductas y motiva-

(1) Quede en prenda nuestra promesa de hacerlo cuanto antes... ¡pero han de pasar más de dos años!

ciones políticas de nuestra época, y culminó la ansiedad por definir aquel suceso con el bautizo del mismo, llamándole *pacto,* cuando en realidad sólo fué reparto de papeles, como se hace a una compañía—en aquel caso de cómicos famosos—, contratada para hacer una función de gran espectáculo.

Entre los artistas que fueron al reparto ninguno conocía el texto de la obra, ni mucho menos el desenlace que iba a tener.

De manera que *aquello* no tuvo importancia de ninguna clase. No podía tenerla, ni es justo otorgársela. La importancia residía en aquel texto de la obra repartida, y, más que en el texto, en la persona del autor y del empresario.

Y, por ahora, nada más sobre el famoso *pacto.*

* * *

De sobra sabíamos nosotros el convenio firmado en París, entre los revolucionarios portugueses y españoles, antes de instaurarse la república en España. Pacto de las ignominias, signado a orillas del Sena, bajo los altos auspicios de la Masonería, y en el que se fijaban con puntualidad las asistencias que mutuamente se habían de prestar las partes contratantes, representadas por el bando lusitano y la banda del odio y de la impunidad ibérica.

Por eso, cuando a raíz del "alijo" del *Turquesa* el ministro de Estado declaró: "Yo no creo que ningún ministro de la república se haya mezclado...", tuvimos que sonreírnos. Por otra parte, no somos dados a coleccionar noticias como colecciona sellos cualquier filatélico. Una vez comprobado el pacto revolucionario his-

pano-portugués, no lo olvidamos nunca, y estuvimos muy atentos a sus consecuencias.

Dificultaba mucho nuestras investigaciones la elevación de una de las *altas partes contratantes:* la española, que tenía su representación directa en grandes personajes. Estábamos demasiado lejos para observarlos. No eran los felices tiempos de la Granja del Henar y del Lion, cuando uno se podía rozar con los futuros ministros.

Sin embargo, pronto nos hubiera llamado la atención el afluir de portugueses a las "logias" madrileñas, coincidiendo con altos cargos y ministros de la república. También era elocuente la frecuencia de los conspiradores lusitanos en las escaleras y despachos de los Ministerios, principalmente en el de la Guerra, que para sus tristes destinos regía el señor Azaña. Con ser todo tan concreto, apenas parecía elocuente. A nadie le llamó la atención este reflujo de personajes portugueses que se entrevistaban con el ministro de la Guerra y con otros secuaces de su política. Nadie quiso ver en aquello la verdad, que se abría paso entre las esquinas de la conspiración.

Algo insólito ocurrió, sin embargo, que despertó de su siesta a los perezosos. Mediada la tarde, un cierto día, cayó una bomba en las habitaciones del embajador de Portugal. Precisamente en el despacho de trabajo del representante lusitano. Fué un verdadero milagro que salvara su vida.

Aquel suceso, extraño y misterioso, que conmovió a toda la opinión española, no tuvo importancia para la Policía, a la que invadió una parálisis general progresiva bastante inexplicable. Los dinamiteros se escaparon impunemente, ¡tan fácil como hubiera sido descubrirlos!

Ahora, ya es tarde. La fisonomía del autor se ha borrado al cabo del tiempo, y lo mismo ocurre con la prueba testifical de aquel *asunto.*

Aunque así no fuera, el autor del atentado contra la Embajada de Portugal, destrozada por la metralla de la bomba, está declarado "oficialmente" loco, por otro hecho posterior. Es decir, un *loco* que anda por las calles y luce sus arrogancias en los cafés de Madrid.

El "lobezno" *(lobezno,* en el argot masónico, significa hijo de masón) tiene por lo visto un "tabú" de la secta.

Precisamente este hecho, sin conexión aparente con el objeto principal de este asunto, fué el que nos hizo aguzar nuestra atención sobre el extraño conglomerado que articulaban los masones entre revolucionarios hispanos y portugueses. Y, naturalmente, tuvimos que pensar que quienes eran capaces de inspirar o amparar tan siquiera un hecho de naturaleza tan espeluznante como el asesinato del *inofensivo* diplomático, no se detendrían ante obstáculos que pudieran oponerse a sus apetitos insaciables.

Nuestras observaciones nos dieron pronto un resultado sorprendente; porque aparte los contactos masónicos y ministeriales de que ya hablamos anteriormente, advertimos una circunstancia especialísima, que nos permitió calar a fondo el secreto del "asunto".

En nuestro libro *El Enemigo,* al relatar los incidentes de un atentado que se preparó contra el Rey y contra Primo de Rivera, hablábamos de un policía que concertó su voluntad y su acción con los masones, para cometer el magnicidio.

Los que hayan leído ese episodio, lo recordarán perfectamente.

Pues bien: a ese mismo agente le vimos a poco de lle-

gar a España los revolucionarios portugueses, en íntimo contacto con algunos de ellos. Mejor dicho, con casi todos los que hoy se hallan detenidos. Con Mouros Pinto, Cortasao, Alejandrino, Meneses y varios amigos de éstos. Suponemos que la misma Masonería les pondría en relación. Por este lado se abría un portillo a nuestras observaciones, para averiguar los manejos y las intenciones de aquellos hombres.

Nuestra suerte nos deparó de manos a boca con el mismo "confidente", que sin saberse tal—dada su falta de experiencia en lides de espionaje—, nos puso al corriente de los preparativos del atentado contra el ex Rey y contra el dictador. Y este mismo hombre nos informó del asunto que unía a los portugueses con el policía español. Los conspiradores tenían grandes dificultades para comunicarse con los conjurados en Lisboa, y se concertaron con el policía para que éste les sirviera de enlace. Se trataba de enviar al funcionario destinado a la Embajada española en Portugal, situándole estratégicamente en el lugar donde serían más eficaces sus servicios. Se ideó este procedimiento porque pensaron que el entonces embajador, señor Rocha, no había de prestarse a tales manejos.

Los portugueses convinieron en arreglar las cosas. Dos de ellos se entrevistaron con Azaña en el Ministerio del que era titular. Le pidieron el destino del policía a la Embajada de Lisboa, diciéndole claramente la misión que iba a desempeñar, y Azaña se apresuró a complacerles. Dió las órdenes inmediatas, pero no fueron cumplidas. ¿Por qué? Porque se opuso Galarza terminantemente. El fracasado zamorano tenía por lo visto otros amigos en la Policía, a quienes quería hacer gozar las ventajas económicas de la misión en el extranjero.

Aquella negativa disgustó enormemente a los revolucionarios portugueses. Algún tiempo después salió para la Embajada de Lisboa un alto funcionario de la Dirección general de Seguridad, muy bienquisto con los primates republicanos, principalmente con los catalanes. Allí continúa, tan contento. Y ahora nos preguntamos:

¿Sería éste el de la misión solicitada por los conspiradores portugueses?

En verdad que no lo sabemos.

Del hecho relatado obtuvimos, sin embargo, una conclusión de mayor entidad que habría de guiar nuestros pasos en los días posteriores. Era ésta: que Manuel Azaña Díaz, ministro de la Guerra, estaba francamente complicado en el gravísimo delito de conspirar contra el Gobierno de una nación vecina y amiga. Y que su responsabilidad se aumentaba terriblemente por el hecho principalísimo de ocupar nada menos que la Jefatura del Gobierno después.

Más tarde, y prestando toda nuestra atención al asunto, supimos al día las remesas de armamentos y bombas enviadas a la frontera portuguesa. Vimos ir y volver a los cabecillas de la Revolución que estalló en Lisboa. Precisamente en el mismo momento en que leíamos las informaciones de Prensa, se nos decía que las bombas lanzadas por la aviación rebelde eran españolas.

No lo hemos dicho antes por la imposibilidad material de hacerlo. Acaso hoy mismo no podamos tampoco. En el asunto que nos ocupa, *ni están todos los que son, ni son todos los que están*. Recordad los sucesos del aeródromo de Tablada. En el debate parlamentario vimos al aviador del "Plus-Ultra" discutiendo con Maura, hacer varias veces ademán de sacar del bolsillo interior de la

americana algo que por el gesto decidido parecía una pistola... Era tan sólo un papel...

Algo muy poderoso detuvo varias veces el ademán decisivo del aviador... A nosotros nos pareció que se le hacía un *signo* masónico desde el banco azul, cuyo poder *taumatúrgico* detenía la mano de Franco. Desde luego, nos quedamos sin conocer el dichoso y terrible papel en aquellos momentos, aunque, a decir verdad, ya sabíamos su contenido... Creo haber dicho demasiado respecto a este episodio misterioso del banco azul y el célebre aviador... ¿Para qué? Si sabemos que en el "alijo" de armas (sumario ingente que levanta del suelo más de un metro de folios sellados) NO PASARA NADA. Absolutamente nada...

* * *

Sigamos ahora con Azaña, que bien merece nuestra atención.

Hay que recordar uno de los movimientos preliminares de este hombre, que alguien ha llamado *ser hemacrino,* cuando se fué a tomar baños durante una temporada en las aguas de Cataluña.

No hay que olvidar tampoco su estancia en Barcelona antes y después del estallido revolucionario, y eso que el gran artista de la doblez y del disimulo ha intentado proclamar su inocencia con el truco de unas actas notariales maravillosamente urdidas.

Pues bien, señor Azaña. Yo os acuso de haber recibido diariamente en vuestras habitaciones del hotel Colón al fatídico ex director de la Policía Arturo Menéndez, con el que sostuvisteis muchas entrevistas. Sabemos que el traidor Arturete cumplió—esclavo vil—vuestras

órdenes neronianas de *ni heridos ni prisioneros y tiros a la barriga.* Todo el mundo sabe que Menéndez era uña y carne de los Company, Gassol y de toda la pandilla de revolucionarios separatistas. En presencia vuestra, señor Azaña, se dieron *vales* para entregar armas a los "escamots", turba de piojosos y cobardes, *chorizos* y jugadores de ventaja, *gigolos* baratos del barrio Chino, en débito con todas las Audiencias de la región.

Allí mismo, en el hotel de la plaza de Cataluña, se dieron papeles y órdenes para entregar gran parte de las 62.000 armas largas que repartió el *Scarpia* de Menéndez. Treinta y dos mil procedentes del desarme del Somatén y treinta mil compradas con el dinero que los buenos catalanes entregaban a los granujas de la Generalidad.

¡No se atreverá usted a negarlo, porque hay testigos de ello y cintas del teletipo oficial, que no se han destruído, como se pretendía!...

Además de estos contactos directos que Azaña sostuvo con los traidores de la Revolución catalana, hay un nexo clarísimo que une al hombre de Casas Viejas (¡menudo sambenito!) con todas las fases preparatorias de la Revolución de octubre.

El lazo y el abrazo de Azaña con Prieto, la noche célebre del Frontón de la calle del Carmen, donde se pactó el primer documento hablado de la Revolución.

El acta por Bilbao y los manejos constantes, decisivos, continuados que Azaña sostuvo con los socialistas durante el tiempo en que se fraguó el aparato revolucionario, y es el mismo don Indalecio, carne y uña de Azaña, quien dirige personalmente el desembarco de las armas del *Turquesa,* aunque nadie se lo ha probado como nosotros vamos a probárselo, y eso que todos re-

cordaréis cómo al día siguiente se levantó de su escaño en la Cámara, apostrofando con un cinismo de burdel a todas las fuerzas parlamentarias de derecha. ¡No se ha visto un caso semejante y de mayor desvergüenza!

El famoso don Inda quiso zafarse de lo del desembarco, acusando antes de que le acusaran.

Pero veamos lo que dice en su declaración Cornelio Fernández Suárez, preso por su participación en la Revolución de octubre.

Cornelio Fernández fué quien entregó a la Guardia civil que mandaba Doval, más de un millón de pesetas que tenía escondidas por encargo de Peña.

Lo más interesante de la declaración es esto:

"... un lunes, que no recuerda la fecha, fué a verle Bonifacio Martín, y le dijo que si quería guardar un cargamento de armas y municiones que iban a desembarcar; puso dificultades, por no tener donde guardarlas, y Bonifacio le dijo que no tenía responsabilidad, toda vez que el cargamento era de unos portugueses y que estaba legalmente despachado por el Gobierno español y el Consorcio de Industrias Militares se haría cargo hasta que volviese a cargarlo. Volvió a decirle que no tenía sitio, y se marchó. A Bonifacio le vió en la carretera, pues le mandó buscar con un conductor rubio que no sabe cómo se llama. En la noche del mismo día, sobre las veinticuatro horas, se le presentó Ramón González Peña con unos cinco o seis individuos, que creen eran de Llanera, entre los que conoció al concejal Agustín González, con el fin de descargar el armamento, y como no llegaba, fué el Ramón y el manifestante a Muros. Se cargaron tres camiones, que serían unas ocho toneladas, y, según oyó, el cargamento eran veinte, pero no pudieron descargar. Se pusieron en marcha dos camiones, por no poder arrancar el otro; llegaron a Valduno y metió el cargamento, que eran cajas de municiones, en la cuadra de su casa, diciéndole Peña que buscase otro sitio para esconderlo, que podía ser un almiar de paja, y a la noche siguiente, un tal

José Suárez, a quien Peña le dió cien pesetas para que la comprase, pues no tenía, las guardó. Que en Muros no conoció más que a Amador Fernández Llaneza (1); los demás, por ser de noche y no ser de su Concejo, no sabe quiénes eran; ***sólo vió*** (y Peña se lo confirmó), ***en la playa de Aguilar a Indalecio Prieto.***"

El autor de este libro, solo, aislado, sin ayuda de nadie, no puede tender su mirada a horizontes tan vastos. No puede traer a estas páginas la historia y los incidentes del sumario completo que se instruyó por el *alijo de armas*. Toda su vida, todos sus afanes, toda su inteligencia y todo su patriotismo, no serían capaces para levantar los velos que cubren a tanto fantasma de la conspiración. Es un asunto demasiado amplio, en el que danzan ministros y millonarios; personajes altísimos de la Banca y de la política; logreros y segundones, arribistas y titiriteros de la estafa.

Pero con esto queda sentada firmemente nuestra acusación, y puede decirse, en verdad, que el llamado *alijo* fué tan sólo una fase, un aspecto de la Revolución.

Por tanto, se le hace un gran favor a Azaña cuando en las célebres actas de acusación suscritas por la Ceda, por los monárquicos y tradicionalistas, se buscaron afanosamente determinados artículos del Código, en los cuales encuadrara su delito, siendo así que se les olvidó acusarle del más fuerte y señalado. El delito de REBELION.

Todos los actos de Azaña son para cometerla impunemente: Participa en la Revolución de octubre con hechos anteriores y simultáneos. Azaña procura armamentos a la Revolución. Azaña prepara, en Barcelona, la Re-

(1) Este Amador es uno de los asesinos de Turón.

volución. Azaña está con los separatistas en el momento de la Revolución. Azaña dicta órdenes a su esclavo Menéndez, para la Revolución. Azaña, situado estratégicamente, coordina los dos movimientos convergentes de la Revolución: el marxista y el separatista. Azaña presencia el hecho de la Revolución de Cataluña, aunque escondido, y allí está esperando el triunfo para alzarse con la investidura máxima de la Revolución. Para ser Presidente de la República Social Federal. ¿Se quiere más?

Los delitos que se imputan en las actas no fueron delitos aislados. Tenían un principio y un fin preconcebidos, y bueno fuera acusarle de ellos, cuando la Revolución no hubiera estallado.

Pero habiéndose *ejecutado el delito principal,* los demás son conexos, y el Gran Delito no es más que éste: REBELION.

Estaría bueno que un juez se entretuviera en demostrar a un asesino que carecía de licencia para usar armas, o si el arma la robó, o si el dinero repartido a sus cómplices procedía de una malversación, olvidando el delito principal de asesinato, con toda su gravedad.

Pues algunas de estas puerilidades fueron la base acusatoria de las célebres actas.

Los jueces del Parlamento se olvidaron de los crímenes que se cometieron por inducción y preparación de Azaña, y ahí están los muertos acusándole con nosotros. Ahí están las víctimas de Asturias y de Barcelona, asesinados con las armas que entregó Azaña, por los hombres que obedecían a Azaña, por los pactos que signó Azaña, por los movimientos que realizó Azaña, por los viajes que hizo Azaña, por las órdenes que dió Azaña,

por la codicia (que no ambición noble y generosa) que movió a Azaña...

No somos nosotros, ciertamente, quienes hemos de instruir el proceso. No tenemos, por tanto, autoridad para exigir y obtener las responsabilidades. Sólo decimos que, a lo largo de ese sumario que la pericia profesional del señor Alarcón habrá esmaltado de perfectas interpretaciones, se debe añadir en cada extremo del mismo esta única interrogación:

¿PARA QUE?

Y así, una y otra vez: Muchas veces. ¿Para qué?..., ¿para qué?

La contestación rigurosa, la conclusión terminante, la convergencia inmediata sería ésta:

TODO POR Y PARA LA REVOLUCION.

Esta es la piedra angular donde ha de basarse el juez instructor del *Gran Proceso de la Revolución de octubre.*

¡Ah!, se me olvidaba decirte, lector, que el *Gran Proceso no existe.* Ni siquiera se ha nombrado el juez que ha de instruir el sumario.

Se han nombrado jueces y más jueces, para los hechos revolucionarios del "alijo", de la Generalidad, de los sucesos de Cimadevilla, para los del *Llano,* para los asesinatos de Turón, para los crímenes de Campomanes, para los asesinatos de la fábrica de armas, para los ataques de la Felguera, por los asaltos de Avilés, por el robo del Banco de España. En cada barrio, en cada aldea, en cada pueblo, en cada ciudad, en todas partes donde repercutió la Revolución, se instruyeron procesos y más procesos...

Pero no hay un juez para el *hecho revolucionario.* No se ha nombrado todavía el *Juez de la Revolución.*

Es absurdo, ¿verdad?... Es monstruoso, ¿verdad? ¡Pues así es, para nuestra desgracia y para su más perfecta Impunidad!

El auténtico sumario

Los únicos dirigentes revolucionarios que se hallan procesados, a la hora presente, son: Largo Caballero y Company, y esto porque no han querido marcharse, sabiendo, como sabían, que no les iba a pasar nada, salvo las pequeñas molestias de la cárcel, que sirven para cotizarse luego en la bolsa de los grandes destinos políticos. El papel de presidiario se paga a precios elevadísimos.

Ni Largo Caballero ni Company han sido detenidos por una busca ordenada. Ellos mismos dijeron: "Aquí estamos", y se dejaron prender. No fueron por su pie a la Comisaría, con objeto de cubrir las apariencias.

El caso de Company es de lo más extraordinario que se conoce. Todo el mundo sabe que era el jefe absoluto de la Revolución separatista catalana, pero en la sentencia no se lo han reconocido. Se le ha considerado como un soldado raso, y gracias.

Todavía encierra mayor importancia lo que se refiere al socialista Largo Caballero. Andan los jueces averiguando dónde se encontraba Largo Caballero el 6 de octubre; si se le vió, si no se le vió. ¿Qué importa eso? No hay que hacer el ridículo. ¿Es que se le quiere probar que estuvo "paqueando" don Paco?... No, hombre, no. Carece de valor para eso. Podría haberse presentado en el Ministerio de la Gobernación el día 4 de octubre, quedándose allí, y por eso no dejaría de ser jefe de la Revolución. ¿No es presidente del Partido So-

cialista y secretario general de la U. G. T.?... Pues si estas organizaciones han preparado y hecho la Revolución, el culpable máximo de este delito capital es Largo Caballero. Las órdenes para preparar y para lanzarse a la Revolución no podía darlas más que quien tenía AUTORIDAD sobre el Partido y la U. G. T.

Y en dar las ORDENES, que no podían dimanar más que de su AUTORIDAD, está el DELITO.

Esto demuestra la más elemental *técnica jurídica y policial*... Pero ¿qué sabe nadie de eso? Así vemos al Parlamento (¡oh capacidades!) negar el suplicatorio de Anastasio de Gracia, nada menos que el PRESIDENTE de la UNION GENERAL DE TRABAJADORES—testaferro, si queréis, de Largo—, pero que es el hombre que encarna *oficialmente* la responsabilidad suprema de una organización que ha lanzado a la Revolución UN MILLON de hombres. Y sin su orden, sin su aprobación, *no hubiera podido ocurrir.*

¡Sí, admirado Fernández Flórez, certero en tantas cosas! Anastasio de Gracia, con toda su calva de zapatero de portal y su *pinta,* no es un *desconocido,* como decíais en un maravilloso artículo el 3 de marzo—lo es para esos diputados que no ven unas gafas llevándolas puestas—; que se crea eso es lo que quieren él y los suyos... ¡Cómo se ríe!... cuando los "señoritos" le dan palmaditas protectoras en los pasillos, considerándolo "un pobre hombre"..., y momentos antes ha autorizado la compra de tantos miles de pistolas. Y ríe también porque sabe que un telegrama suyo, con palabras convenidas, puede lanzar al asesinato y a la destrucción a UN MILLON de hombres. ¡Y todo con su *pinta* zapateril!

¿Qué culpa tiene él de no poderse hacer una cabeza

como la de Carlos Radek o de no poder dar al aire las melenas de Trotsky?...

Eso es de película. Y, está visto, que estas cosas de la Revolución sólo las conocen por la pantalla.

Se ha hecho caso omiso de lo más importante, instruyendo sumarios a voleo; de una manera confusa y caótica. Se ha prescindido del hecho cardinal, del que es génesis y raíz de todos ellos: DEL HECHO REVOLUCIONARIO. Pero ¿es que todos los crímenes, asesinatos, robos, incendios, saqueos, voladuras, asaltos, no eran una misma cosa? ¿NO ERA TODO LA REVOLUCION?

¿O es que se despertaron a una misma hora los miles y miles de revolucionarios para empuñar los fusiles y liarse a tiros en todos los pueblos de España?

¿No se habían concertado de antemano?... ¿Quién dió la orden?

Y la Revolución, como hecho delictivo—suma de crímenes—, tiene mayor importancia, ya que sin su estallido no hubieran sido posibles los sucesos criminosos.

Sin el HECHO REVOLUCIONARIO no existirían los delitos que ahora están juzgando los Tribunales.

Razonando con un poco de sentido, observamos que lo primero que debía estudiarse, investigarse y juzgarse, era el hecho madre, el delito principal, y no los delitos derivados. El Código está bien claro. ¡Rebelión militar! Ni más ni menos.

Tenemos que suplir esta falta *oficial* tan enorme, diciendo que la REVOLUCION (no sólo la de Asturias, Barcelona o Madrid), sino la *Revolución total,* que se cometió y que nosotros escribimos con letras grandes, no ha sido castigada ni investigada sumarialmente todavía.

Nosotros intentamos ahora hacer un sumario, excluyendo formulismos, para que España se dé cuenta de la enormidad de esta omisión... o lo que sea.

Cabeza del sumario.—Un autógrafo de Ramón González Peña, "generalísimo" de la Revolución de Asturias

Primera afirmación concreta: LA ALIANZA OBRERA ha sido el organismo supremo y decisivo de la pasada Revolución de octubre. Ella organiza, dirige, controla y constituye la personalidad, el ente jurídico ejecutor del máximo delito; y a ella corresponde por entero la penalidad superior. Las Alianzas Obreras son organizaciones reales, tangibles, verdaderas, aun cuando no hayan llenado los trámites oficiales. Son entidades ilegales, clandestinas, con una existencia vital extraordinaria.

No intentamos dar otras razones por nuestra parte. Nos corre prisa llevar al lector para que vea por sus ojos el testimonio de puño y letra de Ramón González Peña.

Alianzas: Se componen de representaciones de organismos obreros de diferentes tendencias. Aquí en Asturias figuraban en ella comunistas, sindicalistas y socialistas.

¿Quién dispone que se forme? Los organismos nacionales de análoga constitución?

¿Quién compone el Comité Nacional de Alianza? Ignoro quién y su composición

¿Quién elige el Comité Provincial de Asturias y cuándo? Los eligen desde Madrid e ignoro la fecha de su constitución.

Quién lo forma? Por parte del Partido Socialista y Unión General de Trabajadores eran Graciano Antuña y Bonifacio Martín. Desconozco las

y/ personas de las demás entidades obreras.

En relación con el empleo del dinero del Sindicato Minero, Minas de San Vicente y Avance, declaró terminantemente no haberse empleado ni una sola peseta en la preparación del movimiento revolucionario ni que exista un solo acuerdo relacionado con dicho asunto. Sus libros de actas y sus libros de contabilidad pueden en todo momento compulsarse para cerciorarse de cuanto manifiesto y afirmo.

En el último párrafo miente descaradamente "Pancho Villa". Véase, como muestra, algo sobre la inversión de fondos. MANUEL JUNQUERA SUAREZ, en su declaración, dice: "Que hace unos cuatro años entró como contable al servicio del Sindicato Minero Asturiano-Minas de San Vicente, requerido por el Presidente de dicha Sociedad Amador Fernández; que su misión consistía en llevar la contabilidad de la Sociedad de referencia y de efectuar los pagos que le ordenaba el citado Presidente, siendo éste en realidad quien manejaba los fondos totales de esta Sociedad, como asimismo le consta manejaba los del Sindicato Minero Asturiano y los del periódico "Avance",

del que era Administrador; que recuerda que en el año mil novecientos treinta y dos, precisamente en el mes de diciembre, se hizo un balance en el que resultó el periódico "Avance" con un déficit de ciento treinta mil pesetas, que se enjugó con cargo al Sindicato Minero, simulando que éste debía al periódico esa misma cantidad por publicidad, y que con posterioridad a esta fecha se ha seguido efectuando esa simulación para liquidar los déficits mensuales con que siempre aparecía el periódico, superiores todas las veces a mil pesetas, ignorando la cantidad total a que pueda ascender el saldo en contra de "Avance", porque desde el balance de mil novecientos treinta y dos no se ha efectuado otro alguno; que ignora si los descubiertos del periódico "Avance" eran debidos a gastos de su publicación o encubrían otros de distinta naturaleza, y que el único que podría aclarar la cuestión sería el Amador Fernández, pues sólo él, por los amplios poderes de que disfrutaba y por los cargos que tenía era quien manejaba los fondos con entera libertad; que recuerda perfectamente que sobre las diez horas del día tres de agosto, Amador Fernández le hizo entrega de sesenta mil pesetas, diciéndole que tomara otras tres mil de las que tenía en depósito de la Mina de San Vicente, y que con las sesenta y tres mil pesetas hiciera una transferencia telegráfica por medio del Banco Herrero, figurando como imponentes Manuel A. Tejada y Jenaro Alvarez, a favor de la cuenta corriente de don León Carranza (1) en la sucursal del Banco Hispano Americano de Cádiz, operación que efectuó el declarante sobre las doce horas del citado día. Interrogado sobre otros pagos que recuerde efectuados últimamente, que no sean para gastos usuales y corrientes de la Mina de San Vicente, manifiesta que el día tres o el cuatro del pasado mes de octubre le fué entregada una nota firmada por Amador Fernández, fechada en Madrid, por medio de Ramón González Peña, así como tres talones firmados en blanco, para los Bancos Asturiano y Popular, en cuya nota le ordenaba que llenase esos talones hasta la cantidad de veinte o veinticinco mil pesetas y que entregase ocho mil a la Cooperativa Obrera "La Vega", pago éste ordinario, y que el resto lo distribuyese de esta manera: mil

(1) Estas 63.000 pesetas son para comprar "El Turquesa".

pesetas a María Valvidares, esposa de Amador Fernández; tres mil a Graciano Antuña y diez mil a Ramón González Peña; que llenó un talón contra el Banco Asturiano por valor de veinte mil pesetas, cantidad que excedía en aquel momento del saldo en favor de Minas de San Vicente, pero que con algunos reparos le fué pagada, y otro talón por valor de dos mil pesetas en contra del Banco Popular de los Previsores del Porvenir, reuniendo así la cantidad de veintidós mil pesetas, con las que satisfizo los pagos que le ordenaba Amador Fernández; que con estos pagos en estos días, víspera de la revolución, quedaban sin existencia alguna en sus cuentas corrientes la Mina de San Vicente; que no recuerda en los cuatro años que ha prestado sus servicios se intervinieran las cuentas de la citada Sociedad ni del Sindicato Minero por ningún Agente de la Autoridad."

No interesa de momento decir cómo ha llegado a nuestras manos el precioso autógrafo del generalísimo revolucionario, aunque sí conviene afirmar que el original obra en nuestro poder y es rigurosamente auténtico.

El cabecilla asturiano no suponía, cuando lo escribió, que estaba destinado a la publicidad. Es más: trató de contestar (eludiendo una respuesta categórica) con ambigüedades. Algo así como si le interrogara la Policía.

Con lo que dice, basta y sobra para hallar una base acusatoria formidable. Veamos:

Primero. *Las Alianzas Obreras existen.*

Segundo. Las Alianzas Obreras están integradas, aparte de otras organizaciones, por el *Partido Socialista* y la *Unión General de Trabajadores.*

Tercero. Acordaron formar las Alianzas, los *organismos nacionales de diferentes tendencias,* entre otros, el *Comité Nacional del Partido Socialista Obrero,* el *Comité Nacional de la Unión General de Trabajadores* y el *Comité Nacional de las Juventudes Socialistas.*

No es preciso aludir ahora a otras organizaciones obreras integrantes de las Alianzas.

Pues bien: vamos a personalizar y a fijar las acusaciones, según aparecen en los tres apartados que anteceden.

Primero. La Alianza Obrera existe. Es una organización clandestina, cuya finalidad es tan sólo organizar y dirigir la Revolución. La de octubre fué organizada en toda España por la Alianza Obrera en el plano nacional, regional y local, por medio de sus delegaciones directas; salvo en Cataluña, que subordinó su acción a la del Gobierno rebelde de la Generalidad.

Luego la *persona jurídica* responsable de la Revolución es, sin duda, la Alianza Obrera.

Segundo. La Alianza Obrera está integrada por el Partido Socialista, por la Unión General de Trabajadores y por la Juventud Socialista, que son tres organizaciones nacionales con personalidad jurídica legal reconocida.

Luego el Partido Socialista, la Unión General de Trabajadores y las Juventudes Socialistas *son responsables de la Revolución,* porque no sólo integran la Alianza, sino que la forman y la inspiran, creando ese organismo confederal; y

Tercero. Los "organismos nacionales" que acuerdan constituir la Alianza Obrera para fines revolucionarios, son los Comités Nacionales de las tres organizaciones, ya mentadas. Es decir, que los tres Comités Nacionales del Partido, de la Juventud Socialista y de la Unión General de Trabajadores, *son responsables de la Revolución.*

Los puntos primero y segundo se refieren a *personas jurídicas.* Como éstas, por su naturaleza, no pueden ser sancionadas con una pena aflictiva, la ley prescribe la

disolución e incautación de sus bienes, con objeto de impedir nuevos delitos.

La Alianza es clandestina y la sanción debe ser aplicada, cuando se investigue y se localice su existencia. Las otras son conocidas; por tanto, se puede aplicar la sanción.

No pedimos más pena que la estrictamente marcada por la ley; y ahora preguntamos:

¿Se han cumplido sus preceptos *responsabilizando a las Organizaciones?*

¡¡No!! Ya lo hemos visto. Las organizaciones siguen en pie y las Casas del Pueblo y todos su bienes han sido devueltos a los socialistas en toda España. Secretarías, papeles, muebles, sellos. Todo lo que sirvió para encender la hoguera está de nuevo en sus manos. Con ello han faltado a la ley, quienes más obligados estaban a respetarla.

Dedúzcase el tanto de culpa...

El tercer punto, referente a los tres Comités Nacionales, que son también personas jurídicas legalmente reconocidas, quedan incursos en el mismo castigo que la ley determina para las organizaciones que rigen.

Pero *responsabilizados* los Comités Nacionales como personas jurídicas, deben ser responsabilizadas las *personas naturales* que los constituyen. El hecho de asumir la autoridad que les da el cargo obtenido voluntariamente y el no menos importante de acordar la formación de la Alianza Obrera, a la que trasfieren esa autoridad—sin la cual no hubieran podido dirigir la Revolución—, les convierte jurídicamente en auténticos Jefes de la Revolución.

El mando supremo de ella radica en los hombres que componen los Comités Nacionales, pues que la engen-

dran, le prestan su autoridad e imponen acatamiento a sus órdenes a todas las organizaciones nacionales que representan.

Ante un hecho de tal evidencia, pedimos para ellos, para todos ellos, la pena máxima. La que corresponde a los Jefes de la Rebelión.

La muerte...

... ...

Y ¿qué se ha hecho? Nada.

Salvo dos o tres casos, en los que no se acusaba tampoco la grandeza del delito, los culpables andan tranquilamente por la calle, ostentando sus cargos en los Comités, dedicados *legalmente* a continuar la Revolución...

He aquí nuestra denuncia. Ya sospechamos que no se cumplirá la ley; pero pedimos que se deduzca el tanto de culpa contra quien teniendo obligación de cumplirla, no lo haga.

Y para que no se aleguen ignorancias, estampamos aquí, con buena letra, los nombres de los culpables. Son éstos. Que lo sepa toda España:

Comité Nacional del Partido Socialista.

Comité Nacional de la Unión General de Trabajadores.

Comité Nacional de Juventudes Socialistas.

Y las restantes organizaciones qeu formaron la Alianza Obrera, y que son:

COMISION EJECUTIVA NACIONAL DEL PARTIDO SOCIALISTA

Francisco Largo Caballero.—Remigio Cabello.—Enrique de Francisco.—Juan Simón Vidarte.—Fernando de los Ríos.—Indalecio Prieto.—Manuel Cordero.—Anastasio de Gracia.—Wenceslao Carrillo.—Francisco Fabra Rivas.

COMISION EJECUTIVA NACIONAL DE LA UNION GENERAL DE TRABAJADORES

Anastasio de Gracia.—José Díaz Alor.—Francisco Largo Caballero.—Pascual Tomás.—Felipe Pretel.—Ricardo Zabalza.—Amaro del Rosal.—Mariano Muñoz. Antonio Génova Palacios.

COMISION EJECUTIVA NACIONAL DE LAS JUVENTUDES SOCIALISTAS

Carlos Hernández Zancajo.—Rodolfo Obregón Chorot.—Santiago Carrillo.—José Lain Eutrialgo.—Federico Melchor Fernández.—José Cazorla Maure.—Segundo Serrano Poncela.—Leoncio Pérez Martín.—Juan Pablo García.

COMITE CENTRAL DEL PARTIDO COMUNISTA

Jesús Hernández.—Jesús Garrote.—Rodrigo Lara.—Nemesio Pozuelo.—Simón Díaz.—Dolores Ibarruri.—Alejandro García.—Eusebio Serrano.—Bautista Garcés. Adriano Romero.—Antonio Domingo.—Luis Zapirain.—Jacinto Alemany.—Rogelio Peña.—Manuel Rodríguez. Luis González.—Enrique Castro.—Manuel Hurtado Benítez.—Benigno Alvarez.—Francisco Galán.—Luis García.—Enrique Sánchez.—Justiniano Bravo.—José Díaz Ramos.

COMITE CENTRAL DE LA UNION DE JUVENTUDES COMUNISTAS

Cayetano Bolívar.—Jesús Hernández Tomás.—Agustín Zapirain.—Fernando Claudín.—Jesús Rosado Díaz. Vicente Uribe.—Antonio Cobo Merino.

COMITE NACIONAL DE LA CONFEDERACION GENERAL DEL TRABAJO UNITARIO

Antonio Mitje.—José Ochoa.—Agustín Zapirain.—Aquilino Fernández.—Leandro Carro.—Saturnino Barneto.—José García Filgueira.—Manuel Hurtado.—Carlos Vega.—Jesús Bulnes.—José Ropero.—Vicente Uribe. José S. de la Torre.—Francisco Cordero.—Juan Astigarrabia.—Pablo Carpintero.—Angel Alvarez Marino.—J. Villarino.—Plácido Yarza.—Miguel Llabres.—Sabino Menéndez.—Jesús Larrañaga.—Luis Zapirain.—Arturo Jiménez.—Eduardo Blasco.—Santiago Menor.—Amalia Figueroa.—José del Río.—Rafael Teruel.—Benigno Alvarez.—José del Barrio.—Justiniano Bravo.—Pablo de la Fuente.—Feliciano Valentín.—Feliciano García.

SUPLENTES

C. M. Echevarría.—Adriano Romero.—Franco Ledesma.—A. Juan Mosquera.—Valdés.

IZQUIERDA REVOLUCIONARIA

Andrés Nin.

BLOQUE OBRERO Y CAMPESINO

Joaquín Maurín.

PARTIDO SINDICALISTA (1)

Angel Pestaña.

Ahí tiene el lector y tiene la Justicia las Organizaciones y sus jefes, a los que acusamos como *autores* del máximo delito. Son los que organizaron y desataron la

---

(1) De estas tres organizaciones no citamos más que a sus tres jefes máximos.

REVOLUCION. El *gran delito,* el que comprende y engendra los demás delitos. Sin existir la Revolución, que es el *todo,* no hubieran existido los delitos aislados que son las *partes* de ese *todo.*

Castíguese al autor del *delito local;* pero castíguese antes a los autores del *delito nacional.* Y castíguense proporcionalmente a la magnitud del hecho.

El autor de un asesinato merece castigo.

Y los coautores de TODOS LOS ASESINATOS una pena infinitamente mayor.

Hemos dado los nombres de los coautores de todos los asesinatos de la Revolución de octubre.

Su delito es el **máximo.**

Pedimos la máxima pena.

¡La muerte para esos ASESINOS DE ESPAÑA!

Cerramos aquí el auténtico SUMARIO de la REVOLUCION, que no se ha hecho ni se hará por ningún Juez; aunque, ¡como hay Dios en el cielo!, tiene que llegar un día que esta justicia se mande hacer, aplicándose, sin compasión, todas sus penas.

¡Lo que importa es que no sea tarde!

No se puede tolerar un minuto más la impunidad absoluta de los verdaderos culpables. No puede uno resignarse a ver los *condotieros* de la revolución lanzando a sus sicarios al asesinato y al crimen.

Jurisprudencia

La Justicia no ha menester de estrados, togas y doseles.

Antiguamente se hacía bajo un árbol.

Hoy puede hacerse bajo un farol, en cualquier calle, en cualquier esquina...

¡Lo esencial es que sea Justicia!...

La embajada masónica que vino a España

Aquí, en España, todo es fácil. Los mayores absurdos se dan con una prodigalidad extraordinaria, y no es extraño que lo que en otros países se rechaza entre oleadas de protesta se acoja aquí con la mayor naturalidad.

Todos recordaréis la aparición en los pasillos de la Cámara de unos cuantos extranjeros que llegaron a parlamentar con el presidente del Gobierno, con el señor Alba y con algunos jefes de minorías, del modo más extraño e inconcebible.

Con un cinismo del que no hay antecedentes, intentaron osadamente continuar sus visitas, pidiéndole hora al señor Gil Robles, que airado por aquella descarada ingerencia, rechazó la petición de los extranjeros, mezclados en nombre de fingidas representaciones en los asuntos interiores de España. Aplaudimos entonces el gesto del que hoy es ministro de la Guerra, aunque no llegó a colmar nuestra satisfacción, como tampoco el desprecio que el nobilísimo pueblo de Oviedo escupió a la cara de aquellos representantes maquiavélicos, fantoches de una farsa demasiado tenebrosa.

Aquellos extranjeros merecían un castigo más ejem-

plar, dada la "representación" auténtica que habían traído a España.

Recordamos sus nombres, porque tuvimos buen cuidado de anotarlos en nuestro carnet. Eran éstos:

"William Listowell, lord Listowell, miembro de la Cámara de los Pares; mis Ellen Wilkinson, escritora y diputada laborista, actualmente miembro de un Comité pro las víctimas causadas por el fascismo; monsieur Ch. Bourthoremiens, abogado de la Corte de Apelación de París, y M. Otto Katz, escritor checoeslovaco, secretario de lord Listowell."

Pues bien: estos lores y laboristas eran nada menos que una *embajada masónica internacional,* que había cubierto su delegación con unas apariencias informativas, demasiado impertinentes, y cuyo objetivo principal era alentar a la Masonería y a los revolucionarios españoles, intimidando al Estado para que dejara impune la marcha de la Revolución.

Oviedo se encargó, por boca de sus buenos hijos, de llamarles por su verdadero nombre y de ponerles en la frontera, que nunca debieron traspasar. La gran embajada masónica corrió con sus maletas y cuadernos informativos, con sus *kodaks* y sus mandiles, fuera del territorio nacional, profanado vilmente con su presencia, y la gente creyó derrotada y vencida a la cínica delegación.

Mas los hechos posteriores vinieron a desmentir su derrota. La política sancionadora de la Revolución, desde aquella fecha sufrió un extraño viraje... Una mano misteriosa imprimió nuevos rumbos a la barcaza de la política, que por un momento pareció que iba a saltar el Maelstrom, aunque volvió de nuevo a meterse en el peligro de los mares revolucionarios.

Con unos ligeros comentarios relacionaremos los hechos inexplicables, acaecidos desde la llegada de la famosa delegación masónica, de los que más se destacaron en la superficie del mapa político.

Destitución fulminante, inexplicada e inexplicable, del comandante Doval en Asturias, cuando el éxito coronaba sus trabajos y González Peña le iba a decir dónde ocultaba los ocho millones que guarda para la próxima Revolución.

Inesperado nombramiento del señor Portela Valladares para el Gobierno general de Cataluña. Automáticamente se pierden las pistas policiales sobre separatismo. Ya no hay más detenidos. Ya no hay más armas.

Se recompone en seguida todo el *aparato* burocrático de la Generalidad, apoyo firmísimo del separatismo revolucionario. Vuelven a sus puestos los policías y guardias que se habían *pasado* al nuevo *Estat.*

Se incorporan a sus destinos empleados y mozos de escuadra... Los *escamots* de Arturo Menéndez, remedo de los somatenes, siguen armados y jaques en toda Cataluña.

Recobran su libertad Azaña, Luis Bello y otros muchos.

Todo esto *cubierto* con unas medidas enérgicas contra la F. A. I., de las que ya hablaremos en lugar adecuado.

No vuelven a dictarse penas capitales contra los dirigentes de la revolución catalana. A los que estaban condenados a muerte, se les indulta. Solamente pagan con su vida cuatro o seis desgraciados, en vez de los altos inductores. Responsables del gran Delito.

Se llega incluso a una crisis antiparlamentaria, para

que conserven su cabeza los asesinos de la enorme tragedia.

A Echevarrieta, el masón cien por cien, se le abren las puertas de la cárcel y puede pasear impunemente por las calles de Madrid.

Las fanfarrias de los masones portugueses, cuyo armamento segó tantas vidas españolas, se lucen también por todas partes.

En Asturias se grita: *"¡Basta de ejecuciones!"*, al mismo tiempo que ellos nombran verdugos a sueldo que van metódicamente *ejecutando* a los hombres honrados que denunciaron sus crímenes de octubre. El que haya servido a la Justicia, puede echarse a temblar. Ahora mismo, están matando todas las noches al pobre industrial, al infeliz empleado.

Todo lo que huele a *burgués* está cayendo a balazos.

Claro que la censura no deja decirlo, y España sigue sin enterarse de que está inerme. De que está sola.

Encima de mi mesa tengo más de cincuenta periódicos, revistas y hojas de carácter socialista y comunista, en las cuales se cantan las *heroicidades* de los asesinos y ladrones. Se excita de nuevo a las masas; se pregonan las cabezas; se azuza a la bestia para que ejerza fieras venganzas; se instruye a las células y grupos de acción y se hace otra vez la preparación de la barbarie, cuando todavía están los procesos sin verse y lloran las mujeres por sus maridos y hermanos.

¡¡No ha pasado un día, ni una hora, ni medio minuto sin que *el aparato ilegal* del socialismo y del comunismo *(imprenta, clave, consigna, pistola y hoja)* haya dejado de funcionar clandestina y secretamente!!

¡¡¡Se sigue cotizando en las minas, en las fábricas, en los talleres!!!

Para la organización, para el socorro de los presos, para la buena vida de los grandullones y para nuevas pistolas de buena marca.

¡Ni un día, ni una hora, ni un minuto se ha parado el motor revolucionario!

¿Qué pasa?...

Las Casas del Pueblo vuelven a poner sus colgaduras rojas; a colocar sus cuadros; a abrir sus puertas.

Centros y Sindicatos, Escuelas libres y Sociedades, Grupos y Células se reúnen y cantan. Se aprietan y alzan los brazos amenazadores.

¡Igual que antes! ¡Mejor que antes! Las cárceles empiezan a sacar monstruos que no caben en los procesos.

Aquí, en Madrid, caen los guardias emplomados por los grupos, dejando sus viudas indefensas. Se mata a mansalva, se grita con mayor denuedo, de vocifera en la reunión, y como ayer, y como siempre, todos los domingos florecen las rosas invictas de la Internacional (bochorno de la música) en las bocas de la juventud descarriada que nadie sabe encauzar. Esa juventud española, obrerita y endomingada, que arde de impulsos sin que aparezca el Guía que organice su paso en sentido patriótico y firme. Humano y castizo. Español y fuerte.

Y esto... ¿qué es? ¿Qué explicación tiene?

Pues esto es:

¡QUE SE HA CUMPLIDO HABILMENTE, EXACTAMENTE, LA ORDEN QUE TRAJO A ESPAÑA LA EMBAJADA DE LA MASONERIA INTERNACIONAL!

Y veremos de nuevo las campanas de arrebato tocar la prisa del susto mientras se hunde de nuevo en los pechos de la Madre la navaja que ha de matarla sin remedio. Pero ¿no lo veis, españoles?...

Una tentativa para asesinar al cardenal Segura

Para poner una guirnalda de flores delicadas al famoso *bienio,* vamos a referir un episodio inédito de la mayor importancia.

Todo el mundo recordará la expulsión ignominiosa del santo purpurado, que fué prendido en Guadalajara por el policía Maqueda, igual que si se tratase de un vulgarísimo quincenario, y por orden de aquel Gobierno, en donde figuraba como ministro de la Gobernación el insigne Maura, ex embajador del famoso Comité revolucionario republicano cerca de *SS. MM.* los anarquistas de la C. N. T., y acreditado *timador* de españoles paletos, por el procedimiento de las "misas"..., que oía en el momento solemne de la detención.

El gran "conservador" hizo funcionar con presteza el aparato policial para hacer pisar la frontera al cardenal primado de las Españas.

El odio masónico contra el austero purpurado databa desde el primer día en que fué exaltado a la Silla toledana. El hecho de que recayera la elección en el virtuoso prelado, disgustó extraordinariamente a las altas jerarquías masónicas.

El autor estuvo, precisamente por aquellos días, en

contacto con uno de los masones de mayor prestigio en la secta, y pudo averiguar la causa que movía el disgusto de los mandilones.

Parece que la Masonería tenía hecha su designación para la Sede a favor de un prelado que era *grato* a la sociedad. Habían logrado tener casi seguro el nombramiento a favor de su candidato, aunque no sé de qué medio se valieron ni tampoco el nombre del prelado tan querido por los odiadores de Dios. No me hubiera sido difícil averiguarlo, dado que hubo alguna persona que dió sobrados motivos para que se sospechase de ella. Uno, a pesar del peligro inminente, prefiere investigar cerca de los *grupos* anarquistas, que no acercarse con tales fines a la Jerarquía eclesiástica.

La bonita combinación masónica se truncó por don Alfonso, que con un gesto acertadísimo sacó de la oscuridad al humilde obispo de Las Hurdes.

Sirva lo que queda dicho como antecedente, pues acaso explique el odio tan absurdo que la Masonería sentía por el insigne purpurado...

De la expulsión violenta del cardenal, ligeramente narrada por los periódicos, sólo han llegado al público unos cuantos detalles insignificantes que acusan un sectarismo vandálico y una crueldad inaudita por parte de aquellos gobernantes.

Nosotros sabemos mucho más que las reseñas periodísticas.

Sabemos que la llegada del cardenal Segura a Guadalajara coincidió con la presencia en Madrid de un elemento destacadísimo de la F. A. I., llegado con la *flor y nata* de otros camaradas para celebrar el II Congreso de la C. N. T., de cuyas sesiones hacemos mención en otro lugar de este libro.

Entre la turba de atracadores y asesinos recientemente amnistiados, estaban los pistoleros Rafael Torres Escartín y Francisco Ascaso Abadía, que habían matado en Zaragoza al cardenal Soldevilla. La vida del cardenal Segura dependió de unos minutos, ya que apenas había salido de Guadalajara, escoltado como un forajido por la fuerza pública, cuando entraba en la ciudad el Torres Escartín, dispuesto a asesinarlo. Una avería en el automóvil de los pistoleros les hizo llegar con retraso, impidiendo la muerte inevitable del cardenal.

Lo supimos poco después por una verdadera casualidad, y nos lo corroboró hace unos días el abogado y ex diputado azañista Serrano Batanero, que lo estaba contando en el vestíbulo del Palacio de Justicia.

Hay que tener en cuenta que el *cursi* ex diputado izquierdista debía saberlo, pues se trató entonces con Escartín, al que había defendido por el asesinato del cardenal.

El autor, que pasaba circunstancialmente por los pasillos del Palacio de Justicia, pudo percibir las palabras del abogado Batanero, así como cierta consejilla masónica y canalla, que hacen circular bocas fementidas, referente al cardenal.

La confirmación de Batanero la enlazamos instantáneamente con otro hecho que conocimos personalmente poco antes del suceso que nos ocupa, y fué que pasando nosotros un día por la calle de San Bernardo, vimos entrar al pistolero Torres Escartín (atracador desafortunado del Banco de Gijón) en el Ministerio de Justicia. Le conocimos en seguida, y echamos tras de él. La *pinta* del famoso asesino intimidó un poco a los ujieres, extrañados de la pretensión de aquel descono-

cido; pero el *faísta* se impuso enérgicamente, diciendo:

—Digan al ministro que soy Escartín.

Y el pistolero entró en seguida en el despacho, sin ninguna dificultad.

El ministro—ya habrán caído nuestros lectores—era por entonces el "seráfico" don Fernando de los Ríos... MASON...

Y, por si ayuda a la comprensión del lector, añadiremos que el anarquista Torres Escartín tuvo él solo la humorada de desarmar en Barcelona a una pareja de Seguridad. Echó a correr después de tirarles las pistolas a la cara, y fué detenido. Le amenazaban algunos años de cárcel por este hecho, pero le declararon irresponsable, dictaminando que estaba loco. Fué internado en el espléndido Manicomio de Reus, de donde luego se escaparía...

Era entonces gobernador de Barcelona don Carlos Esplá... MASON, que ayudó mucho a que valiera la "locura" del célebre pistolero.

Nuestras noticias posteriores sitúan a Torres Escartín en Orán, perfectamente libre y curado ya de sus "ataques de enajenación mental".

... ...

El cardenal Segura se libró del martirio en aquella fecha. La Providencia, que debe tenerlo entre sus predilectos, no quiso para él una muerte rápida y casi sin dolor. Acaso para aumentar sus merecimientos le reservaba apurar otro cáliz más amargo. ¡El cáliz que rebosa silencios, olvidos e ingratitudes de tantos!...

Sean mis palabras finales como unas gotas de vino español que atenúen el amargor de las hieles...

—No tengo el honor de conoceros, santo purpurado, aunque han llegado hasta mí los olores de vuestra ca-

ridad y de vuestra modestia. Sé lo austero de vuestro vivir y vuestro desprecio por las pompas vanas. Creo haber visto, en vos, el aliento y la figura reciamente hispana de vuestro ilustre antecesor Cisneros.

Si no supiera de esas virtudes que os definen como algo señero y magistral, me bastaría saber cómo os odia el Enemigo, para alabar vuestro nombre.

Mejor que los elogios de los amigos, definen a un hombre los odios feroces de los enemigos.

Yo sé también que nuestros enemigos sólo aplacarían su odio con vuestra sangre. Sentíos satisfecho, santo cardenal, porque habéis sido un predilecto del odio Enemigo, y estad seguro que sois también un predilecto del amor de Dios.

¡Rogad a El por este pecador!

Masonería y Anarquismo

En el capítulo que con este mismo epígrafe publicamos en nuestro libro anterior *El Enemigo*, quedó absolutamente probada la identidad de origen del Anarquismo y de la Masonería españolas.

Quedaron alumbrados muchos rostros con la luz de sus propias confesiones. Nadie ha podido negar la coincidencia de los h.'. con los anarquistas. No pudimos entonces, como era natural, llegar con nuestra investigación al momento presente, por un impedimento forzoso que hoy cumplimos, siquiera no sea con la amplitud que el asunto requiere.

Son muchos años de lucha, muchos hechos y muchos hombres para que puedan pasar todos por la pantalla exigua de un libro.

Por otra parte, carecemos de datos concretos, estadísticas, detalles biográficos. No hay nada escrito sobre la larga historia del Anarquismo, sobre la C. N. T. y sobre la F. A. I., que es su organismo superior. Se desconoce casi en absoluto la forma en que desarrolla sus actividades ese formidable aparato revolucionario que ha costado tanta sangre española. Desde que el Sindicato Unico comenzó a disparar tiros en Barcelona, hace ya muchos años, hasta los grandes movimientos de huelga, atracos, sabotajes, incendios, voladuras y otros tan-

tos crímenes, que hoy se desarrollan en plena impunidad, siendo la causa poderosa y eficiente de la decadencia económica, del barullo político, del miedo industrial y de la paralización de toda la vida de un pueblo.

No hay libros ni ensayos acerca del Anarquismo, fuera de los nuestros, y uno sólo es muy difícil que pueda abarcar tan formidable problema.

No obstante, supliremos con nuestro esfuerzo la gran laguna bibliográfica, comenzando a estudiar al verdadero padre de la Revolución Anárquica Española, a *Francisco Ferrer Guardia.*

Como todos los buenos masones, tiene su calle en Madrid. Item más, y gran honor: una lápida de oro en el *Oriente* del templo masónico de la calle del Príncipe, haciendo juego con los mármoles de Rizal. A tal señor, tal honor, ¡oh masoncitos insignes que entronizáis al *Cero* inmenso en los altares del Satanismo!

Francisco Ferrer Guardia era, como hermano de Anselmo Lorenzo, el super-anarquista que trajo a España, y metió en España, y propagó en España, las ideas de Bakounin. La semilla de la anarquía. El germen vivo de la Revolución. Estos dos hombres de la Masonería fueron las ubres donde chuparon los jugos de la decadencia todos los recentales del rebaño disolvente.

Y se querían, que se adoraban. El mismo Anselmo lo dice:

"... Se operó un cambio importante en mi vida. Francisco Ferrer Guardia, el fundador de la Escuela Moderna de Barcelona, el mártir de la enseñanza racionalista, me asoció a su obra." (1).

---

(1) Véase el "Proletariado Militante", de A. Lorenzo. Tomo II, pág. 7.

La confesión es terminante. Sigamos con la vida de Ferrer, a quien prometemos todo un ensayo. ¡Es tan enorme y tan interesante esta figura, culpa de tantas desgracias!...

El primer suceso que le envuelve es un robo y un asesinato. Ferrer era entonces revisor de los Ferrocarriles Catalanes. Una noche aparece muerto un sacerdote en el tren donde prestaba sus servicios el anarquista. Poca gente viajera. El ministro de Dios murió de la manera más extraña, y todo el mundo acusó al revisor. La justicia no encontró pruebas, y lo echó a la calle. La Compañía ferroviaria también.

Marcha a París y se enlaza con amor al Gran Maestre Ruiz Zorrilla. Lo embarca en su confianza y conspiran alegremente. Ferrer, desgreñado y sucio, funda a orillas del Sena la *Asociación Militar Republicana,* agita su cuerpo, vocifera como un monstruo y logra dar cima a su primer caro propósito. Cada militar de la secta de Ferrer tiene un número, y como él no es militar, adopta el CERO. ¡Bravo ingenio!

Esta asociación comienza a actuar, y produce las sublevaciones de Badajoz y la de Seo de Urgel (1883), la cuartelada de San Gil (1886) y otros pronunciamientos.

La Policía de España le acusa de haber preparado el atentado de Cánovas del Castillo. La Prefectura de París, de haber intervenido en los atentados contra el Rey en la rue de Rohan y en el de la calle Mayor, cuando la boda regia.

El *Cero* es antes que el uno. Antes que nadie. Simboliza la superioridad, el mando supremo, la cosa Unica.

Cuando muere Ruiz Zorrilla, Ferrer ofrece al joven Lerroux la jefatura total del republicanismo. Pero don

Alejandro no lo acepta. ¿Qué autoridad y qué prestigio tenía el revisor de billetes para nombrar y quitar jefes?

Una autoridad por encima de la que tenía el *jefe visible,* no hay duda.

Ferrer manda sólo en el que manda. ¡Linda táctica masónica! Como la de los judíos que mandan en los Gobiernos, en los Reyes, en los Jefes de Estado.

Al cabo de algún tiempo, entra en relaciones con la señorita Ernestina Meunié. La señorita Meunié era francesa, probablemente rubia y seguramente idiota.

En la señorita Ernestina Meunié mata...

Veamos lo que dice ella en el libro titulado *La sombra de Ferrer,* de Pedro Sangro y Ros de Olano.

"Tenía un culto admirativo para el Clero: ha muerto; tenía respeto y admiración para los hombres y las cosas de la justicia: ha muerto; tenía aspiración y admiración por los militares: ha muerto; tenía respeto, en general, a todo lo que es autoridad y gobierno, y... ha muerto..."

Ferrer le saca diez mil francos a la señorita Meunié, y con este dinero funda (¡siempre fundador del mal!) la llamada Escuela Moderna, que todavía existe en muchos pueblos de España. En Cuatro Caminos y Tetuán, en Sans, en las barriadas obreras de Sevilla y Granada, en los altos de Bilbao, en las aldeas de Galicia, en todas partes donde hay un anarquista letrado, allí están los cartelones de la escuela racionalista, enseñando a los niños cómo se fabrican las bombas y cómo se asesina al burgués.

Pone la bandera negra en el tejado de su primer edificio, y dentro a Mme. Jacquinet, expulsada de Egipto por las autoridades inglesas, en vista de las doctrinas que enseñaba en la escuela de Sakha.

A esta señorita, también francesa, seguramente rubia, y probablemente imbécil, le ayuda una Junta, compuesta por Hurtado, Canivel, Peiró (¡hola, Peiró!), Brossa (yerno de Ferrer), Salas y don Odón.

Don Odón de Buen. Pero éste ¿no es el oceanográfico?

La Escuela Moderna es:

"... una Escuela emancipadora, la cual se encargará de desterrar de los cerebros... religión, falso concepto de la propiedad, patria, familia, etc., etc..."

"Tendremos que hacer de manera que todos los hechos de la Escuela sean libertarios interiormente, por sus libros, por sus prácticas, etc., etc., pero sin que exteriormente se haga alarde de ello, porque, si no, no podríamos vivir...

... no habrá de glorificarse a Dios, ni a la Patria, ni a nada."

El gran fundador (?) escribía estos sabrosos parrafitos a su amigo Prats, y tiene, ¡ya lo habéis visto!, toda una calle en Madrid.

La señorita Meunié fallece un día, *oportunamente*, con esa extraña manera de morir tan *oportuna* que caracteriza las ejecuciones masónicas, poco después de haber hecho testamento a favor de Ferrer, y el revolucionario de la Escuela laica hereda—¡cómo no!—toda la fortuna. Se instala definitivamente en Barcelona, y a vivir de la Revolución, ¡se ha dicho!

Aquí viene algo sensacional. Algo extraordinario.

Francisco Ferrer, después del atentado de las bodas reales, logra agrupar a todos los Sindicatos obreros de Cataluña en la célebre *Solidaridad Obrera*. Todavía resiste el título, en el penacho del primer periódico revolucionario español, órgano de la C. N. T., que es el nombre que adopta en 1911 la organización "Solidaridad".

¡Y ahí lo tenéis, tan erguido y altanero!

Los anarquistas españoles enracimados en grupos. *Germinal, Acracia, ¡Luz!, Antorcha,* etc., adoptan la táctica que les impone el gran camarada. Ellos no abandonan sus grupos específicos de las azoteas y de las guardillas, pero obedecen a uno. Obedecen al Cero, y el Cero es masón. Copan los cargos dirigentes, y el mandilón de Ferrer manda de nuevo a los que mandan. Dirige a los que dirigen. Dicta a los que pueden imponerse con la palanca de la huelga. Ha triunfado.

A la masa de obreros, que no sabe leer, la dirige por medio de Anselmo Lorenzo, de Casasola, de Colomé, de Grau y de otros jefecillos de confianza. Su dinero ayuda y sofoca hambres. Su palabra alienta y vigoriza.

(¿Qué hacían entonces las derechas? Pues lo que hacen ahora. Nada. ¡Confiarse a los guardias de Asalto.)

La "Soli" crece, se afianza, se empavesa con los primeros banderines victoriosos, y Ferrer sube a los pedestales, para que la gente obrera se arrodille y nosotros podamos escribir.

"¡Padre de la Revolución!"

Luego viene la semana sangrienta. El primer horror de España. La primera vergüenza ibérica. El primer dolor de la Patria, con la firma bien legible de *Solidaridad Obrera*. Allí murió el hombre laico. En los fosos de Montjuich. Y allí murió Maura políticamente, y por morir la política de Maura, murió la decencia española.

Todo quedó en aquellos fosos del castillo célebre que está mirando todas las noches la angustia del problema catalán...

No haya dudas respecto de la calidad revolucionaria

del programa político de Ferrer, que se intentó aplicar en aquel tristísimo episodio, porque bien claro lo dice en sus escritos hallados en su confortable villa *Mas Germinal:*

"PROGRAMA

"Abolición de todas las leyes existentes.

"Expulsión o exterminio de las Comunidades religiosas.

"Disolución de la Magistratura, del Ejército y de la Marina.

"Derribo de las iglesias.

"Confiscación del Banco y de los bienes de cuantos hombres, civiles o militares, hayan gobernado a España o en sus perdidas colonias.

"Inmediata prisión de todos ellos hasta que se justifiquen o *sean ejecutados.*

"Prohibición absoluta de salir del territorio, ni aun en cueros, a todos los que hayan desempeñado funciones públicas.

"Confiscación de los ferrocarriles y de todos los Bancos llamados de crédito.

"Para el cumplimiento de estas primeras medidas, se constituirá una Delegación de tres delegados o ministros: de Hacienda, Relaciones exteriores y Asuntos interiores. Serán elegidos plebiscitariamente; no podrá ser elegido ningún abogado, y serán conjuntamente responsables ante la plebe.

"¡Viva la Revolución!
"¡Exterminadora de todos los explotadores!
"¡Viva la Revolución!
"¡Vengadora de todas las injusticias!"

Ferrer era el masón perfecto y acabado. Todos sus hechos, sus palabras, su conducta, toda su vida, le caracterizan como el auténtico MASON. Antinacional. Antirreligioso. Antihumano.

El mismo demonio le prendió estas tres cadenas, que le llevaron a conducir a un millón de hombres a la hecatombe revolucionaria.

Obedecía a la Secta Internacional como obedece un tercer grado, o sea *un Maestro,* con obediencia ciega.

El mismo lo dice en una carta:

"A la∴ resp∴ l∴ Verdad

S∴ F∴ U∴

Ven∴ M∴ y qquer∴ hh∴

Habiendo tenido que trasladar mi domicilio a Granollers, por haberme destinado allí, la Comp.ª de la cual soy empleado, me veo en la triste necesidad de pedir pl∴ de quit∴

Lo siento más, porque, por las pocas veces que he podido asistir a trab∴, no tan sólo no he sido censurado, sino muy al contrario, he recibido muestras de deferencia por todos los hh∴ del ∴

Nulos son los beneficios que la M.·. ha experimentado al admitirme en su seno, en cambio, grato es el recuerdo de ella; no dejando de hacer votos para que mis ocupaciones profanas me permitan cuanto antes concurrir con todas mis fuerzas a la sublime obra de regeneración de que la M.·. está encargada.

Recibid Ven.·. M.·. y quer.·. hh.·. el abz.·. frat.·. ofreciéndome al .·. y a cada h.·. en particular para que en donde sea que me encuentre puedan disponer de su humilde h.·.

Francisco Ferrer, Cero.·. gr.·. 3.°

Barcelona, 30 dbre. 1884."

Por si acaso sus relaciones con Ruiz Zorrilla no le identificaran, todavía se recuerdan las lecciones y conferencias que dió en el Gran Oriente de Francia (1).

La señorita Meunié, en una tarjeta que le dirigió, se expresaba así:

"... me equivoqué creyendo que el baile del Gran Oriente era para un día en el que no podía asistir." (2).

Otro dato que prueba su calidad masónica, es que Ferrer se *casó* masónicamente de nuevo en París, con Leopoldina Bonnald, y la ceremonia se celebró en una logia.

Aun hay más:

---

(1) "España Nueva", 16 de junio de 1906.
(2) "Causa por regicidio frustrado". Tomo III, pág. 117.

"Ferrer desempeñaba un importante papel en la Masonería internacional. En nombre de la Gran Logia internacional de Cataluña, sostenía con el Gran Oriente Francés estrechas relaciones. Hasta seguía negociaciones para que la Gran Logia de Cataluña fuera reconocida como única autoridad simbólica en Cataluña e Islas Baleares, reservándose el Gran Oriente francés el gobierno dogmático y administrativo de los talleres superiores catalanes."

"El H.·. Ferrer es una personalidad importante de la Masonería: negocia con el Gran Oriente de Francia, en nombre de la Gran Logia regional de Cataluña, y es, al propio tiempo, director de un centro anarquista, del que formó parte el asesino del Rey. Los proyectos de establecimiento de una república española han sido votados en el convento del Gran Oriente. y, por último, la Gran Logia regional de Cataluña tiene por programa político el derrumbamiento de la Monarquía española."

"Hay sobrados elementos de apreciación para que podamos decir que, en España, la Masonería es revolucionaria y perturbadora como en los otros países católicos, y que no deja de tener relaciones con los propagandistas por la dinamita." (1).

"Francisco Ferrer: Ancien Professeur d'Espagnol au G.·. O.·. Anarchiste, Directeur de l'Ecole Moderne de Barcelone. T.·. G.·. O.·. Mars-mai 1902." (2).

León Bourgeois, masón de alto grado y ministro de Justicia de Francia, se opone, tachando de "infracción política" la bomba de Morral, a que se embarguen los bienes de Ferrer en Francia.

En el registro que hizo la Policía en su finca *Mas Germinal*, se incauta:

De copiosa correspondencia masónica con el extranjero. Insignias y condecoraciones masónicas: un mandil

(1) M. Bidegain: "L'Eclair" (junio de 1906).
(2) "Repertoire Maçonnique", pág. 85.

y una banda roja bordada en oro y plata; un título de masón a favor de Ferrer, con fecha del año 1883, con el *Simbólico Cero.* Otro, de 1890, nombrándole presidente honorario de la *Liga Anticlerical Masónica;* otro del *Gran Oriente Francés,* en 1891, nombrándole *Bref de Rosecroix* (Caballero *Rosa-Cruz,* grado 18); otro, nombrándole *Miembro activo,* con la investidura de *Maestro Masón,* en 1884; otro también del *Gran Oriente Francés,* nombrándole Cho.˙. Kad.˙. (Caballero Kadoch); bandas bordadas en oro con el G.˙. 31 (Gran Inspector Comendador), y el título de *Gr.˙. College des Ritos,* en 1898. Dos títulos de la logia *Les Vrais Expers,* de París, a favor de las hijas de Ferrer, Trinidad y Luz (1).

En cuanto al Gran Oriente de Francia, publicó una alocución externa, de la que sólo copiamos lo siguiente:

"Ferrer fué uno de los nuestros, pues él sentia que el alma masónica expresaba el más alto ideal que el hombre puede realizar.

Ferrer es el ideal masónico."

Con estos tonos sonó la trompeta masónica del mundo entero.

Y la de España, que lloró como ninguna la muerte del padrecito de la Revolución, dijo en su circular número 53:

"Circular núm. 53.—A todos los GGr.˙. OO.˙., GG.˙. LLog.. y SSup.˙. CCons.˙. de nuestras relaciones. S.˙. S.˙. S.˙.

---

(1) Datos sacados del acta de registro que figura en la "Causa contra Francisco Ferrer Guardia". Tomo I, pág. 3.

"Illt.'. y QQ.'. HH.'.

"La Mas.'. mundial se dirigió a este Gran Oriente Español antes de la ejecución de Ferrer invitándola a procurar su indulto.

"España conoció su sentencia casi a la vez que su ejecución. La Mas.'., sin embargo, pidió a tiempo, por conducto de hh.'. muy queridos, su perdón. Mas era evidente que la clerigalla, dueña del poder, no le perdonaría; le odiaba por propagandista y por masón. Como pieza de convicción se presentó ante el Consejo de guerra que le sentenció, su mandil y banda del Gran O.'. de Francia, a que pertenecía, cual si la calidad de masón significara criminalidad.

"Afortunadamente, un momento de energía de liberales, demócratas y republicanos bastó para dar al traste, en unas horas, con la dictadura clerical que deshonraba a España ante el mundo culto.

"Víctima constante nuestra infortunada nación del Vaticano, que viene de antiguo tratándola como feudo suyo, ha sucumbido bajo su yugo varias veces y hecho así imposible la ordenada marcha de la libertad.

"Hoy, por fortuna, se prepara la batalla definitiva; los mismos clericales se ufanan en decir: "A un lado, nosotros; al otro, vosotros", y entre estos *vosotros* estamos los liberales y los demócratas monárquicos, los republicanos, los socialistas, los masones, es decir, los más y los mejores. La lucha, sin embargo, será empeñada; nuestros enemigos cuentan con la Iglesia, con la Banca, con las clases altas y con la Monarquía: nosotros, con el derecho y el número. Os aseguramos, queridos h.'., que en tal trance, la Mas.'. cumplirá su deber.

"Recibid el abrazo fraternal que os enviamos.

"Or.'. de Madrid, 23 de octubre de 1909 (e.'. v.'.).—El Gr.'. Maest.'., Presidente del Cons.'. de la Orden, *Dr. Miguel Morayta,* Gr.'. 33.—Por acuerdo, el Gr.'. Secretario Adj.'., *Basilio Lancha de la Cruz,* gr.'. 13."

Nosotros no queremos contestar en esta ocasión. Cedemos con mucho gusto la palabra a nuestro insigne Unamuno, según lo hizo el gran español en *El Progreso Latino,* de Méjico:

"La protesta del extranjero debe tenernos sin cuidado a los españoles, que sabemos el cúmulo de inepcias, de mentiras, de fantasías, de calumnias y de errores que a cuenta de nosotros se corren. Apenas hay, entre los que han protestado, quien sepa algo de nuestras cosas. Hay que perdonarlos, porque no saben lo que dicen ni lo que hacen.

"Ese bullanguero internacionalismo—compuesto de anarquistas, judíos, cientifistas (no científicos) y profesionales del librepensamiento—no es opinión del mundo.

"Y eso lo digo yo, que soy mucho más enemigo que Ferrer lo fué de todo aquello por combatir a lo cual se supone que fué fusilado. Lo digo yo, que soy liberal y no soy católico."

(Don Miguel, el hombre, sigue todavía sin saber quién es y lo que es. Nosotros sabemos que es el mayor gigante de los Poetas; pero en cuanto a Religión, está hecho un pequeño lío. ¡Si su grandeza fuera acompañada de un poco de humildad!... ¡Qué lástima!)

* * *

Consecuencias de la prueba:

Ferrer fué el organizador, propagador y director del Anarquismo, en España.

Ferrer era Masón.

Ferrer se hallaba vinculado directamente a la obediencia del Gran Oriente Francés. Luego Ferrer era, sin duda, el delegado directo del Alto Mando Masónico, y el principal ejecutor de sus órdenes en España.

¿Y cuáles fueron aquellas terribles órdenes?

Pues éstas:

Organizar la DESTRUCCION y el *Asesinato* de *España,* con las armas anarquistas, guiadas en su impulso por la Masonería, desde hace más de sesenta años. ¡Hasta que España desaparezca como nación en el mapa de Europa!

Eleuterio Quintanilla, masón y anarquista, fragua la Alianza Obrera en Asturias

Tenemos que autocitarnos de nuevo, obligados por la carencia total de bibliografía.

"Eleuterio Quintanilla, antiguo y prestigioso militante de la C. N. T., cuya actuación ya era de relieve en 1909, y bajo cuya inspiración directa ha estado el Comité Nacional de la C. N. T. durante casi toda la Dictadura, por residir también en Asturias, dándose la circunstancia de que en esa época es cuando se inicia la colaboración de la C. N. T. con las fuerzas de la izquierda burguesa.

Este buen discípulo de Ferrer ("el santo laico" de la C. N. T.) inaugura nuevamente las alianzas de la C. N. T. con los sectores de izquierda, cosa no realizada desde el fusilamiento de aquél.

Aunque Quintanilla no asistió al Pleno en que fueron aprobados los acuerdos que se reflejan en el manifiesto, me consta que los delegados de la Regional Asturiana recibieron el documento de su mano y lo hicieron triunfar por mayoría en Barcelona.

Y ahora esto para los iniciados:

¡Qué interesante es la personalidad de este Quintanilla! Su estudio es más importante que el de muchos figurones. Culto, estudioso, individuo que se define así, como anarquista de nacimiento, y que, no obstante, se le ve frecuentar asiduas amistades burguesas; que "administra" de un modo admirable su influencia en los medios anarco-sindicalistas y que, auroleado por una vida ejemplar dedicada a la enseñanza de los niños, bajo normas racionalistas, mueve los hilos, oculto discretamente, guiando con éxito a la C. N. T.

Es tal la confianza que inspira, incluso a los más exaltados, que no dudan en visitarle, no ya para comunicarle sus propósitos, sino para oír a este doctor de la Acracia, los asaltantes del Banco de Gijón.

¡Interesante—repito—y digna de estudio esta personalidad de Quintanilla! Maestro, se nos antoja, de algo más que de niños.

Acaso lo descubriríamos si, analizando sus íntimas ideas, viéramos lo que hay en los cimientos de su escuela...; parece lógico." (1).

Así escribíamos en octubre del 1931, y ahora es preciso descifrar todo su sentido, ya que entonces no lo pudieron entender más que algunos *iniciados.*

Quintanilla, bajo cuya inspiración directa estuvo el Comité Nacional de la C. N. T. durante casi toda la Dictadura, por residir también en Asturias, fué el verdadero autor de la entrada de la C. N. T. en el complot de la noche de San Juan. Aquel complot tan masónico, que eligió para la insurrección precisamente el día 24 de junio de 1926, fiesta mayor de la Masonería.

Melquiades Alvarez, masoncito de pro, redactó el manifiesto. Lo mandó imprimir el masón Azaña y lo pagó el masón don Gregorio Marañón (2).

En el banquillo se sentaron, con Aguilera y Galán, Segundo Blanco, Baldomero del Val y..., del Comité Nacional de la C. N. T.

Don Segundo Blanco, está *unido* con una hija de Quintanilla.

Los profesados por el complot de la noche de San Juan fueron los siguientes:

Militares:

Capitán general Weyler.
Teniente general Aguilera.
General de Brigada Batet.

---

(1) M. Karl: "El Comunismo en España", pág. 68 y 69.

(2) Que no estaba "absorto en el interno ejercicio de su profesión", como dice Gabriel Maura en su pesado y *topicoso* "Bosquejo Histórico", Tomo I, pág. 318.

Coronel Segundo García García.
Coronel Bermúdez de Castro.
Teniente Coronel Carlos Borrero y Alvarez Mendizábal (1).
Capitán Juan Perea.
Capitán Fermín Galán.
Capitán Manuel Hernando Sola.
Teniente José Rubio.

Paisanos:

Enrique Sánchez García, Salvador Rodríguez Domínguez, Pedro Dieste Lain, Marcelino Domingo, Eduardo Barriobero, Juan y José Luque, Amelio Quílez Berenguer, José García Berlanga, Vicente Marco Miranda, Antonio Veles García, Salvador Montañés Montagut, Ramón Cano Molina, Pedro Vargas, ELEUTERIO QUINTANILLA, PRIETO, Baldomero del Val Velasco, Félix Vázquez Arcama, Aurelio Sarabia, Antonio Pareja Carrasco y Francisco Caro Crespo.

Quedaron fuera Romanones, Marañón y otros, castigados con multas únicamente.

¿Qué podía unir tan estrechamente hombres de tan distinta posición social y política? En la relación vemos al duque formando línea con el pistolero; al general del Ejército español unido con el anarquista antipatriota y antimilitarista.

Sólo el compás masónico podía abarcar tan extensa línea social y política. La Masonería presidía esta primera intentona antinacional. La lectura de la mayoría de los nombres—masones casi todos—lo demuestra.

Algunos preliminares de la *sanjuanada* se fraguaron

---

(1) Este era Jefe superior de Policía en Madrid cuando la quema de los conventos; la *Superioridad sorda* a las llamadas angustiosas. Este Mendizábal no desmiente su casta.

en la redacción de "El Noroeste", donde concurría diariamente Quintanilla, y cuyo periódico melquiadista lo dirigía el masón Oliveros, con toda la redacción, o casi toda, perteneciente a la secta.

Estas son las asiduas *amistades burguesas* a que aludíamos.

Si nos fuera posible, nos extenderíamos mucho más sobre las inspiraciones de Quintanilla; pero no disponemos de espacio.

Quintanilla... "Maestro se nos antoja de algo más que de niños. Acaso lo descubriríamos si, analizando sus íntimas ideas viéramos lo que hay en los cimientos de su escuela...; parece lógico."

Y tan lógico. *Lógico...* viene de logia, y en los cimientos de su escuela hay nada menos que el *templo masónico de Gijón;* Quintanilla lo frecuenta a diario, porque ostenta el grado 33, que es el más alto y brillante de la Masonería española.

Terminamos con algo de actualidad. La influencia decisiva que hizo ingresar a la Regional Asturiana de la C. N. T. en la Alianza Obrera, con socialistas y comunistas, fué la de Quintanilla. Su discípulo predilecto, también masón, José María Martínez, asume el papel de testaferro y pagó con su vida la Alianza...

José María no cayó por los balazos de la fuerza pública; le acribillaron los "faístas", que no perdonan traiciones.

Finalmente: Sin la intervención de Quintanilla, la Alianza Obrera no hubiera contado con la fuerza del sindicalismo, la más aguerrida y audaz; y la tragedia asturiana hubiera sido infinitamente menor. Puede sentirse satisfecho el V.·. masón.

Y más satisfecho aún porque la Justicia no puede calar estas sutilezas y él se pasea por la calle Corrida de Gijón, todas las tardes, con un aire beatífico.

Al regreso da su clase en la Escuela Regionalista. Escuela de Anarquía, donde carga y recarga dinamita y odio en las cabecitas infantiles, haciendo de aquellos niños futuros combatientes y pistoleros que cubran las bajas de los *asesinos de España.*

Angel Pestaña

Con este personaje de la historia anarquista, apenas hemos tenido suerte. No nos ha sido posible encontrar una documentación tan interesante como la de Ferrer.

No tenemos tampoco su confesión masónica. Ni su título. No hay testimonios concretos. Ni un papel. Ni una referencia. A Pestaña no se le ha visto en las logias. No figura en sus escalafones. Claro es que todos los masones niegan que aquel que es masón sea uno de la secta. Lo niegan a rajatabla.

Las dificultades, como verá el lector, son enormes. Y eso que nuestra atención no se debilitó nunca para descubrir algo.

Afortunadamente, quedan los rasgos físicos. Sus palabras, sus gestos. Con ellos tendremos que analizar... y analizaremos.

El lector no habrá conocido a Pestaña, y eso que habrá oído hablar tanto de él...

El autor sí le ha visto. El autor le conoce. Sabe cómo es, porque estuvo muy cerca; le oyó hablar, le vió llorar, le vió reír muchas veces.

He aquí la síntesis fotográfica:

Pestaña, moral y físicamente, es la figura más acabada que hemos visto, del masón.

¡Cuidado con sonreírse!

Insistimos en ello, perfectamente en serio. La figura típica del masón, existe, porque la han dibujado ellos mismos, con mano maestra.

El retrato del masón, querido lector, es el del *Jesuíta,* pintado por un masón. Y Pestaña, con esa pintura, ¡está hablando!

Y es que la Masonería, para pintar al jesuíta, no tuvo más que pintarse ella. Retratarse a sí misma, proyectando en el cliché toda la negrura de su espíritu malvado.

Las rotativas judías del universo se encargaron de editar por miriadas de millones el cliché, y por ahí anda hecho tópico, rodando por todo el mundo.

Y ése es Pestaña. Como el disco que hicieron ellos. Con la figura afilada, con la palabra afilada, con el gesto afiliado. Todo él un filo; un filo que corta y unos ojos que pinchan.

* * *

Ahora bien: Pestaña, el sindicalista, es un valor humano de selección. Un valor de esos que no han tenido ni tienen cotización en las organizaciones llamadas nacionales de España.

Porque... ¡vengamos a cuentas, señores de las organizaciones llamadas nacionales!

El español que sentía sobre sí el aliento creador, la fuerza creadora, la acción y los estímulos vitales, el deseo de ser y de superarse, el amor hacia sus semejantes, la pasión hacia su prójimo; el español que le dolían las carnes de tanta estolidez política, ¿dónde iba a ir?

¿Dónde iba a alistarse? ¿Dónde?...

¿En el Romanonismo?

¿En el Bugallalismo?

¿En el Albismo?

¿En el Lerrouxismo?

¿En el Reformismo?

¡No, hombre, no! Allí no había nada. Era el vacío más absoluto. Era la covachuela de los señoritos. El dorado turno impotente. La rueda de feria. El pozo sin agua. La tierra sin flores... Los que como Pestaña sentían pulsos y deseos, inquietudes y esperanzas, ¿cómo iban a enrolarse en aquellos partidos viejos, caducos y llenos de cochambre?

Además, allí les pegaban en la cara con esta pregunta impertinente:

—Su padre de usted... ¿cómo se llama?

No se podía alegar: Yo soy quien soy... Uno. ¿Qué importa mi padre, si yo soy quien quiere ser, o quien va a ser? ¡Yo... Yo solo!

Era inútil. Los huérfanos, los hijos de padres desconocidos, aunque fueran unos talentos, no podían codearse con aquellos señoritos de los partidos... por el eje.

Naturalmente, se marchaban hacia el Anarquismo, hacia el Socialismo, que abría sus puertas sin la ignominia de juzgarles por sus antecesores. Sin pedirle cédula, ni partidas de nacimiento. Y en la misma puerta le abrazaban ya. Le daban de comer si no había comido, y le daban esperanzas si no las tenía. Le prestaban, sin réditos, ánimo y nobleza de buenos amigos. Sin remilgos de casta. ¡Como los hombres!...

¡Y si no, comparad el resultado de aquellos *pollos litri* de la juventud romanonista—pongo por ejemplo—: "jazz-band", tango argentino y comentario en la Cas-

tellana, con el valor (¡sí, señores, el valor!) de esa pobre gente empujada y vencida por la prédica y la excitación, por el libro y la hoja rusa; empuñando las pistolas y cayendo a balazos frente a cuatro, frente a cinco, frente a veinte guardias civiles!

La *calidad humana* de estos desgraciados no tiene par.

Ni hay señorito político que valga dos reales en ese sentido de la gallardía del desprecio a la vida, y de la hermosa virilidad.

Si no estuvieran equivocados. Si no fuera mentira su doctrina. Si no estuvieran sin Dios. ¡Adónde no hubiéramos podido llegar!... ¡Eso es raza!

Estos muchachos del Comunismo y del Anarquismo no ha habido quien los conquiste; quien les diga un piropo siquiera; quien los mire a la cara. Es mucho rencor el que llevan en las carnes y demasiado barro de automóviles. Son muchos desprecios de la gente. Y, sobre todo, mucho desdén de los partidos políticos, que ni siquiera les dirigen la palabra.

¡Ahí están los mismos de siempre caciqueando en sus poltronas, llenas de rutina, con la zancadilla y el empujón de la antigua usanza!

Los del distrito y encasillado. Los amos.

¡Y no se muere nadie!

¡Ni dejan nacer a nadie!

¡Ellos... ellos solos!

¡Y se está acabando España de olerlos mal, porque ya están podridos!

No ceden un sitio, ni un escaño, ni una concejalía. ¡No dejan pasar a nadie!...

¡Qué asco y qué dolor para tantos que pudieron ser buenos en vez de ser pistoleros!...

Lo más extravagante del caso es que todavía se que-

jan, se duelen, como si ellos no tuvieran toda la culpa.

¿Qué ilusiones han despertado en la juventud?

¿Qué promesas ni qué realidades les dieron?

¿Qué esperanzas aplacaron su sed infinita?

¿Qué justicia se les dió?

Un agujero en una mina y un azadón para cavar su propia sepultura.

Y allí cerca, en las espumas de la playa, el balandro de recreo. La dorada *soirée,* con las risas del *champagne* y la fanfarria de una mujer bien vestida.

Todo eso ha sido la doctrina liberal de tanto imbécil y de tanto cacique. De esos liberales que iban a misa y luego a paseo. Por la tarde, de caza, y por la noche, a la embriaguez.

Se cerraron las puertas a los humildes. Se negó la inteligencia natural. Los villanos extremeños no pudieron acariciarse las alas de águila que les nacían como aquellas del porquero Pizarro, creador de reinos de maravilla.

Un cercén de espadas con rubíes de las órdenes caballerescas doblaba las cervices de los que engallaban el cuello para mirar a lo alto...

Sólo la Anarquía, bandera del odio, les cobijaba con amores trágicos. Les daba besos en los labios sedientos. Les arropaba como arropan las fieras sus crías. Sólo el marxismo les brindaba la copa divina de la ilusión... utópica—desde luego—, pero ilusión al cabo, con gallardetes de fiesta y sonrisa fresca y sensual...

Por eso el espíritu castizo, el espíritu de la raza, el espíritu de la juventud, se inflamó en los oreos de la esperanza, VOLCANDOSE INTEGRAMENTE EN LAS FILAS REVOLUCIONARIAS.

¡Había que decirlo, y está dicho!

Por último, nosotros no desesperamos. ¡Todavía es tiempo! Y a esa gente—mala gente política, embaucadora y triste, vergonzante y ominosa—le tenemos que decir con orgullo que ya que ella no ha sabido inventar nada ni crear nada, apechados como las bestias en la charca de la rutina, del tópico y de la nada, *Alguien* habrá que sea capaz de encender la hoguera del Resurrexit en una Nueva Hispanidad triunfante.

La vida de Angel Pestaña

Una vida de dolor. Una vida de lucha. Se ha forjado su personalidad a golpes de adversidad. Ni un placer, ni un amor. Su madre huyó del hogar cuando todavía era un niño. Apenas tuvo caricias. Aquellos besos inolvidables no los recuerda el *líder* sindicalista. Su padre, analfabeto y rudo, murió ante el paisaje negro de una mina, roto el pecho de alientos trabajadores.

La vida dura, fuerte, difícil, metió la espina del desamparo en las venas de Pestaña, sin dejarle pisar por un camino limpio. Todos los que tomó eran de zarzas, y tuvo que echarse al atajo, porque a los suyos no les alumbraba nada más que la estrella Solitaria... Caminos de lobo adonde no llegaba nunca la luz del Evangelio. Los evangelizadores se van a la China, a la India, a la Groenlandia. Los hay que se quedan a evangelizar niños de salones aristocráticos en las playas de moda, pero ninguno llegó con su sandalia a los pozos de Vizcaya y Asturias; a los desiertos andaluces; a las barriadas de Madrid y Barcelona.

¡Ese Vallecas! ¡Ese Tetuán!... ¡Aquel Hospitalet! ¡Aquella Arboleda!

Allí no llega ni la palabra evangélica, ni el libro, ni la caridad. De noche, la Policía, y siempre amarrando codos. Lo bueno, lo cariñoso, lo suave, lo persuasivo, no se conoce.

Y, claro, los otros les llevan a Lenin, a Trotsky, a Kropotkine, a Ferrer, y se lo tragan, se lo comen.

¿Por qué extrañarse luego?

En esos barrios, entre chozas, en un montón de botes de lata y basura, existe la *célula* comunista; el *grupo* anarquista. Y reciben al neófito y le alzan los brazos y le prometen besos las jovencitas camaradas.

Así tuvo que hacerse Pestaña. Como se hacen los autodidactos. Sin maestro. Sin guía, sin padres. Sin Dios.

Su afán de mundo le llevó a recorrer toda España y toda Francia. Con el andar conoció los infortunios, la injusticia, la desgracia. Comenzó a hervirle por dentro el fuego de la violencia. Va luego a Africa. Se planta en Argel y escribe su primer artículo para "Tierra y Libertad". Cuando asesinan a Canalejas, se opone a que se redacte un telegrama condenando el crimen de Pardiñas.

Ya le manan por la boca los odios negros. Es el primer hecho revelador. Probablemente en aquella época debió iniciarse de aprendiz masón en alguna logia francesa.

Los sucesos posteriores le van caracterizando su *masonería.*

La vuelta a España. Una visita reveladora al masón Anselmo Lorenzo

Dice Pestaña:

"La declaración de guerra me cogió todavía en Argel. Sin trabajo a partir del día en que se decretó la movilización y sin esperanza de encontrarlo, decidí marchar a Barcelona." (1).

El motivo que alega para regresar a Barcelona no debe ser cierto, porque la movilización ocasionaba lo contrario; es decir, trabajo, ya que los movilizados dejaban libres sus puestos.

El motivo verdadero era, sin duda, lo que dice él mismo a continuación:

"Mi primera visita fué a la Redacción de "Tierra y Libertad", en la calle Cadena, 39, 1.°, 2.ª Después visité el Centro Obrero, establecido en la calle Poniente, 24. Y la más importante para mí, en el orden personal, de las visitas de aquellos días, para ponerme en relación con mis compañeros de ideas, fué la que hice al viejo luchador Anselmo Lorenzo, en su casa de la calle Casanovas. Fué la única visita que le hice en vida, pues como recibía pocas, dado su precario estado de salud, no quise menudear las mías. Y como poco después, a últimos de noviembre de 1914, fallecía, ya no tuve ocasión de hablarle nuevamente. La visita fué agradable. Conversamos un buen ratito. Y no se prolongó la conversación por la fatiga que a él le costaba mantener el diálogo.

Me preguntó de dónde venía. Se lo dije, añadiendo por mi parte observaciones recogidas durante mi estancia en Argel. Agradeció mucho que le hubiese visitado, y me invitó a perseverar en el estudio y a cooperar en la obra de emancipación del trabajador." (2).

---

(1) A. Pestaña: "Lo que aprendí en la vida", pág. 45.

(2) A. Pestaña: "Lo que aprendí en la vida", págs. 45. y 46.

Esta visita al masón Lorenzo nos explicará muchas cosas.

¿Qué autoridad misteriosa adquiere tan súbitamente el desconocido Pestaña?

Ni él mismo se la explica, según expresa en su libro:

> "Caso singular el mío. Desplegaba esa actividad y hablaba solicitado por los Sindicatos, sin pertenecer a ninguno de ellos, ni a la organización sindical siquiera." (1).

Todos estos cambios hay que achacarlos sin duda a la Masonería.

Anselmo Lorenzo, líder de los grupos anarquistas, estaba ya viejo. Al poco tiempo fallecía. Había que buscar un sustituto de buena calidad, y en Pestaña la había, y muy lograda.

Efectivamente, apenas enterraban al viejo iniciador de la Anarquía española, Angel Pestaña, llegado de Argel, ocupa el puesto del antiguo masón.

En el "testamento" de Lorenzo se fijarían cláusulas verbales para que el nuevo jefe tuviera puertas abiertas y paso franco.

Tenía que ser un *hermanito*. Así comenzó su rápida carrera ascensional, saltando puestos a zancadas en los escalafones revolucionarios de la C. N. T.

> "Durante los tres meses que duró mi encierro, la organización había acordado que desde el primero de marzo "Solidaridad Obrera" se convirtiese en diario, y en la propuesta de cargos para el diario fuí nombrado administrador." (2).

Y llegó a ocupar el primer plano, con el beneplácito de todos.

---

(1) A. Pestaña: "Lo que aprendí en la vida", pág. 48.
(2) A. Pestaña: "Lo que aprendí en la vida", pág. 54.

"En marzo de 1917, con el camarada Salvador Seguí, de Barcelona, y Angel Lacort, de Zaragoza, formé parte de la Delegación que en nombre de la C. N. T. fué a Madrid a tratar con la U. G. T., para realizar un movimiento de más alcance que el de diciembre pasado, visto que el Gobierno no hizo nada, a pesar del aviso recibido." (1).

Destaquemos la intervención de Pestaña en esta *alianza*. El *pacto* con los políticos ha de ser su directriz original. Como Ferrer, subordina y atempera la actuación revolucionaria de la C. N. T. a la acción de los políticos de izquierda... y ya hemos probado que estos políticos, todos, absolutamente todos, sólo eran *fantochines* de la Masonería y, por lo tanto, Pestaña y la C. N. T., que le obedece.

Muchas pruebas nos ha de dar Pestaña de esta táctica singularísima; pero debemos destacar el primer acto suyo, donde tiene una realidad práctica.

"Se volcaron las cajas de los fondos de los Sindicatos, entregando hasta el último céntimo para comprar pistolas y fabricar bombas. Una fiebre de actividad invadió nuestros medios confederales." (2).

Siguen los trabajos febriles del *líder*, en los que Pestaña asume funciones directoras.

"Más tarde, la convocatoria de la Asamblea de Parlamentarios dió lugar a que nos relacionásemos con Pablo Iglesias, de cuya entrevista guardo imborrable recuerdo." (3).

"Acudimos a la reunión los camaradas Seguí, Miranda *(Mi-*

---

(1) A. Pestaña: "Lo que aprendí en la vida", pág. 57.
(2) A. Pestaña: "Lo que aprendí en la vida", pág. 59.
(3) A. Pestaña: "Lo que aprendí en la vida", pág. 62.

randa, hijastro de Anselmo Lorenzo, fué del Comité de la Semana Trágica), Valero y yo." (1).

Lo puesto en cursiva es nuestro.

"Delegado por la organización como individuo de enlace entre los diversos elementos que podían intervenir, entré en relación con los separatistas del doctor Juliá, y con los catalanistas de Maciá, y con los republicanos de Marcelino Domingo.

Con Maciá tuve una primera conferencia en la Maisón Dorée, que entonces estaba en el lugar que ocupa hoy la Banca Arnús, en la plaza de Cataluña, esquina a la Rambla de Canaletas. En esta entrevista se hallaban presentes Angel Samblancat, Jaime Brossa y Mallafré, empleado este último del Ayuntamiento de Barcelona. Expuse a los reunidos mis temores de que si no se intensificaba el movimiento fuera de Barcelona, seríamos vencidos sin ningún resultado provechoso. Convinieron en que tenía razón. Y después de madurar planes y proponer soluciones, que cada cual debía tratar con los suyos, quedamos en vernos nuevamente al siguiente día y entrevistarnos con Marcelino Domingo. Reconocieron que la situación era grave, pues corrían los rumores de que aparecería un manifiesto firmado por Cambó y Lerroux, dándole otro giro al movimiento.

A la noche siguiente nos entrevistamos con Marcelino Domingo en una trastienda de una planchadora de la calle Muntaner, donde fué detenido la madrugada de aquella misma noche.

Hablamos y concertamos un plan. Nosotros nos comprometíamos a mantener la huelga general toda la semana; Marcelino Domingo, por su parte, se comprometía a redactar un manifiesto vibrante dirigido a la opinión pública y a revocar la orden dada a sus amigos de Tortosa: que mientras en Barcelona no se proclamase la república, que ellos no hicieran nada, instándoles, en cambio, para que se lanzaran a la calle inmediatamente. Y Maciá se comprometía a trasladarse a Borjas Blancas, armar a los hombres que pudiera y con ellos di-

---

(1) A. Pestaña: "Lo que aprendí en la vida", pág. 62.

rigirse a Barcelona, sublevando antes a todos los pueblos por donde pasase." (1).

Todos los que se relacionan con Pestaña son masones.

La misma Asamblea de Parlamentarios no fué más que una jugada masónica.

Fracasado aquel movimiento de conjunto, la C. N. T. continúa por su cuenta la labor de DESTRUCCION, llegando a límites insospechados.

Los atentados cuestan la vida de más de 500 patronos e infinidad de obreros.

La huelga general o parcial se hace diaria, con pérdida de miles de millones para la economía nacional.

Pestaña, Carbó y Quemades—masones probadísimos estos últimos—marchan al extranjero, delegados por la C. N. T., para lograr de las organizaciones obreras internacionales que *boicoteen* todas las mercancías españolas.

Es clarísimo, el estrangulamiento de la oportunidad que España tuvo de resurgir durante la guerra europea.

¿Y todo esto por qué, señor Pestaña?... Eres demasiado inteligente para obrar sin una razón o un mandato superior. No se concibe de otra manera.

¿A quién podía convenir aquella DESTRUCCION, aquel ESTRANGULAMIENTO?

A los españoles, no; a su fracción obrera, mucho menos...

Luego *aquello* no podía convenir más que a otros Estados, o a los super-Estados rivales del español.

Y quien sirviera a esos Estados y super-Estados, co-

(1) A. Pestaña: "Lo que aprendí en la vida", págs. 63 y 64.

mo tú lo hiciste, Pestaña, no puede ser más que un agente de los mismos.

¿A sueldo? Yo no digo tanto. Los hombres, para servirse de ellos, se compran o se engañan. Puedes ser un engañado por el sofisma masónico, y, en este caso, te conviertes en el perfecto servidor; porque lo eres en cuerpo y alma... y además gratuito.

Pestaña, los atentados y los atracos

El libro *Lo que aprendí en la vida,* de Pestaña, del que extraemos estos datos, se halla plagado de condenaciones contra los actos de terrorismo, atentados, atracos, bombas, sabotajes, etc., etc.

Copiemos algunos de sus testimonios.

"El procedimiento era el del grupo de acción, que cobraba por matar; y el de los dos o tres individuos, a veces uno solo, que lo ordenaba. Este era el inductor, el verdadero responsable moral; los otros eran meros ejecutores, ciegos instrumentos de un acto cuyo alcance no comprendían. Repito que hubo casos desinteresados en absoluto; pero repito también que fueron los menos."

"En el primer caso, yo no podía sospechar que intervinieran en atracos y que continuaran manteniendo mi amistad, viniendo a mi casa individuos con los cuales, en discusiones, yo había combatido el sistema de la expropiación, practicado antes que en España, en Rusia y en Francia, con resultados negativos siempre. Por eso los admitía y trataba. Además, eran militantes de la organización, algunos con cargos representativos, lo que me obligaba a relacionarme con ellos."

"Por lo que llevo dicho de mi conocimiento en lo referente a los atentados cometidos en Barcelona, se supone fundadamente que, si no a todos los que intervenían en ellos, sí conocía a muchos de los individuos que los ejecutaban."

"Por duro, por violento y doloroso que sea para nosotros confesarlo, hay que decir que los hombres que entonces mataban, que los autores morales, los que inducían, y los autores materiales, los que ejecutaban; muertos muchos de ellos, vivos los otros, estaban en nuestros medios, vivían en los medios anarquistas y sindicales, eran miembros visibles de la organización y de los grupos, gozaban ante la opinión general y ante la clase trabajadora del respeto y la consideración que todo hombre puede merecer y gozar." (Pág. 163.)

"Por otro lado, hay la vieja tradición anarquista del atentado personal. Claro está que desnaturalizada, pero no por eso menos peligrosa. Desde Rabachol a Angiolillo, llegando después hasta Artal y Pardiñas y los matadores de Dato, por ejemplo, la tradición anarquista ha sentido admiración y ha cultivado el mito del atentado personal. Y así como en el martirologio cristiano predominan los individuos que sufrieron resignadamente el dolor, y apenas figuran en el santoral los temperamentos violentos y sanguinarios, en el martirologio anarquista es al contrario: figuran en lugar preferente los violentos. Cabe decir que ostensiblemente, no; en el terreno de la exposición y crítica de las ideas, el anarquismo español, especialmente, guarda una corrección insuperable; pero en el fondo, como realidad aceptada en el terreno de las posibilidades, en los medios anarquistas, y actualmente mucho más, se conserva un fervor inigualable hacia el acto individual, hacia el atentado contra los hombres y las cosas." (Pág. 165.)

"Este criterio influyó poderosamente en el período de que nos ocupamos, sobre una porción de jóvenes que comenzaron su actividad en el campo social en los grupos anarquistas. Y de aquí salieron los primeros grupos de acción que ejecutaron los atentados que señala el período terrorista que comienza hacia el año 1916, aproximadamente; período que tiene muy poco de común con los actos violentos de las huelgas y conflictos acaecidos en períodos anteriores.

Pero esos jóvenes no obraban por su cuenta. No era de ellos la iniciativa de quiénes habían de ser las víctimas. Esto correspondía a los experimentados, a otros individuos. Digamos tam-

bién que al principio el desinterés de estos grupos de acción, dos o tres a lo sumo en Barcelona, era absoluto. Y digamos que quien primeramente se sirvió de ellos y puso precio a su trabajo, fueron algunos elementos, muy pocos, de los dirigentes del Sindicato del Arte Fabril y Textil. Cuando esto se hizo, el primer paso se había dado ya. Los otros se darían poco a poco." (Pág. 166.)

"Celebróse la reunión; concurrimos a ella cerca de trescientos individuos, entre Comités, Juntas de Sindicatos, militantes y grupos de acción. Una mezcla donde había de todo.

Dado el carácter que la reunión tenía y que no había agente de la autoridad, y que por mi parte venía dispuesto a hablar claro, nada se ocultó, nada quedó por decir. Se reconoció que los atentados y el terrorismo eran perjudiciales a la organización, que ningún bien la hacían, y que era necesario ponerles coto; que si no lo hacíamos así, la reacción patronal, que ya se insinuaba entonces, nos sería fatal.

Y en última instancia, yo, quizá más atrevido que otros, al tomar la palabra, condené duramente la matanza premeditada y el crimen organizado, el terrorismo por placer, pues la reunión fué celebrada al terminarse el locaut de 1919, en cuyo período, durante unas semanas, se colocaron petardos en todas las esquinas de Barcelona. Había días que estallaban diez o doce. Y como sabía que la Federación Local había dado ya más de quinientas pesetas para la colocación de los petardos, hube de levantar allí mi voz contra el procedimiento, que estimaba estúpido por demás. En igual sentido se manifestó el camarada Seguí y otros." (Pág. 187 y 188.)

"Convenido por todos que aquello no debía continuar, hiciéronse las advertencias necesarias a las Juntas y a la Federación Local, para que no se diera un céntimo más con tales fines. Pero el acuerdo no pasó de la intención, ya que las cosas siguieron como estaban." (Pág. 188.)

"Podrá discutirse si nos cabe responsabilidad directa o indirecta, eso sí; pero que el terrorismo preparó, o si no se quiere aceptar esa afirmación por demasiado atrevida, que se diga

que facilitó la posibilidad de la dictadura en España, eso temo que diga algún día de nosotros la Historia de nuestro país." (Pág. 189.) (1).

Creemos que es bastante. Pestaña condena el atentado y el atraco; pero la razón definida y firme en que basa su condenación es la de que perjudicaban a la Organización. No es por el atentado que arrebata la vida a un semejante. Es porque dificultó el triunfo total de la Revolución.

Nosotros tenemos que decirle a Pestaña que, además de antojársenos poco humana su *razón,* llega demasiado tarde.

Llega cuando la F. A. I. le ha lanzado del puesto de mando de la C. N. T., desprestigiado y *gastado,* en equilibrios y maniobras para que el control masónico perdurase sobre sus cuadros sindicales.

Eso, antes, ¡mucho antes!, cuando tu prestigio estaba intacto y una condenación pública hubiera bastado para acabar la tragedia.

Entonces no lo hiciste porque había monarquía, y todo lo que fuera desorden, atentado, atraco, bomba, o lo que fuera, era labor revolucionaria... Se combatía al burgués, a la riqueza y se minaba el prestigio de la institución monárquica, incapaz de acabar con aquello... La república surgía ante los papanatas como una panacea universal. Pero entonces... callabas. Recibías en tu casa al atracador, al pistolero, al dinamitero..., ¡toda la violencia era santa! ¿No te acuerdas que formabas parte del Comité Revolucionario, con Subervio-la (Torinto), Ortega y otros, manejando parte de los

(1) Todos los párrafos que anteceden y que van entre comillas, pertenecen al libro de A. Pestaña, "Lo que aprendí en la vida".

fondos del atraco al Banco de España, de Gijón, poco antes de la Dictadura?

Tenemos a la vista la Memoria de Juan Ortega Cabonero, titulada "Cómo fué aquello", y en ella figuras con letras bien claras.

Después vino la república, y había que acreditar el nuevo régimen. Había que evitar el desencanto y el peligro de una dictadura. Y en ese armisticio del terror gastas y sacrificas tu prestigio; porque no has pensado que es demasiada la presión de las calderas de la F. A. I. —cargadas por ti con combustible de rencores—, para que pueda ser parada en seco. Lo intentaste y el patinazo fué tremendo. Saliste despedido del volante de la dirección.

Angel Pestaña controló siempre la C. N. T., sirviendo órdenes masónicas

Ya hemos subrayado la intervención decisiva de este hombre, para aliarse con los socialistas en el año 1917, cuando la célebre *Asamblea de parlamentarios*, el movimiento más turbio, por su composición y su finalidad, de los innumerables que ha padecido España. Un movimiento que comprendía desde el coronel Márquez, al frente de las Juntas de Defensa, hasta el último pistolero de la C. N. T., y desde Cambó a Pablo Iglesias.

Pestaña ha seguido siempre la misma ruta.

Cuando llega la Dictadura, ved cómo asume la responsabilidad de pactar con las izquierdas:

"Sostuve ante mis compañeros, con asombro para unos y escándalo para otros, que lo primero era saber si podíamos nosotros solos, la organización, destruir el régimen dictatorial y las causas que lo habían fomentado. Y si nosotros solos no podía-

mos hacer las dos cosas, o una sola, la destrucción de la Dictadura cuando menos, teníamos deber, la obligación moral de unirnos a los que, como nosotros, perseguidos y acorralados por la Dictadura, pero sin fuerza propia para destruirla ellos solos, quisieran unir la suya a otras fuerzas para, juntos, acabar con aquella vergüenza que nos deshonraba ante la Historia. Si nos hallábamos en el primer caso, ni podíamos ni debíamos pactar con nadie. Hacerlo sería una infamia y una traición a nuestras ideas. Pero de no hallarnos en el primero, y sí en el segundo, la traición, no a nuestras ideas, ciertamente, pero sí al pueblo en general y a la clase trabajadora en particular, que confiaba en nosotros, estaría en negarnos a prestar esa ayuda, pues ello equivaldría a que, indirectamente, nos pusiéramos al servicio del dictador. A vuelta de dilaciones y retrasos, acabó por aceptarse el punto de vista que sostuve en una reunión celebrada el mismo día 13 de septiembre, a las diez de la noche, convocada para conocer la opinión de la organización ante el golpe de Estado que acababa de darse.

¿Me equivoqué? ¿Acerté? No soy yo quien debe decirlo. Pero ante la Historia y ante quienes quieran juzgarme, recabo la responsabilidad de haber sido el primero que en los medios sindicales planteó el problema de ayudar a los demás, si nosotros solos no podíamos derribar la Dictadura, en términos definidos y concretos, de manera que no hubiese lugar a dudas.

De las incidencias y fluctuaciones a que la aceptación de ese criterio haya dado lugar, no soy responsable, ni llevé yo siempre las negociaciones ni las influencié con mi pensamiento. De lo que soy responsable es de que se planteara en el seno de la organización y de influir para que se aceptara. Soy, pues, culpable de que, reconocido que nosotros solos no podíamos derribar a la Dictadura ni al régimen que la instauró, nos uniéramos a fuerzas políticas, sociales y económicas que coincidieran con ese fin. Y acepto la responsabilidad que pueda caberme. A los demás, pues, a juzgar, y a mí a acatar el fallo, inapelable, naturalmente, ante la conciencia de los contemporáneos; apelable, no obstante, ante la posteridad y la Historia." (1).

---

(1) A. Pestaña: "Lo que aprendí en la vida", págs. 103 a 105.

Y de aquí se deriva el Pacto de Perpiñán con "averrianos" (separatistas vascos, como se llamaban entonces), separatistas catalanes, comunistas y republicanos, y todos los que se han seguido.

No vamos a inventar. Copiamos de la Memoria oficial del Congreso de la C. N. T. celebrado en Madrid los días 11 al 16 de junio de 1931.

He aquí parte del debate sobre los pactos de la C. N. T.:

Arín. (Del C. N.)—Cuando se celebró en San Sebastián la Asamblea de elementos políticos de izquierda, y cuando la Delegación de los partidos políticos de izquierda regresó a Barcelona, el C. N. fué invitado a celebrar una consulta. El C. N., cumpliendo acuerdos de ese pleno, procuró mantener relaciones con estos elementos políticos. (Pág. 49.) (1).

Pestaña. (Del C. N.)—... las relaciones de que aquí se habla han existido. (Pág. 56.)

Santiago. (Delegado de Construcción de Barcelona.)—Han existido delegaciones Directas del C. Nacional en el Comité político revolucionario. (Pág. 56.)

Pioján. (Delegado de Artes Gráficas de Barcelona.)—Se ha dicho por varios políticos que en el pacto de San Sebastián había intervenido la Confederación. (Pág. 56.)

Sirvent. (Del C. N.)—Fué a buscar al camarada Domingo Torres y al orador, para ponerles en contacto con los elementos políticos del pacto de San Sebastián. (Pág. 56.)

Cinca. (Delegado de Sabadell.)—Pero tenemos que alegar contra el Comité Nacional, con respecto a sus concomitancias con los elementos políticos, que se comprometió a que no habría ningún conflicto de carácter social durante tres meses. Eso, si es preciso, diré la personalidad que lo dijo delante de mí, una personalidad influyente en la política catalana. Fué el gobernador civil de la provincia, señor Companys. (Pág. 55.)

González Inestal. (Delegado de Madrid.)—Yo acuso al C. N.

---

(1) Las iniciales C. N. significan Comité Nacional de la Confederación Nacional del Trabajo.

por haber nombrado delegado suyo en Madrid que trató con militares y políticos. (Pág. 55.)

Arín. (Del C. N.)—Construcción de Valencia parece que atribuye a este Comité Nacional, que antes del Pleno a que nos referimos, a cuyo pleno asistió la Delegación de Levante y en donde se planteó la cuestión de si debíamos mantener la relación con los elementos de izquierda y con los militares para terminar con el régimen de los Borbones, haber querido decir aquí que no había tal relación antes de aquel Pleno. Hemos dicho que había ya una relación antes del Pleno; existía ya esta relación; pero aquí hay que hablar con entera franqueza. Elementos del Comité Nacional, y en particular el que en este momento os dirige la palabra en su nombre, cuando fué designado por el Sindicato del Transporte de Barcelona para representar al mismo en el seno del Comité, ya se encontraron esta relación establecida con los militares y con los políticos de carácter izquierdista. Vamos a hablar con franqueza:

Esta relación, ¿sabéis quién la tenía establecida muy estrechamente? La representación de la F. A. I. Aquí parece que se trae por base, y es una triste base, que siempre recaiga sobre los individuos del Comité Nacional la responsabilidad de muchísimas cosas. Y casi siempre parte de otros sitios, de otros elementos y de otros puntos que no son el Comité, y el Comité acepta muchas veces algunas sugerencias, como una realidad impuesta por otros elementos que son de la organización y de los grupos anarquistas. (Pág. 57.)

Como decía, nos encontramos con una relación cordial y estrechamente mantenida, y el Comité de Confederación Regional Catalana también mantenía esta relación estrechísima con estos elementos, y era la que sirvió de agente de enlace en los momentos en que el Comité Nacional estableció esa concomitancia de que habláis con los elementos que intervenían en ese Comité Regional que están presentes. Como que aquí estamos todos, aquí se ha planteado este debate para que se pongan todas las cuestiones en claro, y si la responsabilidad existe, se reparta entre todos los responsables. Hay aquí compañeros que al mismo tiempo que son de la F. A. I., formaban parte del Comité Regional de Cataluña. Ellos, pues, como yo decía antes,

establecieron esta relación entre los políticos de izquierda y militares descontentos... (Pág. 57.)

Hasta que por fin se le dijo al Comité Regional de Cataluña que esta mediatización había que terminarla, y que si continuaban aquellas relaciones, debía ser el Comité Nacional el que las continuara directamente, ya que llegado el momento era el responsable y a él se le exigiría la responsabilidad de todo aquello que se había hecho. Entonces, respetando las funciones del Comité Nacional y sin la intromisión de la Regional catalana, yo en persona, delegado por el Comité Nacional, junto con Sirvent y el compañero secretario, fuí designado para celebrar una entrevista, a la que no acudí porque fuí detenido aquella madrugada; pero otra vez, a pesar del acuerdo tomado, los camaradas de la Regional catalana, sin antes haber consultado al Comité Nacional, y representando a la F. A. I. y a la Regional, se atribuyeron nuevamente una representación que el Comité Nacional no les había conferido. Se comprometieron para una fecha determinada hacer un movimiento nacional, y cuando yo pude asistir nuevamente a las reuniones por haber recobrado la libertad, ya se había acordado la fecha. Yo me opuse abiertamente, en nombre del Comité Nacional, y entonces quedaron rotas las relaciones. En aquella reunión estaban el compañero Elizalde, representante de la F. A. I.; estaban el compañero Sirvent, vicesecretario del Comité Nacional y miembro de la F. A. I., y estaba el compañero Hernández, de la F. A. I. y del Comité Regional de Cataluña. (Pág. 58.)

La representación del Comité Regional de Cataluña, en aquella fecha.—Nuestros Sindicatos se reunieron en Plenos precisamente para discutir esta cuestión y para ver si se había o no continuar estas relaciones con elementos políticos de izquierda, y se acordó que debían continuar.

El Comité Nacional.—Procurando en lo posible representar la voluntad de los trabajadores de España afiliados a la C. N. T., convocándose varios Plenos nacionales, y allí se planteó la cuestión de la relación y de nuestra intervención, pero siempre desde nuestros medios y con arreglo a nuestros procedimientos en el sentido revolucionario, y siempre se mantuvo el criterio de sostenerlas. Salvando alguna que otra excepción. Por lo tanto, lo ocurrido no es exclusivamente de la

responsabilidad del Comité Nacional: es una relación y una actuación avalada, autorizada, por un Pleno nacional; todos, pues, somos responsables. (Pág. 59.)

Villaverde. (Delegado Coruña.)—Debemos recordar lo que se acordó en el Pleno de Mataró, acerca de esta cuestión revolucionaria. Casi al final del debate, pregunté yo: ¿interesa a la Confederación toda clase de movimientos de tendencia revolucionaria? Y se contestó unánimemente que sí. Y digo yo: ¿Cómo la Confederación va a conocer la fecha en que estos movimientos han de producirse para ver si podemos encauzarlos hacia situaciones de más libertad? Para esto, era necesario tener elementos que conozcan detalladamente lo que va a ocurrir en España en sentido revolucionario. Este acuerdo lo tomábamos todos. La F. A. I. rechazó esto, y, sin embargo, estaba de acuerdo con los militares de Montjuich. (Pág. 64.)

Representación de Huelva.—La Confederación debía de haber hecho propaganda antipolítica y antiparlamentaria. Y no la hizo porque había concomitancias con los políticos. Condeno la actuación del Comité, y pido para él un voto de censura, al igual que para los que han intervenido en estas cuestiones.

(Censuras, gritos, protestas. Los delegados se increpan una vez más, diciéndose unos a otros que es una vergüenza lo que pasa, que el espectáculo es bochornoso y deprimente.) (Página 66.)

Peiró.—Esto no puede pedirse. He pedido la palabra para decir, para afirmar, que desde el año 1923 ni un solo Comité Nacional, ni un solo Comité Regional ha dejado de estar en contacto con los elementos políticos, no para implantar la república, sino para acabar con el régimen de ignominia que nos ahogaba a todos. Al implantarse la Dictadura, el Comité Nacional, reunido en Sevilla, no sé lo que hizo. Lo que sí sé es que en el año 1923 o a principios de 1924, elementos de la Confederación, y creo que ostentando una representación oficial, en la población francesa de Font Romeu, se reunió con Maciá, que no solamente llevaba la representación de su partido, si lo tenía, sino que llevaba la representación de otros sectores de izquierda en España. En Mataró hay actas que dicen lo que en aquella reunión se trató. Aquí hay un compañero que asistió a aquella reunión, y él podrá decir a título de qué asis-

tió a aquella reunión y qué es lo que se trató. Desde entonces se trabaron relaciones con los elementos políticos, relaciones que casi nunca se han juzgado.

Voy a tratar de algo que he vivido, de algo que me quiero acusar a mí mismo, porque estoy dispuesto a aceptar toda la responsabilidad que me cumpla. A mediados del año 1924, cuando el Comité Regional de Cataluña residía en Mataró y el Comité Nacional en Zaragoza, se pidió, por parte de Maciá, que una representación de la Conferencia se trasladara a París, con objeto de trabar relaciones con vistas a un movimiento revolucionario. El Comité Regional de Cataluña, en connivencia con el Nacional que residía en Zaragoza, designó al que os habla y a otro compañero para que se trasladaran a París a hablar con Maciá. Maciá nos dijo que además de la representación de su partido, tenía la representación de otros sectores de izquierda, y nos habló de un movimiento revolucionario. Y nos pidió las condiciones que imponía la Confederación para secundar aquel movimiento revolucionario, cuyo fin era la implantación de la república federal. Contestación de los representantes de la Confederación: A nosotros nos interesa poco lo que pueda implantarse después de la revolución que se realice. Lo que nos interesa es la libertad de todos nuestros presos, sin excepción alguna, y que las libertades colectivas e individuales queden totalmente garantizadas. Si se nos da esto, no tenemos que poner ninguna otra condición. Pero esto era una convención, en principio, porque después el Comité Nacional convocó a un Pleno. Olvidaba un detalle. Al regresar de esa delegación que fué a París, la Confederación convocó a un Pleno regional, y en este Pleno regional, después de exponer lo que había ocurrido, casi por unanimidad se acordó que la Confederación debía disponerse a ir a este movimiento revolucionario. En julio se celebró el Pleno Nacional, y allí, también por unanimidad, se acordó aceptar la propuesta de ir a un movimiento revolucionario, y esto quiere decir que desde el momento en que el Pleno se hacía responsable de esto, la responsabilidad recaía sobre toda la organización. Pero nosotros, entonces, dábamos un plazo para realizar la revolución, y este plazo era de seis meses; pero antes de que se cumpliera nos dimos cuenta de que lo que pretendía Maciá no era un movimiento nacional, sino

que quedaba reducido a Cataluña, y entonces el Comité Nacional en Barcelona convocó a otro Pleno que se celebró en octubre del año 1924, en donde se propuso, por parte de la representación de la Confederación, que se rompiese el pacto con Maciá. Pero el Pleno creyó conveniente dar, a partir de aquella fecha, un nuevo plazo, si hacía falta. Luego la representación colectiva era la que asumía la responsabilidad de mantener un pacto con los políticos.

Luego continuaba en contacto con los elementos políticos.

Voy a relatar otro hecho. La inteligencia establecida con Sánchez Guerra en el año 1928. Yo era secretario del Comité Nacional. El Comité Nacional estaba dispuesto a no unirse con los elementos políticos, pero resultaba que en el mismo Pleno se había designado a unos Comités de acción, compuestos por los grupos anarquistas y por los elementos de la Confederación. Unos Comités de acción mixtos. Y mientras el Comité se guardaba mucho de establecer contacto con los elementos políticos, los Comités de acción mantenían relaciones serias con estos elementos políticos y con elementos militares. Y ocurrió que Sánchez Guerra, residente en París, llamó a un compañero que no tenía ninguna representación y que fué a París como simple particular. Este camarada, al regresar de París, llamó al que os dirige la palabra, no al Comité Nacional, y le impuso de lo que en París había ocurrido. Y, claro está, se nos decía que ante la inminencia de un movimiento revolucionario que se realizaría con la Confederación o sin ella, debíamos decidirnos. Y entonces, ante la inminencia de este movimiento revolucionario, creyendo que la Confederación tendría que ser arrastrada a este movimiento, el Comité Nacional aceptó en principio mantener esta relación con París y designar al camarada Bruno Carreras para que estuviera al tanto de lo que se pretendía hacer. Y entretanto, como el Comité no podía pactar con los políticos, creímos que podíamos salvar nuestra responsabilidad convocando a un Pleno nacional, y que éste aceptara la responsabilidad en todo caso, y se convocó al Pleno nacional, que tuvo lugar en 29 de julio de 1928. Y aquel Pleno, por unanimidad, incluso la delegación de Castilla, convino establecer una inteligencia con los políticos y los militares. Ahora bien: allí se convino que los elementos militares y políticos hicieran la revolución y que

nosotros la secundaríamos, y que si la Confederación tenía posibilidades de seguir más allá de donde fueran los elementos políticos, seguiría, y si no nos quedaríamos quietos.

Cuando se dió el golpe en el mes de enero, sin haber avisado previamente a la Confederación, nos encontramos en Barcelona con el problema planteado con ocho horas de anticipación. El domingo nos dicen: "Mañana se va al movimiento", y entonces el Comité Nacional llama a los compañeros y hace la necesaria preparación. Y como lo convenido era que la C. N. T. no se moviera sin ver a los militares en la calle, y a las piezas de artillería, cuando vinieron a decirnos que fuéramos con nuestras fuerzas a la calle, como no se había cumplido lo que nosotros habíamos exigido, dijimos que no.

El Comité Nacional tendrá que aceptar la parte de responsabilidad que le quepa, pero no toda, porque todos los Comités, antes de inmiscuirse en nada, han procurado convocar a los representantes de la organización y recabar de ellos autorización para que la Confederación pudiera comprometerse.

Yo quiero aceptar, yo acepto de buen grado, que después de continuar el contacto con los políticos, no se puede acusar solamente a la F. A. I., ni siquiera a los grupos anarquistas, de ser los que han llevado a la Confederación a establecer contactos con los elementos políticos; lo que sí es cierto es que hablaban en nombre de la F. A. I., que se presentaban esos compañeros y decían que era ella; pero como ahora la F. A. I. desautoriza a esos individuos, debemos creer que la F. A. I. tiene razón, aunque no nos expliquemos claramente estas cosas.

Como decía Arín, en aquellos momentos el Comité Nacional fué forzado a establecer contacto con los elementos políticos, llevado por esos individuos que se decían representantes de la F. A. I.

Hubo un momento en que yo tuve que llamar a Alfarache y decirle: "Si aquí se trata de un movimiento revolucionario nacional, vosotros, como Comité Nacional, no debéis permitir que ningún Comité ni la F. A. I. usurpen la representación de la Confederación. Vosotros tenéis que ir allí, haciendo acto de presencia para lo que os convenga."

Y así hemos llegado al famoso pacto de San Sebastián. Cuando los políticos se reunieron en San Sebastián, era un momen-

to en que la Confederación no tenía ningún trato con los elementos políticos; ni siquiera la F. A. I. tenía trato con los elementos políticos, a no ser los individuos que se llamaban representantes de la F. A. I.; éstos mantenían relación con elementos militares. En el pacto de San Sebastián, la Confederación no ha tenido ninguna intervención. No se llamó a la Confederación, de la misma forma que allí tampoco se había llamado a la U. G. T. Fué, una vez de acuerdo, cuando se invitó a un movimiento revolucionario que tenía que desarrollarse en la calle, a la U. G. T. igual que a la C. N. T.

La C. N. T., además, no ha querido contraer ningún compromiso por escrito, porque entendió que no se perseguían finalidades fundamentales.

Los elementos que pactaron en San Sebastián, si bien se reunieron de acuerdo con la U. G. T. y con el Partido Socialista, cuidaron de que la Confederación no interviniera; quisieron valerse de una delegación extraoficial u oficiosa, y entonces fué cuando al ver la maniobra de que los políticos trataban de llevar a la Confederación a un movimiento revolucionario sin entenderse formalmente con ella, se les dijo desde "Solidaridad Obrera" que si creían que éramos comparsas se equivocaban, y que la revolución tenía que hacerse con la Confederación, o no se haría nada.

Y entonces mandaron dos representantes del Comité de izquierdas. *Enviaron al que hoy es ministro de la Gobernación* (1) *y al director general de Seguridad* actual, señor Galarza. Y estos señores lo primero que pidieron fué ponerse de acuerdo con el que os dirige la palabra y con Masoni. Me negaba a ir porque yo no representaba a nadie; pero las insistencias del camarada Masoni y las insistencias de los camaradas me decidieron visitar a estos señores, para ver qué deseaban, y estos señores no querían más que ponerse en relación con la Confederación. Y como Masoni y yo no representábamos a nadie, como en Barcelona había un Comité Nacional, hicimos que al día siguiente el Comité Nacional nos recibiera, y allí expusimos lo que había, y el Comité Nacional y el Comité Regional hablaron con estos señores. Se estableció una inteligencia en

(1) Miguel Maura.

principio; pero el Comité Nacional, no considerándose autorizado para establecer inteligencia, convocó a un Pleno nacional. La entrevista entre Maura y Galarza y Masoni y el que os habla, fué el 29 de octubre, y el Pleno nacional para consultar a la organización se celebró el día 15 de noviembre, y allí, con la sola excepción de los representantes de la Regional Levantina, se acordó establecer una inteligencia con los elementos políticos, con el objeto de hacer un movimiento revolucionario.

Después de esto, si hay responsabilidad no debe caer sobre el Comité. La responsabilidad debe recaer sobre todos aquellos que acordaron establecer esta inteligencia.

Yo, por mi parte, siempre he reprochado a los políticos que acudieran a las elecciones, porque era ahogar las posibilidades revolucionarias, en el sentido económico, político y social; es decir, era destruir la base misma de la revolución.

Yo admito que todo lo actuado ha sido una desviación de los principios de la C. N. T. Pero, si no estaba en el terreno de las conspiraciones, de la preparación revolucionaria, del hecho de fuerza que acabase con aquello, ¿dónde estaba la Confederación Nacional del Trabajo durante estos años, desde el año 1923 al 1931?

Peiró.—Es cierto que el gobernador de Barcelona ha dicho lo del margen de confianza de tres meses otorgado por la Confederación Nacional del Trabajo.

Hay una cosa que se me había olvidado. Cuando elegimos cargos del Comité Nacional en el año 1928, actuaba en Barcelona un Comité revolucionario, en el cual había un representante de la Confederación. Y en aquel Comité los políticos dijeron al representante de la Confederación Regional de Cataluña que en el caso de hacerse la revolución, pedían, no tres meses, sino seis meses de tranquilidad por parte de la Confederación. En el Pleno de 29 de junio de 1928, que acordó establecer la inteligencia con Sánchez Guerra, el representante del Comité Regional planteó la cuestión de lo que pedían los elementos políticos, y allí se le dijo al delegado que tenía que representar a la Confederación, que de ninguna manera firmara ningún documento, porque a nosotros lo que nos interesaba era que se produjera el movimiento revolucionario, y luego la

Confederación obraría como las circunstancias aconsejasen. (Páginas 66, 67, 68, 69, 70 y 71.)

Las extensas citas que insertamos, aparte de servir de apoyo a la tesis que sustentamos en este capítulo, son la más tremenda acusación de los Maura, Sánchez Guerra (padre e hijo), Galarza y, en fin, de todos los que componían el famoso Comité Revolucionario Republicano, los del pacto de San Sebastián, pues queda demostrado, sin posible rectificación, que se aliaron con la cloaca social de asesinos, atracadores y dinamiteros, para traer esta república. ¡Que conste!

Detrás de todo esto estaba Pestaña. ¿Recuerdas que llegaste a llorar y te quisiste retirar del Congreso ante los duros ataques de la F. A. I....?

¿No lo recuerdas, hombre?

Pestaña, despedido violentamente

Era tanto el prestigio de Pestaña, que aún pudo ser elegido para el Comité Nacional de la C. N. T. en el Congreso a que hacemos referencia.

Pero la misión que le encomendó la Masonería era superior a sus fuerzas. Debía frustrar toda tentativa revolucionaria de la C. N. T., cosa punto menos que imposible. Las fieras pueden ser utilizadas para devorar; pero el domador que intente ir contra su instinto, se expone, por lo menos, al zarpazo. Y esto le ocurrió a él.

Pestaña no pudo evitar el *frente único* en Sevilla, cuando la célebre semana roja, que terminó con la tragedia del Parque de María Luisa.

La F. A. I. se adueñaba por momentos de la direc-

ción de la C. N. T. Ocurre lo de Figols. Azaña necesita un éxito y ordena que cese la insurrección en unos minutos. Vienen las deportaciones del "Buenos Aires". La C. N. T. va a lanzarse a la huelga general como protesta. Hay que evitarlo; si no, se demostrará que la república no ha resuelto nada, ni utilizando los mismos métodos de violencia achacados a la monarquía.

Pestaña es el hombre que utiliza Casares, que ya era ministro de la Gobernación. La huelga general es inminente, y Pestaña se juega el todo por el todo. Tiene en su poder el sello del Comité Nacional de la C. N. T., y lanza una circular a todas las Regionales por sí y ante sí, autorizada con el caucho de la Organización (en la C. N. T. no firma nadie), dando contraorden. La temida huelga se suspende.

Nadie ha querido decirnos a qué obedece la íntima relación entre el acaudalado Casares Quiroga y Pestaña, que llega al punto de ser hospedado en la magnífica finca del "héroe de Jaca", enclavada en las proximidades de La Coruña. Casares es masón...

Y hemos visto a Pestaña penetrar en Gobernación por la puerta de la calle del Correo a altas horas de la noche y subir por la misma escalerilla utilizada por los confidentes y confidentas de Martínez Anido.

¿Qué era aquello?...

Pestaña no se jugaba la reputación y la vida por un puñado de pesetas. En esto hay que ser justos. ¿Por qué entonces? La inducción nos lleva a afirmar que la *causa* no podía ser otra que la común calidad masónica del ministro y del *leader* sindicalista.

Es lanzado Pestaña de su alto puesto directivo. El *faísta* García Oliver le acusa en su cara de suplantador de la autoridad del Comité Nacional.

¿Qué iba a hacer?... Sólo le queda un camino:

Provocar la escisión en la C. N. T., como lo hace, fundando el "treintismo" y poniéndose a la cabeza.

—Y el "treintismo" ¿qué es?—preguntará el lector.

Ya lo dijimos veladamente en "El Comunismo en España", antes de que se exteriorizara la disidencia de Pestaña. Los "treintistas" aún no tenían esta denominación por no haber lanzado el manifiesto con las treinta firmas, de donde tomaron el nombre.

"entre ellos hay quien está unido por otros lazos subterráneos (lazos masónicos queríamos decir), a fuerzas que tienen su representación, más o menos ostensible, en la actual situación gobernante.

Este es el secreto, y nada más." ("El Comunismo en España", pág. 79.)

Estábamos en el secreto, como apreciará el lector, desde hace mucho tiempo, y los hechos nos han dado, puntualmente, la razón.

Pestaña y sus "treinta" fundan la Federación Sindicalista Libertaria y después el Partido Sindicalista. Su finalidad no es otra que restar sindicatos a la C. N. T.; pero no para hacerles más pacíficos, sino para fortalecer el control masónico. La Masonería, derrotada en las elecciones, dió orden a las fuerzas revolucionarias que le obedecían en absoluto (Socialismo, Bloque Obrero y Campesino, Federación Sindicalista y Esquerra), de ir a la Revolución formando la Alianza Obrera.

¿Sabéis de quién fué la idea de la Alianza? Del mismo Angel Pestaña.

Y la Alianza Obrera, directora suprema de la Revolución de octubre, es el último cuartel que pinta en

su escudo el célebre revolucionario. El cual, con todos los miramientos, se pasea libremente por la calle.

Algo sobre la F. A. I.

No quiere decir lo que antecede que la F. A. I. se haya librado en absoluto de la gerencia masónica. No queremos inducir al lector a que incurra en tal error.

Pestaña y los suyos salieron de la C. N. T. porque se *gastaron* en el afán de atemperar los movimientos revolucionarios a las conveniencias y a las oportunidades masónicas.

Pero quedaron otros hombres en la F. A. I. y en la C. N. T. encargados de la misma misión. Unas veces logran sus fines y otras no. Se ha reducido todo a que la Masonería ha perdido influjo. Nada más.

La Masonería y sus "puentes" tienden a servirse de las violencias de la F. A. I. y la C. N. T., y los anarquistas que son sólo anarquistas, quieren la violencia sin subordinarla a nadie ni pactar con nadie.

¿Qué es más peligroso? Lo primero, indudablemente. Si Pestaña y todos los demás "puentes" masónicos volvieran a mandar en las masas de la C. N. T., ésta votaría a las izquierdas, y, lo que es peor, ingresaría inmediatamente en la Alianza Obrera. Y en la próxima Revolución no se inhibiría, esperando como hizo en octubre en la mayor parte de los pueblos revolucionarios, salvo en Asturias. ¡Y toda España sería Asturias!

Una contradicción aparente, que debemos aclarar

Todo el público y la Prensa han aplaudido la *energía* de Portela, en el Gobierno general de Cataluña y

en el Ministerio de la Gobernación, contra los pistoleros y los atracadores. Creo que el insigne escritor Manuel Bueno dijo que Portela era el mejor ministro de la Gobernación que había tenido España.

Nosotros también, y no se extrañe el lector que aplaudamos a un ex ministro de la monarquía, a un ex vizconde y un ex Gran Maestre de la Masonería. Es la primera vez que lo hacemos, con la promesa de no reincidir.

Tributado el aplauso al señor Portela, y si le suena mejor una *triple batería,* vamos a analizar un poco esta *energía.*

Todos, absolutamente todos los detenidos, pertenecen a la F. A. I., precisamente, los que no se dejan *controlar masónicamente.* Los que no quieren ingresar en la Alianza Obrera.

Nos parece lógico que se persiga implacablemente a estos hombres con instintos de fieras y profesionales del asesinato.

Pero es que estamos viendo un peligro mucho mayor que los atracos de los pistoleros. Y es que, perseguidos unos y encarcelados otros, va disminuyendo su influencia y su tiranía sobre los sindicatos de la C. N. T., día por día.

No lo lamentaríamos si no viéramos ganar terreno, simultáneamente, a los de la Federación Sindicalista, que pronto volverán a fusionarse con la C. N. T., acaparando los cargos directivos.

Y entonces puede que no haya tantos atracos aislados; pero en cambio asistiremos al más formidable atraco nacional. Al atraco que dará la Alianza Obrera, reforzada por la C. N. T., con todas sus fuerzas

revolucionarias, que son las más temibles, porque son las más fuertes.

En esto no habían pensado los panegiristas ingenuos del señor Portela Valladares. Los escritores, que no saben de técnica social porque nadie ha escrito de ella, ciertamente, aplauden entusiasmados las medidas represivas, sin atisbar un peligro formidable.

Hay que ver lo que se esconde detrás, sin que le ciegue a uno la cortina del espectáculo represivo.

A nosotros no se nos puede engañar. Sin orgullo, de esto sabemos tanto, por lo menos, como el señor Portela.

Y si quiere nuestro aplauso definitivo y entusiasta, que simultanee esa represión contra los *faístas* con la de los Pestaña, los Peiró, etc., etc.; los antiguos "puentes" masónicos de la C. N. T., los complicados en la Revolución de octubre, los que están acaparando otra vez los sindicatos para sumarlos a la Alianza Obrera, para que su fuerza haga posible el triunfo de la Revolución.

¿Está claro... lector?

A nosotros, "contradicciones masónicas"... ¡No! De ninguna manera.

Una coincidencia actual de táctica entre Pestaña y la Masonería

"El fascismo, no, nunca. Antes de que venga el fascismo, para que no venga, si precisa, deben aliarse las fuerzas obreras, las que política y económicamente se colocan más allá de la democracia burguesa, y, superándola, oponer, mancomunar sus esfuerzos para que tal régimen no se instaure. ¿Cómo? Como sea. El procedimiento que lo busquen ellas. Pero

el caso es que lo eviten." (A. Pestaña: "Lo que aprendí en la vida". Pág. 205 y 206.)

Esta es la consigna actual de la Masonería. La vemos proclamada por todos los partidos masónicos, socialistas y comunistas del mundo. Informa también las directrices diplomáticas de las Cancillerías. Es, en una palabra, el imperativo del *todo* masónico mundial. Y es el imperativo también de la parte o *partícula* masónica Pestaña.

Una coincidencia metafísica de Pestaña y la Masonería

Dice este hombre en su libro citado:

"... la conclusión a que personalmente he llegado después de muchos años de militar en el anarquismo y de llamarme anarquista..."

"EL ANARQUISMO ES PARA MI LA DIVINIZACION DEL HOMBRE."

"El sindicalismo, siguiendo dirección propia, acusada con trazos que no dejan lugar a dudas, así como el anarquismo, "diviniza" al hombre, y el socialismo y el bolchevismo "divinizan" al Estado, él "diviniza al trabajo", fuente suprema de la vida y manantial caudaloso de la civilización y de la cultura, del progreso y de la libertad."

La *teodicea* de Angel Pestaña es, perfectamente, masónica. Es el arcano ignoto para el h.·. de pequeño rango. La confesión de este hombre lo identifica con el satanismo de los altos grados de la Orden.

EL HOMBRE DIVINIZADO, EL HOMBRE DIOS...
YO, DIOS

Ese es el grito luciferino lanzado a las puertas del Paraíso perdido eternamente.

Final

Si tiráramos a lo alto millones de letras y, al caer en el suelo, apareciera compuesto el libro que tiene delante el lector, podríamos creer en un milagro. Hemos tirado sobre estas páginas las ideas, las acciones y las palabras de Angel Pestaña. Y ha quedado plasmada en alto relieve la figura de un masón.

Si Pestaña no es masón, tendremos que proclamar un nuevo milagro.

¡Un milagro! Puede que el ateo Pestaña sea capaz de proclamar este *milagro* antes que proclamar que es masón. Estamos seguros.

Pero... ¿qué más da? Si ideas, acciones y palabras demuestran el masonismo de Pestaña. ¿Tendrá más fuerza probatoria un diploma, un saludo o un mandil?

Conclusiones masónico-anarquistas

Acaso se estime por alguien que nos hemos excedido al dar demasiada extensión al tema. No lo creemos asi nosotros. Estimamos el control masónico sobre las fuerzas anárquicas, F. A. I. y C. N. T., como el máximo peligro para España.

En ella se ha concentrado la mayor parte de la vitalidad extraordinaria de nuestra raza, y en manos del Enemigo es el estilete de duro acero toledano que apuñala eternamente a España.

Ningún país del mundo tiene un cáncer anárquico tan

enorme. En este hecho diferencial debemos hallar la causa específica de nuestra agonía nacional.

Y antes de achacar al carácter hispano afinidades congénitas con el anarquismo—como es tesis estúpida de nuestros liberaloides—, queremos descubrir los ocultos motivos de haberse canalizado hacia ellos ímpetus raciales. Es que nadie hasta hoy ha abierto cauces a la fuerza ingente de las masas hispanas, para mover las *turbinas nacionales.*

Sólo la Masonería, por medio de sus agentes, agitó y encrespó la masa haciéndole saltar los diques, y ella se despeñó en catarata asoladora, arrasando las vidas y las haciendas nacionales.

Este es el hecho escueto y verdadero, pero se hallaba tan oculto, era tan perfecta la mimética masónica, que a duras penas podíamos mostrar algo de la espantosa verdad.

Queden ahí los Lorenzo, los Ferrer, los Quintanilla y los Pestaña, estudiados al microscopio...

¿Hemos terminado? Sí; pero queremos agregar a esos nombres algunos más que descubrió nuestra lente: Evelio Boal, Salvador Seguí (muertos). Teruel Moyano, Santaolaria, Victoriano Gracia, San Agustín, Parera, Abos, Miguel Hernández, Expedito Durán, Quíles, Orobon Fernández, Claro, Avelino González, Carbó, Peiró, Medina, Rivas, Peña, Pareja, González Hidalgo, Quemades, Bajatierra, etc., etc.

Llenaríamos varias páginas, y no seguimos.

¿Qué fines persigue la Masonería por medio del Anarquismo? Miradlos aquí; y si uno solo no está de acuerdo con los hechos, decid que mentimos.

Miguel Bakunin, en un rapto de sinceridad, nos dice los fines. No olvidemos que Bakunin fué el primer jefe

que tuvo el Anarquismo organizado, el que lo importó en España por medio de su agente Fanelli.

Leed sus palabras:

"El revolucionario... no conoce más que una ciencia, la destrucción.

No debe retroceder delante de la destrucción de ninguna institución, de ningún bien, de ningún hombre perteneciente a la sociedad.

Convencidos de que no se puede esperar la emancipación y felicidad del pueblo sin una revolución popular y destrucción universal, la Liga de la Paz y la Libertad debe, por todos los medios posibles, aumentar la desgracia y los sufrimientos para acabar con la paciencia del pueblo y acelerar la emancipación de las muchedumbres. Nuestro fin es la destrucción terrible, completa, implacable y universal. Nosotros debemos acostumbrarnos a la vida de los malhechores y asesinos, porque éstos son los verdaderos y únicos revolucionarios." (1).

La orden escueta de la Masonería es la DESTRUCCION por la destrucción.

No puede ser enunciado así tan crudamente a la masa. Ni aun a la masa sectaria masónica o anarquista.

El agente del Alto Mando masónico ha de ingeniarse para presentar el FIN—la destrucción por la violencia—, como si sólo fuera el MEDIO de conseguir la Libertad, la Fraternidad y la Igualdad.

La organización anarquista y la sindicalista luchan sin tregua, destruyen, por ser la violencia su única ley.

No importa que nunca consigan ese Comunismo Libertario, utópica meta de su lucha, si todos los días y todas las horas consiguen el *Fin* marcado por la Masonería: la DESTRUCCION.

Ese FIN se halla integrado por dos órdenes de he-

---

(1) M. Bakunin: "Catecismo Revolucionario".

chos: guerra a Dios, a la Iglesia y a la Patria. Igual a DESTRUCCION MORAL. Y por la Guerra Social, huelga, asesinato, revolución. Igual a DESTRUCCION MATERIAL.

Si algún día se decide alguien a hacer la estadística de la DESTRUCCION llevada a cabo por el Anarquismo en España, y se valora la destrucción material, ya que la moral es imponderable, sus cifras causarán espanto.

—¿Cuántos asesinatos?

—¿Cuántos incendios?

—¿Cuántas bombas?

—¿Cuántos atracos?

—¿Cuántos miles de millones perdidos para siempre por las huelgas?

—¿Cuántos sabotajes?

—¿Cuántos siglos y siglos sufridos por los penados en los presidios?

—¿Cuántos ajusticiados?

La estadística que contestase a estas interrogaciones abarcaría sesenta años de actuación anárquica. Si a las cifras de ella sumábamos otras similares propias de nuestras revoluciones políticas y guerras civiles, resultaría una cantidad espantosa de vidas y riquezas DESTRUIDAS.

Ante la cifra de espanto creeríamos en un verdadero milagro. Es imposible atribuir a la vitalidad racial el que España viva aún.

Sólo la Providencia puede haber impedido la consumación del asesinato de España.

Y su asesinato es la finalidad de la DESTRUCCION ordenada por la Masonería.

Los separatistas y nuestra posición ante estos traidores

Habrá observado el lector, acaso con cierto asombro, que rehuímos hablar del Separatismo catalán y del Separatismo vasco.

Realmente, no merece la pena de ocuparse de ellos, porque carecen hasta de una idea que informe su traición. Ni siquiera existe un sofisma medianamente hilvanado que intente justificar la conducta de esos miserables.

Para nosotros, el separatismo es sólo una de las manifestaciones de la acción masónica con objeto de asesinar a España.

De suerte que, eliminada, aplastada la Masonería, simultáneamente desaparecerá el cáncer de los separatismos.

He aquí la síntesis de las razones teóricas que tenemos para no hablar del Separatismo. Y aún nos queda otro motivo de orden sentimental que debemos exponer.

Y para que el lector comprenda más fácilmente, le contaremos un sucedido.

Erase un día de los del "bienio". Protagonistas: Un antiguo republicano que se gastó una fortuna para oír el Himno de Riego y la Marsellesa. Romántico de los

pocos que quedaban; tan romántico, que por ser moral repudió desde los primeros momentos al nuevo régimen. Le designaremos con el nombre de *Moral.*

El otro, es un director de un periódico nocturno y alevoso (dos agravantes), que defendió a su paisano Maciá, haciendo funambulismos, ya que el periódico se titula *de Madrid,* aunque esto es sólo para despistar.

¿No caéis? ¡Buscad en Busquets!

Conocidos los protagonistas, relataremos la escena: Lugar de la acción: un café, cerca de la Concha, en San Sebastián.

Moral.—¡Yo me c... en su madre! (el tiro debe ser instantáneo).

Director (sonriendo).—Es *osté* muy feo para c... en la meua madre.

Moral, ante el caso fenomenal e insólito, se encoge de hombros y se marcha.

Director (a un redactor de su periódico que ha presenciado la escena).—¡Eh!... ¿qué te ha parecido?... ¡Lo he chafat!

Redactor.—Sabía que era usted muy grande; pero no tanto. Oír lo de su madre y tener valor para hacer ironía... ¡es un caso de valor inaudito!

... ...

Nosotros no tenemos el *valor temerario* del mencionado director periodístico.

Si oímos un insulto a nuestra madre España, y eso es el Separatismo, no discutimos, ni hacemos ironías.

El tiro y a otra cosa.

El diálogo de las balas es el único que sostendremos con el Separatismo.

Y tú, lector, ¿no estás conmigo?

Masonería y Comunismo

"Las palancas comunista y capitalista, articuladas por el eje del Judaísmo, habían cogido al mundo en una tenaza formidable, haciéndole saltar como una nuez podrida."

(De "El Enemigo".)

El plan judío, en marcha

El eje se había fundido en la fragua de la batalla de Varsovia... Cuando las falanges revolucionarias lanzadas por Trotsky se rompieron deshechas contra la muralla de acero de la heroica Polonia y contra la impalpable cortina de oraciones cristianas del Nuncio Ratti...

Había saltado en mil pedazos, gracias a que providencialmente Trotsky se había mojado los pies en el río Dubna, mientras allá lejos Lenin dictaba su testamento, encomendándole la marcha de la Revolución.

En Roma se alumbraban ya las milicias con auroras de catolicidad. Germania cuajaba de flores las esperanzas de Hitler.

Alentaba, en Europa, una fuerza arrolladora no prevista en las "profecías" de Marx, porque se engendraba en la dínamo del espíritu, y el espíritu quería ser igno-

rado por el judío en su "concepto materialista de la Historia".

¡Oh don "profético" de Marx, que niego y he negado siempre, aunque muchas inteligencias nobles hayan creído en los "trucos" artificiosos de tu gran prestidigitación judaica!

No es que los hechos económicos y sociales vengan a confirmar las anticipaciones de Carlos Marx. ¡No es eso, admirado Primo de Rivera! Lo que sucede es que hay una fuerza, una organización mundial, que logra que los hechos sociales y económicos lleguen a las finalidades de Marx. No es que los hechos vayan a ese fin. ¡Es que se los hace ir violentamente!

Esta es una verdad que será muy difícil que la entiendan los que sistemáticamente se obstinan en negar, por un prurito de simplismo infantil, la existencia de aquella *fuerza* y de aquella *organización.*

Marx, judío, pudo muy bien predecir los hechos, porque sabía perfectamente el plan, los medios y las personas que iban a ejecutarlos. Y lo sabía, porque él mismo era una de las piezas del instrumento.

Y en tanto la máquina exista y funcione, producirá los efectos previstos por quien la ideó y la hace marchar con violencia inusitada. Y la máquina existe, más o menos oculta, pero existe.

¡Destruyamos la máquina, destruyamos la organización y veremos cómo, automáticamente, dejan de cumplirse *profecías* y realizarse *milagros!*

Esto es lo que importa, lo que urge, lo que necesita España, si quiere salvarse de su naufragio terrible e inmediato.

No valen prácticos ni ayudas. Hay que destruir ese

aparato que taladra los planos de la embarcación y hace entrar el agua del hundimiento.

¡Ved los primeros pasos de Mussolini, en Italia, y de Hitler, en Alemania! ¡Ellos hicieron imposible el "milagro" marxista!

El brazo de palanca del Capitalismo

Hasta hace pocos años, la presión del Enemigo sobre este brazo de la tenaza era continua, aunque suave. Iba ejerciendo su fuerza gradualmente, despacio, muy despacio. Eran los idílicos tiempos de la *economía liberal*... Después vino la guerra. Llegó el nacionalismo económico, intentando reparar los daños de aquélla, pero sin anular los dogmas de la economía liberal... El Enemigo tuvo necesidad de modificar su táctica, reforzando su acción por medio del *comercio del dinero*...

Los Estados rendían todavía un culto unánime al becerro de oro. Y el Enemigo, Israel, que lo poseía en grandes cantidades, empezó a utilizarlo como arma decisiva. Luego hemos asistido con asombro unánime a las frecuentes emigraciones del oro. Huye primero de Alemania, luego de Francia, de Italia, de Inglaterra, de los Estados Unidos. La fuga del gran metal asusta y conmociona al Universo. Ningún país se ha librado de una emigración.

Vuelve más tarde a Francia. Ahora quiere marcharse a Inglaterra.

La dorada cuadriga inicia otra vuelta por el *Stadium* mundial.

El resultado ya lo sabemos. Un acrecentamiento del valor y de la importancia del oro; mientras la riqueza

auténtica, las tierras, las minas, los árboles, la industria, los ferrocarriles y los barcos, se ven depreciados y en liquidación forzosa. Fácilmente asequibles para cualquiera que tenga en su bolsillo unas cuantas monedas de oro.

Es decir, todo el trabajo de generaciones enteras, todo el fruto del humano esfuerzo, toda la cosecha de los parias va a las manos de los que nunca trabajaron. Y los judíos, dueños del mundo, riéndose miserablemente de todos nosotros, con la injusticia terrible de los que no trabajaron nunca...

¿Qué saben los judíos de ese trágico y bello dolor?

¿Cuándo empuñaron la mancera sagrada, ni la herramienta útil, ni el timón de un barco, ni la azada de la huerta, ni el martillo del taller, ni la caldera de la fábrica, ni el buril de las artes, ni el escoplo carpintero, ni los pinceles del artista, ni el barro de la cerámica, ni la hoz del segador, ni el componedor de la imprenta, ni la tenaza del yunque, ni la masa de la artesa?...

¿Qué saben ellos de trabajar si no es con el oro, haciéndole huir e imponiendo la coyunda de su tiranía sobre los pobres, robando la fortuna que hacen los pueblos con sus manos, con sus cariños y con sus amores?...

Así el trabajo—¡noble y bendito seas!—cae bajo su férula odiosa y criminal.

Así todos dependemos de ellos y así las Patrias se despedazan y se aniquilan por conservar su integridad, inmolando millones de sus hijos para después no poder defenderse de ese *ejército invisible* que viene a robar los valores nacionales auténticos en cuadrilla de pillaje y bandolerismo.

Y si causa grandes estragos en el patrimonio nacional, la catástrofe es aún mayor en el campo social. No

hace falta razonarlo. El comercio del dinero produce el azote del siglo: el PARO. El paro obrero y campesino. El dinero, vehículo y cauce dentro de la economía nacional del trabajo, de la producción y del consumo (los tres estados de aquélla), falla en cualquier momento, rompiendo la corriente trifásica. Porque si no hay cauce no puede haber comunicación. Los tres vasos—trabajo, producción y consumo—no tienen vida. No pueden comunicarse entre sí. No hay tubo o se ha destruído. Los vasos se hacen estancos; no circula su caudal, ni gira, ni sube, ni baja. Viene el colapso, la muerte.

Es realmente vertiginosa, por su síntesis, esta explicación. No tardaremos mucho en tratar con toda la amplitud que merece este singularísimo fenómeno, bajo los dictados y normas de la más estricta economía política.

Mientras tanto, quede expuesto este ligero anticipo, el cual deben tener muy en cuenta nuestros lectores. Y si por culpa de la exposición defectuosa que nos impone la carencia de espacio no hubiera captado por completo su anchura, abra una interrogación. Que a lo mejor los hechos le darán una respuesta adecuada y completa, antes que nosotros, y eso que le prometemos la mayor premura.

La única consecuencia que ahora intentamos deducir a efectos dialécticos, se reduce a afirmar que el hecho emigratorio del oro es innegable. Nadie más que su dueño puede imponerle esas fugas repentinas. El metal obedece la orden de sus capitanes, y sus capitanes—lo sabe todo el mundo—son los judíos, la Banca judía, los hijitos del Ghetto, que lo domestican en sus Sinagogas y lo doman y lo lanzan porque es su esclavo. ¡Ellos tan sólo tienen poder sobre el monstruo que rige y manda en las conciencias, en los gobiernos, en toda la vida del

Universo, desde el Sahara a la Groenlandia y desde el Asia a la última arboleda de Australia!

La mínima parte de oro que no está en poder de los talegos hebreos, obedece, por ley de mayoría, a los dictados de la Banca judía, esparcida en todos los meridianos del orbe. Es también esclava de su poderío y tiene, ¡a la fuerza!, que ir detrás de su galope, siguiendo las riendas de Israel.

¿Con qué fines? Es muy fácil verlos.

Primero, para empuñar con mano dura el cetro económico mundial, condición imprescindible para lograr el cetro político.

La judería sabe, por experiencia de siglos, lo movedizo de los cetros políticos, que ya han visto romperse al chocar con las de un Rothschild, de un Warburg o de otros reyes olímpicos del "vil" metal, y no puede satisfacerse nunca con aquel liviano simulacro de poder.

Y en segundo término—aunque también de mucha monta—coincidir con la presión de la palanca del proletariado y producir el PARO.

Ya hemos visto cómo se produce la emigración periódica del oro. Obturando o rompiendo el conducto monetario, que es el instrumento de cambio entre los tres estados o fases de la economía.

Nadie, a pesar de nuestras incesantes pesquisas en libros y tratados, nos da una explicación satisfactoria sobre este inexplicable fenómeno. Ni siquiera se ha descubierto la ley a que obedece, y esto precisamente constituye el motivo auténtico, de que sea imposible evitar el daño. Ignorándose la ley rectora, es muy difícil encontrar el paliativo.

Cuando los economistas se aburren de hablar (¡y cui-

dado que hablan!) sobre los remedios más urgentes, se recurre a los magníficos "imponderables".

Un recurso como aquel del éter, en física, para explicarnos de algún modo lo que no tiene explicación.

Y es que el economista 100 por 100, orgulloso de su *ciencia*, pretende darnos una explicación totalitaria, valiéndose de ese pobre instrumento que es la Economía. Se nos antojan tan ilusos, como si un histólogo o un bacteriólogo quisieran explicarse los fenómenos de la vida molecular y atómica mirándola a simple vista. El economista puro quiere estudiar la economía política por medio de los números... Olvida que el factor decisivo son los hombres y a los hombres no se les puede encerrar en los términos de una ecuación. Sólo un hombre con un espíritu infinito puede abarcar otro infinito.

Ahí está el motivo. En el espíritu rector, principio imperativo de todos los fenómenos económicos. Y ese espíritu es el que hay que conocer, así como el cuerpo que le obedece y los instrumentos que maneja.

El alma judía es inaprehensible. El cuerpo continente sí lo es; pero hasta que una acción no plasme en realidad el mandato anímico, no es humano cercenar su libertad. Ahora bien: lo que sí es humano, lícito y legal es quitarles el instrumento, la herramienta de acción de esos espíritus y de esos cuerpos: EL ORO.

No pedimos que sea arrojado al mar como un metal maldito; aunque la sangre humana que lo tiñe nos diera motivo para ello... No. El oro es un arma en manos de quien lo posee, *por el consentimiento unánime de asignarle un valor.*

Dejémosle en las manos que ahora está; pero neguémosle el valor en absoluto.

¡Sería la más limpia contrajugada!

El oro, que hasta hoy ha podido desvalorizar la riqueza, el trabajo y todo... ¡desvalorizado!...

¡DESVALORICEMOS EL ORO!

Aunque no habríamos conseguido gran cosa—aparte del simbolismo—, ya que en seguida el nuevo instrumento de cambio elegido iría a parar otra vez a manos de los que hoy lo poseen, utilizándolo con los mismos e idénticos fines que en la actualidad. No hacen falta semejantes cosas. Hay otra solución y es bien clara:

LA NACIONALIZACION.—¡Quitárselo a quienes lo manejan en contra de las naciones y en contra de la Humanidad, lo mismo que se les quitan las armas a los bandidos!

Nacionalizar el oro y nacionalizar los Bancos, convirtiéndolos en armas del Estado. Al contrario de lo que sucede ahora, que son armas antiestatales.

Sería maravillosa una Compañía ferroviaria que no pudiera disponer, según las necesidades del tráfico, del material móvil y que unos cuantos señores dispusieran a su antojo y con arreglo a su particular interés de todos los vagones. Esa Compañía habría abdicado de su potestad principal. En su virtud, las mercancías se pudrirían en los muelles.

Pues este mismo efecto nos producen los Estados que no poseen el instrumento de cambio (el dinero), el cual está regulado, conducido y distribuído según las conveniencias particulares de un señor cualquiera que forma un Estado dentro de otro Estado. Es más: una federación superestatal dueña del mundo.

Esta es la palanca articulada por el eje judío con la del marxismo.

Ese *Estado ilegal* se federa con otros, formando un super-Estado, dueño del mundo.

Es la palanca del capitalismo, articulada por eje judío con la del marxismo. *Y entre su tenaza el Mundo aplastado como una nuez podrida.*

El brazo de palanca del Marxismo

Si hemos demostrado que el *comercio del dinero* forma el brazo de palanca aurífera que oprime al mundo y produce, entre otras calamidades, el espantoso fenómeno del PARO, veremos ahora cómo la *lucha de clases*, esencia de la doctrina marxista, origina también idénticos resultados.

La coincidencia es asombrosa. La palanca del capitalismo surte el mismo efecto que la del marxismo. Llegan al mismo punto, aunque por direcciones opuestas.

Hay que tener presente que el *efecto marxista*, o sea la lucha de clases, tiene una gran importancia en la vida española, que es donde ha llegado a ser la causa decisiva y terminante del *paro obrero*.

No podemos detenernos a hacer una exposición de realizaciones prácticas, porque no hay tiempo para ello. Exponemos tan sólo la teoría, a reserva de realizar unos estudios amplios que permitan concretar nuestras afirmaciones.

¡Que se nos diga el valor de los jornales perdidos irremisiblemente por las huelgas, desde el año 1930 *hasta la fecha, y veremos que es igual al importe de los jornales de todos los obreros en paro forzoso, durante ese mismo tiempo!*

Luego la causa del paro es la huelga por pérdida de jornales, que ocasiona disminución del consumo en el proletariado y aun en las otras clases, por dificultad o

supresión de la distribución y de la fabricación. ¡Ahí tenéis esas 500.000 toneladas de trigo sobrante!, porque no han podido consumirlas los obreros, que dejaron de percibir muchos millones de jornales; millones que eran necesarios para adquirir pan. La huelga dificultó la fabricación y distribución para ellos y para otras extensas capas sociales... Ya trataremos esta cuestión con detenimiento en nuestro próximo libro de afirmaciones, *Un nuevo Estado Hispano.*

Repetimos, concretamente, que la lucha de clases origina el paro obrero.

El arma, por excelencia, que esgrimen los marxistas (socialistas y comunistas) es la huelga.

Y la huelga... ¿qué significa?

El paro voluntario—se nos dirá—de un número determinado de obreros durante un tiempo y con fines políticos o económicos.

¿Nada más? Nosotros podemos afirmar que la huelga, por encima de aquellos objetivos, *es la disminución de determinada cantidad de trabajo, y automáticamente la disminución de determinada cantidad de consumo,* porque los obreros que dejaron de percibir los salarios, no pudieron *consumir* la cantidad que importan los jornales perdidos.

Y por último, es una *disminución de producción,* no porque los obreros no puedan después producir (forzando el trabajo o aumentando el número de trabajadores), sino porque lo que dejaron de *consumir* no lo atenderá la *producción,* por la sencilla razón de que *existe* y no hace falta producirlo.

Queda demostrado que toda *disminución* en el *trabajo* ocasiona *disminución* en el *consumo, disminución* en

la *producción* y, por último, DISMINUCION en el mismo TRABAJO. En una palabra, ocasiona el PARO.

He aquí el *auténtico* fin de la lucha de clases, arma favorita del marxismo.

Es así como aumenta y crece, se desarrolla y asusta el ejército del paro forzoso. Esas filas apretadas y duras que, según el vaticinio de Marx, serán un día el ariete más formidable de la Revolución comunista y las que han de lograr el triunfo infalible del soviet en todo el mundo. Pero el muy *judío* y *profeta,* se calla esa *contradicción proletaria, esa contradicción netamente marxista,* porque las masas no le seguirían a ese suicidio.

Carlos Marx, dominador de los secretos de la economía política (de la *economía liberal,* se entiende), se lanzó a criticarla, descubriéndonos las *contradicciones* del capitalismo, como si fueran las únicas contradicciones existentes y el capitalismo las llevará en sus entrañas por naturaleza intrínseca.

El nuevo Moisés mostraba a la faz del mundo su "Capital", donde había lapidado las gravísimas contradicciones del capitalismo... Y el pueblo, atónico y estulto, se hincó de rodillas ante el "Profeta".

El pueblo no supo colegir la gran presdigitación de Marx, hecha como en un escenario ilusionista. Mientras con una mano sostenía "El Capital" (nuevo decálogo de las contradicciones), con la otra empuñaba la daga de la "lucha de clases", que era asimismo otra enorme contradicción, que aseguraba infaliblemente el cumplimiento de sus anticipos "proféticos"....

Y no es sólo la lucha de clases el arma esgrimida por el brazo del Enemigo, lo son también los dogmas económicos establecidos en el primero y único estado comunista: En la U. R. S. S.

Se advierte en seguida que el Estado comunista impone de una manera implacable a ciento cincuenta millones de seres una cruel reducción del consumo hasta unos límites infrahumanos. Ciento cincuenta millones de seres que la dictadura comunista sustrajo, casi totalmente, al *consumo* mundial. En la misma cantidad que disminuyó ese consumo desde el año 1917, se ha disminuído el trabajo en el mundo desde aquella fecha. Los dictadores rojos han llegado a más: no se han conformado con ese crimen de lesa humanidad; han lanzado sistemáticamente al mercado mundial la producción no consumida por el pueblo ruso; aquello que arrancaron de sus bocas hambrientas, no precisamente para un intercambio de productos, sino para facilitar al mundo una producción que no ocasionaba el consumo equivalente en sus productores, con la finalidad—no confesada, pero auténtica—de disminuir el trabajo en los demás países y originar mayor número de parados.

Este es el "dumping" soviético y la resultante efectiva de la maniobra rusa. El marxismo, con este maravilloso sistema, no llega a contradecirse nunca. Sus directrices económicas como Estado coinciden con las directrices de la Internacional Roja, y la Internacional Roja es su instrumento universal de la lucha de clases.

En síntesis: si el Estado comunista produce el paro por robar al *consumo* ciento cincuenta millones de seres y sustraer *trabajo* con su "dumping", la Internacional Comunista lanza constantemente las masas de los demás países a una serie de huelgas interminables que originan la disminución de consumo y el resultado inmediato del *paro*.

El marxismo va siempre en línea recta a conseguir sus objetivos, sin contradicción alguna en sus manifes-

taciones políticas, sociales o revolucionarias. El mecanismo es perfecto.

Ahora bien: el objetivo cardinal de los comunistas no es el que ellos proclaman a los cuatro vientos. La finalidad marxista consiste en fraguar una palanca formidable, articulada por el eje judío con la del capitalismo... *Y coger al mundo en medio y aplastarlo, ¡aplastarlo!, como una nuez podrida.*

Un nuevo Estado Hispano

La síntesis que antecede es suficiente, a nuestro juicio, para demostrar la exacta coincidencia de la presión del marxismo, manejando ingentes moles del proletariado, y la presión del capitalismo, impulsando una formidable masa financiera.

Ya hemos enunciado cómo se puede y se debe romper la palanca del oro. Réstanos decir cómo se puede y se debe romper la palanca del marxismo.

Se puede romper fácilmente, declarando fuera de la ley a todas las organizaciones políticas y sociales marxistas, anarquistas y masónicas. Los individuos que las integran voluntariamente, por su obediencia internacional, deben perder el *derecho de nacionaidad.*

Es la única manera de arrancar el instrumento que en manos del enemigo sirve para realizar las "profecías" de Marx.

Ya sabemos que ambas soluciones son incompatibles con la libertad. En esto estamos de acuerdo con nuestros contradictores.

La libertad es al hombre lo que el oxígeno a la vida. La libertad es necesaria al hombre y el oxígeno también. Ahora que *la libertad y el oxigeno puros... matan.*

Libertad, sí, pero no para el suicidio, para el asesinato o para el homicidio.

En ningún Código se reconocen libertades para matarse. Se reconocen y se exalta el deber y el derecho al suicidio, al homicidio y al asesinato, dándoles categoría heroica, en el hospital y en la guerra, y siempre cuando se ejecutan en holocausto de la Patria y de la Humanidad.

Asimismo, no reconocemos el derecho a cercenar la libertad de nadie en beneficio o por la mera voluntad de un individuo. Sólo cuando se hace por la Patria es un derecho y un deber.

La libertad consagrada en nuestras Constituciones, en nuestras Leyes y en nuestros Códigos, por ser pura y sin límite para la acción político-social-económica, constituye la auténtica consagración del derecho al *suicidio nacional.*

Y la democracia es la pistola puesta en manos del pueblo niño, para que se salte la tapa de los sesos.

Mas la libertad y la democracia no son absolutamente malas. Algo bueno hay en ellas, y es las facilidades que nos dan para que las destruyamos. Se hace preciso, pues, usar de la libertad y de la democracia para arrancarle al pueblo la pistola que se apoya en su sien.

Así haremos imposible la *libertad de suicidio.*

¿Que esto no puede hacerse dentro de la política y de la economía liberal? Ya lo sabemos. Si no lo supiéramos experimentalmente, no tendríamos más que ver el mimo y la exaltación que tributa el enemigo a la política y a la economía liberal. El sabe que sólo ellas hacen posible la seguridad de su triunfo.

Pero nosotros no sentimos el fetichismo liberal.

Vemos cómo cruje y se desencuaderna el Estado li-

beral... y no seremos tan estúpidos que, fiados en sus gallardetes, en sus dorados y en el brillante barniz de su pintura, nos embarquemos en esa nave para ir a un naufragio seguro.

No se agotó la capacidad creadora del hombre imaginando el sistema liberal y el sistema comunista. Igual que pudieron crearse esos sistemas, plagados de contradicciones, se pueden inventar nuevos sistemas estatales. Esto es lo que hace falta.

El que propugnamos nosotros es un *Estado que supere las contradicciones del capitalismo y el marxismo en una afirmación de hispanismo y catolicidad.*

Es decir: UN NUEVO ESTADO HISPANO.

El panorama actual masónico-comunista

Nos ha sido preciso volver a leer el capítulo que con este mismo nombre publicábamos ya hace más de un año en las páginas de *El Enemigo,* y en verdad, tenemos que sentirnos muy halagados de su parte profética. Máxime si se tiene en cuenta que aquello, en su síntesis, intentaba abarcar un amplio horizonte casi mundial, en lo que atañe a sucesos políticos. Era lógico suponer que los acontecimientos futuros se desviaran un tanto del cauce previsto por nosotros, o por lo menos que ahora (ya transcurrido ese tiempo) sólo comenzaran a tener vida y realidad palpitantes. Por desgracia para todos, se han cumplido los augurios en toda su extensión. Y es que el mundo marcha más de prisa que las alas mismas de la imaginación.

Así, pues, y dada la actualidad de los mismos, nos parece mejor señálarlos que no ir poniendo comentarios

a las anticipaciones que dimos, todas las cuales se han confirmado de una manera rotunda y terminante.

Es evidente, como decíamos:

1.° Que Rusia ha entrado a formar parte de la Sociedad de Naciones, en estrecho vínculo con los Gobiernos de Francia, de la *petite Entente* y de Inglaterra, que es el supremo árbitro de la diplomacia mundial.

2.° La alianza militar franco-soviética ha venido a resultar un hecho. Y esta alianza que preveíamos ha sido también firmada por todos los países de la *petite Entente.*

3.° Se ha conseguido formar estrechamente el "frente común" entre la II y la III Internacional.

Estos tres puntos cardinales y decisivos en la política universal los anunciamos en el mes dé mayo del último año, cuando apenas se sabía nada de ellos.

"*Se ha fraguado el frente único político...*"—decíamos.

"*Lo interesante es que en el terreno político, económico y militar, ya está conseguido el frente único.*"

"*en el sector social, la "Entente" de la II y III Internacional resulta más difícil, aunque los que estudiamos a fondo la evolución de las fuerzas socialistas y comunistas, hemos notado desde aquella fecha una aproximación que nadie podía prever.*" (1).

Estos son los hechos que nadie ha intentado explicarse con un sentido totalitario. Esto es: el *frente único masónico-comunista* (porque nada importa que los artificios miméticos de la vieja diplomacia pretendan enmascararlos con banalidades como las de *pactos de no agresión, ayuda mutua, Locarno oriental, Mediterráneo*

(1) *El Enemigo,* pág. 210.

etcétera, etc.). Sobre esta plataforma, que huele a rancio, y sobre estas palabras de "argot", está firmísima y sangrante la terrible realidad. Es decir, las alianzas militares para sostener, a través de la Sociedad de Naciones, la injusticia y el crimen que se reflejan en el mapa político del mundo.

Y si fueran ineficaces las frases diplomáticas, queda evidente la amenaza cruel de lanzar millones y millones de hombres al suicidio integral y bárbaro del mundo.

¿Mussolini en flagrante contradicción?...

"... la estrategia masónico-judía..., cuyo fin no es otro que dividir, seccionándola, la línea fascista. ¡Dividirla! ¡Matarla!...

No tuvimos miedo nunca ante las calumnias que iban en montones de cieno hacia Mussolini. Tampoco ante las pistolas que le amenazaban. Ahora, nos estremecemos viéndole rodeado de las anémonas que en garridos ramilletes le ofrece el Enemigo.

La sonrisa puede matar lo mismo que la pistola, y entonces..."

(De "El Enemigo".)

Así cerrábamos el capítulo titulado *"Comunismo y Masonería"*, con el temor que nos inspiraba la actitud del "duce" respecto a la Alemania de Hitler.

Desde aquella fecha parece que se ha roto la línea internacional fascista.

Mussolini aparenta ser, de fronteras afuera, la antítesis del Führer.

Así lo pregonan las agencias periodísticas que nos

traen todos los días frases y gestos, conferencias y entrevistas como la de Stressa. La política del "duce" parece soldar el duro cerco destinado a estrangular a Alemania. Las evidencias son notorias. Las *cotorras* de la *Masonería* olvidan las injurias que hace poco tiempo le lanzaban, desgranando ahora rubias granadas de oro sobre el mismo a quien deseaban huracanes de plomo.

Todo parece mostrarnos a Mussolini en franca oposición con Hitler. Se frotan las manos hebreas en París y en Ginebra. Sonríen los *barbitas,* imaginando un choque brutal entre las masas teutonas y las bizarras legiones de Roma. El haz del lictor contra la cruz gamada. ¡Buena presa! Y a todo esto, la posibilidad inmediata de que los ejércitos rojos vengan de la U. R. S. S. asolando las verdes praderas de Hungría con la retaguardia de la G. E. P. U., en ayuda de las católicas milicias de Stahremberg y de Dollfuss, para fundirse en un abrazo con las camisas negras de Italia.

¿Linda cosa, verdad?...

Mas todo ello es imposible. Ya lo decíamos también nosotros:

"Italia es fuerte, porque tiene ahora el gran sentido de su continuidad católica en los brazos membrudos del atleta y la sangre de Dios golpea los corazones..."

Y volvemos a repetir en este momento:

¡¡No es posible!!...

Si Mussolini fuera capaz de aliarse con los Gobiernos masónicos y comunistas en una *triangulada* contra Alemania, tendríamos que pensar que se había vuelto loco; porque toda su obra—magnífica arquitectura que empieza a enseñorearse de todos los meridianos del mundo—caería volada por su propia mano; precisamente

en el instante en que las músicas heroicas acompañarían el acto de imponer sobre la cúpula dorada de su edificio el lictor romano y matriarcal.

¡Tendría que ignorar Mussolini que él fué el primero que derrotó para siempre al Enemigo, dentro del territorio italiano, y que las guerras de hoy no son como antes, una lucha de nación contra nación por unos palmos más de tierra!

Tendría que ignorar Mussolini que en la próxima guerra se jugará nada menos que el porvenir del mundo, bajo este dilema:

¡Yugo de Israel o flor de Catolicidad! Ni más ni menos.

Y el Duce no ignora esto, como tampoco que el *anchluss* y la salida de Alemania al Adriático son cosas de poca monta, comparadas con una invasión de los soviets en plena Europa, con fronteras francas y ayudas en el camino.

El ejército rojo no es el ejército de una nación cualquiera. Es el arma de conquista de un ideal, y si Alemania fuera aplastada por la barbarie de Rusia, fatalmente se produciría el levantamiento de los millones de obreros y campesinos que obedecen con ceguera a la II y III Internacional.

¡Todo el mundo en guerra revolucionaria y atroz! ¡Todo el mundo destrozado por la barbarie comunista!

Y esto no puede ignorarlo el Guía de las multitudes italianas.

En todo caso lo ignorará esa falange de comparsas, fantoches y figurones liberaloides que maneja a su modo la Masonería.

Finalmente, Mussolini, vencedor de la revolución de

Italia, no puede incurrir en la contradicción de hacerla triunfar en el mundo, porque en el mundo está Roma.

Tenemos la seguridad que a esas manos que le aplauden y a esas bocas que le gritan elogios, responderá imitando a su antiguo correligionario Bebel:

"Cuando la Masonería me elogia, me pregunto: Joven Mussolini, ¿qué bestialidad has cometido para merecer el elogio de estos caníbales?..."

O acaso los versos favoritos de Lenin:

"Oigo la aprobación,
no en la dulzura de los elogios,
sino en los gritos de los odios feroces...
del Enemigo.

¡Aunque Mussolini no necesita imitar a nadie para expresarse con gallardía!

Y ahora no podemos resistir la tentación de contar una conseja que viene muy a punto con la materia de este capítulo...

Hace muchos siglos, existía un *Genio* que vagaba constantemente, ora en los arcos del Coliseo, ora en las columnas del Capitolio. Muchos años anduvo por aquellos palacios de maravilla, hasta que por un raro capricho se fué a posar no se sabe si en César Borgia, en un Médicis, en un Doria o quizá en algún condotiero ignorado en los riscos de la Romaña. Lo cierto es que se encontró allí muy estrecho, y siguió ¡volando, volando!... hasta que un día llegó a Florencia y acordó posarse sobre una blanca superficie que empezaba a cubrirse por miriadas de signos que parecían mosquitas negras. El hombre que trazaba aquellos signos aprisionó al *Genio* entre las hojas del libro que escribía, y lo notable es

que el *Genio,* que todo lo había encontrado reducido y estrecho, se encontró allí a sus anchas. Cosa nada extraña, ya que en un libro puede caber el universo entero.

¡Así fué "El Príncipe", cuyo "Genio" aprisionó Maquiavelo!

Más tarde, cierto día del año 1917, el *Genio* salió hacia el Piave, al Carso, a los Alpes. Eran días de batalla, de lucha y de fragor. Como en él palpitaba fuertemente su nacionalidad romana, no dejó de sentir la atracción de la guerra, y fué a ella estremecido de ardor patriótico.

El enemigo arreciaba sus ataques con bravura. El fuego y la metralla convertían el aire en ráfagas de *Siroco* abrasador. Acaso creyóse en Zama con Escipión. El *Genio* quiso también tomar parte en la lucha, y encarnó en el cuerpo de un soldado sucio que tenía unos ojos de chacal.

Allí se encontró de nuevo a sus anchas, precisamente en el momento en que se libraba el épico contraataque de Vittorio Veneto.

Y allí vive desde aquel día. ¡Y así fué el milagro genial de Benito Mussolini!

Por eso acudimos a "El Príncipe", para explicarnos las razones y sinrazones del Duce. La conseja nos dice que su *Genio* se escapó de este libro.

Hemos buscado y rebuscado con afán la razón de la sinrazón actual de Mussolini, hallando algo que nos satisface y fortalece nuestras creencias:

"... .un príncipe que aspire a realizar altos hechos, se pone en la precisión de aprender a engañar."

Y luego, mucho más, de entre lo que copiamos esto:

"... Roma empleó en un plan sistemático, unas veces por efecto de la casualidad y otras advertidamente y con deliberado propósito, todos los expedientes necesarios para llegar a la grandeza, y no dejó de hacer uso del fraude."

¿A quién *engañará* y *defraudará* el Duce?... No tenemos duda. Al Enemigo.

Las contradicciones en la línea Nacional, frente al Enemigo

Es muy doloroso para nosotros tener que señalar las contradicciones en que ha incurrido nuestra propia línea Nacional, porque nunca escribimos ni un solo concepto que fuera a dar en las filas de los que luchan ardorosamente contra el Marxismo, el Anarquismo y la Masonería, y eso que hubo muchas culpas y no pocos errores. Era un compromiso sagrado que habíamos contraído con nuestra propia conciencia, y que no todos han cumplido para mayor desgracia de nuestros ideales.

Pero en este preciso momento es necesario hacer una excepción, y ya digo que no por culpa mía.

Yo ataco al Enemigo con todas mis armas. España entera lo sabe. Y se encuentra uno con que entre el Enemigo y yo hay gentes amigas cuyos disparos nos hieren sin que sepamos la causa. ¡Es muy lamentable, dolorosamente lamentable! Nosotros tenemos la posición bien definida: siempre mirando de cara al adversario, para acertarle bien los puntos vulnerables. Por el contrario, algunos escritores de los de más lustre en el sector Nacional, han llegado en ciertos momentos nada menos que a formar en la otra línea, disparando contra Hitler, que venció (el primero y único en Alemania) al monstruo comunista.

La contradicción tiene tal fuerza y es tan formidable, que no sólo nos debilita, sino que ayuda y robustece al Enemigo.

¡Pero, señores!... ¿Se ha visto alguna vez que el Comunismo coincida con nadie en el ataque a Stalin?

No, ¿verdad? Pues yo tengo que gritar:

¡Eh..., amigos, quitarse de ahí, que estáis en la misma trayectoria de mis balas!... ¡Quitarse, que voy a disparar, y haré blanco en vosotros!...

El caso típico de esta contradicción fué destacado en un artículo publicado por el ilustre periodista don Federico Santander, aparecido en las prestigiosas páginas de nuestro admirable y querido diario nacional, *A B C*.

Nos tenemos que referir a este artículo, tanto por lo insigne de la pluma como por el crédito y la honradez y lustre del periódico que lo dió a la publicidad. Ambas cosas hicieron del mismo una obra maestra. Y si Quincey puede hallar *"una de las bellas artes en el asesinato"*, nosotros encontramos en el artículo del señor Sanetander, titulado *"Ante una página de Espanto"*, el *error perfecto y acabado*. Otra obra de arte.

Tenemos, pues, que rebatirlo con energía, en defensa del Führer ofendido. Si tuviéramos la fortuna de lograrlo, no sólo caerían por tierra los argumentos del insigne colaborador de *A B C*, sino el fárrago estulto de otros muchos textos que se han interpuesto entre nuestras filas nacionales y la de nuestro encarnizado Enemigo.

He aquí nuestro artículo, tal y como fué escrito, en 1.° de agosto de 1934 (1):

---

(1) Remitido al órgano de F. E., no se publicó por haber sufrido una de sus frecuentes suspensiones gubernativas.

Justicia a Hitler

Toda la Prensa española, desde *El Debate* a *Mundo Obrero,* ha formado un "frente único" contra Hitler. Contadas son las excepciones de los periódicos que guardan silencio; los demás se han lanzado a una campaña ardorosa, seguida y frenética.

Nadie ha intentado levantar una bandera para justiciar al canciller.

Ha sido el ilustre escritor castellano don Federico Santander, en su artículo titulado *Ante una página de espanto,* quien ha destilado las últimas gotas de amargura que han hecho desbordar el vaso de nuestro silencio.

Santander dice coincidir con Eugenio Montes y con Bermúdez Cañete: *"Es confortador observar cómo es unánime el juicio."* Así afirma.

Y, en efecto. La identidad de pareceres se destaca con brillantes personalidades, como son los aludidos periodistas, cosa que alienta y conforta, pero no resulta tan confortador que coincidan en la misma opinión los nombres de Eugenio Montes, Bermúdez Cañete y Santander, con los de Henri Barbusse, Stalin, Trotsky, Pestaña, Bolívar, el concienzudo diputado comunista, y Martínez Barrio, Gran Maestre de la Masonería. El argumento de *autoridad* queda francamente disminuído por exceso de "autoridades".

Parece imposible que en 1934 pueda lanzarse el párrafo "wilsoniano" y "versallesco" insertado en el artículo citado.

"Alemania ve hoy apartarse de ella con horror al mundo entero. Y Alemania, ¡pobre Alemania!, es más víctima que culpable. Su único pecado es no acertar a librarse de esa política de locos."

Esta misma idea fué la que clavó Wilson en los cerebros alemanes. Fué tan fecundo el injerto que floreció en el árbol de las Walkyrias, nada menos que la república democrática de Weimar. Pero a pesar de la república social-demócrata, Alemania fué conducida como una res al matadero de Versalles. Y allí descuartizaron la Germania, reduciendo el ímpetu de sus ansias a una esclavitud económica durante muchas generaciones.

No creemos que Alemania vuelva otra vez a dejarse engañar por Wilson, ni tampoco por la prosa sirena y castiza de Federico Santander... ¡Le ha costado demasiado caro!...

..."es funesto—dice el mentado artículo—el creerse superiores, llamados por un Dios personal y exclusivo, a sojuzgar todos los pueblos, convicción que palpita en las estrofas del Deutschland über alles."

Pero, consignemos que esta creencia no es más que eso, una creencia, un parecer, porque el *creerse superiores* apoyados tan sólo en la lírica de las estrofas de un himno, es un apoyo muy liviano. Aire de pechos que cantan. Aire que va al aire. Casi nada, porque todo se lo lleva el aire.

En cambio de esa creencia, de esa *amenaza musical,* hay otras *superioridades* efectivas y tangibles que se palpan en la vida de Europa, y que se escapan a la fineza y a la perspicacia del colaborador de *A B C.*

Cierto que los alemanes cantan su superioridad. Pero es mucho más cierto que otros pueblos que no cantan hacen sentir al mundo entero el peso de una *superioridad* efectiva. Y esto sí que tiene miga y cogollo, que diría el Rector de Salamanca, porque la decantada superioridad germánica la entrevemos por una canción; en

cambio, la *superioridad* francesa y la *superioridad* inglesa la tocamos por la *geografía política*...

¡¡Resulta una paradoja sentir la amenaza de unas palabras musicales y no dolerse del peso geológico y espantoso del Peñón de Gibraltar!!...

Las banderas de Inglaterra y Francia las vemos clavadas en los meridianos más remotos y en las proas de mil barcos de acero, ufanando su imperialismo sobre todos los mares del Universo. Pero nadie lo ve, y, en cambio, se ataca fieramente al "imperialismo" de ese apretado fajo de 65 millones de alemanes que viven en una superficie menor que la de España. En ese pañuelo, que decía Eugenio Montes, que "tiene cuatro sitiadores, la muerte en medio".

Todavía podríamos señalar otros hechos de *superioridad,* de más valor que las palabras de un himno; pero lo consideramos inútil, porque ya se ha hecho disco, se ha masticado el tópico y se lo ha tragado la gente: El imperialismo seguirá siendo alemán. No se puede ir contra los letreros, contra los tópicos hechos carne, en la carne y en el alma de los pueblos. Preguntad a un niño: ¿Qué país es el más imperialista? La respuesta será inmediata: ¡¡Alemania!!

Y no vale que se diga que NO. No vale que muestre a otras naciones que sojuzgan millones y millones de seres; que dominan razas antípodas; que detentan Continentes enteros; que lucen ejércitos imperiales, que se injertan en pedazos de tierra, ajenos a su territorio; que seccionan tierras y arrancan banderas milenarias; ordenan políticas y llegan, en su soberbia, a gobernar secretamente naciones que fueron gloriosas y que aún pueden serlo. Esas naciones que fletan sus escuadras en el mar y en el aire, altivas y poderosas, y extienden la sierpe de

sus agentes para envenenar la paz de los pueblos. ¡Esas naciones cuyas cancillerías dictan políticas más allá de sus fronteras!... Es inútil alegar todo eso en ruda batalla contra el tópico. "El imperialismo seguirá siendo alemán, por los siglos de los siglos..." ¡Amén!

Y la pasión hace que se escriba esto:

"Escenas como las que ahora se han desarrollado en Alemania han tenido siempre fondos paganos en la Historia: Grecia, Roma."

¿Nada más?

Francia: La noche de San Bartolomé. La Convención. La Commune...

Rusia: La Revolución de 1917 a 1934.

Alemania: Represión Espartaquista. Liquidación de la República comunista de Munich.

Hungría: República de Bela Kun.

Méjico: Política de todos los Gobiernos.

Italia: Revolución fascista.

España: Represión monárquica contra los sindicalistas. Parque de María Luisa. Casas Viejas. Represión del 10 de agosto.

Austria: Represión por Dollfuss de la Revolución socialista. Represión del "puch" naci... ¿Y el salvaconducto de los asaltantes de la cancillería?

Norteamérica: Asesinato legal de Dillinger. Ley de Lynch. Etcétera, etc., etc.

Todo ocurrido en la edad de piedra. Así puede decir el señor Santander:

"La Edad Moderna no registra nada parecido."

No es necesario alegar otros hechos para oponer cifras fabulosas a las 77 ejecuciones de Hitler. Basta con

los ya citados para probar la ceguera que produce la pasión. No alegamos la lista como justificación. El mal no justifica nada. Recusamos el sistema del "más eres tú".

La justificación de Hitler se halla en la misma esencia de su acto. Su acción es revolucionaria o contrarrevolucionaria, que es igual.

¡Qué más quisieran los revolucionarios que tener el monopolio de la violencia!

Hitler, caudillo de la Revolución Nacional, no se hurta al peligro inminente y arriesga su vida, que perderá en la posible derrota. Va él, de cara, a suprimir a los traidores. Y asume toda la responsabilidad ante el Mundo. Y se justifica ante el Reichstag.

Esta es su gallardía, inusitada entre los gobernantes, aunque nadie se la acepta. Y todavía se le dice:

"Un hombre que habla así y que discurre de ese modo, sólo puede regir un país por un caso de debilidad o de demencia colectiva."

Es tanto como decirle a Hitler que le hubiera convenido más dictar una ley como la del 22 de Prairial, organizar una G. P. U. y aplicarla por medio de un Fouquier Tinville o hacerla funcionar con un Dzerjinsky.

Más modestamente, le hubiera sido suficiente dictar, escondido en un despacho, una orden de "tiros a la barriga", como nuestro gobernante de Casas Viejas. Todo eso es más *legal* y más *jurisprudencial.* ¡Y más cobarde, señor Santander!...

La justificación plena del canciller se halla en las circunstancias del momento en que ocurren las ejecuciones.

Hitler, dictador por *derecho democrático,* ve cómo se tiende en su alrededor el cordel extranjero que le va a estrangular. El bloqueo económico, el político, el psíquico. Con estos tres cabos se había trenzado el cordel. Ma-

nos y balas le amenazan. Los "cuatro sitiadores" son casi cuatrocientos. Y no se inmuta. Mientras su partido y su pueblo se mantengan compactos, nada hay que temer. Pero el canciller observa de pronto que en el mismo instante en que se faja contra Alemania un *frente único* tan formidable como aquel que la venció en la guerra, la traición ha penetrado en las entrañas del partido. La primera etapa del triunfo la logran sus enemigos: Dividir para vencer. Esta era la síntesis del momento.

Hitler tenía estas tres soluciones: Huir. Evitar. Esperar.

¿Huir?... No. Ese acto lo ignoran estos *reyes del pueblo.* ¿Morir? Bueno. Se muere y... en paz.

Sólo queda un dilema: Evitar o esperar a que estalle la revolución. No duda. Hay que evitar. Y evita. ¿Cómo? ¡Como sea! La guerra civil—la revolución—se desencadenará en unas horas, y él sabe que ése es el fin de Alemania. Hitler procede y ejecuta, como se ejecuta en la guerra, como se ejecuta en la revolución, y ahí está la ley sagrada y consagrada por mil textos legales. No hay Consejo de guerra cuando el soldado huye o traiciona en la batalla. Allí mismo, el superior, por su mano, le hace justicia. La medida extrema se justifica siempre por la peligrosidad del momento o la del sancionado. Nadie ha negado la peligrosidad del momento. Al canciller tocaba como a nadie pulsar la fiebre y evitar los miles y miles de víctimas. Los sucesos de Austria—un golpe a la inversa—, con sus quinientos muertos, son un reflejo palidísimo de lo que hubiera sido la rebelión de las S. A. con el Comunismo en acecho.

También podrían graduar el peligro del instante algu-

nos ministros extranjeros, Barthou, por ejemplo; pero no esperemos que lo hagan...

El PELIGRO; he ahí la única justificación de un gobernante. El tribunal, la "legalidad", el procedimiento... Todo eso está bien, cuando son posibles. En el momento revolucionario, en el momento de guerra civil, no siempre se puede hacer justicia—la justicia de Estado—con todos los trámites accidentales... Todo lo más, el "trámite", corre a cargo de los Fouquier, los Dzerjinsky o los Azaña, saturándolos de hipocresía.

Y los que callan ante el terror—el auténtico terror—, simbolizado en esos nombres, rasgan sus vestiduras ante la medida de *evitación* de Hitler, y él ha evitado, aparte de lo que se preparaba en su contra, muchas muertes en su patria. Más de 77; más de 7.777. Antes de él, caían en un mes más hombres que han caído ahora. ¿Se quería volver a aquello?

Pero no hay que ir tan lejos. En España, en esta modesta *revolución de brazos lentos* que disfrutamos, mueren más hombres que han muerto en Alemania. ¿No se sabe?... En un par de meses *pacíficos* hay más víctimas que allí. ¿Se duda?... Invitamos a ver la estadística de la república. Andamos ya por los MIL MUERTOS. Con esta diferencia: que esos muertos, en su mayoría, son personas que nada tienen que ver con la revolución.

Ante este hecho, y en fracaso todo un Estado inerme, ¿qué hacer?

¿No hay motivo para oponer a la Revolución un *Estado revolucionario,* antes que nos lo imponga ella?

El *Estado revolucionario,* que es precisamente lo que instaura toda Revolución triunfante.

Esto no puede pensarlo el señor Santander; no puede pensarlo porque tiene la inefable creencia de que

"en España, ¡gracias a Dios!, no se concibe que pueda haber un dictador que una buena madrugada, después de haberse apoyado en todos ellos para conservar el mando, asesine a don Julián Besteiro, a don Manuel Azaña, al general Sanjurjo y a don Angel Herrera".

Sí, es posible que abarque la sanción a tan dispares ideologías representadas por esos hombres. No lo creeríamos, si no viéramos cómo coinciden voluntariamente en el ataque. La coincidencia es evidente en la ofensiva (como ocurre en este caso entre monárquicos y comunistas), y es lógico que comprenda a todos la sanción.

Finalmente, Hitler castiga con la máxima pena a todos los incursos en el delito de "lesa división", porque sabe que la DIVISION es el triunfo de la revolución comunista. Hitler cree en el peligro, y procede. Ejecuta inmediatamente.

No debe dudarlo el señor Santander. Si lo duda es porque el área donde se mueven él y los demás escritores demoliberales está muy lejana de las plataformas revolucionarias de los comunistas, anarquistas y socialistas. Les invitamos a documentarse. Si hubieran presenciado una sesión del Congreso Antifascista, como yo, no dudarían. Y menos si hubieran penetrado en las capas ocultas donde se gesta el acto final de la Revolución. La auténtica y espectacular Revolución española (1).

En la que no creen ni quieren creer.

Y no saben que en ese *no creer* en la Revolución (escepticismo que contagian a todos) encuentra su mayor posibilidad de triunfo.

Es axiomático: Todas las revoluciones han triunfado

---

(1) No se olvide la fecha en que fué escrito este artículo: dos meses antes de la revolución de octubre.

cuando nadie creía en ellas. Y, al contrario, no ha triunfado ninguna cuando se ha creído en su peligro.

Y lo más triste es que nada perderían *creyendo* los que tienen que perder algo, pues, *creyendo,* podrían ganar.

Viene la aparente digresión a justificar que Hitler sabe que es posible la revolución; porque la ha vivido; porque recuerda los catorce millones de votos marxistas y sabe como nadie del continuo avance del Comunismo, hasta que él le puso punto final en Alemania... ¡Y en el Mundo!

¡Un *pequeño* servicio prestado por Hitler, que nadie ha agradecido ni pagado, y del que apenas se acuerda Europa!

Un SERVICIO A LA CIVILIZACION que no impide a güelfos y gibelinos, centristas y liberales, alinearse sin escrúpulos con el Marxismo, el Anarquismo y la Masonería, que son el verdadero ENEMIGO de Hitler.

¡De Hitler, el VENCEDOR del ENEMIGO!...

Contradicción inexplicable si no supiéramos de las aberraciones a que conduce el apetito personal de poder y la línea ideal que une, consciente o inconscientemente, el liberalismo con el anarquismo, a través de toda la escala del color. Del blanco al negro, pasando por el rojo del Comunismo. Los que, por fortuna, nos hallamos fuera de esa línea; los que nos hemos situado en el plano NACIONAL, vemos claramente definido al ENEMIGO. Así situados, no podemos caer en la contradicción en que se debaten nuestros *blancos liberales.*

Nuestra conciencia netamente NACIONAL nos lo impide, porque la informa esta verdad axiomática:

¡Todo, antes que coincidir con el ENEMIGO!

Porque el ENEMIGO nunca tiene razón...

¡Aunque la tenga!

Algo más sobre el asesinato de Primo de Rivera

El gran escritor don Alvaro Alcalá-Galiano, refiriéndose a nuestro libro anterior, *El Enemigo,* dice: "creo que la clave de este libro está en lo que el autor refiere crudamente como la ejecución de Primo de Rivera".

Tiene razón el perspicaz y españolísimo escritor, y sean estas cortas palabras testimonio de gratitud por sus elogios hacia mí, que en realidad no merezco.

El agudo espíritu crítico de Alcalá-Galiano sabe hallar el ápice de los hechos relatados por mí en este del asesinato de Primo de Rivera.

Entre los espesos cendales que difuminan hasta borrarlos los hechos decisivos de nuestra Historia, pocas veces hay motivo para que surja la *sospecha,* y más difícil aún es que aparezca seguidamente el *indicio racional* del crimen. Raya en lo imposible la obtención de la *prueba* plena. Muchos hubieran querido que les proporcionase la prueba irrebatible del asesinato de Primo de Rivera. Más que nadie quisiera yo poderla publicar.

Si yo fuera un novelista, ningún trabajo me costaría "fabricar" el testimonio, el documento o la escena...; pero no soy autor de folletines, y no puedo exponer más pruebas que las existentes. Nadie podrá aportar más

pruebas sobre un hecho que las dejadas por los autores tras de sí... si no las inventa, y yo he renunciado a la invención.

Sé que no he podido llevar al convencimiento unánime a mis lectores. Algunos dudan aún de que Primo de Rivera fuera *ejecutado.*

El honrado sector nacional que me lee—incapaz de usar del crimen como arma política—se resiste a creer capaces de él a sus enemigos. Es lógico que no creamos a nadie capaz de lo que nosotros repudiamos. No me quejo de la incredulidad de mi sector *nacional.* Es una consecuencia de su depurada ética congénita.

Sin *inventar* pruebas, sin *fabricar* indicios, pero sin más límites ni coacciones que los impuestos por la *verdad,* yo no he de omitir medio ni ocasión de proclamar que Primo de Rivera fué asesinado.

Copio el escrito que remití a la Prensa no hace mucho tiempo. Apareció en algunos periódicos, aunque no en todos los que yo hubiera deseado.

Estimo que en este artículo podrá hallar el lector mayores razonamientos que le acerquen al exacto conocimiento de la verdad.

La ejecución masónica de Primo de Rivera

El señor Blanco-Fombona, al criticar el último libro de González-Ruano—admirable como todos los suyos—, se permite, por carambola, criticar algo mío en "La Voz" de hace unos días.

González-Ruano, a quien doy las gracias por los elogios que me dedica, copia parte del capítulo titulado "La ejecución de Primo de Rivera", de mi libro El Ene-

migo, *y el señor Blanco-Fombona, sin tomarse la molestia de leer entero ese capítulo, lo califica de "Truculencias de novela de folletín", y añade: "Más folletinesco y truculento resulta que el biógrafo y su informador atribuyan la muerte del general a los masones, aunque no precisen los motivos que podían tener los señores del mandil contra el dictador. El dictador, según entiendo, había tenido hasta el buen gusto de no perseguirlos."*

Yo, que he sido el informador, he precisado los motivos que tengo para atribuir la ejecución de Primo de Rivera a la Masonería. Y para evitar al señor Blanco-Fombona la molestia de leerme, voy a sintetizarlos:

1.° *Yo acuso a la Masonería, porque he obtenido* personalmente *la "confesión de parte".*

2.° *Yo acuso a la Masonería, porque tuve ocasión de ver al lado de Primo de Rivera, en París, a un judío y masón en* posición *de cometer impunemente el asesinato.*

3.° *Yo acuso a la Masonería, porque, para la Secta, fué demasiado oportuna la muerte del general.*

Desde luego, nadie ignora hoy que si el general vive no hubiera habido 14 de abril ni república, ni nada. Era el único en aquella fecha capaz de salvar a España de esta bancarrota trágica en cuyo balance aparecen decenas de ajusticiados, millares de muertos, decenas de millares de presos y millones de hambrientos...

El único capaz de salvar a la Monarquía, entregada en manos de sus peores enemigos... conscientes e inconscientes.

Y como era el único obstáculo, se le suprimía y en paz.

He ahí los motivos, específicamente masónicos, que

me impelen a afirmar que Primo de Rivera fué ejecutado por la Masonería (1).

Tiene razón el señor Blanco-Fombona cuando dice, a modo de argumento en contra, que Primo de Rivera tuvo el "buen gusto de no perseguirlos". Efectivamente, no persiguió a los masones, como no persiguió a los socialistas, y ya no duda nadie de que lo merecían.

No lo hizo porque no creyó nunca en su peligrosidad.

Precisamente hace unos días, en un discurso pronunciado por el señor Calvo Sotelo, señalaba a la Masonería como uno de los enemigos *de España, pero añadiendo que sólo hacía tres años que había logrado tal convencimiento; es decir, que cuando era ministro con el dictador no lo había sospechado tan siquiera. Y si lo ignoraba el ministro más político, por preparación y temperamento, ¡qué iba a saber Primo de Rivera!... que era por instinto incrédulo de todo lo que fuera sinuoso y oscuro.*

Si hubiera aplastado desde el primer momento a la Masonería y al Marxismo, como hizo Mussolini, por ser incompatibles con el Estado Nacional, no hubiera caído el Régimen ni Primo de Rivera.

El argumento de la "no persecución" cae por su base: Si aplasta a la Masonería, ésta no lo ejecuta. Luego si lo ejecuta es porque no la aplasta.

Esta es la síntesis de los motivos y razones para acusar a la Masonería de la ejecución de Primo de Rivera.

¿Son todos?... No, sinceramente no. Me reservo otros. Yo he tenido que prever la contingencia de la polémica y de la querella masónica.

Más cauta la Masonería que el señor Blanco-Fom-

---

(1) Lo que no va en cursiva fué tachado por la censura.

bona, ni ha entablado polémica ni se ha querellado contra mí.

¿No le dice nada esto al insigne literato?... Tenga la seguridad que ha hecho un flaco servicio a su defendida.

¿Polémica?... ¿Querella criminal?

Desafío a la Masonería a que entable una u otra.

¡A que no lo hace!

MAURICIO KARL.

3-3-35.

... ...

Tarde invernal; en el cementerio de San Isidro el viento dobla los cipreses en interrogaciones gigantes, sobre la tumba del pacificador de Marruecos... Mis afirmaciones rotundas contestan acusando: ¡Miguel Primo de Rivera fué asesinado por el Enemigo!

Depositamos sobre su tumba la corona del martirio y, con ella, una oración por el buen caballero español.

¡Mártir por España!

bona, ni ha entablado polémica ni se ha querellado contra mí.

¿No le dice nada esto al insigne literato?... Tenga la seguridad que ha hecho un flaco servicio a su defendida.

¿Polémica?... ¿Querella criminal?

Desafío a la Masonería a que entable una u otra.

¡A que no lo hace!

MAURICIO KARL.

3-3-35.

... ...

Tarde invernal; en el cementerio de San Isidro el viento dobla los cipreses en interrogaciones gigantes, sobre la tumba del pacificador de Marruecos... Mis afirmaciones rotundas contestan acusando: ¡Miguel Primo de Rivera fué asesinado por el Enemigo!

Depositamos sobre su tumba la corona del martirio y, con ella, una oración por el buen caballero español.

¡Mártir por España!

LIBRO TERCERO

Así será la próxima Revolución

NOTA IMPORTANTE

Escrito este LIBRO TERCERO en el mes de junio último, no podemos estudiar en él la PROXIMA REVOLUCION en toda su amplitud, por no haberse celebrado el VII CONGRESO de la INTERNACIONAL COMUNISTA. Sabemos que sus acuerdos serán gravísimos para España. Todo un plan para su asesinato.

En la imposibilidad de insertar aquí los proyectos del KOMINTERN, prometemos dar una referencia muy extensa en la 4.ª edición de "EL COMUNISMO EN ESPAÑA", que aparecerá en septiembre, cuando finalice el VII Congreso de la III INTERNACIONAL.

Hacia la nueva Revolución

¿Pesimista?

No tengo más remedio que preguntarme si seré yo un sombrío pesimista, porque muchas veces dudo si, efectivamente, lo soy y me caracterizo de agorero o aguafiestas, sobre todo cuando veo chocar contra mí la visión optimista y riente del público español, unánime en la observación de la vida social y política de nuestro país.

La gente, satisfecha, hace alarde de una tranquilidad que se nota visiblemente en todas las manifestaciones de convivencia. Los cafés, los teatros, los *cines,* las terrazas y cabarets. Las fiestas deportivas, las reuniones aristocráticas, los grupos de obreros reunidos ante los bares, toda la vida urbana se acredita de un claro optimismo extraordinario. ¡Como si aquí no hubiera pasado nada!

Raya en los límites de la inconsciencia el optimismo de nuestros políticos.

¿Será verdad que estamos nosotros equivocados?

¿Será cierto que ellos conocen los hondos problemas nacionales?

¿Será una exageración delirante nuestro temor ante los peligros que cercan a la Patria?...

Y oímos decir a muchos: Aquí lo que pasa es que sobra mucha gente. En realidad no puede convencernos ese malthusianismo de tanto pollo fruta como anda suelto por ahí en ridícula caricatura de señoritos; pero sí nos hace pensar que la vida de los que así discurren no debiera preocuparnos tanto.

¡Ah, si esas vidas no fueran hijas de Dios, aunque ellas mismas hagan todo lo posible por disimularlo, revolviéndose en las charcas de tanta concupiscencia y esterilidad!...

Mas, no puedo; no puede uno dejar de hacerse esas preguntas y otras más inquietantes todavía. ¿Temeré yo perder alguna posición opulenta, alguna riqueza, algún buen destino?...

Me da un poco vergüenza decirlo, pero yo—queridos lectores—no soy general, ni un "alto jefe de la Policía", ni tampoco ningún *ex* de nada. Mauricio Karl no es, por cierto, ninguno de esos personajes con quienes le han querido identificar muchos. Ni soy Martínez Anido, ni Mola, ni el Duque de la Victoria, ni Bazán, ni Martín Báguena, el actual Jefe superior de Policía. Mauricio Karl no fué nada con la Monarquía, ni será nada con la república. Con ésta, mucho menos, porque tendría que dejar jirones de ideal y de pundonor en las zarzas de la escalada...

¡Yo no me rompo mis humildes vestiduras por un cargo cualquiera!

No tengo nada que perder, porque no tengo ni blasones, ni riquezas, ni bienestar.

Sólo un patrimonio: la humildad de mi origen y la limpieza de mi conducta.

Entonces, ¿por qué mis temores?, dirán los que sólo se mueven por un afán egoísta. Sencillamente, porque

yo creo que al servicio de España se deben poner el más encendido fervor, la más refinada astucia, la misma idéntica bravura y abnegación heroica que pone el Masón al servicio de su secta, el Comunista en pro de la Revolución y el Anarquista en holocausto de sus negras banderas libertarias.

Igual esfuerzo, por lo menos, debemos poner todos en superarlos. ¡España bien lo merece!

De aquí nace mi temor, mi exaltación. Porque veo sólo las virtudes heroicas, el sacrificio y la fuerza exclusivamente en el Enemigo, sin que nadie le salga al paso...

Y eso que ahora no deja de confortarme la presencia de una juventud hispánica aureolada con las siemprevivas de los martirios sufridos por la Madre.

¡Ya hay en España quien aprendió a morir por Ella!

Sólo falta, como decíamos antes, aprender a matar...

Alguien me dijo en una ocasión que yo parecía *un anarquista de España,* y no se equivocaba mucho; sólo que con exactitud lo que resultaba yo era un anarquista al revés, porque un anarquista al servicio de España debe emplear la misma violencia en defenderla que los que la combaten para asesinarla.

Si sangre vierten ellos para su crimen, sangre habrá que verter para que no muera; es decir, para que: ¡Viva España!

Nuestra experiencia constitucional

Me es preciso volver a auto-citarme, aun cuando me resulte molesto y parezca un afán de autobombo; pero no tengo más remedio.

Decía yo en el año 31, mucho antes de aprobarse la Constitución actual:

"Por una parte, las leyes democráticas que surgen del Gobierno republicano, y de otra, la futura Constitución española y la libertad de movimientos que permiten esas leyes, tienen que ser aprovechadas inmediatamente por los comunistas.

Todavía desconozco el sentido general y la orientación de la carta fundamental del Estado y de las leyes que reglarán su aplicación; es decir, no se sabe si se contestarán o cómo se contestarán jurisprudencialmente las siguientes interrogantes:

¿Se declararán en antagonismo los postulados comunistas con los fundamentales de la Constitución sobre familia, libertad e igualdad política?...

¿Se concederán los beneficios de la libertad traducidos en derechos a los mismos que apoyándose en ellos tienden a destruirlos?

De la contestación que se dé a estas precisas interrogantes, dependería alternativamente formular otras nuevas, derivadas de la respuesta.

Así y todo, me habré de anticipar a la contestación, dando por sancionado una hipotética que se refleja en las siguientes palabras:

Dentro de la legalidad, libertad para todas las ideas.

Mas a esta afirmación de tono igualitario, opondré en contraste la célebre consigna, táctica de Lenin, publicada en su libro "Comunismo de izquierda".

"*Aliar el trabajo clandestino a la utilización obligatoria de las posibilidades legales.*" (1).

Nadie será capaz de negar lo fundado de nuestras

(1) "El Comunismo en España", págs. 12 y 13.

previsiones ni que los revolucionarios, al amparo de la Constitución, han seguido fielmente la consigna táctica de Lenin.

Hoy nos hallamos a las puertas de una revisión constitucional. En la Mesa de la Cámara está depositado el proyecto reformador. Lo hemos leído con atención. Y no emitiremos opinión sobre el acierto en señalar los artículos que han de reformarse. Lo que sí decimos es que en el proyecto se nota la falta de algo fundamental; algo sobre lo que hay una *experiencia constitucional* formidable; porque bajo la vigencia de la Constitución actual lo decisivo y enorme para nosotros ha sido esto:

Los atentados que han costado la vida a más de un millar de españoles.

Los sabotajes, atracos y pérdidas de jornales, que pulverizan la economía española.

Y, por último, la serie de asaltos que culminaron en la Revolución de octubre con el destrozo formidable en el patrimonio nacional, con el sacrificio de miles de víctimas asesinadas y con la reclusión en los presidios de tantos miles y miles de españoles condenados a muerte civil.

Esta es nuestra primera *experiencia constitucional.*

¿Y para nuestros políticos? Para nuestros políticos, indudablemente, no.

Esa auténtica tragedia española no significa nada para ellos. En su proyecto revisionista se nota la ausencia de este problema, al que no conceden la menor importancia, cuando es la raíz fundamental de todos los demás.

¿Experiencia? ¿De qué?

Del cotilleo, del interés de los grupos y partidos; interés de secta—respetables sí son respetables—; pero

sin un sentido noble de los intereses generales, sin un sentido de lo *nacional,* de lo que realmente *interesa a toda España.*

Y esa revisión (si se hace) no reformará lo que preveíamos; seguirá informando a la Constitución el mismo principio que antes de nacer ya presentíamos que iba a ser su esencia. Precisamente lo que permite el asesinato de España.

No importa que el Gobierno, sea el que fuere, coloque un guardia civil al lado de cada ciudadano español, con el fusil al brazo (magnífica idea del Estado gendarme), ni tampoco que vaya buscando las pistolas de los revolucionarios por los rincones de toda la Península, arrebatándoselas y arrojándolas al mar.

Lo que sucede es que en la Constitución actual hay una libertad que permite inculcar en los cerebros indigentes de las masas todo género de violencias, y esto, precisamente, es lo que hay que revisar inmediatamente, porque es lo urgente, lo que tiene realidad—tristísima y dramática—y lo que impediría nuevos asaltos revolucionarios.

Entonces podrá suprimirse impunemente la Guardia civil y todas las fuerzas represivas del Estado, empeñadas a cada instante en sofocar tantos movimientos e insurrecciones. Pero no será así; seguirán las escuelas racionalistas amamantando pequeñas hienas. Seguirá el Anarquismo reclutando adeptos en las juventudes locas y despistadas, que nadie sabe encauzar. Seguirá el Marxismo y la Masonería predicando la *religión fantasmal del Odio,* y congregará a sus fieles bajo los negros y rojos banderones, para lanzarlos a un nuevo asalto salvaje. Se continuará pudiendo *aliar el trabajo clandestino a la utilización obligatoria de las posibilidades lega-*

les, como hemos dicho en nuestros gritos de alerta. Será *posible* de este modo el crimen alevoso contra España, porque... habrá *dentro de la legalidad, libertad para todas las ideas.*

Ya sabemos que estas palabras son lo mismo que predicar en un desierto.

Nuestros famosos políticos tienen mucho de piedra berrocal. Ya andan por esos mundos de España despertando ilusiones (?), con el achaque de la revisión constitucional, reuniendo grandes masas de esperanzados, mientras ellos echan por la boca los caños floridos de las promesas rubias... y se ríen satisfechos de los éxitos de su palabra.

No comprenden que el Enemigo protesta de esa revisión solamente para despistar. No saben—los infelices—que al adversario le dejan intactas las armas del triunfo.

Esta y no otra es nuestra *experiencia constitucional,* que era necesario exponer como primer antecedente de

... la próxima Revolución

Nos ha tentado el demonio de repetir aquel capítulo de nuestro libro anterior, que llamábamos con el nombre de LA REVOLUCION INMINENTE.

¡Estamos en el mismo caso, señores! En lo esencial no ha cambiado nada el panorama de la Revolución española, después de la de octubre. Parece imposible, pero es una verdad trágica: El único animal que tropieza, no una, sino doscientas veces, en la misma piedra del error, es el político español. ¡Y ahí le tenéis, tan terne y tan garrido!

La censura que disfrutamos, gracias a la libertad consagrada en la carta constitucional de la república, nos impidió radiar una especie de conferencia que teníamos preparada para lanzarla desde el micrófono de Radio España, esa emisora tan típicamente nacional, patriota y galante, en donde muestra su claro ingenio el españolísimo y simpático Pepe Medina. No hubo manera de obtener permiso para desentrañar los misterios y maniobras de la Revolución de octubre. Parecía que la censura se había establecido, no para defender a España, sino para soslayar la responsabilidad de aquellas turbas inducidas a la barbarie y al crimen.

Copiamos unos retazos sueltos de los apuntes que hicimos en noviembre del año pasado.

"La onda telepática, queridos radioyentes, me trae la pregunta que seguramente me estáis formulando.

¿Y el futuro? ¿Qué va a pasar?

Esta es la angustiada pregunta, que emerge de todos los pechos españoles.

Yo os la contesto diciendo:

La Revolución sigue su marcha. No está detenida ni frenada siquiera.

Hablo del momento, del minuto presente. No se ha detenido la Revolución, y hasta este instante no veo en el panorama político español quien la detenga. Sólo veo la sombra fantasmal de Kerensky pasearse por los ámbitos del Estado.

Y a los políticos y al español medio, sin comprender el momento de España, sin extraer las consecuencias y lecciones de tanta desventura.

Vuelve la inconsciencia a llenar las plazas de toros, y la gente se da a hojear revistas de modas y a atrinche-

rarse muellemente en las mesas del café. Así ocurre en toda la Península, de parte a parte.

Su ignorancia desoladora no sabe que el comunismo, vencido en Rusia, en julio, triunfaba para siempre en octubre.

Y a propósito de esto, cuenta Trotsky en su libro "Mi vida" que el 5 de julio de 1917 le decía Lenin: "Ahora nos fusilarán, primero al uno y luego al otro; es su momento. Pero Lenin daba excesiva importancia a nuestro enemigo—Kerensky—, no porque le faltaba furia, sino porque le faltaba capacidad y decisión para actuar."

Y es que, como dice Sorel, "a la burguesía contemporánea—esa clásica burguesía demoliberal—se le antoja admirable cuanto desvanece la idea de la violencia (1)*. Nuestros burgueses anhelan morir en paz. Después de ellos, el diluvio".*

Adueñada esa idea medrosa de la mayoría, nada impedirá que sigan la lucha aquellos de quien decía Clemenceau, en su polémica con Gustavo Hervé, que "suprimían las guerras internacionales para entregarse pacíficamente a las dulzuras de la guerra civil". Esto decía el "tigre", sobre los socialistas, el 12 de mayo de 1905. Parece que lo dijo ayer, porque los que renunciaron a la guerra han desencadenado la guerra civil en España.

Y es vano que se pretenda que la política española se encuadre en Parlamentos y Constituciones. Ha rebasado todos los cauces legales. No es el Parlamento el lugar de la lucha. Los revolucionarios lo han querido así,

---

(1) He aquí el motivo del éxito de la táctica de Acción Popular.

y será estúpido querer dar allí la batalla cuando ellos la presentan en la calle, en el monte, en la alcantarilla, en la esquina, en la fábrica, en el tajo y en el taller.

Y será vano también todo lo que no signifique anticiparse al propósito, quitar los medios a su alcance para la Revolución: las armas, las organizaciones, el dinero...

Tapar las bocas fratricidas que arrastran las masas a la matanza.

¡Y esto no se hace!... ¡No se ha empezado a hacer siquiera!

Pero no es ése todo el programa. El destrozo causado en la Economía Nacional va a repercutir inmediatamente en el problema del paro. Pronto, en enero, pasará del millón el ejército de los hambrientos, de esos pobrecitos trabajadores engañados siempre por la pandilla de la traición. Desde ahora mismo hay que resolver el problema radicalmente. ¡¡No se puede esperar ni un minuto!!

Al mismo tiempo que se le quita al hombre el arma homicida, para que no se haga la justicia por su mano, hay que brindarle la justicia social íntegramente.

He aquí lo que yo quisiera ver como única acción del Estado español en los instantes actuales.

Decía un político: "La lucha de clases es un hecho y un hecho cruel. No creo que lleguemos a su resolución prolongándola, y sí suprimiéndola, haciendo que todos los hombres se juzguen asociados en la misma obra."

Esto no lo decía Mussolini; lo decía León Burgeois, aunque, ciertamente, éste era incapaz de llevarlo a la práctica y aquél sí.

Todos los alientos de la política española han de di-

rigirse a eso. A juntar, a unir a los españoles en un haz que haga imposible la repetición de la tragedia.

He dicho unir a los españoles, y no cuento a los que han dejado de serlo, a los súbditos de la Internacional socialista, comunista o masónica.

Hay que arrancar de sus manos los mandos de la ingente mole del proletariado español. Si no ¡vamos al caos!

Hay que sacrificar todo particularismo, todo interés de grupo, matices y rencores, para llegar al lazo indisoluble de la Unión Nacional. *Hay que quemar en el fuego la leña de las discordias y purificarnos en su llama por el santo amor a los muertos: Esos muertos de España, víctimas del odio de los internacionalismos y de la barbarie; esos muertos, los unos y los otros—que todos son hijos de España—, y duelen lo mismo, porque, bárbaros y todo, son hermanos.*

¡Y quede España a un lado!, magnífica en la grandeza imperial de su rango, altanera y fuerte en su pervivir, y la Anti-España a otro, para que la veamos bien.

Sólo así, queridos radioyentes, se evitará el trágico epílogo de la vida de nuestra Patria."

En los archivos de Radio España están las cuartillas que copiamos anteriormente, tachadas con el lápiz de la censura en el mes de noviembre. Como puede ver el lector, eran tan *subversivas* que no pudieron llegar al público.

En cuanto a sus proféticos conceptos... tenemos derecho a proclamar que estaban muy puestos en razón, como ya se ha visto.

El prólogo de la próxima Revolución

Sin temor a equivocarnos, diremos que en este verano no ocurrirá nada importante.

Ya hemos quedado en que los asesinatos aislados de patronos, los atracos sueltos en diferentes poblaciones, las bombas en algún comercio, los sabotajes e incendios y las huelgas parciales provocadas sin causa no tienen importancia alguna. Primero, porque no cogen de sorpresa—todos los días hay algún caso, aunque los periódicos no pueden decirlo—, y segundo, porque el Gobierno está muy contento de su actuación, y la gente no se entera de nada. ¡Absolutamente de nada!

Pueden gozar tranquilos nuestros prohombres en el magnífico automóvil que les paga el pueblo, y veranear en las playas de moda y lucir su garbo y sus éxitos ante la infinidad de papanatas...

En estos lances y divertimientos, llegará octubre. La Masonería tiene un plan ingenioso; una cosa así:

En cuanto se anuncien las elecciones para Ayuntamientos o para las Constituyentes, empezará a circular el rumor de que Gil Robles va a dar un golpe de Estado, apoyándose en el Ejército. Al fantástico "golpe" se le dará (¡cómo no!) un carácter monárquico. Se pintará la "paviada" y la "saguntada" con todos los colores de la paleta. Los siete republicanos "auténticos" que quedan (los demás son socialistas, comunistas y separatistas) vibrarán indignados, echando espuma por esos pueblos.

Llegarán a los Altos Poderes con la alarma del "bluff".

¡Se levantará todo el cotarro extremista en un alarde de vírgenes púdicas!

La *mise en scène* resultará brillantísima, aunque lo interesante no es, por cierto, semejante espectáculo. Lo interesante es lo que se oculta detrás de los telones.

Se llegará al caso de procurar que Gil Robles vaya a París o a otra capital de Francia. Ignoro los medios de que se valdrán, aunque me aseguran que el plan masónico está ya meditado desde hace tiempo y con todos los detalles previstos.

Al regreso de Gil Robles circulará profusamente una fotografía, o acaso unos metros de película, en donde aparezcan en íntimo coloquio don Alfonso y el jefe de Acción Popular.

En este momento del "affaire" sensacional, conmovida la gente por el *truco* maravilloso, un *espontáneo* bien pagado y con la amnistía a la vista, atentará contra la vida del señor Gil Robles, por *traidor a la república.*

Me dicen más los masones. Agregan que ya tienen dentro de Acción Popular un par de personajes que ayudarán los planes de la Masonería, porque pertenecen a ella en cuerpo y alma, aunque estos dos *amiguitos* ignoran lo trágico del desenlace.

Sólo saben lo del *truco* para desacreditar a Gil Robles, obligándole a retirarse de la dirección del partido, en la esperanza de sucederle para destrozar la organización. Esto es todo...

Pero ahora caemos en que estamos "desgraciando" nuestro mejor reportaje, y acaso comprometiendo nuestra reputación y seriedad. Publicando lo que antecede, la "técnica del *affaire*" queda inutilizada. El *hecho masónico* ya no ocurrirá. Por lo menos como está proyectado. Es más, el lector acaso piense que todo ha sido una fantasía nuestra y, para mayor desgracia, deduzca

que también fué fantasía el relato de otros hechos no en proyecto, sino sucedidos, contados ya por nosotros.

¿Qué hacer en este trance? Nuestra conciencia nos dicta sacrificar la reputación y lo que sea si con ello frustramos un nuevo crimen y una maniobra del Enemigo.

Mas, saliendo por los fueros de nuestra verdad, hemos de afirmar que el hecho proyectado no es nada nuevo.

Hay ya un ejemplo, mejor dicho, un *ensayo,* que todos conocen. Nos referimos a la supuesta visita que don José María Valiente hizo en Fontainebleau a don Alfonso XIII.

Nosotros no vamos a entrar en si la visita fué cierta o no fué cierta. Nos referimos tan sólo al hecho incuestionable: A la publicación reiterada de la noticia en la que se aseguraba la entrevista.

Hay algo muy extraño en ello que ha sido captado por muy pocos.

Veamos: ¿Existió la entrevista o no existió?...

Es la única alternativa.

Si no fué verdad, ¿con qué objeto se mintió?

Si fué una realidad, ¿con qué objeto se dió a la publicidad?

Indudablemente, con fin político. Pues si tenía esa finalidad, surge esta bifurcación, que es la única posible dentro de los efectos políticos: O era una visita de pura cortesía, o era una visita realizada con el propósito de continuar o iniciar una complicidad del señor Valiente con la Monarquía.

Si era de pura cortesía, ¿por qué darla a la publicidad?

Y si era complicidad, ¿por qué se da la paradoja de

que sea un corresponsal monárquico quien la descubra?...

En este último caso la extrañeza sube de punto, hasta límites extraordinarios. Nos hallaríamos ante el mismo caso de un general con mando en la república que sintiendo un impulso como el de Martínez Campos, fuera a Fontainebleau a ponerse de acuerdo con don Alfonso para la restauración.

¡Qué asombro no sería el de ese general si viera al señor Daranas transmitiendo rápidamente la noticia a los cuatro vientos!

¡Nada menos que un monárquico convertido en el espía más fino al servicio de la república!

Todo esto resulta demasiado extraño, porque ¿a quién podía aprovechar la publicación de la supuesta noticia?

¡A las izquierdas!, no hay duda.

Ved cómo se expresaban ellas, por boca del Gran Maestre Martínez Barrio, en la conferencia que pronunció éste en el Teatro Victoria, de Madrid, el 17 de junio, pocos días después de dar la noticia el señor Daranas:

"Testimonio fehaciente del monarquismo del señor Gil Robles es la visita del señor Valiente a Fontainebleau. Durante algunos días la opinión pública, cual si deshojara una margarita, estuvo diciendo: sí... no... ¿Estuvo o no estuvo el señor Valiente en Fontainebleau? Había una afirmación categórica, la del corresponsal de "A B C" en París. Y había una rectificación, también categórica, del señor Valiente. Me parece que me coloco en un punto de imparcialidad y de serenidad si digo que tocando ambas afirmaciones, pensando, midiéndolas, olfateándolas, buscando en cada una de ellas

la mayor o menor cantidad de verdad que contuvieran, toda España, aplaudiendo o censurando, para el caso lo mismo da, llegó a adquirir esta seguridad: el señor Valiente había ido a Fontainebleau."

La noticia no podía favorecer a nadie más que a la acción de las izquierdas. Es evidente.

No conocemos ni de vista al señor Daranas, aunque sabemos de sus excelentes cualidades de corresponsal de "A B C", acreditadas durante largos años. Acaso encontremos en su actuación periodística una demasiada "ecuanimidad" y muchos paréntesis de silencio en torno del *internacionalismo,* que tiene su gran sede en París. Pero, en fin, todo ello puede ser una manera de ver las cosas, lo que es muy lícito, dado el subjetivismo de las interpretaciones políticas. Ahora bien, nosotros hemos de explicarnos la contradicción de que sea *precisamente* el señor Daranas quien descubra y transmita la noticia al "A B C".

Si no tuviéramos escrúpulos, diríamos que el señor Daranas era masón y que su *hecho* (tan favorable a las izquierdas) se lo había ordenado la propia Masonería. Insistimos en que no conocemos al señor Daranas, y no sabemos si forma parte de la secta.

¿Fué aquello entonces un exceso de celo informativo? La *veteranía* del señor Daranas excluye esta hipótesis. Sería más lógico, por ejemplo, espiar los viajes de nuestros revolucionarios a Moscou, en vez de constituirse en *policía honorario* de la república.

¿O es que cayó de incauto el experimentado corresponsal, sirviendo inconscientemente una maniobra masónica? La experiencia del famoso periodista nos impide creerlo.

¿Qué fué entonces, señor Daranas?... ¡Dígalo, porque resultará muy interesante!

Finalmente, nosotros sabemos que la vida de París es muy azarosa. Muy intensa. Muy ajetreada. En cada esquina hay una intriga y en cada rincón la trampa de una tentación...

¡Todo cabe *sur le ciel* de París! Trampas, amenazas, intrigas, conspiraciones.

Con toda lealtad, creemos que al señor Daranas le hicieron caer en alguna o fué víctima de alguna tentación...

Esa coincidencia con el Enemigo no se explica nunca.

Cuando sucede así—por desgracia para todos—, no hay más remedio que pensar en el engaño o en la traición. Nada más.

* * *

Sentiría mucho que estas palabras fueran mal interpretadas por el señor director de "A B C", en quien sentimos vinculados los mayores prestigios de la Prensa española.

Señor Luca de Tena:

Siento tan arraigada y fervorosa admiración por vuestro gesto patriótico, no alterado desde el 14 de abril, y por vuestra lealtad inquebrantable hacia el ideal monárquico, que si no fuerais Marqués, sólo por ello deberíais serlo.

Vuestro patriotismo hondo, vuestro sentimiento nacional y vuestra aristocracia auténtica, han hecho de usted, señor director de "A B C", el árbitro supremo de la elegancia moral.

Todo ello no empece para que critique el hecho inexplicable de su corresponsal, que no pretende rozar para nada el prestigio nobilísimo de su diario, colocado en la altura y en la categoría del mejor periódico español.

¡Rango nacional y abolengo de periodistas!...

Acaso esa misma altura le impida ver a usted las maniobras pequeñas del Enemigo.

¡Acuérdese usted del caso de Antonio Azpeitúa, que no tengo por qué detallar!

Yo no soy de Gil Robles; pero considero que el hecho de combatir al jefe de Acción Popular no debe tener más que un límite: No hacer el juego al Enemigo.

A Gil Robles se le desplaza mejor, *superándole.*

¡Que sea pronto, en bien de Dios y de España!

La Revolución desde arriba

Frente Unico, Frente común o como quiera llamársele, es la consigna masónica para todas las fuerzas políticas de la Anti-España.

Sin dejar ni por un momento de recomponer el aparato revolucionario, o sea: la organización ilegal que dirige la Alianza Obrera, se desarrollará paralelamente una interesante y complicada maniobra política. Su finalidad consiste en apoderarse del Poder y, desde allí, hacer la auténtica Revolución. Los más moderados se conforman con una Revolución a la mejicana; pero el resto no pide más que... ¡la implantación de la República Federal Social!; es decir, ¡*la República Soviética!*

Sánchez Román da los primeros pasos para la maniobra política

Ya se ha conocido la entrevista de Sánchez Román y de Indalecio Prieto, en París. (¡Esto sí que merecía una crónica a fondo, señor Daranas!)

Los partidos de izquierda eligieron por embajador al señor Sánchez Román, **porque saben la amistad y los** lazos que le unen con Prieto. **Estos dos personajes de** nuestra política se unieron fuertemente con ocasión de la devolución del préstamo a la Banca Morgan. Sánchez Román era el abogado de la colosal firma americana. Cuando llegó el 14 de abril, Morgan tuvo miedo de perder sus millones prestados al Estado español, y Sánchez Román consiguió del ministro de Hacienda, que era Indalecio Prieto, que se deshiciera la operación... ¿Por qué causas? No se sabe nada, *como tampoco lo que pasó entre ambos. No llegó al mundo ni un eco... Pero la Haciendo pagó todo y ¡santas Pascuas!*

Para pagar a Morgan hubo necesidad de empeñar a Francia nuestro oro en una operación de usura, francamene bochornosa. Y allí sigue, en los sótanos de Mont-Marsan.

Prieto se ha comprometido a sumar el Partido Socialista al *Frente Común*. Es una suma que costó a Espapa un *pico de oro,* como puede verse.

El fin político del plan consiste en llegar a las próximas elecciones y hacer votar unidos a los de Martínez Barrio, Azaña, Sánchez Román y a todos los minúsculos partidos republicanos con la Esquerra, socialistas y comunistas de todas las tendencias.

La C. N. T. es todavía una incógnita, aunque se espera que si las gestiones del ministro de la Goberna-

ción logran eliminar la influencia de la F. A. I., Pestaña, Peiró y sus "treintistas" volcarán los votos sindicalistas en las urnas de las izquierdas.

Se cuenta con hacer una campaña demagógica sobre el paro obrero, presentando una solución radicalísima: *El reparto de todo para todos.* La cuestión está en sumar votos.

También se apoyan en que los vascos y la Lliga fraccionan las fuerzas de derechas en Vizcaya y Cataluña.

Si con todo no lograran mayoría, cuentan con un recurso supremo: La alianza electoral de la Ceda y el Partido Radical será la única fuerza que les discuta el triunfo dentro del régimen. Esta alianza (deducen con acierto) será esencialmente beneficiosa para el Partido Radical. La opinión pública, más polarizada cada día en partidos extremos, derrotará a los radicales por una mayoría absoluta. Es decir, que muchas de sus actas se obtendrán con votos de derechas auténticas, en virtud del pacto Lerroux-Gil Robles.

En el momento decisivo, una masa de diputados radicales, por "motivos de conciencia... política", realizazá un deslizamiento hacia la izquierda, con Guerra del Río y Mendizábal al frente; los cuales no se marcharon con Martínez Barrio cuando intentó la misma maniobra. Tanto Guerra del Río como Mendizábal quedaron dentro del partido radical para reproducir la operación.

¿Y Lerroux?... De Lerroux se ha hartado de decir en Barcelona Guerra del Río que sigue siendo el más izquierdista de los republicanos; creencia que nosotros compartimos. Don Alejandro continúa en la extrema posición antes del pacto, en el pacto y después del pacto de Salamanca. Las esperanzas que pusimos en él se han desvanecido para siempre. Las exhortaciones que le di-

rigimos antes de octubre, y que aparecen en otro lugar, quedan retiradas. En verdad, insertamos aquel ramillete a título de curiosidad... Realmente, entre Lerroux y las izquierdas no hay nada que los separe. Ni ideas ni principios. Lo único que hubiera constituído un obstáculo infranqueable hubiera sido el cadáver de algún revolucionario masón, ajusticiado, y esto todos sabemos que no existe.

Si llega el momento de convencer al viejo líder del partido radical, no harán falta recursos heroicos. No tendrán que recurrir a la maravillosa farsa de Orsini y sus bombas, que obligaron a Napoleón III. Bastará una visita a su alcoba, abierta y franca al signo masónico, para que el "león" se abata y pueda erguirse la "serpiente", echando la baba de su veneno...

Así será posible el Gobierno de izquierdas. Es decir: Comunismo puro, a noventa días fecha.

¿Que no lo creéis?...

¡Pues yo os doy mi palabra de honor diciendo que en la última crisis hemos estado a un paso de ese Gobierno de izquierdas, o lo que es igual, del Gobierno-puente para darle entrada! Se frustró el intento la misma noche que precedió a la formación del Gobierno actual. Y puedo afirmaros más. Se frustró el propósito, no por la táctica del señor Gil Robles, ni por la actitud del populismo, acostumbrado a pactos y transacciones. Fué debido precisamente a otra *táctica*...

¡Y vamos a callar!

La preparación revolucionaria en el momento actual

Los preparativos revolucionarios siguen en pie. No se han interrumpido desde el trágico octubre ni un momento siquiera.

Los primeros días después de la Revolución se dedicaron los extremistas a verificar el recuento de todo el *material* salvado a la incautación. En seguida procedieron a pasar lista a los militantes.

Los socialistas de Madrid se valieron (¡oh inefable tranquilidad de los ministros!) de las Sociedades mutualistas y de socorro. Estos organismos los llevan como cortejo todas las Sociedades obreras. El Gobierno les devolvió ficheros y talonarios, que los socialistas reclamaron taimadamente para sus fines de recuento y para volver a armar el tinglado de sus farsas. Todo se concedió sin tardanza; con prisa en abastecer de nuevo la plataforma revolucionaria. El Centro socialista de la calle de Pelayo, autorizado solamente con fines de mutualidad obrera, se convirtió inmediatamente en la nueva Casa del Pueblo. Y mientras la Policía guardaba las llaves del edificio de la calle de Piamonte y respiraban gozosos los guardias, a tres pasos de aquél se cotizaba de nuevo. Se urdía y se montaba otra vez todo el aparato de la Revolución.

Y esto, queridos lectores, sucedió cuanto tenía la cartera y el mando don Oriol Anguera de Sojo, *Ministre de Traball i Previsió,* según rezaban sus tarjetas.

¡Y pensar que la incorporación de este ingenuo (por no decirle otra cosa) gobernante y de sus dos compañeros de la Ceda fué calificada de *golpe fascista!...* ¡Es graciosísimo!

Pues bien: en la *camouflada* y pimpante Casa del Pueblo se organizaron las cotizaciones ordinarias y extraordinarias. Se establecieron los servicios de enlace y unión entre los socialistas y no se interrumpió ni un minuto el aparato que con maravillosa precisión tienen montado en España los enemigos de ella.

Esta fué la primera y valiosa muestra de eficacia que nos dió a los españoles la tan decantada *técnica* de Acción Popular.

A lo mejor tuvo la culpa la escasa influencia de la representación *cedista* en aquel Gobierno... Tres ministros no eran muchos ministros, es verdad...

Ahora ya es otra cosa. Ahora se han enmendado los errores bajo el mando *enérgico y joven* del señor Salmón. Ahora no ocurre aquello del *camouflage*.

Ahora:

¡¡¡Se han abierto en Madrid 22 Casas del Pueblo!!!... (1).

Y qué, ¿no es esto otra medida fascista?...

¿No es esto una gran medida contrarrevolucionaria?...

¿No se ganan de este modo buenas posiciones frente al Enemigo?

¿No se gobierna así con buena táctica?...

¡Que baje Dios y lo vea!

Cómo se consigue y de dónde procede el dinero de la Revolución

Pues de las mismas fuentes que se ha conseguido antes. Siguen corriendo a caño libre, sin que hayan cega-

---

(1) Círculos Socialistas: del Puente de Segovia, Norte, Cuatro Caminos, Barrio de Bilbao, ídem de Terol, Sur-Oeste, Puen-

do ¡ni una! de las muchas que nosotros señalábamos en vísperas de la tragedia.

Tenemos que repetirlo, a ver si oyen nuestras voces y dejan a un lado su soberbia inaudita los que tienen la sartén por el mango, para hacerles el caldo gordo a sus propios enemigos:

REPETIMOS

"El dinero de procedencia conocida proviene de los recursos siguientes: de las cotizaciones de las organizaciones sindicales.

Hasta la fecha no existe control alguno sobre los ingresos y gastos en las siguientes organizaciones:

Partido Socialista.
Juventudes Socialistas.
Unión General de Trabajadores.
Partido Comunista.
Socorro Rojo Internacional.
Juventudes Comunistas.
Confederación General del Trabajo Unitario.
Federación Anarquista Ibérica.
Confederación Nacional del Trabajo.
Juventudes Libertarias.
Partido Sindicalista.
Bloque Obrero y Campesino.
Sindicatos de Oposición de la C. N. T.

---

te de Toledo, Latina-Inclusa, Pacífico, Sur, Hospital y Puente de Vallecas.

Secretaría del Partido Socialista y U. G. T., en Carranza, 20; domicilios de las Sociedades de la U. G. T.: Pelayo, 41, Piamonte, 3-5 y 7; San Lucas, 11; Belén, 18; Travesía de San Mateo, 15; Hortaleza, 102; Fuencarral, 93; Augusto Figueroa, 43; Rosalía de Castro, 25, y Andrés Borrego, 12.

Partit Comunista Catalán.
Comités Antifascistas."

A estas QUINCE organizaciones, sin control entonces ni ahora, debemos agregar las de:

Esquerra de Cataluña.
Estat Catalá.
Partido Nacionalista Vasco.
Y otras varias de menor importancia.

A ninguna de estas DIEZ Y OCHO organizaciones REVOLUCIONARIAS se les investigan los ingresos ni los gastos. Ocurre igual, exactamente igual, antes de la Revolución que después de la Revolución. Lo mismo que sea ministro Largo Caballero que si lo es don Federico Salmón. ¡Que conste!

No queremos hablar de las cotizaciones extraordinarias a que están sometidos los trabajadores. Los tranviarios de Madrid—según nos dicen—pagan una cuota de *cinco* pesetas cada semana. Como son más de cuatro mil, sin contar con los obreros eventuales, resulta que recaudan en un mes cerca de VEINTE MIL DUROS.

¡DOSCIENTOS CUARENTA MIL DUROS!, que traducidos a pesetas, dan un millón doscientas mil al año. Los obreros de imprenta, más de 5.000, dejan medio jornal semanal como cotización extraordinaria: unos 2.080.000 de pesetas, y 2,50 de cuota ordinaria, 650.000 pesetas. Total, 2.730.000 pesetas.

Agregaremos como ingresos del "Tesoro de la Revolución":

Las expropiaciones aisladas (atracos), que continúan, cual puede verse, si se consultan las noticias de ellos en

las Redacciones de los periódicos: la censura no deja consignar muchos.

La subvención de la Internacional Comunista, que se ha aumentado.

Solamente por medio del *Socorro Rojo* se ha puesto a disposición del Partido Comunista la cantidad de TRES MILLONES de francos. Este dinero no hace todavía tres meses que llegó a España. La Internacional Socialista compró en UN MILLON de pesetas una rotativa para "El Socialista". Suponemos que si tan espléndida se muestra con el periódico no abandonará las demás atenciones revolucionarias del Partido.

Finalmente, volvemos a preguntar sobre la COMISION del contrato de petróleos con Rusia. ¿Por qué no ha tenido tiempo ningún diputado de preguntárselo a Prieto? ¿Es que sigue intimidando su pistola?...

También señalamos el peligro de que la representación rusa en el asunto del petróleo la asuman en España los Kochertaler, sin la menor investigación sobre el giro del dinero. ¡Y los Kochertaler son judíos!

A todo esto, que ya es bastante, hay que agregar los OCHO MILLONES que esconde el "Pancho Villa", y que tarde o temprano serán invertidos en pertrechos revolucionarios.

En una palabra: Hoy día podemos asegurar, sin temor a ser desmentidos, que el frente revolucionario *tiene mayor cantidad de dinero que lo que se gastó en preparar la Revolución de octubre.*

Armamento

A pesar de los cubileteos que se han hecho con las cifras en los partes oficiales y en la Memoria guberna-

mental, existe una cantidad enorme de armamento en poder de los revolucionarios.

El método empleado para hacer el balance oficial no puede ser más ingenuo, y aun aceptando las cifras oficiales, que podríamos discutir, es un hecho evidente que en Asturias no se ha llegado a recoger, ni mucho menos, el armamento tomado por los rebeldes en las fábricas y cuarteles.

Para hacer el balance oficial se carga a los revolucionarios la cifra de cañones, ametralladoras, fusiles, etc., que había en los citados establecimientos, y de esa cantidad se resta la del armamento recogido. La diferencia es relativamente pequeña, resultando así que son muy pocas las que se hallan por recoger.

Los gobernantes y los gobernados se quedan muy tranquilos. Pero uno, que le gusta ser un poco ingobernable, no puede contribuir a que el pobre español se eche a dormir en un colchón de fusiles y bombas.

Y pregunto: ¿La fábrica de "La Vega" y los cuarteles de la Guardia civil fueron tomados a pedradas por los revolucionarios?

¿No requisaron desde el primer instante todo el armamento (rifles, escopetas, pistolas, etc.) que había en poder de los particulares?

¿No iban armadas las columnas de Mieres y la Felguera cuando cayeron sobre Oviedo?... ¿O también lo tomaron a pedradas?

Se halla demostrado, por infinidad de declaraciones, que Ramón González Peña, a las tres de la mañana del 5 de octubre reunió en Ablaña unos mil obreros; los formó y los condujo a la estación de Las Caldas, donde les repartió setecientos fusiles, dos ametralladoras y cinco mil cartuchos. Todo este armamento procedía de

la fábrica "La Vega", de la cual había sido extraído poco a poco.

De Las Caldas, y siempre haciendo leva de hombres, por los montes de Trubia, marcharon a Valduno, donde fueron armados todos los que componían la columna de Peña, cuyo número se elevaba ya a cerca de cuatro mil hombres. Los fusiles, en número de tres mil quinientos a cuatro mil, estaban escondidos en "varas" de paja (pequeños conos que se ven erguidos con mucha profusión en los campos de Asturias). De la Felguera y Sama también vino hacia Oviedo otra columna, aproximadamente de unos cuatro mil hombres, con gran perfección en el armamento.

Resulta demostrado que los fusiles de Caldas eran setecientos y los de Valduno cuatro mil. En total, cuatro mil setecientos; a los que hay que añadir otros tantos de la columna de la Felguera, que suman la cantidad de nueve mil.

NUEVE MIL fusiles que estuvieron en manos de los revolucionarios desde el primer momento, y muchísimo antes de entrar en Trubia y tomar la fábrica y los cuarteles.

En la estadística oficial no aparecen "cargados en el Haber" de los revolucionarios estos nueve mil fusiles, ni los que tenían en Gijón, Laviana, Grado y otros puntos en donde a la misma hora fueron atacados todos los cuarteles de la Guardia civil.

Hemos demostrado que sólo en Asturias quedan por recoger nueve mil fusiles, y eso que en aquella región, la nunca bien ponderada actuación de Doval (¡cuántas vidas ahorrará en el futuro!) logró impulsar el desarme enormemente. Pero él mismo lo ha dicho: *"Habría ne-*

cesitado un año más para recoger, si no todas, la mayor parte de las armas."

El "error" de las cifras oficiales obedece a que en los partes sólo constan las armas que tomaron los revolucionarios de lugares conocidos. Ignoran en absoluto las que tenían antes de la Revolución, y por eso no las cargan en la cifra que atribuyen a los revolucionarios. Así resulta que la cantidad que queda por recoger en Asturias es muy pequeña—según dice el Gobierno—, y esto es completamente falso.

Igual sucede respecto a Cataluña, donde se ignora la cantidad de armamento que se repartió.

Nosotros sabemos que la cifra de armas largas era de sesenta y dos mil (62.000), y no se ha recogido, ni con mucho, esa cantidad. Aunque los valientes (?) *escamots* dieron todo género de facilidades... tirándolas en montones por las calles.

Nadie contó con la F. A. I., que se apropió de camiones enteros. La recogida de Barcelona consistió en barrer las armas que había en el suelo. De las otras flamantes, que se ocultaron, no se ha encontrado casi ninguna, porque... ¡se han buscado muy poco!

En el resto de España las cifras son desconsoladoras. Excepto en Granada, el desarme no se ha hecho a fondo, y el caso de Granada nos demuestra que el reparto había sido profuso en todas las provincias.

En Madrid, ¡no digamos! En Madrid fué donde más elementos de combate había acumulado el Partido Socialista.

Nos consta que las Milicias Socialistas sumaban 12.000 hombres y disponían de arma larga o corta para todos, aparte las ametralladoras, lanzallamas, granadas

de mano, dinamita y otros elementos que se habían distribuído en gran cantidad.

Las armas ocupadas suman, pues, una cantidad ridícula.

La F. A. I. tiene hoy día más armas que en octubre, y tiene su *stock* de bombas intacto, además de las que haya seguido fabricando, como es natural.

Finalmente, al Partido Comunista no se le ha recogido nada apreciable. Luego:

El frente revolucionario tiene hoy más armas que cuando empezó la catástrofe de octubre.

Masas

Los efectivos que nutren las DIEZ Y OCHO organizaciones revolucionarias que ya hemos relacionado son los mismos que tenían cuando la Revolución de octubre.

Nadie podrá dudarlo, y si algún optimista lo hiciera, que señale el aumento que han tenido en nueve meses las organizaciones obreras no revolucionarias.

¿Dónde están metidos los obreros?

¿Dónde han ingresado?

¿Dónde están las nuevas organizaciones creadas para cobijar y socializar honradamente a las masas? En ninguna parte.

No hay más que dos organizaciones, y son revolucionarias, y en ellas están. En la C. N. T. y en la U. G. T., como siempre...

¡Cuánta torpeza hubo y qué poco sentido social en los que debieron recoger aquellas masas dispersas, atemorizadas unas, arrepentidas otras y desquiciadas todas durante los días posteriores a la Revolución!

Ahora ya no puede hacerse. Es muy tarde. Los diri-

gentes socialistas y los negros apóstoles de la C. N. T. han rescatado a trallazos el rebaño. Lo han vuelto a meter en su redil. Ya están obedientes las manadas de cotizantes. Vuelven las cajas a rebosar de oro. Se ha podido coger la punta de la cuerda, y allá van ataditos, bien apretados, por el camino del odio.

¡Con la sumisión al cómitre, que es en este caso la célula y el Comité!

Todos juntos de día y de noche. Todos juntos con los puños cerrados. Todos juntos, con la blasfemia de la Internacional en la boca, reseca de rencores...

Todos juntos, apretando las pistolas y yendo a los cementerios para imprecar a los verdugos (?) que dispararon al camarada, que les hacía fuego. Todos juntos, escribiendo pasquines en las farolas, pidiendo a gritos amnistía, que conseguirán en cuanto quieran. Todos juntos, de nuevo, ardidos de esperanza y con los crisantemos de la desgracia prendidos en las blusas. Yo no niego que el movimiento revolucionario y el estado de excepción, que aún persiste, ha producido cierta desorganización en los cuadros revolucionarios; pero tengo que recordar que después de seis años de dictadura, la C. N. T., infinitamente más deshecha que ahora, le bastaron cuatro meses de *dictablanda* para volver a engrosar sus efectivos hasta la cifra de 500.000 hombres.

Ahora, dos meses de *garantías constitucionales* le bastarán para reunir más de un MILLON de afiliados, esclavos del Sindicato Unico.

Recobrará su auge y cotizará cifras fantásticas.

Es más: si, como tememos, los anarquistas masónicos que forman el grupo "treintista" vuelven a apoderarse de la dirección de la C. N. T., gracias a la represión *unilateral* del señor Portela contra la F. A. I., vere-

mos los efectivos de la Alianza Obrera *aumentados en más de un tercio* con el ingreso de la C. N. T.

Es decir, que el supremo poder revolucionario, la Alianza Obrera, tendrá bajo su mando todas las organizaciones revolucionarias (menos la F. A. I.), cosa que, salvo en Asturias, no tuvo en la pasada Revolución.

Resumen

HAY MAS DINERO.

HAY MAS ARMAS.

HAY MAS HOMBRES.

Sumando: + armas + dinero + hombres. Resulta + REVOLUCION.

Las matemáticas no fallan.

Otro factor

Si fuéramos marxistas, terminaríamos con la demostración matemática que antecede la visión panorámica del futuro revolucionario,; no padecemos semejante desgracia, y por eso hemos de valorar también un factor decisivo. Nos referimos al factor espiritual, muy apreciable y digno de tenerlo en cuenta.

Para reflejar el estado moral de los revolucionarios, nada mejor que observar sus gestos, mirar sus semblantes, oír sus palabras. No podemos llevar al lector al cubil de las fieras; pero, afortunadamente, disponemos de abundantes documentos originales, donde los mismos revolucionarios reflejan el estado de su espíritu. De entre los muchos que hay sobre nuestra mesa, escogemos tres, por creerlos más representativos.

Son éstos:

JUVENTUD SOCIALISTA MADRILENA — **Circular núm. 4.**

Estimados camaradas:

Algunas C., pocas afortunadamente, solicitan del Comité fije su posición política. Nosotros, Comité de la Juventud, lamentamos que estos camaradas no hayan leído detenidamente cada uno de los números que de nuestro periódico van publicados. Si lo hubieran hecho, no solicitarían, seguramente, que fijemos nuestra posición. Está fijada en todos y en cada uno. Mejor dicho, está expuesta en el número primero y ratificada en todos los demás. Para demostrarlo, para satisfacer el deseo de que nuestra posición sea fijada, lo hacemos a continuación. Y lo hacemos, no lo olviden los jóvenes que lo solicitan, con párrafos publicados en nuestro órgano en la Prensa. (1).

Comenzamos la publicación del periódico, y lo titulamos "U. H. P."; su título ya dice bastante. Lo es la consigna bajo la cual nuestros camaradas lucharon y supieron vencer, como nadie, en Asturias. Nuestra adhesión, nuestra identificación con ellos la demostrábamos así.

En el número primero, y en el artículo de presentación, donde exponíamos nuestros propósitos y lo que el periódico era y representaba, aparecieron estos párrafos: "Somos jóvenes, y lo próximo que tuvimos el triunfo nos da ánimos más que sobrados para continuar luchando por él. Las persecuciones, los sinsabores, las molestias y las brutalidades que con nosotros se hacen, las esperábamos." "Nada nos sorprende." "Nuestro partido y nuestras juventudes arrostrarán todo, como en otras ocasiones, en la seguridad de que hoy, más que nunca, está próximo el triunfo del Socialismo." "Somos, en fin, revolucionarios, y jamás dejaremos de serlo."

En el mismo número, y con motivo de dedicar un recuerdo a nuestros inolvidables camaradas Sanjuán y Marbán, decíamos: "Camaradas errantes y perseguidos; compañeros que estáis en prisión; mujeres que quedasteis en el desamparo; pequeñuelos que lloráis la orfandad... sois vosotros, precisamente, los que

(1) "U. H. P.", periódico clandestino.

nos prohibís toda cobardía sentimental." "Vosotros y nuestro deber, el de todos, que no admite flaquezas." "No nos queda espacio ni aun para llorar sobre nuestros muertos." "Que cada cual lo llore en silencio, sin abandonar la faena revolucionaria, y cuando lleguen—que en vísperas estamos—otras horas rojas en que de nuevo juguemos nuestra partida, pensemos en nuestros muertos para tomar ejemplo." "Y que nuestra vida, como la suya, si es menester, vaya por delante." "A nuestros muertos no se les honra de otro modo."

En el segundo número, entre otras cosas, recordamos lo que sigue: "Publicado en el aniversario de la muerte de Iglesias, reprodujimos las siguientes líneas de nuestro inolvidable Maestro: LA TRANSFORMACION SOLO PODRA HACERSE VIOLENTAMENTE POR MEDIO DE LA FUERZA Y PREVIA LA CONQUISTA—EFECTUADA TAMBIEN CON PROCEDIMIENTOS REVOLUCIONARIOS—DEL PODER POLITICO POR LA CLASE TRABAJADORA."

En el mismo número, y como marco adecuado a una foto de González Peña, decíamos: "No necesitaba González Peña el magnífico ejemplo que dió al frente de los mineros asturianos para que supiéramos la calidad de su temple." "Su historia de luchador era ya lo bastante limpia y antigua para merecernos toda clase de estimaciones." "Pero su actuación en Asturias lo corona y le presta grandeza." "Le da categoría de gesto heroico." "Y cuando la jauría gubernamental aúlla en torno suyo, se nos antoja de elemental justicia moral rendirle desde aquí el testimonio de nuestra camaradería más firme."

En el tercer número de nuestro periódico se publicó lo que sigue: "Los diarios que han hecho balance de los sucesos más culminantes de 1934, llegan, por distintos caminos, a una conclusión semejante. No importa discrepar ideológicamente. El año pasado ha sido nefasto. Hay que evitar que 1935 se le parezca. ¿Qué es lo que ha sucedido para que sobre 1934 pese un dictado tan implacable? Un solo suceso, de volumen histórico, entrañado para siempre en los destinos de España, autoriza el cruel dictado: La insurrección de octubre. Se trata, pues, de un hecho del que respondemos ante la opinión los socialistas españoles. No estamos arrepentidos de haberlo provocado. La insurrección fué vencida—de cómo fué vencida es cabalmente de

lo que el gobierno no consiente que se hable—, y, no obstante, sus consecuencias no dejan de pesar en la política de estas horas y pesarán más en la política de mañana. Ello indica, bastante a las claras, que el esfuerzo de los trabajadores españoles no ha sido inútil. Ante ellos enarbolamos un ejemplo: Asturias. Con la mitad del denuedo empleado por los mineros, la insurrección hubiera triunfado. Esta lección es la que deseamos que alcance permanencia. Y lo deseamos porque la apelación a las armas volverán a oírla, cuando se den las condiciones psicológicas indispensables, los trabajadores españoles. No sólo no estamos arrepentidos de haber provocado la insurrección de octubre, sino que aspiramos a superarla."

"El capitán a quien debemos los datos asistió a la agonía de un herido grave." "Le brindó una copa de jerez, que el herido bebió ansiosamente." "No cabía esperanza ninguna." "Se moría." "Cuando la luz—nos dice nuestro informador—se le iba de los ojos, el herido, un hombrachón fuerte, de belleza varonil, levantó el puño y se dejó morir." Bajo ese signo heroico y arrogante entramos los socialistas españoles en el presente año. "Nadie, ni la muerte misma, podrá impedir que se cumplan los designios revolucionarios de nuestro Partido."

En el número cuarto aparece: "Entretanto, a través del silencio impuesto por la censura, una verdad clara: la de que el eje de la política nacional vuelva a ser el proletariado. Los republicanos buscan la fuerza allá donde la fuerza existe: en el Partido Socialista. No se hagan ilusiones. Tenemos con respecto a ellos un concepto inmodificable. Y en el problema de fondo la conclusión a que hemos llegado es definitiva: la República que ellos cortejan nos es odiosa. Aspiramos a obtener nuestra victoria. Y en eso continuamos trabajando."

"Suponiendo que, como es posible, la política española entre en una fase de política más o menos izquierdista, ajustamos nuestro movimiento a las siguientes premisas:

"1.° Depuración de las organizaciones. 2.° Unificación de fuerzas. 3.° Reorganización de cuadros. 4.° Preparación insurreccional."

"Llegará un momento en que ni en estado de guerra ni aun con dos guardias civiles por ciudadano, puedan vivir los agrarios, los teólogos y los rufianes del poder." "Ese es el día de

la crisis." "Ese día se abre una nueva situación revolucionaria, cuyo desenlace es aún, naturalmente, problemático." "Siquiera pueda afirmarse ya que la clase obrera española estará más cerca del poder—dentro de unos meses—que en octubre de 1934."

En el número quinto: "De nuestro entusiasmo, de nuestra fe, de nuestro esfuerzo y trabajo, depende el porvenir de la clase obrera." "No son estas horas las más apropiadas para quedarse en casa." "Son, por el contrario, momentos en que debemos poner cuanto somos y valemos al servicio de las ideas." "La consigna en estos momentos es: "Trabajar." "Que todos, sin excepción, cumplan con su deber." "Si todos lo hacemos igual, el triunfo del Socialismo será un hecho."

En el número sexto aparece: "Un momento histórico será, sin duda, el día que podamos ahorcarlo—se refiere al Presidente de la República—en la Plaza Mayor, para enseñanza de traidores y ejemplo de pícaros." "Ese día, que llegará alguna vez, y esperamos que pronto..." (1).

De esta forma ha venido fijando su posición el Comité. Ni en un solo número del periódico ha dejado de hacerlo. ¿Existe contradicción entre un número y otro? ¿No es recta esta posición? Ahora bien, jóvenes madrileños, no debéis olvidar que nuestra organización y, por consiguiente, nuestro periódico, tienen un carácter local. Que por encima de nosotros, con facultades para todo, existen otros organismos. Que es a ellos a quienes corresponde dar a las organizaciones locales de toda España normas para el futuro. Que es el Partido y la Federación de Juventudes quienes tienen la obligación de examinar y resolver todos y cada uno de los problemas que la clase trabajadora tiene planteados. A nosotros, como a cualquier otro organismo local, tan sólo nos compete trabajar en lo que a nuestra localidad se refiere, de acuerdo con las orientaciones que dichos organismos superiores nos den. Sin que los tan repetidos organismos lo hayan hecho, nos hemos permitido, no obstante, decir desde el periódico, nuestro pensamiento sobre lo que deben ser y lo que deben hacer los jóvenes en los sindicatos, lo que pensamos ante unas próximas elecciones...; pero, camaradas,

---

(1) Ya habían sido concedidos los primeros indultos cuando se publicaba esto.

nuestro periódico es público, es leído por cuantos lo desean, y nosotros no queremos, de ningún modo, que por desconocer el pensamiento de estos organismos responsables, nuestros criterios jamás estén públicamente, sin nosotros quererlo, en pugna con los del Partido y Federación de Juventudes, y cuyas opiniones u orientaciones confiamos en que cumpliendo su deber algún día sean fijadas y hechas públicas para conocimiento, no sólo de los trabajadores de Madrid, sino de toda España.

Por algunos jóvenes, no sabemos si con buena o mala intención, se tilda al Comité de la Juventud de renegado o algo que se le parezca. De aquí en adelante, quien diga que nuestra posición no es firme, que hemos cambiado de criterio, miente a sabiendas. Tan sólo por mala fe podrá sostenerlo alguien. Nuestra posición es la que era. Y no admitimos, por injusto, que se haga en contra de nosotros una labor de zapa, sin fundamento alguno. Si alguien tiene interés personal de desprestigiarnos, que lo diga: Como socialistas y como hombres estamos dispuestos a replicar a los que jesuíticamente quieren enemistarnos con quienes nos dieron su representación.

El Secretario general.

Nota.—Tanto el documento copiado anteriormente, como los que van a continuación, están copiados, **literalmente.** No hemos corregido ni punto ni coma.

Cómo se piden los indultos

¡TRABAJADORES DE MADRID!

El hacha sangrienta del Gobierno de asesinos Lerroux-Gil Robles ha segado la vida de dos combatientes de Octubre. Si nuestra acción no para estos crímenes, nuevos hermanos de clase serán ejecutados.

LARGO CABALLERO, DIAZ, GONZALEZ PEÑA, JUAN JOSE MANSO, TEODOMIRO MENENDEZ..... 25 mineros de Turón están en peligro de muerte. Decenas de proletarios esperan la condena de la justicia burguesa, de este régimen sangriento.

¡Trabajadores de Madrid! ¡Jovenes socialistas y comunistas! os decimos ¡Ni una sola ejecucion para los combatientes de Octubre; pena de muerte para los asesinos del pueblo trabajador! ¡Con vuestras firmas, presentadas al Presidente de la República, romped los patíbulos! ¡Libertad para LARGO CABALLERO, DIAZ, GONZALEZ PEÑA, JUAN JOSE MANSO. TEODOMIRO MENENDEZ. los 25 mineros de Turón y todos los trabajadores presos!

¡ABAJO LA PENA DE MUERTE! ¡ABAJO EL GOBIERNO DE ASESINOS!

UNION DE JUVENTUDES COMUNISTAS ESPAÑOLAS (S. E. DE LA I. J. C.) Comité de Madrid

Manuela García Barcia

JUVENTUD SOCIALISTA MADRILEÑA

Manuel García Ramírez

Josefa Barcia

Julian Pelaez

Elena Felipe

Baldomero Gutxanbaragua

Sabino Rodríguez

Micaela Lozano

Francisco Calzon

Arturo Arouje

A. Dávila López

C. N. T. A. I. T. F. A. I.

PONENCIA SOBRE LA CONSTITUCION DE LOS COMITES DE DEFENSA

Camaradas: Salud:

Todavía en España sigue latente el movimiento revolucionario que iniciado el 4 de octubre y terminado provisionalmente en su fase de Ofensiva proletaria, se reduce de momento al silencio, siendo el resurgir estimulado por la conducta represiva de la burguesía, que, apremiada por los factores de descomposición económica, va creando las condiciones necesarias para que en los trabajadores se despierten los deseos más fervorosos de reanudar el combate con mayor decisión y amplitud.

Frente a este fenómeno de consolidación del ambiente rebelde y de una proximidad visible de la ocasión objetiva revolucionaria, la C. N. T. no podrá observar una posición inhibitoria, sino que habrá de manifestarse abiertamente como una fuerza positiva y como vanguardia de los acontecimientos inmediatos, resultando, por tanto, el problema de más urgencia que se le presenta el de estructurar seriamente sus cuadros de defensa y combate. Esta labor debe privar sobre las demás, si no queremos vernos obligados a desaparecer ante el ataque violento e insidioso que el Estado dirige contra las organizaciones de clase y específicas del pueblo.

No hay revolución sin preparación, y cuanto más inteligente e intensa sea ésta, mejor, en su día, se impondrá aquélla. Hay que acabar con el prejuicio de las improvisaciones, por inspiración exaltada, como únicas formas solutorias en las horas de las dificultades. Ese error, de la confianza en el instinto creador de las masas, nos ha costado muy caro. No se procuran como por generación espontánea los medios de guerra inexcusables para combatir un Estado que tiene experiencia, fuertes dotaciones y normas superiores ofensivo-defensivas. Tampoco intentaremos estar en condiciones de igualdad técnica y orgánica con el Estado, para enfrentarnos con él, porque sería pueril; pero sí estamos deberados a disponer de un mínimo de material y de conocimientos combativos, como de un mínimo de trabazón

eficaz para que sepamos concretamente lo que podamos alcanzar y tenga más crédito real de revolucionarios para orientar a las masas obreras que nos ayudan en la gran disputa. Hay que dejar sentado de que "tanto se tiene, tanto se vale", como factor revolucionario, y que no hemos de estar nunca a merced del aprovisionamiento que otros nos puedan hacer, condicionando las entregas insignificantes por determinados retraimientos en la actualidad social.

Por lo expuesto, el Pleno considera que hay que dar a los Comités de Defensa la gran importancia que tienen para la C. N. T., y la revolución libertaria, atendiendo al estudio ininterrumpido de sus estructuras para separarlos y aportándoles los medios económicos y de relación moral y técnica que los revistan de la mayor eficacia para obtener pronto y rectamente la finalidad deseada.

ESTRUCTURACION Y OBLIGACIONES

Los Comités de Defensa continuarán como hasta la fecha, según acuerdo de un Pleno Nacional, supeditados en absoluto a las determinaciones de la C. N. T. que los constituye, y nunca tendrán primacía ni mero carácter ejecutivo sin el mandato de aquélla. Unicamente podrán deliberar cuando la organización los convoque, y estarán obligados a rendir cuenta periódica o extraordinaria de las iniciativas que tengan, de los trabajos preparatorios que realicen, así como de sus responsabilidades administrativas. Este sometimiento a la orden confederal se comprende porque la C. N. T. representa el pueblo organizado, y la lucha emancipadora se conduce por y para el pueblo, como prescriben las ideas anarquistas, y en él es donde se plasma el ideario con todo su valor moral y material. Por eso los Comités de Defensa serán una modalidad orgánica anexa a la C. N. T. y mandataria de sus decisiones, constituída por militantes que verán satisfecha su libertad de acción acatando las condiciones enumeradas. Voluntario también será el concurso de las organizaciones específicas que hemos de solicitar, y de las cuales esperamos que se identificarán en el propósito y en su ejecución (F. A. I. y J. L.) (1).

(1) Federación Anarquista Ibérica y Juventudes Libertarias.

La C. N. T. arbitrará para la vida de los Comités los medios pecuniarios que tengan prisa imperativa; pero de un modo normal y permanente los Sindicatos fijarán un porcentaje de cotización que mensualmente será entregado a aquéllos por conducto de los Comités Confederales de cada localidad o comarca. El sistema puede copiarse del que está en uso en Aragón, Rioja y Navarra, donde los Sindicatos pasan para esos fines el 15 por 100 de la recaudación semanal, que es controlada por el delegado que cada Sindicato tiene en los Comités confederales, y que éstos entregan al Comité de Defensa por el delegado de enlace entre este Comité y el Comité sindical respectivo. En los momentos críticos o en aquellos en que se presente una adquisición (1) aprovechable, ese porcentaje puede ser aprovechado y aumentado, con previo conocimiento de la oportunidad, y si llega el caso, cada Sindicato volcará su caja para uso del Comité, haciendo constar que esta conducta especial no es obligatoria, sino que reflejará un deseo de la organización donde la coyuntura se presente.

Los Comités de Defensa los nombrarán los Comités Locales, Comarcales, Regionales y Nacional de la C. N. T. En ellos habrá un representante de la F. A. I., y si es posible de la J. L., habiendo un miembro de enlace de cada Comité federal, de acuerdo con el lugar y orden de funciones. Las cantidades recaudadas pasarán en su mayor parte (deduciendo los gastos que reclaman la existencia propia de cada Comité) a los Comités Regionales de Defensa, y éstos distribuirán el material adquirido, no a los Sindicatos o localidades que más contribuyan, sino adonde más falta hagan por su escasez o porque sea de mayor rendimiento. Así evitará el que la preparación ofrezca la nota del desorden, pues no siempre quien más aporta monetariamente utilizará mejor lo que reciba. Habrá lugares estratégicos para la revolución que por vicisitudes de largas luchas, represiones o por falta de ambiente libertario no podrán acudir económicamente a la equipación, y para cubrir ese defecto merecerán el apoyo solidario de las organizaciones, verificado por los Comités Regionales de Defensa. Quede bien aclarado que esto está ligado a las épocas de preparación nacional, por te-

(1) Adquisición de "material": armas, explosivos, etc.

ner en perspectiva algún movimiento revolucionario o huelgas u otros conflictos locales de envergadura, en los que se imponga una penetración violenta de las organizaciones. En los tiempos de calma sin perspectiva revolucionaria, cada uno recibirá con arreglo a lo que haya entregado.

Los Comités de Defensa asumirán la inmediata labor de constituir grupos o cuadros de Defensa, buscando el elemento humano en los Sindicatos y distribuyéndolos por las barriadas de las ciudades industriales, asignándoles un radio de acción trazado sobre mapa urbano, y del que procurarán no salirse sin aviso expreso. Los grupos, en la medida de lo posible, serán formados por militantes del mismo ramo profesional, no queriendo decir con esto que guarden relación o dependencia con su Sindicato, ya que ellos están a disposición exclusiva de los Comités de Defensa, y para llenar los fines que éstos propugnan. El método tiene la virtud de convertir a estos militantes agrupados dentro de los Comités de Defensa, en guardadores de los principios dentro del Sindicato, y en prever la actuación íntima y pública del mismo. Para los efectos revolucionarios o de actuación directa en conflictos ordinarios, se revela su importancia por el conocimiento veraz que tienen de los casos ligados a su profesión en los cuales prestarán servicios inmejorables, por ejemplo, un grupo de ferroviarios o de telefonistas, etcétera..., por su dominio de la situación puede actuar dentro del área profesional con más eficacia que quienes ignoren las características de cada ramo, lo mismo para los actos de sabotaje que para los actos de incautaciones revolucionarias. Cada grupo señalará el delegado-secretario que se entenderá con los de todos los grupos de la barriada que constituirán el Comité de Relación, nombrando un delegado que se pondrá en contacto con los de las demás barriadas, los cuales formarán Comité de Relación del distrito, cuyos Comités informarán al Comité de Defensa Local por medio de un delegado. Este sistema es inútil en las grandes ciudades; en ellas el Comité Local de Defensa simplificará en cuanto sea factible sus relaciones directas con los grupos; en las ciudades pequeñas los Comités de distrito no son necesarios. El grupo base será poco numeroso; ello facilita su desenvolvimiento y su clandestinidad, dándole agilidad y un conocimiento completo del carácter y promisiones de cada

militante. Puede comprender: un delegado-secretario, que además de ser el nexo del grupo con los otros, vigilará en su Sindicato y barriada (lugar de ella señalado al grupo) por la formación de nuevos grupos, según informes propios y de sus camaradas; otro delegado que se encargue de alojar cuidadosamente los elementos enemigos que hay en la demarcación señalada a su grupo, dando nombres, domicilios, costumbres, ideas y la cantidad de peligrosidad social que ofrecen (militares, policías, sacerdotes, funcionarios, políticos y burgueses, marxistas (1), pistoleros fascistas, etc.); otro que estudie los inmuebles del Estado que son refugios combativos y elementos que contienen, y se entere de su vulnerabilidad, bien sea levantando plano y estadística o, en su imposibilidad, haciendo cálculo aproximado (cuarteles, comisarías, cárceles, iglesias y conventos, centros políticos y patronales, edificios fuertes, etc.); otro que investigue los puntos estratégicos y tácticos más operables: puentes, pasos, subterráneos, alcantarillado, sótanos, casas con azoteas, con puertas de escape y acceso a otras calles o patios de fuga y refugio; otro que anote los registros y almacenes de servicio público (alumbrado, agua, garajes, cocheras de tranvías, metro, vías de transporte y su debilidad para el sabotaje y su incautación); otro que lleve cuenta de los lugares de aprovisionamiento para la revolución (armerías, domicilios particulares armados, bancos, casas de crédito, almacenes de vestidos, artículos alimenticios, etc.).

La necesidad, el mandato de las dificultades a vencer, aconsejarán el aumento de algún miembro en el grupo para llenar otros papeles de relieve.

Para comenzar bastará con los seis camaradas cuyas funciones están indicadas, y se procurará que éstos sean hombres reservados y activos, sacrificando siempre la cantidad de los cuadros y la calidad de los mismos, que es lo que se estima en estos casos. Con hombres decididos, simplemente, pueden formarse grupos secundarios que actuarán bajo la fiscalización y consignas del Comité de Defensa los grupos ya citados, la

---

(1) Estos—los marxistas—serán eliminados de la relación de enemigos cuando ingrese la C. N. T. en la Alianza Obrera, como en Asturias.

verdadera hélice de los Comités de Defensa serán grupos de información y de combate, desempeñarán el papel de justa vanguardia revolucionaria e inspirarán directamente al pueblo bajo la dirección del Comité de Defensa. Cada militante presentará a su delegado-secretario un informe mensual, y éste los coordinará, entregándole el resumen exacto al secretario de la barriada, que a su vez pondrá el resumen de sus informes en manos del Comité de Distrito; éste lo depositará tramitando en el Comité Local de Defensa, y éste al Regional y Nacional sucesivamente. Así, pues, se orientará el movimiento informativo en su doble aspecto de estadística y opiniones de abajo a arriba y de la acción de arriba a abajo, es decir, acatando los acuerdos de la organización sindical y recogiendo para proceder la opinión de los grupos de la base, con arreglo a los conocimientos empleados y a la vez de las circunstancias.

En los pueblos la organización es más sencilla; los grupos informarán al Comité Local, éste al Comarcal, etc.... de todos los detalles ya marcados, según convenga a la capacidad numérica de los grupos, indicando las necesidades que piden atención especial y dando conocimiento de cuantos lugares de valor estratégico y edificios o fortalezas enemigas existan (carreteras, estaciones, red de comunicaciones, montes, desfiladeros, etcétera...).

Los ferroviarios, autobusistas de línea, telefónicos, telegrafistas, carteros, en fin, todos los que abarcan por su profesión u organización sindical la totalidad nacional de los servicios, deben poner cuidado especialísimo en apresurar y perfeccionar el sistema y el enlace con los Comités de Defensa, que siguen una estructura paralela y la organización sindical, y los cuales serán siempre los Comités ejecutivos de su voluntad. Lo mismo hay que recomendar a los compañeros de transportes marítimos. Unos y otros harán lo posible por informar ampliamente para que el Comité Nacional de Defensa presente un estudio impecable del sistema y tenga en toda hora cuanto necesita para los efectos de la revolución. No hay que olvidar que las comunicaciones revisten un valor incalculable, pues de su utilización regular dependerá el que pueda operarse entre realidades, y toda vacilación quedará eliminada.

En donde hay cuarteles el Comité de Defensa trabará rela-

ción con los cuadro antimilitaristas, y si éstos no existen, el Comité de Defensa comenzará a los (1) formarlos, auxiliando económica y moralmente al buen término de sus trabajos. Se posibilitará la edición de hojas o periódicos especiales, y la instalación de Comités de cuartel, a los que se les comunicará la tarea de la calle y ellos a su vez informarán de su gestión metódica en sus cuarteles.

Una de las preocupaciones de más provecho que embargará el ánimo de los militantes, será la de pasar revista a las tácticas que ya se usaron, tanto por parte nuestra como por la de otros sectores revolucionarios, discutir el modo más fácil de conocer al enemigo, ganándole primero por la audacia consciente de arrebatarles sus posiciones y elementos de combate, trazar planos imaginarios de una revolución en su fase bélica, para sujetos a las experiencias habidas y esmerando la rectificación de los equívocos. De esas discusiones deben levantarse informes escritos y pasarlos a los Comités inmediatos para que el Comité Nacional de Defensa vaya concretando las teorías y pueda admitir normas, consignas y consejos de aplicación nacional, sintetizada en ponencias y similares a la que nos ocupa. Habrá que llegar incluso a la celebración de reuniones ordinarias y Plenos de los Comités de Defensa observando normas similares a las Confederales, en las que los Comités Defensivos den los toques finales a su estructura y a las obligaciones morales, técnicas y atribuciones específicas que deben serles propias.

Como los Comités de Defensa están enlazadas la C. N. T. y la F. A. I., esta última con sus grupos, ofrecerá a los hombres que tenga disponibles para que cada Comité de Defensa haga su obra en las direcciones apuntadas, y ella propiamente deberá realizar una información paralela, consolidando y aumentando parejamente sus cuadros militantes y dando notificación de sus disponibilidades al Comité de Defensa y éste responderá en justa reciprocidad.

A partir del día de hoy no se abandonará el sistema auxiliar específico, y el Comité Nacional de Defensa (al que el Nacional de la C. N. T. subvencionará en las medidas de sus fuerzas) se encargará de animar nacionalmente su propaganda y

---

(1) Este "los" indica que el redactor es asturiano.

de circular cuantas modificaciones y consignas vayan implícitas en el desarrollo de las fuerzas de defensa, para perfeccionar el aparato confederal que hoy denominamos defensivo, pero que mañana será el más autorizado guía de la revolución libertaria. Formarán parte de los Comités revolucionarios, con la representación confederal y anarquista, y por su especialización simbolizarán la acción bélica y serán baluarte de afianzamiento social mientras de su voz de mando la guerra clasista.

Este plan inicial no es con mucho perfecto; pero un punto de partida para la instauración utilísima y superable de un sistema que no podemos tratar con indiferencia. Frente a la armazón militar y policíaca del Estado y de las milicias fascistas o marxistas, la C. N. T. debe de crear su aparato modelo, ajustándolo a la flexibilidad propia de la moral y de los fines sociales del anarquismo, pero sin descuidar el método, la perseverancia y el reconocimiento de cierta disciplina orgánica que la realidad impone y que no mengua el crédito y la sustanciedad de nuestro organismo.

O tomamos con entusiasmo, tenacidad y reflexión honda el propósito de sustituir por encima del instinto de conservación capitalista, que más vive cuanto más nosotros muramos; o ponemos una fuerza cohesionada frente a la mecánica militarista de gubernamentales y dictatoriales fascistas y marxistas o nos veremos constreñidos, con gran dolor para todos nosotros, o a ceder ante el empuje brutal de autoritarismo de todos los colores.

Los camaradas de C. N. T., anarquistas y simpatizantes, tienen la palabra.

Por la Ponencia,
El C. N. de D. (1)

11 de noviembre de 1934.

---

(1) El Comité Nacional de Defensa. Recibe también el nombre de Comité Nacional Revolucionario (C. N. R.).

EN CASO DE REVOLUCION

PRIMERA PARTE

Táctica revolucionaria

Para que el movimiento tenga éxito, se precisa que desde el primer momento los revolucionarios se dispongan a obrar. Los militantes conocidos notoriamente deberán esconderse para no ser detenidos, hasta que la insurrección comience a dibujarse; nada de vacilaciones: desde el momento que se acuerde la revolución debe convertirse en un hecho por todos los ámbitos del país. Los actos individuales serán los más útiles; deberán producirse oportunamente pequeños grupos compuestos de cinco o seis compañeros que se conozcan, habiéndose previamente puesto de acuerdo, harán la labor.

Es menester impedir a todo trance el funcionamiento del tráfico rodado: ferrocarriles, tranvías, taxis, metro; en lo que respecta a este último, la Policía intentará seguramente utilizarlo para sus comunicaciones subterráneas.

Algunos hundimientos, varios incendios en los lugares más adecuados, las inundaciones serían actos muy útiles. Para los ferrocarriles, levantar railes, hacerles saltar, y ello con la mayor rapidez. Volar los viaductos y puentes, cortar los hilos eléctricos, echar abajo los postes, quemarlos, aserrarlos, romper los aparatos de señales y locomotoras. En una palabra, inutilizar todo el material de tracción y de comunicación.

Parar las fábricas de energía eléctrica, hacer callar a la prensa alcahueta.

Todos estos actos urgentes serán actos individuales y llevados a cabo por pequeños grupos. El primer cuidado de los compañeros debe ser formar estos grupos de acción, que luego de armarse deberán ver el modo de prepararse para la obra revolucionaria. No se debe aguardar a lo que haga el vecino, sino desde el primer momento hacer cada uno cuanto sea capaz de hacer.

En las ciudades con sus grandes avenidas sería estúpido construir barricadas; pero en las calles tortuosas puede ser de

utilidad para luchar contra la caballería y los autos. En las calles empedradas, levantando los adoquines en forma de cuadros se hace imposible la marcha de los caballos. Haciendo saltar y quemando algunas casas pueden hacerse algunas barricadas.

Ahora bien: no hacerlo sino en aquellos lugares donde la artillería no tenga acceso. No hay que volver a incurrir en la locura de los revolucionarios del 1848, que querían organizar en seguida la producción. Es preciso que desde el primer día de revolución el Pueblo compruebe un mejoramiento ostensible de su condición, de su alojamiento y vestuario. Será, pues, de necesidad el apoderarse de todos los objetos de consumo que rebosan en los almacenes, y ponerlos a la disposición del pueblo.

Tome cada cual del "montón", en lo concerniente a vituallas, cuanto precise, ya que habrá abundante provisión. Racionamiento respecto a los demás objetos, organizado por grupos de calle o barriada espontáneamente formados. No dejar pudrirse a los trabajadores en sus inmundas covachas. Las buenas casas que con sus brazos han construído se alínean en buen número y deben ocuparlas tan pronto se hallen vacías de quienes dicen ser sus propietarios.

Todos cuantos habiten un pueblo o aldea deben instantáneamente organizar la insurrección, ejecutar los actos necesarios, tender por encima de todo a desorganizar las fuerzas gubernamentales y expropiar a la burguesía, tanto para quitarles su poder y medios de reacción, como para establecer el comunismo.

Declarar la revolución en todos los puntos a la vez será garantía del éxito, poniendo al Gobierno en la necesidad de dispersar sus fuerzas. Los primeros edificios que deben arder son los que representan vestigios del pasado: iglesias, conventos, cuarteles, cárceles, juzgados, jefaturas, alcaldías, etc. Quemar toda la expedientería administrativa donde topéis con ella. Al fuego los títulos de propiedad, acciones y obligaciones, actas notariales, hipotecas.

Al fuego especialmente los archivos oficiales. Al fuego todos esos papeles malsanos, títulos de esclavitud de la humanidad, impuesta por soldados, policías, magistrados y presupuestarios de todas clases.

Debemos concentrar todos nuestros esfuerzos para impedir el establecimiento de todo gobierno provisional. Si algún gobierno se establece, la revolución está perdida. La Historia lo demuestra suficientemente. Los gobiernos oponen siempre un freno a toda marcha hacia adelante.

La muchedumbre anónima seguirá el día de la revolución a quien vea obrar leal y honradamente, sin intrigas ni ambición personal.

Se debe obrar en lugar de discutir. Prediquemos con el ejemplo, que es la única propaganda comprendida en período revolucionario. Mostremos al pueblo que queremos emanciparnos de las instituciones que nos aplastan a todos y no dominar a nuestra vez.

Desde el comienzo de la revolución no puede haber más que dos partidos: los revolucionarios y los partidarios de una autoridad cualquiera.

Una vez roto el molde de esta maldita sociedad, cuando todos los organismos que nos ahogan hayan sido destruídos, será preciso ocuparse del restablecimiento de la producción sobre bases enteramente libertarias.

Se formarán libremente grupos corporativos (de los que los actuales sindicatos no son más que el imperfecto embrión), teniendo en principio el respeto de la autonomía de cada compañero y por objetivo la producción o la extracción de las materias primas, o bien su transformación en productos manufacturados. No se producirá ya más para ganar dinero, sino con miras a la utilidad, a las necesidades colectivas.

Queremos la expropiación efectuada en provecho del pueblo; en una palabra: el comunismo. A cada uno según su necesidad y sus fuerzas.

Resumen: Actos útiles a partir de ahora mismo: armarse. Formar con compañeros seguros pequeños grupos de acción; interesarse en ello, instruirse y especializarse en una determinada forma de sabotaje, preparando un plan de acción para cuando llegue el momento. De la iniciativa desplegada por los compañeros depende el éxito de la empresa. Poner en lugar seguro las armas y los útiles necesarios a la acción, para no tenerlos que improvisar en el momento.

Actos útiles en período revolucionario.—Aislar las grandes

capitales, poner los ministerios, los gobiernos civiles, las oficinas de estado mayor, en imposibilidad de comunicarse telegráficamente y telefónicamente.

Expropiar y destruir el numerario. Procurar suprimir las personalidades de posición elevada, que personifican las fuerzas de opresión. Obrar rápidamente; no dividirse, organizar la toma en común, dejar a un lado toda falsa sentimentalidad.

Actos inútiles o perjudiciales.—Vacilar, tener la manía de discusión, dejar instalado un gobierno provisional, querer organizar la producción antes de que la revolución haya salido victoriosa.

SEGUNDA PARTE

Telégrafos y teléfonos.—Los ministerios no están enlazados con una oficina, pero los hilos telefónicos y telegráficos para las largas distancias pasan subterráneamente a lo largo de las carreteras nacionales en trincheras de un metro y medio de profundidad y a dos metros de declive de la carretera.

Los cables están colocados en conductos de hierro fundido o de plomo. Para el paso de un río o de un viaducto, los cables subterráneos se convierten en aéreos. Salen de tierra en una garita para en un cuadro seguir aéreamente. Lo que es preciso destruir son las garitas, sea pegándolas fuego, sea haciéndolas saltar. Dichas garitas se hallan situadas en la proximidad de las carreteras, vías férreas, en lugar accesible. Estos son los hilos que unen los ministerios con los gobiernos civiles y los cargos de provincia, "servicios públicos". Entre esos cables se hallan también los hilos comerciales de larga distancia.

La red telefónica y telegráfica llamada comercial, de poca distancia, pasa sobre postes a lo largo de las carreteras nacionales y provinciales o regionales. A lo largo del ferrocarril se hallan los de las compañías ferroviarias, sobre postes a lo largo de la carretera. Si hay a los dos lados, los telefónicos están a un lado y los telegráficos a otro. Si no hubiera más que un poste, los hilos telefónicos están colocados en la parte alta y los telegráficos en la baja. Los hilos telefónicos son los más delgados, de nueve a doce décimas de milímetro; son de cobre y están colocados por pares sobre aisladores de porcelana. Tan-

te los hilos telegráficos como telefónicos, se sabotean fácilmente y sin peligro. Basta disponer de unos buenos alicates o tijeras corta-alambre, guarneciendo sus mangos con goma o caucho. Desconfiar, tener mucho cuidado con los hilos más gruesos. Son los que sirven para el alumbrado eléctrico y fuerza motriz, y son peligrosos, a menos de no hallarse equipado convenientemente. A los postes que soportan los hilos se les derriba por medio de dinamita. Agujereado por medio de un barreno el poste hasta la mitad, meted medio cartucho de dinamita con tres pistones y atacar con tierra sin estropear la mecha. Caso de no poder cortar los hilos, se quitarán en gran cantidad a largos trechos, a fin de evitar las pequeñas reparaciones. En las alcantarillas, los cables telefónicos pasan sobre escuadras. Dichos cables encierran de dos a veintiocho pares de hilos, y van a pasar a cámaras especiales (vainas o envolturas de cemento armado, recubiertas de placas de hierro atornilladas). En esas cámaras es donde los soldadores los transforman en cables de 100 a 224 pares de hilos. Quitando estas placas en una extensión de cinco a cinco metros, es fácil cortar los hilos sin ningún peligro. Para desatornillar las placas proveerse de llaves inglesas, de un cortafríos y de un martillo. Los cables telegráficos están dispuestos en las alcantarillas sobre ganchos especiales, adaptados a las escuadras que sostienen los cables telefónicos. Al tacto se pueden reconocer por ser más flexibles que los telefónicos, pues su aislamiento interior es en gutapercha y el de los telefónicos en papel. El diámetro de estos cables no excede de centímetro y medio: sirven para unir los puestos de policía, las prefecturas (1) y las oficinas de puesto. Los cables eléctricos de alumbrado y de fuerza motriz (alta tensión) atraviesan las alcantarillas por lugares determinados. Por lo común están bajo las aceras en trincheras (a 6,60 cms. de profundidad), casi rozando con las fachadas. Se los reconoce por su aspecto negruzco. Están aislados por medio de caucho recubierto de una tela aisladora; su diámetro aparente es de 10 centímetros, poco más o menos. Estos cables hacen su encuentro en las bocas del alcantarillado; allí están encajados en una especie de rejilla, para evitar accidentes a los obreros letrineros.

---

(1) Aquí se copia de algo francés.

Transformadores de energía eléctrica.—Las cabinas o garitas en hierro o ladrillo (fáciles de reconocer con la inscripción "Peligro de muerte"), se hallan en los transformadores de fuerza. Se sabotean con gasolina vertida por debajo de la puerta, a la que se le pega fuego echando un papel encendido. Pueden echarse bombas incendiarias. A menos de ser del oficio, no se puede penetrar sin peligro de muerte en tales cabinas. La gasolina puede echarse por una rendija en el interior.

Metropolitano.—Se le puede averiar fácilmente con una barra de hierro de más de 30 cms., con la que se hace contacto entre un rail conductor y uno de los que conduce las ruedas. Se hace un falso circuito y los plomos saltan en la central. La barra debe tirarse teniendo cuidado de las chispas y de las descargas.

Tranvías.—Meter mano en las fábricas generadoras, derribar postes, levantar vías.

Automóviles.—Quemarlos metiendo un mixto tizón en el carburador o en el depósito de la gasolina; inmovilizarlo por unos días; puede introducirse un tornillo o dos en los engranajes, en los cambios de velocidades o en el diferencial introduciendo por el tornillo o tapón de engrase dichos tornillos. Los tornillos deben ser largos, y a falta de otra cosa, un martillazo sobre la culata donde van las bujías, o quitar una bujía o echar en el cilindro esmeril en grano o trocitos de lima y también echando agua en el depósito de la gasolina.

Ferrocarriles.—Se perturba el servicio cortando los hilos telegráficos y telefónicos, así como los de señales que recorren las vías rozando en el suelo, o bien están alojados en pequeñas trincheras cubiertas de planchas. Descomponer los railes requiere tiempo; vale más hacerlos saltar, para lo cual son indispensables cuando menos tres cartuchos de dinamita de cien gramos, uno a cada lado del rail y otro encima, sujetándolo al rail por medio de arcilla o tierra blanda, teniendo cuidado de no recubrir la mecha; no sirven si se ponen debajo del rail. Levantar grandes piezas de rail en las curvas, suprimiendo el peralte. Una vez los railes levantados, ponerlos sobre pilas de traviesas y darles fuego; el calor inutiliza a los railes; en las agujas y cauces quitar la junta del corazón y, si se tiene tiempo,

los contrarrailes; para romper la vía elegir de preferencia las curvas, quitando el rail exterior.

Locomotoras.—Si la máquina no está caliente, introducir un cartucho de dinamita en la tubular, abriendo la puerta delantera. Si está caliente, buscar el tubo de escape del vapor y aplicar contra él tres o cuatro cartuchos de dinamita. Se desriñona, es decir, se abrasa una locomotora, vaciándola completamente de agua y atizándola un gran fuego. He aquí algunos ejemplos que los individuos del oficio podrán poner en práctica. El cargue de combustible en el hogar determina la fusión de los plomos de seguridad y provoca el vaciamiento de la caldera y, por consecuencia, la extinción del hogar.

Para el sabotaje de engrase se debe operar sobre las bielas y en general sobre las articulaciones. Los engrasadores se hallan provistos de una mecha que permite penetrar el aceite en las luces de la articulación por capilaridad. Bastará levantar la mecha para deslizar directamente polvo de esmeril, mezclado a ser posible con gasolina. El ácido nítrico adicionado de agua causa destrozos. La alimentación de agua de la caldera se hace generalmente con ayuda de inyectores. Una mano hábil puede fácilmente quitar el cono del inyector, el cual en la parte esencial destornillando el prensaestopa de la barra de la maniobra del cono.

Una vez arrancado el cono, es imposible alimentar la caldera. Será conveniente hacer un remontaje aparente para ocultar el sabotaje, pues muchos maquinistas revisan su inyector antes de partir. Adicionando al agua de alimentación aceite pesado, mejor produce ebulliciones que pueden acarrear un abrasamiento, o sea poner las calderas fuera de uso. El depósito de agua se halla en el ténder. Abriendo los grifos de graduación la reserva de agua se derrama. Se detiene una locomotora durante unas horas vaciando el combustible del hogar; sobre la plataforma se encuentran las herramientas necesarias para levantar las barras delanteras de la parrilla del hogar. Vaciar los depósitos de agua de aprovechamiento.

Trenes.—Cortar los tubos de los frenos que unen los coches con una navaja. Atacar los grifos de dichos frenos; en caso de necesidad, un tren puede andar sin frenos, pero a muy pequeña velocidad.

Prensa.—Linotipias. Las linotipias sirven para hacer la composición mecánica y rápida de los periódicos. Son de gran precisión. Para sabotearlas atacar la barra (barra de distribución). Se semeja a una hoja de protóxido sobre la que hay una serie de muescas longitudinales en relieve. Esta pieza se encuentra sobre toda la anchura de la máquina, al lado opuesto del operador. Está cubierta por otra pieza: la gran rosca de distribución que está sobre la anchura de la máquina. Levantada esta pieza, queda descubierta la barra en V (muescado que hay que sabotear).

Rotativas.—Lo más simple en todos los sistemas de rotativas será atacar las máquinas motrices de vapor, motor a gas o de corrientes eléctricas; el fuego hará una obra admirable.

EXPLOSIVOS

TERCERA PARTE

Generalidades.—Emplear una cápsula de fulminante para determinar la explosión de cualquier explosivo aun en la pólvora ordinaria negra, es tanto como aumentar considerablemente su potencia. La dinamita arde despacio al aire libre. Para cebar convenientemente la dinamita, se precisa emplear fulminante de mercurio, en la proporción del... (1). Para un cartucho de cien gramos es necesario una cápsula o pistón de... gramos; la dinamita obra por..., y no por... de gases. Para preservar los paquetes de dinamita de la humedad se puede sumergir los paquetes cerrados en..., derretida a... grados. Para hacer explotar la dinamita helada hay que emplear... La dinamita se aplica con objeto de destruir, y... produce doble efecto. La dinamita no es peligrosa de manejar, aunque es un veneno violento en contacto con los dedos, por bajo de las uñas; produce dolores de cabeza.

Contraveneno.—El café concentrado y el sueño. Desconfiar si se tienen cortaduras en los dedos o heridas en las manos.

---

(1) Suprimimos todas las cifras que aparecen en este documento. No queremos enseñar a nadie la fabricación de explosivos.

Preparación del cartucho.—Suprimido.

Explosivos diversos.—Pólvoras cloratadas. La pólvora y fulminante de clorato potásico detonan por...

Pólvora blanca.—Tiene una gran fuerza y puede ser fabricada rápidamente. Se mezcla... parte de... Antes de mezclarlos se mueven separadamente. Se incendia con...

Pólvora llamada de doble efecto.—Para preparar esta pólvora se utiliza el..., el cual absorbe de la fuerza viva de un choque posible, y evita los peligros de la fabricación. He aqui la fórmula, tomada de Wurtz:

Clorato de potasa	0,00	gramos.
Alquitrán	0,00	—
Carbón de madera	0,00	—

Pólvora verde:

Clorato potásico	0,00	gramos.
Ferrocianuro potásico	0,00	—
Acido pícrico	0,00	—

Mezclar estos tres productos, previamente pulverizados por separado, con un poco de agua engomada. Hacer una pasta y dejarla secar. Estas pólvoras no se deben preparar con mucho tiempo de anticipación.

Pólvoras diversas.—Se puede reemplazar el... de... con materias fáciles de preparar, como las dos siguientes:

Clorato de potasa	0,00	gramos.
Azufre	0,00	—

Excelente para bombas explosivas; detonan al chocar.

Clorato de potasa	0,00	gramos.
Carbón de madera	0,00	—

Se mezclan las sustancias finalmente y por separado y se les agrega un...; se las deja secar al aire libre.

Bombas.—Sirve para ello...; para atacar una tropa, sírvese de pólvoras cloratadas (por ejemplo, verde). Para destruir una línea o un edificio, emplear la dinamita. Los botes de con-

servas, los tubos de hierro y el cobre de siete a ocho centímetros de diámetro por 15 de largo y por dos o tres milímetros de espesor. Las bolas de la escalera, verjas, etc., etc.

Detonadores a inversión.—En un tubo de ensayo se vierte hasta la altura de... centímetros...; luego se pone un tapón de algodón, dejando un espacio libre entre el... y el espesor del algodón; del algodón depende el... que tarde en explotar. Encima del algodón se pone una mezcla de... de... y... de... Para hacerlo explotar basta con invertirlo.

Materias compendiarias.—Fuego Griego. Contiene una parte de... de... con otra de... Añadirle... partes de... y una de... Cuando se solidifica se retira del fuego y se le pone al fuego de la mecha. Puede hacerse un cebo con una parte de... y... de..., que se inflama al contacto del...

Bombas incendiarias.—Colocar en un frasco cuyo cuello sobresalga un poco de la tapa, soldar esta última; echar en la lata... y..., tapar alrededor del cuello del frasco con mastic (blanco de España amasado con aceite), llenar el frasco de..., proveerlo de un tapón atravesado con la mecha, inflamar y arrojar.

Datos útiles.—El ácido nítrico puede contarse por litros; el ácido sulfúrico o vitriolo sirve para la fabricación del papel, destruye los colores y se emplea para las pilas eléctricas. El antimonio es un metal que entra en la composición de los tipos de imprenta. El clorato de potasa sirve para la fabricación de cerillas; el cordón de Wickford se vende en las pirotecnias. La dinamita se emplea en trabajos públicos, minas, canteras, etc. La parafina sirve para fabricar bujías traslúcidas. El fósforo se emplea para la fabricación de cerillas. El polvorín es una pólvora muy fina, no granulada. El azufre sirve para desinfectar. El sulfuro de carbono inflamable sirve para vulcanizar el caucho y para desengrasar las ropas. Las cápsulas de diversas formas se encuentran en las armerías. Se venden para los cartuchos de fusiles y escopetas. En general, contienen un cebo de fulminante de mercurio en el fondo. Golpeando con un martillo se hace detonar el cebo y se puede utilizar como detonador.

El C. N. de D.

* * *

No hubiéramos podido dar una idea más exacta del espíritu que anima a las organizaciones revolucionarias, aun añadiendo todos nuestros esfuerzos.

Esa exaltación y ese radicalismo no es producto del estado febril de unos cuantos dirigentes. La radicalización de las masas ha llegado a unos límites insospechados. Los Comités directivos no hacen otra cosa ni representan otro papel que el que procede de abajo. Toda su actuación responde a los impulsos que llegan de la base. De los cimientos, y, ¡ay de ellos si se empeñaran en imponer moderación y serenidad! ¡Serían arrojados de los puestos directivos!

¡Es mucho el odio recargado en las mentes, y enorme el hambre de millones de españoles! Por eso tenemos que insistir en la afirmación rotunda de nuestro pensamiento; en la cruda realidad de nuestras conclusiones:

MAS DINERO... MAS ARMAS... MAS ESPIRITU MAS HOMBRES...

El estallido revolucionario tiene que ser fatal, porque la REVOLUCION tiene más medios para triunfar.

Expongo cifras y hechos incuestionables. Realizo un *cálculo de probabilidades* con la frialdad de una teoría matemática. Desafío a quien me demuestre una falsedad o una exageración. Sin eso, excluyo pareceres u opiniones caprichosas, sin fundamento racional.

Por otra parte, no sueño con llevar mi convencimiento a todos los españoles. Si hubiera tenido esta pretensión, no emprendería mi camino llevando conmigo la rosa de la verdad. Ya sé cuánto mejor resultan las bellas fábulas y los cuentos de Jauja. Un ramillete de halagos, una concesión a los deseos de tranquilidad, de reposo, de optimismo, sería lo más fácil para conseguir millones de adeptos.

¡Creemos con tanta facilidad lo que nos conviene!

Nosotros no tenemos manías de ninguna clase, y mucho menos manías proféticas. ¡Cómo va uno a asegurar el triunfo infalible de la Revolución!

Lo que sí puedo asegurar, venza o no el Enemigo, es la continuación de la guerra fratricida. Lo que sí puedo asegurar es el desangre, la lucha continuada. Ese borbotón que sale del cuerpo de España sin que nadie le ponga una venda en la herida. Esa hemorragia de los pulmones que agota todas sus fuerzas. Ese vómito diario que acaba con su vida... Esa asfixia de su corazón, cansado de tanta lucha. ¡De tanta lucha! La vitalidad de España tiene un límite y estamos próximos al desenlace que, por fuerza, ha de ser la muerte. La muerte de España, asesinada por sus enemigos.

Y tú, español, ¿qué vas a hacer?

Esta misma pregunta terminaba nuestro capítulo, cuando en el libro anterior preconizábamos la *Revolución inminente*. Nadie ha contestado todavía.

Ni el español al uso corriente y bueno, ni el político ensoberbecido en el pavés de su olimpo. ¡Nadie! ¡Nadie!

Y hay que seguir preguntando: ¿Qué vais a hacer? Vosotros, los que estáis en el Gobierno y en el Parlamento, en las Diputaciones y en los Ayuntamientos, en los Gobiernos civiles y en toda la máquina del Estado, ¿qué vais a hacer para que sea imposible el nuevo golpe revolucionario?

¿No pensáis, hombres de Dios, cuando hacéis el examen de vuestra conciencia, en el deber olvidado?

¿Qué hicisteis ayer—por ejemplo—para evitar y vencer la Revolución? ¿Qué hicisteis?...

¡NADA, siempre NADA!

Pero ¿cómo es esto? ¿Podéis dormir? ¿No se turba vuestro sueño? ¿No sentís el ramalazo crudo de la realidad? Pero... ¿dónde estáis?... ¿No veis cómo ruge la bestia delante de vuestros ojos?... ¿No la veis, durante vuestro sueño, en pesadilla horrible?

¡Ahí está, pujante, arrolladora, con el fusil de las cobardías y el cuchillo negro de los rencores! Blasfemando, sucia y desgreñada, como en los días de octubre... Delante de todos, atrevida y loca. Audaz y fuerte. Prende las hogueras y destruye la vida; la fábrica, el taller, la Universidad. Arden las calles enteras.

Los hombres caen asesinados y las madres se mueren de pena. Cayó tu hermana y tu hijo. Tu amigo y tu maestro.

¡Las bestias apocalípticas se han cebado en la carne de los hermanos! Toda la furia, todo el horror, todo el espanto de los fieros instintos, ensombrece la luz del cielo, la luz del buen vivir.

Y tú, español, mientras tanto, duermes con la droga que te suministra el político de turno. Fiado en él. Confiado en su fuerza. Persuadido de sus buenas palabras. Tranquilo y contento en sus lindas promesas. Seguro casi de que él te salvará.

Pues yo te digo: ¡Que miente! ¡Que es mentira toda la faramalla de sus promesas!

Sin tu sacrificio, perecerás, español. Sin tu lucha, no cabe el éxito. Sin tu riesgo, no se hará nada.

Somos precisos todos, a la hora en punto, y en la brecha diaria.

Al adversario hay que batirle con las mismas armas...

¡Miente, miente el político que te diga que con tu voto se va a salvar España! Con tu voto no se salvan más

que ellos. Y te traicionan y te venden. Explotan tu egoísmo suicida. Ellos te besan para que eches la papeleta electoral, pero no te das cuenta que luego te engañan miserablemente, porque la política de ahora es cambalache de vividores. Juego sucio de Caínes. Trapaza y mentira de cucos. ¡Tienes que intervenir tú! Tú solo y todos juntos. A toda hora, porque los de enfrente, el Enemigo, se levanta una madrugada y te copa. Te quedas sin tranvía, sin desayuno, sin comida, sin agua, sin luz, sin nada.

El adversario no espera a que otros le faciliten medios. Los tiene ya. ¿Y cómo los tiene?... Pues ORGANIZANDOSE.

Una organización. Ni más ni menos. Una organización como la suya. No basta pagar la contribución ni sacar la cédula. ¡Eso era en tiempos! Hoy, no. Hoy no puede ser, porque no es suficiente. Tu aportación monetaria, tu sacrificio y tu deber con el Estado, no son bastantes, porque el aparato represivo del Gobierno resulta ineficaz. ¡Todos lo hemos visto! Lo que importa es vencer sin víctimas, sin sangre, sin luto, sin espanto, y esa fuerza que tú pagas no sirve para evitar ni para aplastar definitivamente la Revolución. No se me arguya con decir: *hay muchos españoles enrolados en organizaciones y partidos antirrevolucionarios,* porque si en efecto lo son, tiene que demostrarlo. Los letreros son muy poca cosa.

Y si no, ¡ahí está la Revolución de nuestra España! ¡Que la supriman de una vez! Lo mismo da que lo hagan desde el Poder que desde la oposición.

¡A que no lo hacen! ¡A que no!

Es imposible. No pueden. Cuando los partidos llamados antirrevolucionarios no logran aplastar en la calle

a los elementos disolventes, a las hordas revolucionarias, son incapaces de hacerlo desde el Poder. Y, sobre todo, ¿dónde están esas organizaciones políticas? ¿Dónde están esos partidos antirrevolucionarios? ¡No me deis nombres! No quiero alusiones. En verdad hay que decir que no existen. Me refiero, claro es, a partidos con grandes núcleos. A partidos con verdaderas masas agrupadas. A partidos con auténticos fines, con medios y elementos útiles; no me refiero a esos grupos mínimos, selecciones nacionales minoritarias, que de por sí son incapaces de llegar a lograr los objetivos que se proponen...

Insistimos en que los mentados partidos antirrevolucionarios, porque ellos se titulan así, no pueden conseguir nada, pidiéndote el voto y unas pesetillas de ayuda. No se logra el triunfo porque te inviten a grandes mítines y vayas tú decidido a gritar entusiasmado a la hora brillante de elocuencia. Con estas pequeñas cosas no se vence la Revolución. Con el voto, el dinero y el mitin, lo más que se consigue es ganar unas elecciones y participar en un Gobierno...

¿No es ésta la experiencia? Pues esto es muy poco. Esto no es nada.

Hemos visto, ayer mismo, una concentración formidable de la C. E. D. A. Hemos examinado rostros y palabras, discursos y actitudes. Nuestra conclusión ha sido ésta: ¡Muy bien esos hombres! Tan hombres como aquellos que se lanzaron en octubre a la Revolución. Y en seguida hemos tenido que preguntarnos: ¿Pero dónde estaban el día 6 de octubre? ¿Dónde estaban cuando los tiros mataban a tantos españoles?

Salvo un puñadito de muchachos jóvenes, ninguno salió a la calle a morir por España. Metidos en su ca-

sa, vivieron la hora de la tragedia, y oyeron el insulto y el disparo, las balas temibles de los *asesinos de España.*

Y no es que estos hombres fueran menos valientes que los otros. No es que estos hombres tuvieran miedo a la lucha. No. Es que estos hombres no estaban *organizados* como lo está el Enemigo. No tenían el menor sentido de defensa antirrevolucionaria. Su calidad viril de españoles, su gallardía infinita, su valor personal, tuvo que reducirse a aguantar desde su casa la soberbia inaudita y feroz de los asesinos *perfectamente organizados*. Estas grandes masas inertes de españoles sólo están organizadas para ir a votar. ¡Sería estúpido hacerles salir a la calle para que lucharan con una papeleta electoral frente a las ametralladoras de los revolucionarios!...

La experiencia formidable de estos hechos no ha sido captada por nadie. Siguen los jefes políticos repartiendo drogas estupefacientes que adormecen el sentido nacional, estimulando un optimismo suicida, haciendo que se echen en el colchón de los tópicos, acariciando egoísmos y mostrándoles como objetivos nacionales expedientes de menuda política. Ellos mismos tienen miedo a decirles que es preciso SACRIFICIOS. No se atreven a proponerle conquistas soberbias, audaces y maravillosas. Mudanzas y cambios de raíz. Acaso porque teman una desbandada de muchos cobardes atemorizados; pero ello no significaría mucho, porque los que no sean *nacionales y españoles*, poco importa que se vayan... Nosotros tenemos la esperanza de que pronto surgirán a la vida española esos partidos políticos auténticamente antirrevolucionarios.

Si no fuera así, habría que emigrar. Pronto los ve-

réis florecer pujantes y vigorosos. Robustos y bellos, con la fiereza altiva y el gesto ponderado.

Pronto les identificaréis, porque no os pedirán el voto con palabras banales, ni pesetillas para la propaganda.

No serán como esos que os aseguran la divina panacea de aplastar la revolución si acudis a un mitin y gritáis cualquier viva. No.

Los partidos auténticos, los partidos antirrevolucionarios, os pedirán el sacrificio de vuestra vida, no para que la perdáis *cazados* estúpidamente como conejos, sino para luchar bravamente mano a mano, con medios capaces para vencer al Enemigo. Con la misma táctica que emplea el adversario. En la misma forma.

Con idéntico coraje y aún más, porque nosotros vamos a defender a España y ellos quieren asesinarla.

De no hacerlo así, un nuevo octubre volverá a parar el corazón de las gentes. Te violarán la esposa, matarán a tu padre, secuestrarán a tu hija.

Te quitarán tu pan y tu vestido. Te asesinarán por la espalda, y otra vez Europa se levantará horrorizada a mirar cómo desaparece España del rango de la civilización.

No se puede llorar como mujeres. ¡¡Hay que defenderse y morir, si es preciso, como hombres!!

* * *

No podríamos mostraros ese horizonte si hubiera en España un firme concepto sobre el Enemigo.

Hora es ya de saber que el *masón,* el *marxista* y el *anarquista* auténtico no son España. Conservan en apariencia la ciudadanía para servir mejor a su "Patria", al *superestado masónico,* que les manda siempre como un tirano.

El *masón,* el *anarquista* y el *marxista* han renunciado a su verdadera Patria.

Y luchan en su contra, conspiran contra ella, socavan sus cimientos, arrancan las flores de sus creencias, siembran el separatismo, la aturden con sus revoluciones, la quiebran con sus motines, la insultan con sus voces, la aplastan con sus pistolas, la estremecen con sus intrigas, la aborrecen con toda su alma y la odian con todo su corazón. ¡Esta gente no es *España!* ¡Esta gente es extranjera! Espías contra su pueblo, disfrazados con nuestro propio uniforme para mezclarse con nosotros, vivir a nuestro lado, gozar de nuestro bienestar (¡si es que lo ha habido desde que ellos andan en traiciones y escándalos!), para insertarse en las filas de los buenos soldados, allegar simpatías, tomar puestos, enterarse de nuestros planes, saberlo todo y luchar a escondidas en la noche de su maldita sombra, agazapados, para hacer de España una sección de la Internacional Comunista; otras para destruir y quebrantar el edificio del Estado; las más de las veces, para que venga el espanto de una anarquía y siempre fraccionando el mapa de España, la unidad de España, con la guerra interminable, con la audacia impune, con la revolución permanente, sin que la vida sea ya vida, sino desolación y luto; sin que nadie pueda respirar un día soleado y alegre, metiéndose en el cuerpo unas brisas de paz...

Esas tres trayectorias que señalamos son producto del oportunismo de su acción.

Distintos banderines, según acomode el tiempo y el clima, pero marxismo, anarquismo y Masonería van a parar indefectiblemente a la derrrota y muerte de España. Para que su carne muerta sea festín de naciones rapaces...

Esta conclusión definitiva brota a través de todos los hechos de la Historia y fluye ahora mismo de los acontecimientos actuales. Podemos gritar a todo el mundo:

¡Nuestro concepto masónico de la Historia de España es evidente!

¡Vemos a la Monarquía española con Carlos IV y sus ministros Aranda y Godoy aliados de la Convención y del Directorio, a pesar de que sus manos estaban teñidas en sangre de Borbones, y allí está Aranda, el MASON, para explicarlo!...

¡Vemos a Murat, cómo fusila y ametralla en masa a los madrileños, y a su lado están Asanza, Cabarrús, O'Farril y tantos otros MASONES!

¡Vemos alzarse contra España el Imperio de sus colonias, y allí está Bolívar, MASON, y los Virreyes MASONES!

¡Acá está Riego que les facilita el triunfo y que es también MASON!

¡Cuba y Filipinas se sublevan al calor de los Estados Unidos, y allí están las logias masónicas para alentar la rebeldía; aquí el Gran Oriente procesado (¡¡aunque absuelto!!), por mantener "relaciones" con Rizal!

¡En Marruecos estalla la guerra y se sublevan las cabilas, y aquí está Ferrer para impedir el embarque de las tropas, aumentando la confusión y la carnicería.

¡Y Ferrer era MASON y ANARQUISTA; el *padre* (si puede llamársele así) de toda la Revolución española!

¡Surge la insurrección de Abd-el-Krim, y aquí está Echevarrieta para llevarle los millones del Estado español, y Echevarrieta es MASON por los cuatro costados!

¡Se produce el separatismo de la Generalidad por el capricho de unos cuantos catalanes, y allí está Compa-

nys, el MASON... y los Azaña, MASONES, y los Luis Bello, MASONES, para ayudarle!

¡Los socialistas quieren hacer la Revolución social, y su jefe, Largo Caballero, es MASON, y en su ayuda toda la Masonería, con sus grandes Maestres y grandes Comendadores!...

¡Allí están los Barcia, los Martínez Barrio, y hasta los masones portugueses y mejicanos, que les arman con las ametralladoras del Estado español!...

¡La C. N. T. y la F. A. I. trituran con las tenazas de sus huelgas y los pistoletazos de sus crímenes la hacienda y las vidas españolas, y ahí están los padres del Anarquismo... los Ferrer, los Anselmo Lorenzo y sus crías Pestaña, los Seguí, los Ascaso, y todos son MASONES!...

* * *

Este vuelo vertiginoso por encima del mapa histórico nos enseña la cadena trágica. El motivo masónico. ¡Toda la verdad!

Bacón no precisaría mayor número de experimentos para establecer incuestionablemente la CAUSA.

¿No es verdad, lector amigo?

¿No es verdad, mujeres españolas?

Ya se oye en Barcelona, en Madrid y en mil pueblos de España: LA MASONERIA. ¡HE AHI EL ENEMIGO!

Seguid las sombras ensangrentadas y heroicas

¡El Enemigo!... ¡Distinguidlo bien, grabaos sus facciones!

Surgirá, traidor a nuestra espalda, para asestarnos el golpe alevoso.

Se disfrazará de español, escalará los altos mandos del Estado para mejor *organizar la derrota* de España. Son los descendientes directos de Don Opas...

¡Cuidado! Ese es el momento de mayor peligro.

Nada nuevo tiene que inventar la Masonería en las artes de la TRAICION.

Puede llegar a dominar la cúspide del Estado, a tener en sus manos las fuerzas defensivas de España.

Masónico era el Gobierno español (?) del Dos de Mayo, y ante los coraceros del Gran Maestre Murat, lanzados a borrar a España del mapa europeo, aquel "gobierno oficial" encie-

rra los regimientos... y allana el camino al invasor.

¿Era aquel gobierno masónico el gobierno de España?

¡No! Sus poderes habían caducado en el momento de su traición.

El Estado español no estaba en los palacios oficiales.

El *Estado español* estaba en la calle, lo encarnaba el Pueblo, que moría clavando sus dientes y sus uñas en la carne extranjera.

El auténtico gobierno de España lo asumían los insubordinados, los rebeldes a las órdenes del "gobierno oficial". Los que supieron que la obediencia tiene un límite. La subordinación acaba cuando empieza *la traición del que manda.* La Historia magnifica a los inmortales *gobernantes españoles* del Dos de Mayo: Daoiz, Velarde y Ruiz.

Su efímera etapa de mando, cortada por su muerte gloriosa, será eterna...

¡Aún vemos sus sombras gigantes y heroicas montando la guardia frente a los asesinos de España!

¡DAOIZ, VELARDE, RUIZ!...

¡Dios y ellos te salven, España!

Junio 1935.

FIN

IMPORTANTE

Lector amigo: Si este libro ha despertado en tu ánimo simpatía hacia mí, ayúdame a vivir no prestándole sino a aquellos que no puedan comprarle. Piensa que cada ejemplar no vendido es una peseta que pierdo yo, dos reales el editor y el resto el impresor, el librero, el encuadernador, los fabricantes de papel y tintas, la prensa que lo anuncia y, en fin, cuantos llevan una parte cristalizada en trabajo, jornales o beneficio, en cada ejemplar. Sobre todo, no olvides que sólo ayudándome puedo continuar escribiendo en defensa de la verdad, a pesar de los riesgos, sinsabores y enemigos que ello me ocasiona.

EL AUTOR

INDICE

LIBRO SEGUNDO

POR EL CAMINO DE LA INDUCCIÓN

ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTE LIBRO EN LOS TALLERES
TIPOGRÁFICOS DE "SÁEZ HERMANOS", MARTÍN
DE LOS HEROS, 65, MADRID, EL DÍA
DIEZ DE SEPTIEMBRE DE MIL NOVE-
CIENTOS TREINTA Y CINCO

